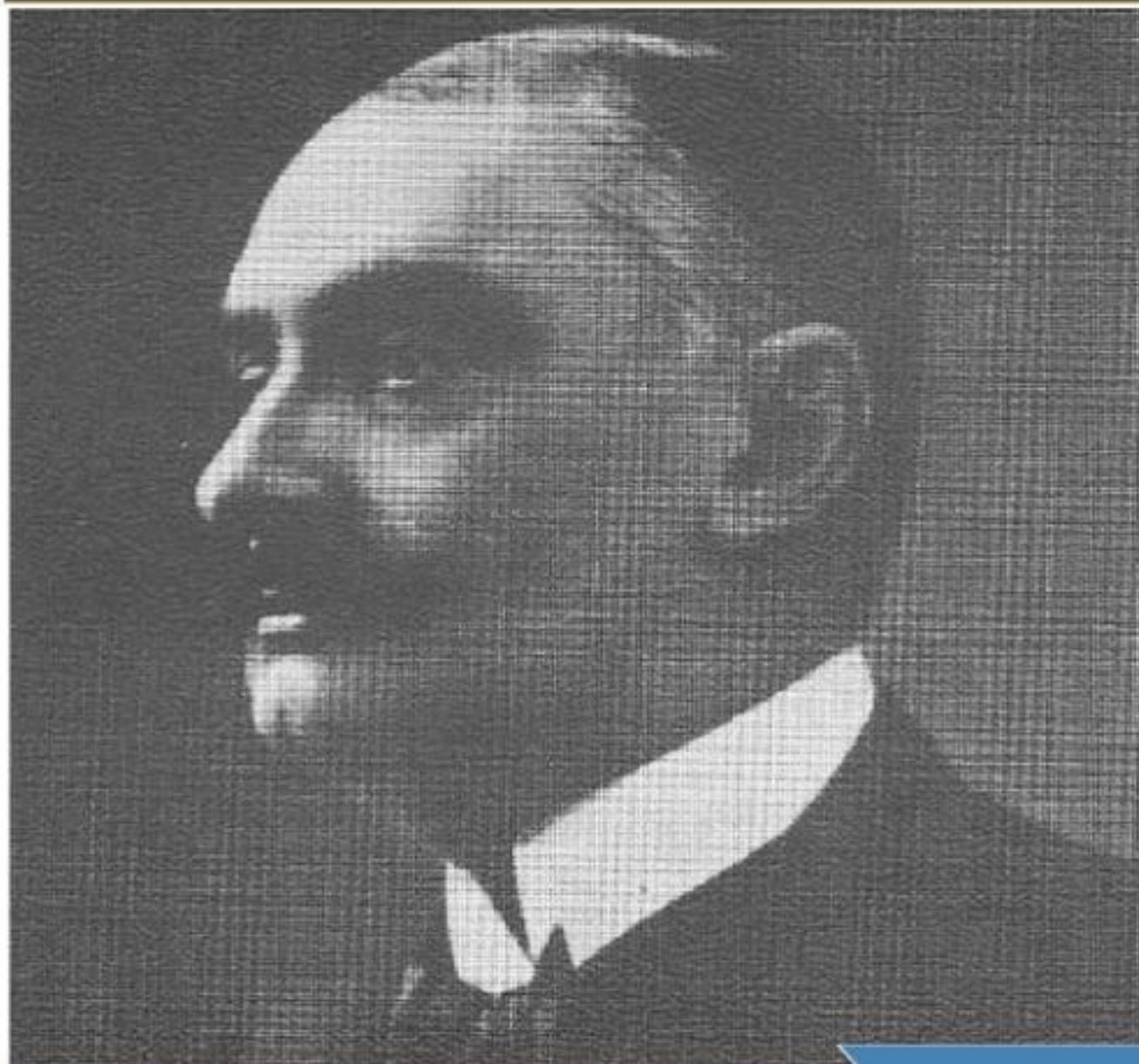


BIBLIOTECA ARGENTINA DE HISTORIA Y POLITICA

Félix Luna

# ALVEAR



Lectulandia

La figura de Marcelo T. de Alvear ha quedado claramente vinculada, en la visión de las generaciones actuales, a algunos de los momentos más bajos de la trayectoria histórica del radicalismo. Su mandato presidencial representó un freno para el impulso reformista que Yrigoyen había dado al país; su actuación posterior estuvo signada por una actitud claudicante ante el rumbo antidemocrático que tomó la política nacional en los años treinta.

Colocándose frente al personaje en una actitud francamente crítica, Félix Luna no deja por ello de presentarnos una imagen matizada. En la década de 1930, ha dicho, «Alvear centró la lucha del radicalismo contra el fraude electoral. Pero esta lucha implicaba el cuestionamiento de la concepción del país impuesta por las fuerzas conservadoras; y es aquí donde Alvear padeció una serie de contradicciones derivadas de la insuficiencia de su ideología, así como de las raíces de su propia personalidad. Lo que este libro intenta describir, en consecuencia no es solamente una etapa de nuestra historia contemporánea, sino también el drama de un personaje, admirable por muchos motivos, pero cuya acción fue condenada al fracaso por las limitaciones que lo neutralizaron».

**Lectulandia**

Félix Luna

**Alvear**

**ePub r1.0**  
**et.al** 01.06.2018

Félix Luna, 1958  
Retoque de cubierta: et.al

Editor digital: et.al  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Al ingeniero Gabriel del Mazo, por su inestimable y constante asesoramiento;*

*A los señores Roberto Etchepareborda y Guillermo D'Andrea Mohr, por su generosa autorización para revisar y transcribir los documentos del archivo de Alvear;*

*A la dirección y personal de la Biblioteca del Congreso de la Nación, por las facilidades concedidas para la compulsa de diarios, revistas y libros;*

*A Carmen F. de Bertelloni y Salandro Cosentino, por la eficacia con que colaboraron en los aspectos materiales de la obra;*

*A los señores doctor César Viale, D. Tito M. Rapallo, D. Manuel O. Marthol, doctor Diógenes Taboada, arquitecto Martín S. Noel, escribano Francisco Ratto, doctor Arturo Frondizi, D. Carlos Merlini, doctor Emir Mercader, doctor Carlos Saavedra Lamas, doctor Oscar Marino, doctor José Peco, por sus testimonios;*

*A los señores arquitectos Nicolás Babini, D. Horacio Arbeille, doctor Juan Ovidio Zavala, doctor Horacio J. Guido y profesor Noé Jitrik, por el afectuoso aliento con que impulsaron la realización de esta obra.*

**EL AUTOR HACE PÚBLICO SU AGRADECIMIENTO**

## Prólogo

*Hace más de quince años —¡ya quince años!— me puse a escribir esta biografía de Marcelo T. de Alvear, que apareció en enero de 1958 bajo el amparo de un sello editorial de efímera duración. Todo el proceso de elaboración de este libro como también de su publicación estuvo, como podrá presumirse, enmarcado por las circunstancias políticas derivadas del gobierno de facto de Aramburu y la lucha por el poder librada por dos versiones antagónicas del radicalismo tradicional. En consecuencia, no es aventurado suponer que el joven militante del radicalismo intransigente que en aquellos años se dedicó a revivir el itinerario de Alvear estuviera condicionado por el marco de la época y por su propia lucha, y a veces incurriera en analogías, alusiones, parábolas y comparencias tendientes a llevar agua al molino de su partido... Confieso estos abusos sin intentar justificarlos y me imagino que el lector de esta edición los advertirá sin mucho trabajo. Saldados estos tributos oblatos a la realidad política de la época en que se gestó, creo que Alvear puede seguir prestando utilidad al público, y por eso he consentido en ésta, su nueva aparición.*

*Ahora, recorriendo otra vez sus páginas, advierto que, sin habérmelo propuesto, ellas no hablan solamente de nuestro pasado histórico más o menos reciente sino de un tema fundamental: la seriedad en la acción política.*

*Puede hacerse política por muchos motivos, pero hay sólo dos formas de dedicarse a hacer política: en serio o no.*

*La política en serio tiene un estilo, un tono que excluye toda frivolidad, toda improvisación: es una exigencia total y excluyente, tiránica, que se impone como el oficio principal y la obsesión de quien la ejerce.*

*Alvear sólo hizo política en serio durante los últimos diez años de su vida. Cuando le llegó ese momento dejó atrás todo lo que había constituido la parte más grata de su existencia para asumir, como una piel nueva, una personalidad rigurosa de hombre político. Pero hay que aclararlo: ni siquiera esta sincera consagración lo salvó de equivocarse, porque su mentalidad estaba aprisionada por limitaciones que jamás pudo salvar. Por esto mis páginas transpiran abiertamente una cordial simpatía por el drama humano que debió vivir Alvear, así como establecen una*

*crítica objetiva a las servidumbres y carencias de su acción política, aunque fuera realizada en serio.*

*Esta doble vertiente, la simpatía personal y la crítica política confundieron a quienes en su momento comentaron este libro. Aquélla fundamentó que se dijera que era un libro pro alvearista; ésta justificó que lo tildaran de antialvearista. ¡Como si mi intención hubiera sido formular una apología o una detracción del biografiado! Algunos viejos amigos de don Marcelo quedaron dolidos por la descarnada manera como afronté el problema de su vinculación con el negociado de la CHADE. Repito: mi propósito no era calificar una trayectoria, porque la historia moralista no es mi especialidad. La idea que nutre este libro se relaciona con algo mucho más importante: la capacidad o incapacidad de la acción política para transformar una sociedad y las exigencias vitales que reclama la consagración total a semejante tarea.*

*Hace algunos años, al escribir el prólogo a la reedición de mi Yrigoyen, dije que toda obra de juventud se relee con algún rubor. Al revisar de nuevo el texto de Alvear no niego que ahora me siento un tanto desapegado de algunos de sus párrafos. Los he dejado intactos, no obstante, porque creo que los libros tienen vida propia y deben quedar como testimonios de las etapas que han recorrido sus autores en las empresas del pensamiento. Por eso, esta obra sigue siendo mía, y como tal la avalo.*

*Me he limitado a abolir algunas palabras que hace quince años me pudieron parecer eruditas y astutas y hoy me suenan a pretensiosas. Lo demás (o sea prácticamente todo) queda como estaba. Y así sale a correr esta nueva aventura editorial.*

## Prólogo con grandeza

*El sol de abril espejeaba en las aguas del río color chocolate. Un olor acre a dársena flotando en el ambiente y el ajetreo del desembarco.*

*Bajaba la planchada con su estatura prócer, agitando a ratos el rancho para darse aire a la cara congestionada. Atrás, un grupo sonriente pugnaba por enfrentar los fogonazos de la prensa. Abajo, la multitud aclamando su nombre y el nombre del Gran Ausente: banderas, carteles, sombreros y boinas blancas dando la bienvenida al viajero.*

*Nunca había sido hombre de partido. Empezó a actuar en política cuarenta años antes —¡ya cuarenta años!— con el mismo espíritu deportivo con que hacía box con Jorge Newbery o tiraba al blanco en lo de César Viale. El apellido histórico, la generosidad de su temperamento, su lealtad al jefe, lo llevaron a ocupar puestos de primera línea: pero no era un político. Era muchas cosas, y también un político. Lo era como también podía ser deportista, o gourmet, o aficionado a la música, o turista... Después, los tiempos y el triunfo de su partido lo fueron encumbrando a posiciones destacadas: diputado nacional, ministro en París, delegado a la Asamblea de Ginebra. Y, luego, presidente de la Nación.*

*Pero no era hombre de partido. No era hombre de pueblo. Por persistir en su decisión de no serlo había cometido los más grandes errores de su presidencia. Ahora todo eso quedaba muy atrás, como quedaban en un plano ya muy lejano sus tres últimos años en Europa. La multitud lo recibía, lo reclamaba y lo ungía. El pueblo radical, al que nunca había querido darse totalmente, lo estrechaba a su angustia, le estaba exigiendo que lo condujera. Le estaba pidiendo el mayor sacrificio que podía hacer: renunciar a ser un personaje nacional para ser jefe de un partido perseguido, calumniado y disperso. Renunciar a ser un gourmet, un turista y un aficionado al teatro para ser un conductor de hombres.*

*El sol de abril, la multitud, las banderas, el olor a dársena... Desde este día sus últimos años habría de vivirlos en presencia de pueblo. Sería lo que nunca había sido, lo que nunca había pensado ser. Podía coronar su vida con un insigne destino. Todo lo anterior había sido una larga preparación, un prólogo de medio siglo para*

*estos años que le quedaban por vivir.*

*Le aguardaba un destino de alta belleza civil. Podía asumirlo o desecharlo. Si lo hizo o no, esto es lo que relata el presente libro, principalmente con la crónica de los años que comienzan cabalmente en ese 25 de abril de 1931, cuando al desembarcar se encontró con un pueblo que acudió a él para que lo sacara con bien de su tribulación. Tiempos densos y duros, con errores y aciertos, con grandezas y miserias, con bellos gestos y desdichados renuncios, pero en firme ejercicio de la magistratura que su gente le confiriera.*

*Terminó de bajar la planchada. La gente lo rodeó. Quedó sumergido en el rostro confuso de la multitud. El sudor le abrillantaba la gran calva y había una emoción casi pueril en sus ojos: Marcelo Torcuato de Alvear se confundió con su pueblo.*

I

## El Pollo Marcelo

## I

Es absurdo hablar de aristocracia en la Argentina. En las grandes familias porteñas basta trepar un poco el árbol genealógico para topar con el abuelo contrabandista o bolichero. Y las viejas cepas del interior, que a través de los antepasados conquistadores entroncan con linajes españoles, han padecido tantos siglos de oscuridad y pobreza que su lustre perdió el brillo y sólo les queda una hidalguía de gotera, un procerato municipal.

Probablemente era la de Alvear una de las pocas familias argentinas que podía jactarse de una real aristocracia. Eran un tronco de origen castellano, radicado hacia el siglo XVIII en Andalucía, linaje prolífico y de actuación lucida. Los argentinos venían de don Diego Estanislao de Alvear y Ponce de León, que llegó a ser brigadier general de la Real Armada Española; en 1770 fue enviado al Río de la Plata para trazar los límites con Portugal, y aquí se casó con una Balbastro. Tuvo veinte hijos en sus dos matrimonios y murió de ochenta años. ¡Viejo entero! A un promedio de hijo por cada cuatro años de vida... Regresaba en 1804 a España con su familia cuando buques ingleses atacaron su navío. En el combate murieron su mujer y toda la prole, menos uno, que fue llevado prisionero junto con él.

El vástago sobreviviente era Carlos María de Alvear, ese frustrado Napoleón sudamericano, brillante, ambicioso y discutido, que habría de pasar como un vértigo en la historia vieja de la patria. De su casamiento con una dama andaluza hubo diez hijos, el quinto de los cuales fue Torcuato, nacido en Montevideo en 1822.

Tres generaciones representativas de tres etapas diferentes del país, don Diego, español, vinculado a estas tierras por su casamiento y por su carrera; Carlos María, guerrero de la Independencia y diplomático de Rosas; Torcuato, primer intendente de Buenos Aires, hombre de progreso y administración. En 1854 Torcuato contrajo matrimonio con doña Elvira Pacheco, hija del general Ángel Pacheco, uno de los pocos militares de escuela adictos a Rosas. Siete hijos tuvo. El menor se llamaba Máximo Marcelo Torcuato y nació el 4 de octubre de 1868. Eran los amenes de la presidencia de Mitre: una semana más tarde asumiría la presidencia Sarmiento. Ardía aún la guerra contra el Paraguay y el país era una cosa informe, jadeante de montoneras, indios y desierto.

Interesa recordar la estirpe de Alvear. Toda su vida habría de estar marcada por el estilo de su linajudo pedigree. Su abuelo, compañero de San Martín y funcionario de Rosas; su padre, contertulio de todos los personajes ilustres de la época; el otro abuelo, protagonista de guerras civiles y de aquél no develado misterio de su ausencia en Caseros... Las tradiciones familiares eran las de la patria. En las crónicas de las tías viejas escuchaba desde niño la evolución de hechos y hombres vinculados a la historia nacional, y podía vivir como si fuera propio medio siglo de luchas, intrigas, glorias y crueldades. Era fácil sentirse un poco responsable de un país que habían



*Marcelo Torcuato de Alvear era nieto de los generales Carlos María de Alvear y Ángel Pacheco. Retrato del general Alvear, óleo de Rondenay.*

formado los hombres de su sangre. Este sentimiento (que en otros hombres de la oligarquía derivó en un pesado paternalismo) fue una de las constantes de la vida de Alvear. Como fue también permanente cierta limitación en su aptitud para entender al pueblo. Alvear podía hacerse cargo de las exigencias políticas de su pueblo, y en realidad fue, en su momento, uno de los que interpretaron los reclamos de millones de argentinos ansiosos de participar en la vida cívica del país. Podía también —y así lo hizo durante su desempeño en las funciones públicas— ser sensible a ciertas necesidades sociales o a las injusticias derivadas de un orden económico deformado; pero le era imposible concebir un rostro trágico de la Argentina, hacerlo suyo, sentir entrañablemente en su vivo dolor el golpe repetido de la miseria sin esperanzas.

No se trataba, desde luego, de una insensibilidad humana. Al contrario. Pero su nacimiento encumbrado, su vida fácil, su desconocimiento de la realidad de todos los días, le impedían vibrar cálidamente ante la dimensión humana de su gente. Tenía un criterio de buen administrador, pero no se sentía ligado a las angustias del hombre condenado.

Y su señorío. Alvear fue un verdadero aristócrata, si por tal se entiende al que se siente mejor que el común y se dispone a servirlo con generosidad y limpieza. Su señorío lo salvó de incurrir en determinadas actitudes que pudieron ser decisivas en su vida. Se sentía responsable de su propia trayectoria, no sólo ante sus contemporáneos, sino frente a sus antepasados. Intentó ocultar cuidadosamente ese flanco de su personalidad, sobre todo cuando asumió la jefatura del radicalismo, pero lo cierto es que los conspicuos fantasmas de su estirpe eran para Alvear una presencia viva y cotidiana.

Otra circunstancia impuesta por su nacimiento era la tradición federal que le venía tanto por los Alvear como por los Pacheco. Estos antecedentes familiares lo vinculaban de algún modo con la corriente histórica popular, a pesar de su posición social estrechamente vinculada al patriciado argentino. Sería éste un fenómeno que habría de darse también en hombres como don Bernardo de Irigoyen y Roque Sáenz Peña, ambos de raíz federal y expresiones de los círculos más oligárquicos del país, pero servidores en algún momento de la causa del pueblo.

Además, el ambiente en que se crió, rodeado de servidores, clientes y criados —con el agravante de ser el menor de los siete hijos, habiendo fallecido tres hermanos en la infancia—, facilitó el desarrollo de un carácter dominante y vivo, apto para el

arranque voluntarioso y el desplante. Defectos de «niño bien» consentido y regalón que trató de compensar con otras cualidades innatas, pero que cargó hasta el fin de sus días.

Pero hay algo fundamental que gravitó sobre Alvear toda su vida y constituyó la mayor limitación a sus posibilidades como conductor popular; algo que debe atribuirse únicamente a las condiciones de familia y posición social que rodearon su existencia. Se trata de su falta de comprensión sobre las verdaderas dimensiones de la lucha que debía librar el partido al que perteneció. Su estrecha vinculación con la oligarquía le impidió ver que la batalla debía darse en todos los frentes, sin ninguna concesión. Alvear vio el panorama político argentino como una pacífica contienda a la europea entre dos agrupaciones escasamente diferentes, la una un poco más progresista, la otra un poco más conservadora. No entendió que eran dos versiones del país las que andaban en danza, y que el plano político era sólo uno de los terrenos donde la oligarquía afirmaba sus posiciones. No tuvo un planteo total del problema ni percibió con claridad la dicotomía irreductible de la historia nuestra. En verdad, era difícil que así fuera, llamándose como se llamaba y viniendo de donde venía.

Pero todo esto lo iremos viendo más adelante.

El niño de los bellos nombres latinos, Máximo Marcelo Torcuato, se criaba en un hogar que era de los primeros en la sociedad porteña. Vivían los Alvear en un palacio situado en Juncal 1082, esquina Cerrito, en el nuevo faubourg residencial adonde iban emigrando las familias tradicionales desde el barrio sur, a partir de la epidemia de fiebre amarilla. Era una mansión estilo francés, con un gran portal para los coches, salones lujosamente decorados y sala de armas. Custodiaba el portón un hermoso perro San Bernardo, temor y admiración del vecindario infantil. Aquí, en las cercanías de la iglesia del Socorro, vivían los Quintana, los Cobo, los Uriburu, los Drago, los Paz, los Pereyra Iraola. Las barrancas del Retiro eran lugar de rabonas y de empresas deportivas infantiles; el río estaba a dos cuadras y todavía solía poblarse a la tarde de lavanderas habilidosas. La cervecería Bieckert desentonaba con sus humeantes chimeneas en el elegante barrio porteño.

Don Torcuato no actuaba en política muy visiblemente, pero estaba al cabo de todas las intrigas de la época y era cabeza de un grupo de señores de relativa figuración. Para ellos la política no interesaba sino en función de la protección de los intereses que representaban: era más cómodo dejar las posiciones públicas a sus personeros. Figuró entre los promotores del Partido Autonomista Nacional, que serviría de base política al régimen roquista. Federalizada Buenos Aires, fue su primer intendente, y en la función edilicia se destacó por sus iniciativas progresistas. Era un miembro egregio del régimen, pero cuando en 1889 se produjo la convocatoria de la juventud independiente asistió al acto del Jardín Florida y cerró el acto con las palabras emotivas y huecas que tanto gustaban a los públicos de la época. Para ese entonces ya estaba enfermo; murió en diciembre de 1890 y en su entierro habló Pellegrini, a la sazón presidente de la República.



*Torcuato de Alvear, padre de Marcelo, fue el intendente de la ciudad de Buenos Aires durante el gobierno del general Julio A. Roca.*

Los hijos de don Torcuato —Carmen, Ángel, Carlos y Marcelo— se criaban como pequeños príncipes en la ciudad que se transformaba día a día. El menor era el mimado. Su madre lo adoraba y don Torcuato tenía por él una especial debilidad. Lo trataba como a un hombre hecho y gustaba hacerse acompañar por su benjamín en las reuniones y visitas que efectuaba. En 1879 entra al Colegio Nacional de Buenos Aires. Sus estudios eran irregulares: rinde el segundo y tercer año recién en 1881, y dos años después el cuarto y quinto. Concluyó el bachillerato en el Colegio Nacional de Rosario, muy flojo en latín y griego; correcto, en general, pero sin brillo.



En febrero de 1886 el joven Alvear solicita al doctor Manuel Obarrio, decano de la Facultad de Derecho de Buenos Aires, que se lo matricule como estudiante regular. Ese año fracasa en

*Marcelo Torcuato en el estudio fotográfico Witcomb en el año 1879, cuando ingresó al Colegio Nacional de Buenos Aires. La foto está dedicada en francés.*

Introducción al Derecho y apenas logra ser aprobado en Derecho Internacional

Público. En los años siguientes va rindiendo sus materias con regularidad, sin sufrir ningún aplazo y con calificaciones bastante altas, especialmente en los distintos cursos de Derecho Civil.<sup>[1]</sup>

Era Máximo Marcelo Torcuato, por esos años, un joven de buena talla, espigado, rostro ovalado, enmarcado por una suave barba estilo unitario. Un rostro dulce y sin firmeza. Entre la juventud dorada gozaba del prestigio de su apellido y una pequeña fama de chico discreto, divertido. Un buen compañero, un leal amigo, un alumno más o menos bueno. Un «pollo», como se decía entonces.

El 23 de mayo de 1891 se realiza la solemne entrega de diplomas a los nuevos egresados de la Facultad de Derecho. Entre los graduados están Marcelo de Alvear, junto con Felipe Senillosa, Manuel A. Portela, Leopoldo Melo, Federico Ibarguren, Tomás A. Le Breton, Julio Moreno, Zoilo Cantón, Mariano Calvento y otros.

A fines del año anterior había muerto don Torcuato, su padre. Pero ese año 90 le había ocurrido al flamante abogado algo muy importante.

Se había encontrado con la política. No solamente con la circunstancia política que lo rodeaba, sino con un tipo de actividad cívica que habría de arrebatarse todo su fervor. En realidad, siendo un Alvear, era casi fatal este encuentro. En aquellos tiempos los apellidos determinaban en alguna medida las vidas de la gente. Si uno era Campos casi seguro que sería militar; si López, historiador; si Varela, periodista... Marcelo se había criado entre intrigas y cabildeos. Fue en la casa de su padre donde se reunieron a tomar té, a mediados de 1879, unos cuarenta personajes que lanzaron la candidatura de Roca. Allí se amadrigó lo que dio en llamarse el «Comité de la Mansión Alvear», que piloteó hábilmente la presidencia del Zorro. El joven heredero estaba acostumbrado, pues, al comercio cotidiano del rumor y el comentario. Su padre solía llevarlo, adolescente aún, a las reuniones políticas para entrenarlo en el arte de la cosa pública.

Pero la revelación cívica había llegado a Marcelo por vías de belleza civil, con puntos de romanticismo y de heroicidad muy diferentes de la política que se cocinaba en las tertulias oligárquicas que él conocía. La cosa había ocurrido hacia agosto del 89. Ante el «Banquete de los incondicionales», que un núcleo de muchachos oficialistas organizara en honor de un probable sucesor del presidente Juárez, cierto abogado entrerriano tiró un furibundo artículo en *La Nación*. Probablemente el «Tu quoque, juvenus...» ha sido la intrascendencia periodística con más largo alcance que se ha escrito jamás en el país. Tuvo un excesivo destino, atento a la inocuidad de su contenido, pero entró a la historia revestida del don de la oportunidad. Al día siguiente de la aparición del artículo algunos amigos visitan al autor y le proponen un banquete, conforme a los usos de esos años. El homenajeado se excusa y propone realizar una reunión política para reaccionar contra el clima que se estaba viviendo. Se hace una conversación más amplia, a la que se invita a unos treinta muchachos. Entre éstos, el pollo Marcelo, a la sazón estudiante adelantado de Derecho.

La idea cobra forma. Se designa una Comisión Directiva para correr con los

trámites del proyectado *meeting* y pensar un nombre y algunas bases para el futuro movimiento. Marcelo integra esta comisión, junto con Alberto López, Emilio Gouchon, Manuel A. Montes de Oca y el autor de la afortunada catilinaria, Francisco A. Barroetaveña. En la nueva tarea, Marcelo trabajó fervorosamente. Allega fondos, convoca amigos, transmite su entusiasmo incluso a su padre y algunos patricios de su círculo. El 1.º de setiembre se lleva a cabo el *meeting* del Jardín Florida, cuyo éxito resulta sorprendente. Es allí donde la juventud porteña descubre a Leandro N. Alem. El caudillo autonomista retirado de la actividad política desde el año 80, cuando su célebre intervención en la Legislatura contraria a la federalización de Buenos Aires. Desde entonces apenas había tenido actuación pública. Lo amargaba profundamente el estado de cosas dispuesto en el país a través de los presidentes Roca y Juárez. La mozada porteña que aclamó a Alem en el Jardín Florida no compartía, quizás, sus recónditos motivos, pero lo vio insobornable y limpio, y no trepidó en brindarle su populosa jefatura. Ellos se indignaban con la adulación que campeaba en las esferas oficiales y sentíanse inquietos ante una crisis que día a día se tornaba más incontenible. Pero ninguno soñaba alterar el orden dado en el país, ni podían imaginar, siquiera, que pudiera caminarsse por otros rumbos que los que estaban marcados. Probablemente, Alem tampoco: pero tenía una sensibilidad, una receptividad emocional que podía facilitarle eventualmente localizar con mejor agudeza los medios eficientes para terminar con un régimen cada vez más injusto.

Pero en la emergencia todos coincidían en postular dos soluciones elementales: moralidad administrativa y sufragio efectivo; y Alem era un símbolo de ambas proposiciones por la austeridad de su vida y su lucha política anterior. Por eso, en la asamblea del 1.º de setiembre de 1889 su barbada silueta de viudo de la Patria arrebató de entusiasmo a todos.

Y también a Marcelo. En el caudillo de Balvanera, Marcelo encontraba cierto desdén por lo material que lo diferenciaba nítidamente de los comensales de su padre; cierto renunciamiento que parecía locura en el círculo oligárquico de la Mansión Alvear, cierto aliento popular que no llegaba al palacete de la calle Juncal. Era Alem para Marcelo la contrafigura de su propio mundo. En su adhesión al líder de la Unión Cívica volcaba su rebeldía juvenil contra la circunstancia vital que lo envolvía blandamente desde su nacimiento. De padres ateos suelen salir hijos religiosos; de padres reaccionarios, hijos liberales. Don Torcuato, enriñonado en la más rancia oligarquía, habría creído que al brindar sus hijos al nuevo movimiento cívico (como cuenta la tradición que hizo cuando lo del Jardín Florida) les ayudaba a completar su figuración personal. Pero en el caso de Marcelo, su adscripción a la Unión Cívica implicaba una rebeldía contra su mundo, contra su parentela, en un intento de hacerse por sí mismo un destino singular.

Como quiera que sea, Marcelo se lanzó con un entusiasmo muy propio de su carácter a esos territorios hasta entonces desconocidos: las asambleas populares, el comité, la conspiración. Oficiaba como secretario de Alem. Si al joven aristócrata

había impresionado la personalidad del caudillo porteño, éste retribuía su devoción con un viril afecto. Marcelo tenía buenas condiciones: era decidido, generoso, sincero y disciplinado. Su apellido prestigiaba el círculo del hijo del mazorquero. Vocal y después presidente del Club del Socorro, miembro de la Comisión Directiva de la Unión Cívica, secretario del Comité Nacional, empezó a participar en los trabajos revolucionarios y tuvo intervención, más o menos anónima, en el estallido del Parque.<sup>[2]</sup> Ya era figura conocida en este ambiente. El pollo salía del cascarón, del claustro universitario, de la recepción elegante, para invadir nuevos círculos. Por entonces se había afeitado la barbilla unitaria y trabajaba unos grandes bigotes que no alcanzaban a endurecer su rostro bonachón, coronado por una rebelde cabellera.

La caída de Juárez trajo un poco de paz en el revuelto ambiente político de ese año noventa. Marcelo aprovecha para rendir sus últimas materias y se recibe de abogado a fin de año. Poco después fallecía don Torcuato. El riguroso luto que se usaba en esos tiempos impúsole a Marcelo una pausa a sus nuevas actividades. Pronto volvería a la lucha.

Cuando se dividió la Unión Cívica, a mediados de 1891, Marcelo se mantuvo al lado de Alem. Por temperamento gustaba más de la lucha frontal, revolucionaria, que ofrecía el caudillo a sus huestes que del «acuerdo» blando y tramposo que postulaba Mitre. Además, Marcelo era de tradición antimitrista. Su padre había sido autonomista, de los fundadores; y siendo autonomista se podía llegar a ser radical, pero jamás mitrista. Acompañó a Alem en su febril trajinar por los comités suburbanos cuando la disyuntiva acuerdo-intransigencia urgía a todos y firmó, como secretario del Comité Nacional, el histórico manifiesto del 2 de julio de 1891, acta de fundación de la Unión Cívica Radical.



*Alvear (primero de la izquierda) junto a José C. Crotto, Enrique Pérez, Luis Basail, Tomás Vallée y Mariano de*

Dos meses más tarde Marcelo salía de Buenos Aires acompañando a Alem en la gira que iba a realizar el caudillo radical por el interior en apoyo de la fórmula Irigoyen-Garro. El viaje sería otra novedad para el joven abogado. Las giras políticas suponen siempre incidencias de toda clase, desde las situaciones jocosas impuestas por la forzada convivencia durante días enteros hasta el arrebató heroico de la tribuna o la experiencia humana de nueva gente y nuevos paisajes. De todo hubo en esta excursión de setiembre del año 91. Delirio popular, agasajos de provinciana cordialidad, amenazas de agresiones, conatos de descarrilamientos. Hasta Jujuy llegó el caudillo de las blancas barbas acompañado de ese equipo juvenil y fervoroso. Marcelo se extasió ante los pintados cerros jujeños, se bañó en el riguroso polvo de Santiago, danzó en la recepción que los Posse ofrecieron a los visitantes en Tucumán. Anudó con algunos de sus compañeros amistades que durarían toda la vida; con Remigio Lapo, con Delfor del Valle. El 4 de octubre cumplió sus 23 años en el hotel de Jujuy. Esa madrugada bajó Alem llevando a Marcelo, en la bandeja que usaba para sus utensilios de mate, los pequeños regalos de toda la delegación.

El fin del año 91 y el comienzo del 92 se deslizaron en medio de una extraordinaria agitación política. Por un lado, la Unión Cívica Radical llevaba a cabo una campaña electoral de características nunca vistas en el país. Por el otro, el roquismo y el mitrismo no acababan de ponerse de acuerdo sobre su candidato. Pero la vigorosa campaña electoral del radicalismo iba a tener un inesperado final. El 2 de abril la policía detiene a todo el elenco radical so pretexto de una revolución que estaban fraguando.

Marcelo conoce la detención, la incertidumbre, las incomodidades del confinamiento. Lo llevan primero a la corbeta *La Argentina*. Luego lo pasan a la cañonera *Paraná*, con Juan Posse, Julio Arraga y Celindo Castro. Varios días permanece en el barquichuelo, confortado por la *Historia Argentina* de Vicente Fidel López que le alcanza su hermano Carlos. Después, nuevo traslado: al pontón *Rossetti*, donde se encuentran hacinados casi todos los dirigentes radicales, incluso Alem. Semanas más tarde, los presos son desembarcados en Montevideo. Allí pasean durante unas semanas su romántica pinta de exiliados.

El 27 de mayo (1892) retorna Marcelo al país. Sus veintitrés años están madurando en la lucha y las molestias de la acción política. Ya no es simplemente un muchacho distinguido del círculo de Alem. Está adquiriendo una definida personalidad. Ahí está su actuación en las elecciones de gobernador de Buenos Aires, a mediados de 1892.

El Comité de la Provincia le había encomendado la dirección del partido en la segunda sección electoral. Allá va Marcelo, comprobando enseguida que el caudillo conservador había amañado la elección en connivencia con el comisario. Marcelo se dirige a la comisaría, a exigir garantías. El caudillo también entra al local policial

«por casualidad». Al escuchar las pretensiones del forastero, interviene despectivamente:

—No le haga caso, comisario...

Pero el joven delegado se hace respetar. Se quita su chalina de vicuña y golpea con ella el rostro del insolente.

—¡Fuera de acá...! ¡Fuera de acá...! —repite, rojo de ira, llevándolo hacia la puerta, mientras la mano izquierda, en el bolsillo del saco, se cierra firmemente sobre un innegable revólver.

—Calma, doctor... Tranquilícese, doctor... —Es lo único que atina a decir el comisario, mientras Marcelo echa a ponchazos y empujones al entrometido.

Y cuentan las crónicas locales que esa vez, en Chacabuco, no hubo fraude...

Esta vinculación de Marcelo con el Comité de la Provincia era consecuencia de su creciente amistad con su presidente. Marcelo había conocido a Hipólito Yrigoyen en las vísperas del Parque. Se trataba de encontrar un jefe de policía para la Capital Federal. Aristóbulo del Valle dijo que conocía a un pariente de Alem que había sido comisario y podría desempeñar cumplidamente ese papel. Fue entonces cuando Yrigoyen entró en contacto con Marcelo, Le Breton, Apellániz, Ayerza, Senillosa y el resto de los muchachos cívicos. Hasta entonces no se conocían ni de vista. Después del Parque, Marcelo siguió frecuentando a Yrigoyen en las tertulias del comité y en el Café de París. Yrigoyen cenaba a veces allí y solía invitar a algunos de los muchachos que formaban su círculo. Jamás comía con más de una persona y nunca se dejaba invitar. Tenía casi veinte años más que el hijo de don Torcuato, pero suplía la diferencia de edad con su trato encantador. No se tuteaban pero se llamarían por su nombre de pila durante toda la vida. Las relaciones de Yrigoyen y Marcelo trascienden la esfera personal o anecdótica para ser materia de historia. Cualesquiera fueran las peripecias políticas, Yrigoyen conservó siempre un increíble afecto por Marcelo y lo defendió invariablemente de los ataques de sus propios amigos. En estos años Marcelo parecía ser su mejor discípulo, y su presencia atraía hacia la recia personalidad de Yrigoyen a un selecto grupo de muchachos porteños que olvidaban la jugera por estos menesteres más levantados que les ofrecía en la conversación susurrada este hombre extraño cuya figura ya se iba proyectando hacia la jefatura del partido.

El Comité de la Provincia exhibía una organización que contrastaba con el resto del partido. Cada pueblo de Buenos Aires tenía su comité radical, los organismos partidarios funcionaban con regularidad y sin estrechez. Marcelo se sentía cómodo en esa telaraña desde cuyo centro urdía pacientemente su tela Yrigoyen. La organización del Comité de la Provincia estaba preparada para alzarse revolucionariamente en cualquier momento. Sólo se aguardaba el momento propicio.

A mediados de 1893 se presenta la oportunidad esperada. El ministerio de Aristóbulo del Valle afloja las resistencias del Régimen. Los pueblos saben que el

gobierno nacional no se moverá para sostener las oligarquías locales. El Comité de la Provincia juzga llegado el momento. Yrigoyen decide la fecha. Marcelo será una especie de jefe del Estado Mayor de la revolución, con asiento en el nudo ferroviario de Temperley. Un lucido grupo de jóvenes lo acompañará. Son los compinches de sus alegres noches: la patota que se reúne cotidianamente en la peluquería de Bonifacio o en el Teatro Nacional.

Pero súbitamente se resuelve adelantar la fecha de la revolución. Yrigoyen debe partir con urgencia para Las Flores, desde donde tendrá que sublevar toda la zona central de la provincia. Apenas quedan unas horas para avisar a los dirigentes locales. Hay que notificar a Marcelo. Pero ¿dónde está? Varios amigos salen, ya entrada la tarde del 30 de julio, a buscar al futuro jefe del Estado Mayor. No está en su casa. Tampoco saben de él sus amigos más íntimos. ¿Se encontrará en alguno de sus escondites de soltero? Van pasando las horas y Marcelo no aparece. Ya es de noche. Si falla la ocupación de Temperley las posibilidades del triunfo se reducirán sensiblemente.

Por fin, algún bien informado señala una pista. Tal vez se encuentre en el Teatro Lírico. Allí, en efecto, en un estratégico palco, rodeado de señoras y caballeros, está Marcelo. El emisario llega hasta él y le comunica la noticia. Queda media hora para partir hacia la revolución, hasta el incierto destino que se abre en la fría noche de ese 30 de julio. Marcelo no duda un minuto. Da una vaga excusa a sus compañeros y parte. El pollo galanteador se ha convertido en dirigente de la revolución radical. Toda la noche anda Marcelo y su grupo dando rodeos, guiados por un tal Aurelio Bagú, un *jockey* de Lomas de Zamora que estaba rengo a consecuencia de una rodada y que en la emergencia sirvió de baqueano a los revolucionarios. Al fin logran llegar a Temperley, toman la comisaría y se instalan en el estratégico pueblo.

Durante tres agotadoras jornadas Marcelo desempeña su misión en Temperley, olvidado de su teatro, su círculo, su vida cómoda, para consagrarse al triunfo popular. Y como si su circunstancial atuendo fuera todo un símbolo de su vida, lleva debajo del abrigo, tal vez un poco ajado por el trajín, pero siempre elegante y bien cortado, su frac...

«Al amanecer llegamos a Temperley. Lo que vi me pareció un sueño. Numerosos contingentes armados, desfilando por la calle real, íbanse internando en las transversales a ocupar los sitios que les había fijado el Estado Mayor. El orden y la disciplina producían una impresión de asombro. A nadie se le hubiera ocurrido que esa organización fuera el resultado de tan escasas horas de labor. De vez en cuando sonaba el clarín y se veía pasar a los ayudantes en sus caballos a todo escape; silbaban las máquinas pidiendo vía libre para entrar a los desvíos a vaciar los largos convoyes atestados de soldados ciudadanos, y entre tanto ocurría esto, continuaban desfilando las comisiones que venían a ofrecer víveres, vehículos, ponchos, frazadas, caballos, balas y fusiles. Todos preguntaban por Yrigoyen, todos querían verle y a cada instante subía su nombre en una ovación.»<sup>[3]</sup>

El milagro pertenecía, en alguna medida, a Marcelo, jefe del campamento de Temperley.

Tres días más tarde llega Yrigoyen al frente de mil quinientos hombres después

de sublevar todo el centro de la provincia. El 4 de agosto el jefe de la revolución crea varios batallones con el objeto de defender el campamento de Temperley. El batallón General Alvear será comandado por el nieto del prócer. El 7 se reúne en Lomas de Zamora el Comité de la Provincia para elegir gobernador provisorio. Yrigoyen se niega tercamente a aceptar la gobernación provisorio ni la definitiva. Al fin se designa al doctor Juan Carlos Belgrano, quien de inmediato nombra su gabinete. Será ministro de Obras Públicas Marcelo. Es un gran honor para este joven que todavía no tiene 25 años. Probablemente Yrigoyen ha dejado caer la sugestión. Él sabe hacer distinguir a los hombres que quiere.

Días después la columna triunfante entra a La Plata sin luchas. Allí se instala el gobierno revolucionario, y Marcelo se hace cargo de su cartera. Poco puede hacer en el breve lapso de su ministerio. Los contados días del gobierno de Belgrano pasan entre intrigas y sobresaltos: que el presidente no sostendrá a Del Valle, que Pellegrini volteará el gabinete nacional; que Del Valle está luchando para ser interventor en Buenos Aires.

A fines de agosto se decreta la intervención a Buenos Aires y se procede al desarme de los revolucionarios. Fracasaba en los hechos el levantamiento cuidadosamente preparado por Yrigoyen, pero el radicalismo se afirmaba cada vez más en el fervor popular. Marcelo había tenido su experiencia revolucionaria y de jefatura. Se había desempeñado bien. Podía volver orgulloso a su casa, donde su madre lo había estado extrañando; podía regresar a su patota para contar los episodios vividos.



*Alvear (sentado, segundo desde la izquierda), con un grupo de socios en el Círculo de Armas, 1890.*

Últimos años del siglo, Marcelo alternaba su vida social con los ejercicios como oficial de la Guardia Nacional, y la labor política. La muerte de Alem —ocurrida en 1895— fue un duro golpe para el radicalismo, no sólo por la pérdida sufrida sino porque el equilibrio interno del partido se rompía en favor del círculo que rodeaba a don Bernardo de Irigoyen, cada vez más proclive a un entendimiento con el mitrismo. Marcelo sigue estrechando su amistad con Yrigoyen. Largamente comentan el desastre que significaría para la Unión Cívica Radical una política conciliatoria con el mitrismo, epígono menor del Régimen cuya trayectoria es una perpetua invitación al acuerdo. A mediados de 1897 hace crisis la cuestión interna. La Convención Nacional, dominada por los elementos adictos a don Bernardo, aprueba la política de las paralelas, nueva versión del «acuerdo» de 1891. Yrigoyen hace lo indecible para impedir la resolución de la Convención. Un joven delegado santafesino, Lisandro de la Torre, acusa públicamente a Yrigoyen de obstruir la marcha del partido. Usa términos duros, hirientes.

Los amigos de Yrigoyen consideran que es necesario exigir una reparación a De la Torre. Se nombran padrinos: el capitán Tomás Valle —después general— y Marcelo. Niégase De la Torre a retirar los términos empleados y se decide el duelo.

Muchos años después Alvear contaba con su característico gracejo las angustias que pasó con motivo del duelo. Yrigoyen no había tomado un sable en su vida, mientras que De la Torre era un espadachín regular. La víspera del lance Marcelo se esfuerza en enseñar a su apadrinado algunos mínimos artificios. Pero Yrigoyen no da mayor importancia a los apurones de su joven padrino. Quiere saber, únicamente, cómo se toma el sable y cuándo debe empezar a tirar mandobles. El 6 de setiembre de 1897 se efectúa el duelo en uno de los depósitos de Las Catalinas, cerca del puerto (aunque en las actas se lo hizo figurar como en San Fernando). Con el alma en un hilo, Marcelo acompaña a su jefe al riesgoso lance. Se da la señal para comenzar. Yrigoyen entra a sablear furiosamente, a la criolla, sin guardar estilo alguno. Ni un minuto dura la acción. A De la Torre le sangra abundantemente la cara. Yrigoyen le había acertado un buen hachazo. Marcelo puede respirar tranquilo...

Días más tarde se reúne en casa de Marcelo el Comité de la Provincia, que preside Yrigoyen. Ante la resolución de la Convención Nacional se decide renunciar en pleno y disolver el organismo. Así se hace, y los renunciantes dirigen una nota a don Bernardo explicando su actitud. Encabeza las firmas Yrigoyen y, a continuación, Marcelo.

Ya era, sin duda alguna, el lugarteniente. Su padrinzago durante el lance con De la Torre, la intervención que le confiere Yrigoyen en el episodio de las «paralelas», evidencian la jerarquía que el jefe le está otorgando.

## II

1898. Nuestro Marcelo cumple treinta años. Hemos reseñado su actuación política, carente por ahora de relieves propios pero digna y sin renuncios. Ha andado bien el pollo: no se ha equivocado. Se libró de la tentación «acuerdista» en 1891, supo distinguir lo que había de peligroso en la proposición de las «paralelas» en 1897. Ha peleado gallardamente en la patriada de 1893 y ha conocido la cárcel, el exilio y la amarga derrota. Es uno de los predilectos de Yrigoyen y en aras de su ideal ha renunciado a la carrera política fácil que su apellido, su posición y sus condiciones personales le tienen garantizada con la sola condición de renunciar a esta locura del radicalismo en que está empeinado.

Ha cumplido, también, con sus deberes ciudadanos en momentos de peligro para el país. La posibilidad de una guerra con Chile lo llevó, como muchos jóvenes de la época, a participar en ejercicios bélicos. Entre 1896 y 1897 Marcelo, con el grado de teniente coronel, comanda el vigésimo batallón del regimiento 4.º de Infantería, bajo las órdenes del teniente coronel Tiscornia, y en tal carácter toma parte en las maniobras de Curú Malal, cerca de Pigüé. La función guerrera exigía una pinta adecuada: por esos meses Marcelo se deja crecer una cerrada barba que completa su atuendo guerrero.

Es un chico que promete. Ciertamente, es un poco farrista, casi lo que se diría un «mala cabeza». Sobre todo, esa manía de ser radical... Pero todo se lo perdona esa sociedad porteña de la que es un hijo mimado, un *enfant gaté* como se dice por entonces. Por de pronto, es el mejor partido de Buenos Aires, al que miran con ojos golosos todas las posibles suegras. ¿Quién no se siente atraído por este muchachón alegre y bromista espigado y robusto, vestido siempre a la última moda? Una calvicie impía le está empezando a devorar la rizada cabellera, pero cuando sale de su palacio de Juncal, rodeado de niñas bonitas rumbo a Palermo, conduciendo hábilmente su tronco Orloff, Marcelo es todo un espectáculo.

Un apellido ilustre, un muchacho «bien», un millón de capital. Porque Marcelo es muy rico. Don Torcuato ha dejado una buena fortuna: una estancia en el partido de Las Conchas, «El Recreo», de dos mil quinientas hectáreas; otra, «Chacabuco», en la zona central de Buenos Aires, de dieciocho mil hectáreas, y una tercera, «Ituzaingó», en La Pampa, de cien mil hectáreas. El ganado que poblaba estas propiedades no bajaba de veinticinco mil vacunos y cincuenta mil lanares. En la Capital Federal, don Torcuato tenía tres casas: la de Juncal, valuada en \$ 400.000, otra en la calle México al 900, valuada en \$ 80.000 y otra más en Callao esquina Guido, tasada en \$ 80.000. Esto, aparte de otras propiedades en Montevideo y sin contar los objetos de arte de la residencia de Juncal y dinero en efectivo.

Estos bienes habían sido repartidos sin intervención judicial entre los hijos de don Torcuato: Carmen (casada con el doctor Benítez y más tarde con el Príncipe de Wrede), Ángel, Carlos y Marcelo. A la muerte de su padre, la hijuela de Marcelo ascendía a unos \$ 266.000 en campos, ganado y dinero.<sup>[4]</sup>

La madre de Marcelo falleció en 1895. Había aportado al matrimonio tierras que

recibiera en herencia de su padre, el general Pacheco, a las puertas mismas de Buenos Aires, entre lo que hoy es Escobar, Pacheco y San Isidro. En la misma forma que lo hicieron al morir don Torcuato, los hijos efectuaron una partición privada de los bienes: Marcelo recibió casi \$ 600.000 en dinero y especies.<sup>[5]</sup> Pero si tenemos en cuenta que las valuaciones fueron hechas por tasadores privados y que probablemente se ocultaron los bienes menos notorios (como es de sano uso en todas las sucesiones), resulta presumible suponer que Marcelo, a los treinta años de edad, tenía no menos de un millón. Un millón de los pesos de 1898, cifra que se puede conjeturar mucho mayor en lo referente a las tierras, que se valorizaban año a año en aquellos felices tiempos.

Más tarde, Marcelo iría gastando alegremente su fortuna, y en algunos momentos anduvo en dificultades económicas. En cierta época quedó como administrador de sus bienes su tío Diego —el dueño del célebre «Botafogo»—. Pero Marcelo estaba mimado por la fortuna. Cada vez que empezaba a verle la cara a la necesidad económica fallecía alguna de sus múltiples tías, las mejores tías del mundo: ricas en vida, memoriosas al testar... Y Marcelo revivía y se contraía a dilapidar los pesos dulces. Nunca tuvo necesidad de ejercer su profesión. Su trabajo consistió en sacar el mayor provecho a sus bienes heredados.<sup>[6]</sup>

Estos antecedentes sugieren de inmediato una admiración: la de la constancia de Marcelo en su fe cívica. Un hombre rodeado de tales circunstancias podía ser «primus inter pares» o podía dedicarse a la buena vida sin meterse en trajines políticos engorrosos. Sin embargo, Marcelo se había dado generosamente a su ideal cívico. Entendamos bien: no a una simple especulación política, sino a una labor que entrañaba peligros, molestias y constantes renunciamientos. Esta circunstancia aporta muchos puntos a favor del Marcelo de aquellos años.

Claro que el quehacer político no lo absorbía totalmente. Marcelo era radical, pero también era otras cosas. Era deportista, por de pronto. Uno de los primeros del país. En esos tiempos, recién empezaba a hacerse deporte. Los ingleses estaban enseñando prácticamente que el aire libre era bueno y la piel tostada más saludable que las palideces románticas de Bécquer y Espronceda. Algunos empleados de los ferrocarriles daban el ejemplo, corriendo en grupos de once detrás de una pelota de goma, con la inexplicable intención de introducirla entre dos palos... Marcelo practicó casi todos los deportes. Llegó a ser el mejor tirador del país en revólver a cincuenta metros y frecuentaba la Sociedad Sportiva que fundara el barón De Marchi, yerno del general Roca, en el solar donde se levantaría más tarde la residencia presidencial de la avenida Alvear. También practicaba tiro con máuser y pistola, llegando a ser uno de los mejores en su categoría. Fue de los fundadores de la sala de esgrima del Jockey Club, que durante muchos años dirigió el maestro Eugenio Pini, con quien trabaría una afectuosa amistad, y vocal de la primera comisión directiva del Tiro Federal Argentino. También era gran nadador. Mar del Plata empezaba a atraer a los veraneantes porteños, y Marcelo no perdía temporada, costumbre que conservó

hasta su muerte. Fue de los primeros en descubrir Playa Grande, y durante muchos años su carpa fue de las contadas que se levantaban allí, mientras el grueso de los turistas se agolpaban frente a la vieja Rambla de madera. Hacía box en la casa del doctor César Viale, uno de los pioneros de este deporte, que lo convenció de construir una sala de armas en la casa de la calle Juncal. Allí se juntaban con Jorge Newbery y otros aficionados, en alegres tenidas que a veces terminaban en el teatro o la «milonga».

Porque Marcelo era también un empedernido noctámbulo. Buenos Aires no ofrecía por entonces grandes atractivos de diversión, pero no faltaba oportunidad para ir en patota a silbar una mala obra de teatro o recalar en algunas de las casas alegres que, a imitación de París, empezaban a prosperar. Tenía a su alrededor un alegre círculo de muchachos «bien» que participaban en toda la algarabía de esa juventud despreocupada. Eran años fáciles. Las vacas engordaban solas, las cosechas florecían en manos de hábiles administradores. Los argentinos descubrían los vinos italianos, los aceites españoles, los habanos de Cuba, los géneros ingleses, las queridas francesas. Marcelo se divertía. Cortejaba a las muchachas, tenía sus amoríos más o menos discretos, se amanecía en las íntimas *garçonnières* o en las tertulias del ambiente teatral.



*Concurso de aficionados en el Club Gimnasia y Esgrima del Jockey Club. Alvear (con moño, en segunda fila, el primero de la izquierda) tiene a su derecha a Jorge Newbery, Andrés del Pino, Eugenio Pini y Julián Martínez, © 1890.*

Tenemos libertad para imaginar este aspecto de la vida de Marcelo. Podemos situarlo en las sedes de las grandes parrandas de la época: el Prado Español, el café Tarana, el Velódromo, lo de Hansen, piringundines donde los cajetillas empatotados ensayaban los cortes y las quebradas de esa danza orillera que iba invadiendo la ciudad y cuyo sólo nombre horrorizaba a las mamás... Inauguraciones del tango:

«Dame la lata», «Piantá, piojito», «El esquinazo», «El Porteñito»... Noches neronianas en el kiosquito o en lo de Laura, donde el malevaje y los niños solían coronar las farras en formidables pugilatos, aquéllos a la criolla, éstos según las reglas del Marqués de Queensberry...

De su vida de patotero conservaría reliquias toda su existencia: sus desplantes, su carácter dominante, su vanidad de hombre atractivo y halagado por todos, la presteza para la palabrota o la broma pesada... La política lo había marcado con un signo de responsabilidad; pero Marcelo seguiría siendo siempre el hijo mimado de la ciudad, el *enfant gaté* de sus años mozos. Buenos Aires le perdonaba todo, porque Marcelo no se había encanallado. Sabía hasta dónde debía tomar lo que se le ofrecía y en qué punto preciso era menester dejarlo. Así sucedió con su afición al juego. Una noche perdió una suma fabulosa: desde esa ocasión dejó de jugar en forma casi absoluta. Lo mismo su innata caballerosidad. Jamás pudo reprochársele que en su juventud dorada cometiera algún exceso reprochable, de éstos en que incurrirían después, con tanta frecuencia, las famosas patotas porteñas del 900. Guardaba hacia las mujeres una actitud de invariable respeto. Cuéntase que en una fiesta alguien hizo una broma pesada a una dama: le ofreció bombones de una caja que minutos antes se había volcado en el suelo. Enterado Marcelo del chiste, sacó afuera al gracioso y lo obligó a comerse la caja entera de bombones...

Sabía conservar cierta línea de conducta. No ensombrecía sus cualidades con los renuncios de la vida alegre. A veces, incluso, revelaba en algún episodio de muchacho divertido las condiciones profundas de su espíritu. Una vez causó sensación en Buenos Aires un autómeta que se exhibía en L' Aiglón, sala de entretenimientos donde después se inició el deporte del patín. El muñeco jugaba partidos de damas con cualquiera y ganaba ineluctablemente. A Marcelo le picó el amor propio la infalible vocación de victoria del autómeta. Compró treinta tableros de damas con sus correspondientes fichas, monopolizó durante el tiempo necesario la atención del robot, pagó lo requerido por el empresario, estudió durante días y días los movimientos de su contrincante en las diversas partidas y al fin triunfó...

### III

Hacia 1898 Marcelo tropieza con el amor.

La historia de Regina Pacini es una bella novela. Había nacido en Lisboa. Su padre era un barítono italiano de buena familia alejado de su medio debido a su afición al teatro; en esos tiempos ser artista era algo casi pecaminoso. Siendo muy niña la llevaron al circo; Regina quedó impresionada por un artista que valiéndose de un pito imitaba gorjeos de pájaros. Al volver a su casa, la niña empezó a repetir los trinos con su voz infantil. El padre notó de inmediato esta cualidad de la muchacha y

la hizo estudiar canto con un conocido maestro.

Durante varios años fue perfeccionando su arte sin actuar públicamente. Su debut tendría características singulares. Se iba a realizar una velada de gran gala en el Teatro Real de Lisboa. Asistiría la familia reinante y toda la nobleza lusitana. Pero hete aquí que la primera actriz enferma repentinamente. ¿Quién hará el papel de *La Sonámbula*? Desesperación entre los dirigentes del teatro. Las horas pasan, la gente empieza a llegar a la sala y no se encuentra reemplazante. Hasta que el maestro de Regina se entera del problema y trae a la muchacha. Ella sabe cantar *La Sonámbula*. Fracaso por fracaso, el director quema sus naves, hace maquillar a la niña y empieza la función.

Fue un delirio. La Patti la felicitó, y la reina Amelia le regaló la estola que lucía en su real cuello. Regina contaría, años más tarde, que ésta fue la única ocasión en su vida en que no tuvo miedo de actuar en un teatro... No era raro que tuviera la inconsciencia de la juventud: esa noche cumplía dieciséis años... Después de este deslumbrante éxito, Regina empezó a actuar en toda Europa. Las salas de más jerarquía la disputaban. El Scala de Milán, el Real de Madrid, el Liceo de Barcelona. Regina se había dado enteramente a su arte. A su preciosa voz se unía una gracia que heredaba de su madre (andaluza cabal, que la acompañaba en todas sus giras) y una conducta no común en el ambiente teatral de aquella época. Era una gran actriz, una estupenda soprano, pero sobre todas las cosas, una gran señora. Hacia fines de siglo no había una artista lírica que reuniera las preferencias del público europeo como ella.

Marcelo la conoció en Buenos Aires, en 1898, en la temporada del teatro San Martín. Desde el primer momento quedó enamorado de la diva. No faltaba noche a su palco ni dejaba de enviarle puntualmente enormes ramos de flores. La voz de Regina producía una intensa emoción. Cuentan sus coetáneos que cuando la Pacini empezaba a cantar alguna de sus famosas arias —*La Sonámbula*, *Lucía*, *El Barbero*— Marcelo se retiraba al antepalco y allí, apoyado en los amplios cortinados, lloraba dulcemente. Es curioso cómo ciertas características singulares de sus antepasados volvían a darse en Marcelo: la tradición menuda refiere que su abuelo, el general Alvear, estando en Chuquisaca al mando del ejército patriota escuchó en una iglesia a una monja que cantaba en el coro. Quedó prendado el héroe de la voz, y sin detenerse a pensarlo mucho no paró hasta raptar a la religiosa.

Eso cuenta la tradición. En el caso de Marcelo, su romance fue menos violento, pero no menos intenso... Asedió a la Pacini durante su estadía en Buenos Aires con la suficiencia y el entusiasmo que le prestaba su experiencia galante. Acostumbrado a las fáciles conquistas de cupletistas, le obsequió costosos regalos. La muchacha aceptaba las flores, devolvía invariablemente los presentes y tenía a raya al impetuoso galán... Terminó la temporada, marchóse la Pacini a San Petersburgo... y Marcelo atrás de ella. Hasta la corte de los zares viajó Marcelo, pasando luego a Europa Occidental en su peregrinaje de amor.

No fue un breve capricho. Ocho años duró la persecución. Ocho años por Europa siguiendo tras las huellas de su amada, cubriendo de flores su itinerario, oyendo embelesado sus arias, recibiendo de vuelta sus regalos. Ocho años liquidando su fortuna en este interminable deambular, con breves intervalos para viajar a Buenos Aires y arreglar un poco sus cosas. ¿La política? Bah, por ahora no había nada que hacer. Roca era incommovible. La revolución que tejía Hipólito obsesivamente no estallaba nunca. ¿Sus intereses? Ya se ocuparía el tío Diego o el hermano Ángel: y si estaba muy apurado, alguna de sus maravillosas tías lo habría de remediar...

Finalmente triunfó la devoción de Marcelo. El asedio de este rumboso americano ya estaba dando que hablar. Un buen día la madre le dijo a Regina que era tiempo de decidirse. La resolución que tenía que tomar la diva era bien dura: si se casaba, su carrera artística debía concluir. Y ella tenía una acendrada vocación. Es difícil arrancarse del aplauso de los públicos fieles. Pero Regina conocía bien a su adorador y sabía de sus bellas prendas. Al fin tuvo Marcelo la respuesta a su fervorosa pregunta.

Se casaron el 26 de abril de 1906. El regalo de bodas de Marcelo fue principesco: el «Manoir de Coeur Volant», una villa cercana a París, de estilo normando, con varias hectáreas de parque. Había tenido una afortunada sesión en Montecarlo que le ayudó a pagar la compra. Allí vivió el matrimonio Alvear durante sus largas estadías en Francia. En la suntuosa recepción la casa tenía un órgano donde a veces solía cantar Regina, acompañada por el maestro organista del Sacre Coeur. Se vendió la villa por una nonada en 1934, cuando Alvear decidió instalarse definitivamente en Buenos Aires. Actualmente la ocupa el Conde de París, pretendiente al trono de Francia. Es una mansión destinada a albergar gente ilustre, revestida de la noble belleza que le ha prestado el recuerdo de sus habitantes y las veladas inolvidables a las que concurría «tout Paris» para escuchar la voz de Regina, vedada ya a su antiguo público y sólo reservada al deleite de sus íntimos.

El casamiento de Marcelo fue una bomba en Buenos Aires. Su familia había mirado al principio con risueña indiferencia el capricho de este muchacho en quien todos ponían sus complacencias. Después, cuando el asunto empezó a ir para largo, hubo inquietud. Ángel de Alvear, su hermano, le pidió en alguna ocasión a Le Breton que disuadiera de esa locura a Marcelo. ¡Qué horror! Los conspicuos huesos de los generales y próceres antepasados se estremecían en sus mausoleos por boca de la familia de este perdiz, que andaba gastando su fortuna atrás de una «cómica», de una cantante...

Cuando recibió la noticia de la boda su hermano era intendente de Buenos Aires. Con el telegrama en la mano se derrumbó sobre un sillón, y abrumado comentó con Carlos Saavedra Lamas, su secretario:

—¡Mire lo que ha hecho Marcelo! ¡Qué bárbaro!

La noticia tuvo un efecto no menos sensacional en la sociedad porteña. Todas las posibles suegras, todas las probables novias desollaron a Marcelo y su mujer. El

mejor partido de Buenos Aires se había casado con una extranjera dada al teatro, lejos de su país y en oposición a la familia. Los diarios no publicaron la noticia durante algunas semanas, probablemente a pedido de los Alvear; pero finalmente trascendió la novedad y fue la comidilla de la temporada.

La pareja recorrió Europa en un extraño artefacto ruidoso y humeante, llamado automóvil, al que era muy aficionado Marcelo. Grandes bigotes, antiparras oscuras, guardapolvo de seda cruda, él; ella, cubierta de tules en el asiento de atrás, miedosa de que le pudiera ocurrir el accidente que había sido fatal a Isadora Duncan, paseando en una de esas vertiginosas máquinas.

La novela de Regina tenía que terminar como todos los bellos juegos de hadas. Sí. Se casaron y fueron felices. Ella se consagró a su fiel adorador: fue la compañera insustituible de su vida. Supo ser una gran señora cuando su marido ocupaba la jerarquía máxima de su país y puso paz y serenidad en el desorden y violencia de los años de lucha. Regina demostró en algunas ocasiones más carácter y agudeza de criterio que su marido, que a veces pecaba por ingenuo. No sabía nada de política y se guardó muy bien de inmiscuirse en las actividades cívicas de Alvear, pero solía a veces brindar su femenino realismo en momentos difíciles, y cierta intuición le indicaba qué hombres podían perjudicarlo o quiénes debían rodearlo. Vive todavía doña Regina Pacini de Alvear —y viva muchos años—, consagrada al recuerdo de su compañero, respetada por todos: modelo de presidentas, modelo de mujeres.<sup>[7]</sup>

Marcelo fue solidario con ella en todo momento. Cuando regresó a Buenos Aires con su flamante esposa se encontró con un ambiente bastante hostil en determinados círculos. La actriz extranjera que se había robado al hombre más codiciado de Buenos Aires sintió desde el comienzo esta atmósfera. Pero Marcelo no la abandonó en la emergencia. Peleó a su lado hasta que ambos pudieron romper los prejuicios, las envidias, los celos, y ambos volvieron a ocupar el lugar que Marcelo tenía desde siempre. Fue el general Roca quien ayudó a disipar ese ambiente. En una gran recepción que ofreció en su residencia brindó al matrimonio Alvear la jerarquía de invitados de honor. Marcelo no olvidaría nunca ese gesto de su adversario político, ya retirado de la vida pública. Tal vez su actitud frente al conflicto con Córdoba, gobernada en 1924 por un hijo del general Roca, tuvo algo que ver con aquel generoso gesto del Zorro, que fue decisivo para introducir a Regina en la sociedad porteña sin desaires ni humillaciones.

Aunque esto no fue fácil. Alguna vez tuvo que percibir Regina la hostilidad de la sedicente aristocracia porteña, ¡ella, que estaba acostumbrada a alternar con reyes y princesas! Una vez Marcelo ve que en una *soirée* Regina se encuentra aislada y triste.

—¿Qué te ocurre, Regina?

Ella nada dice, pero su marido observa en seguida lo que pasa. Las damas habían dejado sola a su mujer.

Y entonces, con su voz aguda, estentórea, mechada de ceceos, grita para que todos lo escuchen:

—No te preocupes, Regina... ¡A todas esas que están ahí yo les he levantado las polleras!

Así era Marcelo. Noble y temperamental, jugado a fondo, a muerte, por la gente que quería. Merecía una mujer como la que tuvo. Pero se nos ocurre pensar que si en vez de ablandar la hostilidad de la oligarquía Marcelo hubiera roto lanzas con ella y se hubiera apartado de su círculo tal vez se habría encontrado en mejores condiciones para cumplir con el papel político que le tocó jugar después.

## IV

Pero estamos avanzando demasiado en el tiempo. Por ahora tenemos a Marcelo descubriendo Europa, en pos de su amada. Para la juventud dorada de esos años, París era el centro del mundo. Buenos Aires, recién salida de su condición de gran aldea, no ofrecía la vida libre, los refinamientos y la deliciosa maldad en que era experta la ciudad luz. Hacia París iban periódicamente los aristócratas argentinos, los artistas que no encontraban en el Plata un ambiente propicio y los aspirantes locales a *maquereaux*. Allí residía una abundante colonia argentina, compuesta de los tipos más diversos: desde Florencio Parravicini, que oscilaba entre días de esplendor y momentos de miseria —que capeaba ganando concursos de tiro al blanco—, hasta Lucio Mansilla, con su extravagante fama de conquistador de indios y *causeur* insuperable. La vida era barata: el peso argentino traducíase en adquisitivos francos que significaban automáticamente buenos hoteles, *champagne* legítimo y deliciosas *midinettes*.

Marcelo se encontraría con una Francia perturbada por el caso Dreyfus, dividida por la política anticlerical de Waldeck-Rousseau y recelosa ante los avances imperiales de Inglaterra. Pero París era siempre el amable centro de las artes y la belleza, fermentario de todas las nuevas ideas y las modas más atrevidas. Los simbolistas ya se habían apropiado del frac verde; el maestro era Mallarmé; Proust y Gide empezaban a deslumbrar. Los pintores posimpresionistas escandalizaban con sus chillonas estampas: la gente entendida decía que un tal Gauguin y un tal Van Gogh iban a dar que hablar... París vivía el sueño de una paz y una prosperidad eternas. Hasta el rey Eduardo de Inglaterra iba a esconder sus devaneos a las acogedoras callejuelas de Montmartre. París era, realmente, el centro del mundo.

Nuestro pollo se dejó conquistar por esa ciudad que le parecía la segunda patria de la humanidad. La amó apasionadamente. En ella habría de vivir casi la tercera parte de su vida. El estilo parisiense, hecho de frivolidad, benevolencia por todas las cosas y curiosidad hacia todo lo digno de ser inquirido, imprimió un sello indeleble en su personalidad.

No se dejó arrastrar del todo por la *gaité* parisiense. Como en Buenos Aires,

Marcelo sabía tomar lo mejor y alejarse de lo peligroso. Sabía alternar sus correrías por los *cabarets* y los teatros con algunas visitas a la Sorbona. Ramón Cárcano cuenta en *Mis primeros ochenta años* que en una época solía encontrarse con Marcelo para asistir regularmente al curso que dictaba en la Universidad de París el gran crítico literario Brunetieri. Es que Marcelo sentía la necesidad de cultivarse. Había sido en Buenos Aires un deportista, un patotero, un político, y todo ese ajeteo cobraba un tremendo tributo de tiempo. No había tenido tiempo para leer. Su cultura general era escasa. La buena vida suele alejar las posibilidades de sumergirse en el tranquilo diálogo con los clásicos. Y más si se tiene 25 años. Pero Marcelo, en pleno asedio a Regina, se daba cuenta de que necesitaba acercarse un poco al arte, a la música, a la literatura. París le brindó esa integración que le faltaba, aunque fuera solamente con el espectáculo de su Louvre, sus *vernissages* y sus teatros.

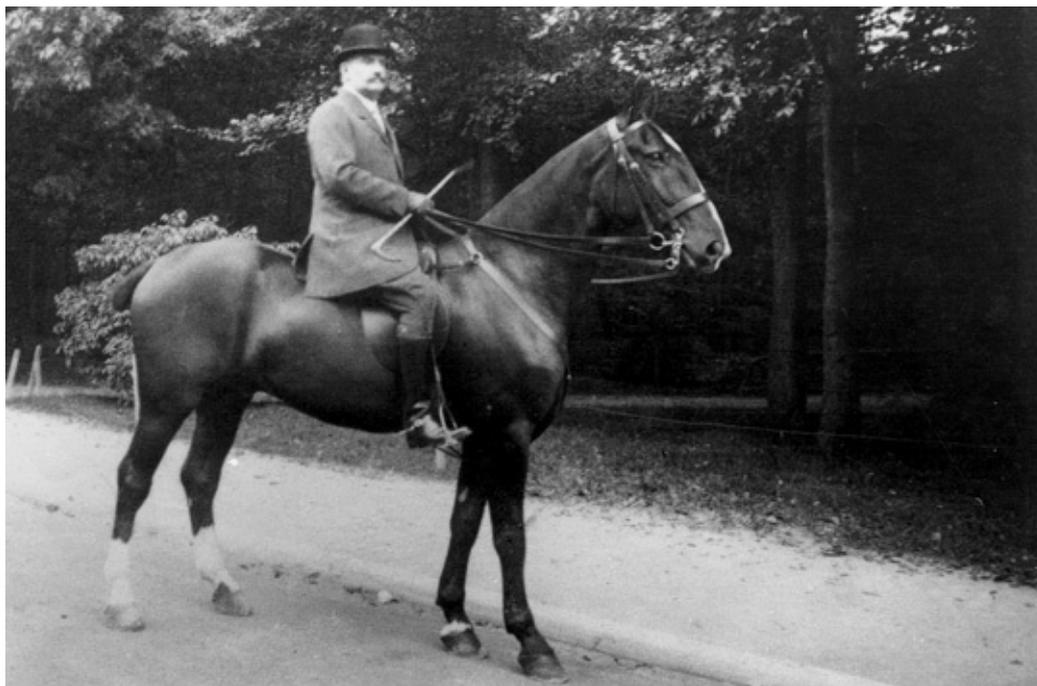
Desde entonces Marcelo fue adquiriendo cierta seguridad en arte y literatura. Su innato buen gusto facilitó el comercio con las letras y la belleza. Nunca llegó a ser un experto, pero sí un aceptable *amateur*. Su amistad con gente de teatro fue constante, tanto en Francia como en su patria. Reunió una regular pinacoteca, que conservó primero en «Coeur Volant» y luego trasladó en parte a Buenos Aires. Sin ser un Mecenas, trató de proteger a muchos artistas: suya sería la creación de la Casa del Teatro en Buenos Aires, que ampararía a los artistas retirados, y durante su gobierno ayudó a escultores, pintores y músicos con becas y premios.

Más tarde, ya casado e instalado en «Coeur Volant», convertiría la villa en un centro de atracción para hombres de letras, así como gente de la aristocracia europea y figuras políticas conocidas. Su hermana habíase casado con un príncipe alemán, y por los Alvear españoles estaba vinculado a la nobleza peninsular. Pronto su residencia se convirtió en uno de los salones más selectos de París. Era casa de buen yantar y mejor beber. Regina, ya retirada de la lírica, solía hacer escuchar en algunas ocasiones su maravillosa voz, que producía en Marcelo la misma antigua emoción de sus épocas de cortejante. Por «Coeur Volant» desfilaron los personajes más interesantes de esos años. Esa circunstancia convertía a Marcelo en una personalidad destacada en el mundillo parisiense. Hombres como Poincaré, Clemenceau, Millerand y el mariscal Joffre lo frecuentaron en diversas épocas. El pollo argentino que había llegado a principios de siglo deslumbrado por el espectáculo brillante de París era ahora parte de ese ambiente. Alguna vez hubo de desempeñar un papel expectable, como cuando apadrinó a su maestro de esgrima, Eugenio Pini, en el célebre lance que éste sostuvo con el barón Athos de San Malato en el Bois de Boulogne: un encuentro que apasionó a París y que fue calificado de «duel du siècle».

[8]

Se veía frecuentemente a Marcelo luciendo su estampa en el Bois de Boulogne, montando hermosos caballos o ambulando por las librerías que orillaban el Sena. No abandonaba sus aficiones deportivas: su esgrima, su tiro al blanco, su natación. Llevaba en París una vida ociosa y agradable. Periódicamente, una vez cada dos o

tres años, solía viajar a la Argentina. Conversaba entonces con sus viejos amigos radicales. Yrigoyen le relataba largamente los esfuerzos del partido para conquistar el sufragio libre bajo Quintana, bajo Figueroa. No hablaban mucho de la revolución del año cinco: Marcelo le había fallado esa vez a su jefe. Ni había creído en la revolución ni se había sentido con ganas de abandonar su vida en París por una patriada que nunca se decidía a estallar. Esta ausencia no había enfriado el afecto de Yrigoyen por su discípulo. Ahora —año nueve, año diez— subía al gobierno Roque Sáenz Peña, por los mismos procedimientos que sus antecesores.



*En Bois de Boulogne, durante sus habituales paseos a caballo, 1910*

El radicalismo seguía en abstención, pero Yrigoyen confiaba en la calidad democrática del nuevo presidente. También Marcelo. Era amigo de Sáenz Peña, aunque éste le llevaba casi un cuarto de siglo. Cuando el conflicto con Chile, Marcelo y Sáenz Peña habían coincidido en sus preocupaciones. En julio de 1899 ambos habían organizado un banquete en el Jockey Club al plenipotenciario del Perú, como un acto de tácita hostilidad al país transandino, y Marcelo había ofrecido la demostración hablando sobre la amistad peruano-argentina y subrayando «su aversión al imperio de la fuerza y la conquista en América». Probablemente, en vísperas de la presidencia, Sáenz Peña a la sazón ministro en Roma, habría conversado con Marcelo sobre la necesidad de instaurar la legalidad en la Argentina mediante un instrumento electoral que concluyera con las épocas del fraude.

Lo cierto es que, sin actuar activamente en la Unión Cívica Radical por razón de su alejamiento, Marcelo mantenía vinculaciones con todos sus hombres, especialmente con el sector más afín con su propio origen social. Era el llamado grupo «Azul», que muchos años más tarde formaría el equipo antipersonalista: Melo,

Gallo, y especialmente sus dos íntimos amigos de juventud dorada: Saguier y Le Breton.

En 1911 se aprueba la ley electoral llamada «Sáenz Peña» en honor a su propugnador. Un nuevo panorama político se abre en el país. El triunfo radical en Santa Fe enfervoriza al partido. Yrigoyen no puede contener los ímpetus electoralistas de sus correligionarios, que arrastran al partido a los comicios de renovación de diputados efectuados en 1912 en vanos distritos. En la Capital Federal el proceso fue vertiginoso. A pesar de los escasos días con que contó el partido para decidirse a concurrir a las elecciones, designar a los candidatos y realizar su campaña, obtuvo el triunfo.



*Correligionarios y amigos: De izquierda a derecha, Eduardo Saguier, Marcelo de Alvear y Tomás Le Breton, durante el viaje a Francia de 1908.*

En la lista de candidatos radicales a diputados nacionales figuraba en tercer término Marcelo T. de Alvear. El flamante legislador estaba en París y por consiguiente no participó en la lucha electoral ni en los trámites previos. Concluido el escrutinio *Caras y Caretas* publicó los retratos y autógrafos de los nuevos diputados metropolitanos. Bajo la fotografía de Alvear había dos irónicas palabras: «En viaje».

Volvía de París Marcelo. Bastante averiada su fortuna, cargado de experiencias inolvidables, espectador de formas políticas que parecían perfectas. Ya no era el pollo de los primeros años. Ahora era el doctor Alvear, una de las figuras más promisorias de la camada radical en el nuevo Congreso. Seguía luciendo sus grandes mostachos, pero el pelo ya le raleaba penosamente. Tenía 44 años y su pinta era tan «chic» como siempre, mejorada tal vez con los toques de buen gusto aprendidos en París.

Era su primer cargo electivo. Diputado por el partido popular. No bien arriba al país, como un símbolo, es elegido presidente del Jockey Club...

## II

### El doctor Alvear

## I

Su diputación fue discreta. Ni muy lucida ni demasiado opaca. Discreta, como parecía ser el signo que presidía su personalidad. Presentó un proyecto sobre reglamentación del servicio civil de la Nación e informó la iniciativa sobre casas baratas original del diputado Cafferata. Intervino en la interpelación al ministro de Guerra con motivo de las desastrosas maniobras en Entre Ríos y en el debate sobre organización del ejército, así como en diversos despachos de la comisión de guerra, de la que formaba parte.

Participó en un solo debate político: el referente a las elecciones de diputados nacionales en Buenos Aires, solicitando la anulación de los comicios. Fue un discurso pasable, que no agregó nada a lo ya dicho por Delfor del Valle y Horacio Oyhanarte.

Aparte de estas esporádicas intervenciones —que no alcanzaron a dar lustre a su período de cuatro años largos— Alvear casi no habló en la Cámara. Alguna vez defendió a Yrigoyen: «¡Tiene una altivez de carácter que muchos desearían tener!». O justifica la trayectoria del radicalismo: «Era lo único que podíamos hacer en este país», exclama, refiriéndose a las revoluciones partidarias; o, recogiendo la observación que se formula sobre un supuesto desprecio del radicalismo hacia los demás partidos, dice: «Ese menosprecio radical es el resultado de la dura experiencia». Tiene una actitud un tanto compadrito frente a la presidencia del cuerpo. «El señor presidente no me va a enseñar a cumplir con mi deber», puntualiza un día que se le llama la atención por haber demorado su entrada al recinto; y en otra ocasión sostiene que «sería un funesto precedente admitir que la presidencia de la Cámara puede mandar testar palabras pronunciadas por un diputado».

En alguna oportunidad se dirige a los socialistas en son de «cachada»: «No temo que en las columnas de un diario radical se me ataque, como suelen hacer los diarios socialistas con los miembros más conspicuos de su propia agrupación». Un diputado socialista califica cierto debate de «miserable discusión». Le Breton protesta por estas palabras, y Alvear cierra el incidente expresando que «los motes de los socialistas no ofenden a nadie». Otra vez dice algo que no se conjuga con su amplitud de criterio: «Basta que sea una iniciativa socialista para que no la aceptemos».

En general, no es un legislador activo, pero tampoco se lo puede tildar de remolón. Ramón Columba, en *El Congreso que yo he visto*, lo evoca con sus largas piernas cruzadas a un lado de la banca, enfrascado en la lectura de los diarios, atlético y elegante. Un diputado como cualquier otro, ni mejor ni peor.

Mientras tanto, el radicalismo seguía conquistando gobiernos, pese a la resistencia tremenda de las oligarquías. A Santa Fe sigue Entre Ríos y luego Córdoba. En 1916 se renueva la Cámara de Diputados. Alvear es elegido nuevamente, esta vez por la provincia de Buenos Aires. Desde un año antes era presidente del Comité de la

Provincia, ese comité que Yrigoyen había ajustado como un artífice durante largos años de lucha. En Buenos Aires Alvear continuaba su vida de París, matizada ahora con los menesteres políticos. Gozaba de la entera confianza de Yrigoyen. Cuando se produce en 1915 la disidencia del radicalismo santafesino encabezada por Ricardo Caballero, allá va Alvear como delegado del Comité Nacional para lograr un arreglo o llevar adelante la reorganización de la fracción reconocida por las autoridades partidarias. En esa misión, Alvear fracasa estruendosamente, pero cumple con lealtad sus instrucciones. Hubo algún momento en que se quedó tan sólo que tuvo que salir por las calles con unos pocos amigos a pegar los carteles del radicalismo del Comité Nacional...

Pero este fracaso no lo amilanó. A pesar de su discreta acción legislativa, a pesar de su mal paso en Santa Fe, Alvear era una de las figuras expectables del radicalismo. El grupo «Azul», lo postulaba secretamente para la futura presidencia de la Nación. Cuando, a mediados de 1915, un Comité Universitario Radical presidido por Diego Luis Molinari lanzó la candidatura de Yrigoyen, cuéntase que Alvear quedó bastante afectado.

De haber realmente ocurrido esto, lo cierto es que no trascendió mucho. En abril de 1916 se realizan por primera vez las elecciones de renovación presidencial bajo el imperio de la Ley Sáenz Peña. La Unión Cívica Radical triunfa con relativa amplitud. Yrigoyen será presidente. Alvear, seguramente, uno de sus ministros. Poco antes de asumir el mando el mandatario electo ofrece a Alvear la cartera de Guerra. No era partidario de poner militares al frente de este ministerio, con el propósito de evitar la formación de camarillas. Alvear reunía condiciones excepcionales para el cargo: había tenido actividad castrense, revistaba en la lista militar con el grado de teniente coronel, pero era, ante todo, un hombre civil. Sin embargo, el ofrecimiento no es de su agrado. Él quiere volver a París. Extraña esa vida, de la que está alejado hace cuatro años. Y, además, considera prudente alejarse de la actividad gubernativa del radicalismo. Teme que su proximidad a Yrigoyen lo obligue a comprometerse en actos que no habrá, a buen seguro, de compartir. Prefiere mantenerse alejado, dejando que las cosas vayan hacia él. Sabe que puede ser presidente de la Nación y desea imitar a Sarmiento, a Sáenz Peña, que fueron elegidos *in absentia*.

Yrigoyen le ofrece entonces el cargo de ministro en París. Era el puesto para el hombre. Ninguno le cuadraba mejor. Sus gustos lo llevaban a desempeñar la misión con entusiasmo, y sus viejas relaciones en los círculos dirigentes franceses habrían de facilitar su gestión. Que no sería fácil, pues ya Francia estaba en guerra.

Allí fue Alvear, a principios de 1917. Volvería cinco años más tarde, ungido presidente de la Nación. Durante su ministerio en París se desempeñó con discreción. Intervino en las gestiones para la venta de cosechas argentinas a los aliados y se mostró rabiosamente aliadófilo, mientras, allá en Buenos Aires, Yrigoyen hacía esfuerzos titánicos para mantener al país en neutralidad.

Ésta fue la primera discrepancia entre Alvear e Yrigoyen. No hubiera tenido

mayor repercusión si el ministro en París no hubiera sido designado, junto con Honorio Pueyrredón y Fernando Pérez, delegado a la asamblea constitutiva de la Sociedad de las Naciones en Ginebra. Aquí se evidenció la esencial diferencia entre los dos viejos amigos. Si Yrigoyen no hubiera nublado su visión con el afecto que le guardaba, el episodio podría haber significado la ruptura política con Alvear.

Reseñemos el hecho.

## II

A fines de 1920 se reuniría en Ginebra la asamblea de la Sociedad de las Naciones. Las potencias vencedoras habían desvirtuado el pensamiento primitivo de Woodrow Wilson y pretendían convertir el organismo en un instrumento de la hegemonía que habían conquistado. Yrigoyen, advirtiendo este propósito, instruye a su ministro de Relaciones Exteriores, Honorio Pueyrredón, para que plantee como proposiciones previas una serie de postulaciones que traducían con exactitud la mejor tradición argentina en materia interna.

Las instrucciones de Yrigoyen señalaban la necesidad de que en la futura organización no se hicieran distingos entre neutrales y beligerantes, que todas las naciones del mundo fueran invitadas sin exclusión y que los miembros del Consejo fueran elegidos por la Asamblea General, conforme al principio de la igualdad de los Estados. Además, se propugnaba el repudio a la guerra y el arbitraje obligatorio.

Cuando Pueyrredón planteó en París las instrucciones que llevaba a sus compañeros de delegación éstos abundaron en críticas. A su juicio, la Argentina estaba abocada a una situación de hecho —la constitución de la Sociedad— que debían respetar, absteniéndose de formular cuestiones previas. Abierta la brillante asamblea, el canciller argentino expone los puntos de vista de su país, que causan sensación. Pero Pueyrredón estaba impresionado por los argumentos de sus colegas tanto como por la imponencia de la reunión, y no planteó la cuestión en la forma que Yrigoyen quería, es decir, como puntos de previo y especial pronunciamiento. Es más: tanto él como Alvear y Pérez integraron comisiones y participaron en las conversaciones preliminares.

En este punto Yrigoyen envía un telegrama insistiendo en que la delegación argentina exigiera el pronunciamiento previo de la Asamblea, absteniéndose de participar en procedimiento alguno hasta obtenerlo. Fue en esta comunicación cuando Yrigoyen, maliciando la presión espiritual que soportaban sus enviados, los exhorta a no olvidar los principios que fundamentan su trayectoria cívica. «Hay que ser radical en todo y hasta el fin —les dice—, levantando el espíritu sobre el medio y el ambiente, teniendo muy presente siempre que la Argentina no debe identificarse sino con proposiciones perdurables, propias de la esencialidad determinante del

Congreso.» Este mensaje estaba dirigido, en realidad, a Alvear. Por medio de un hábil juego de palabras —«radical», terminante; «radical», radical—, el presidente trataba de recordar a su antiguo camarada sus años de lucha para que se pusiera a la altura de la solemnidad del momento histórico. Pérez era un diplomático de carrera, sin color político; Pueyrredón había sido mitrista hasta pocos años antes. El ser «radical en todo y hasta el fin» era la exhortación íntima, cordial, del jefe del partido a su discípulo bienamado...

Pero el pedido de su amigo no hace mella en Alvear. Cuando llega el momento de que la delegación argentina concrete ante las comisiones sus planteos, Pérez y Alvear se oponen terminantemente a que se propugne la admisión de todos los países en la Liga, pues consideran que el país aparecería como «abogado de un vencido». Creían que Pueyrredón, con su discurso, había salvado perfectamente la posición argentina, y que no hacía falta mayor insistencia. Pero Pueyrredón se atuvo esta vez a las instrucciones del presidente, y, dejando a salvo la opinión contraria de sus compañeros, concretó en siete mociones las propuestas de la Argentina. Sin embargo, nuevamente se deja influir Pueyrredón por las opiniones de sus colegas. Como se decía que la Sociedad probablemente admitiría en su seno a algunos países derrotados en la guerra, el canciller consideraba que de hecho el planteo argentino estaba aceptado. Así lo comunica a Buenos Aires. Pero Yrigoyen contesta tres días después con un mensaje terminante. Reitera allí sus instrucciones, explica el sentido de cada proposición, y expresa su extrañeza ante la conducta de la delegación, cuyos miembros «forman parte de comisiones, adelantan proyectos, emiten opiniones que los llevan a una posición inferior a la que la intensa expectativa provocada por sus declaraciones originales hacían esperar». Deja entrever la posibilidad de desautorizar a la delegación en caso de continuar en esa tesitura y ordena que si las proposiciones son postergadas o rechazadas, la delegación debe retirarse «acto continuo de la asamblea, dando por terminada su misión».

El tono del mensaje no admitía más chicanas. El 2 de diciembre (1920) la Asamblea posterga el tratamiento de diversas enmiendas y propuestas, entre ellas, la argentina. El canciller no produjo su esperado discurso, ni tampoco presentó inmediatamente la nota correspondiente.

En realidad íntimamente identificado con Alvear y Pérez, esperaba que éstos arrancaran alguna concesión al presidente. En efecto, el mismo día de la votación contraria a la propuesta argentina, Alvear telegrafía a Buenos Aires repitiendo sus conocidos puntos de vista y manifestando que si hubiera creído que las instrucciones presidenciales eran terminantes hubiera disentido con ellas desde el primer momento. Yrigoyen no responde. Al día siguiente, Alvear y Pérez envían un telegrama conjunto, ratificando su posición contraria al retiro y salvando su responsabilidad en caso de que insistiere en tal actitud. Tampoco hubo contestación.

En vista de que el presidente daba la callada por respuesta, Pueyrredón, que palpitaba la sanción ejemplar con que el presidente podía fulminar a la desobediente

delegación, hace conocer a sus colegas la nota que habrá de presentar a la Asamblea. Nuevamente Alvear dejó sentada su disconformidad. El 6 de diciembre se leyó la nota en la Asamblea, y al día siguiente la delegación parte de Ginebra.



*Regina de Alvear, de viaje con su colega la cantante Lili Pons.*

Alvear volvió a París sumamente molesto con lo que consideraba una posición estéril y empecinada de Yrigoyen. Su propósito era renunciar a su cargo. Pero Yrigoyen, comprendiendo el estado de ánimo de su amigo, le envía un largo telegrama el 31 de diciembre de 1920. Es su famosa «página inmortal», cuyo texto y glosa se han reproducido tantas veces en diversas obras. En el mensaje, el presidente recordaba a Alvear la vieja lucha cívica, que empezaba con la reintegración de la patria «a la plenitud de su autoridad moral, al normal funcionamiento de sus facultades constitutivas», para culminar «afirmando y consolidando su personalidad en el orden internacional». Manifestaba su pesar por el disentimiento de su ministro, afirmando que el pueblo expresaba su adhesión a esta política y que «la justicia inmanente» esclarecería en el futuro las razones que cada uno había tenido para sostener las respectivas posiciones.

Terminaba la comunicación con un cordial «Adiós», muy poco administrativo, que debió conmover las fibras de Alvear, siempre prontas al impulso amistoso. El ministro contestó a Yrigoyen agradeciéndole su gesto y asegurando que las diferencias habían sido solamente formales.

### III

Pero no era así. La discrepancia era sustancial. El episodio de Ginebra contiene la clave de las versiones que Alvear e Yrigoyen tuvieron respectivamente del país, y es una expresiva síntesis de sus relaciones personales. Ambos se pintan de cuerpo entero, se juegan francamente por el sostenimiento de sus propias posturas. Si Alvear cede finalmente es sólo por una razón de jerarquía y dejando a salvo su responsabilidad, no porque el presidente lo haya convencido. Cada uno afirma en este episodio su particular cosmovisión y por eso el incidente tiene importancia reveladora.

Yrigoyen cree que la Argentina tiene una misión en el mundo. Posee títulos para jugar un papel singular. Debe justificar históricamente su existencia aportando un aliento fraternal a la crisis de la civilización que está complicando tremendamente todos los problemas. El país, por su conformación étnica y geográfica no puede adscribirse a ningún bloque de naciones ni puede discriminarlas en vencedoras o vencidas, ya que un orden mundial no puede fundarse en el resentimiento ni la injusticia. Esta postura debe ser la base de una creciente autonomía nacional en todos los planos, que le permita evadirse de la división de riquezas ordenada por los dueños del mundo, para cumplir con tranquilidad su propio destino, que no juega solamente a través del país sino en torno a la América toda.

Tal la postura yrigoyeneana. Alvear ve el problema de otro modo. Estima que hay que resignarse temporariamente al estado de cosas vigente. Hay que adoptar una postura realista, admitiendo que existen potencias triunfantes a las que es menester seguir y países vencidos cuya causa es inútil o inoportuno defender. La Argentina puede proclamar formalmente ciertos grandes principios que hagan a la paz y a la fraternidad de las naciones, pero hecho esto, debe abstenerse de llevar adelante su planteo. Nos guste o no, dependemos de Inglaterra, estamos vinculados a Francia, podemos comerciar con Estados Unidos y no vale la pena cambiar la prosperidad del país por palabras líricas que no han de tener, por descontado, ningún efecto jurídico, y que sólo nos granjearán la mala voluntad de los países que han salido vencedores en una tremenda guerra.

Se ve muy claro las posiciones mentales de los dos hombres. Yrigoyen personifica una voluntad de emancipación; Alvear sustenta la continuidad en el sometimiento. Si pareciera demasiado extrema esta fórmula, presentamos otra variante: Yrigoyen creía posible la ruptura del orden dado, mientras que Alvear se resignaba a seguirlo. El presidente otea el futuro creyendo que el sostenimiento de ciertos valores espirituales contribuye a la liberación americana. Su ministro cree ser realista maniobrando con las posibilidades políticas actuales.

Los dos de cuerpo entero, cada uno expresando distintas sensibilidades que suelen darse permanentemente en nuestro país. Cada uno, naturalmente, creyendo servir a su patria en la mejor forma posible.

La experiencia ginebrina debió ser decisiva para la valoración de Alvear. Un jefe puede perdonar una desobediencia, un error, hasta una cochinada. Pero lo que no

puede es pasar por alto la evidencia de que un distinto sucesor tenga una visión de la realidad totalmente distinta a la suya. Hacerlo significa empezar a liquidar su propia obra. Y si ocurre que el lugarteniente ha actuado con absoluta buena fe, peor aun, porque ello supone la persistencia sincera en tal postura. Después del episodio de Ginebra, Yrigoyen debió descalificar a su viejo amigo de toda posibilidad de conducción nacional. Debió descalificarlo, simplemente, porque no servía para continuar una obra cuya interpretación estaba ínsita en lo profundo del episodio.

No lo hizo. Yrigoyen, que no olvidaba nunca las desviaciones de sus hombres, olvidó la de Alvear o no le dio importancia. Y esto nos lleva a la cuestión de sus relaciones. Evidentemente la absolución que tácitamente benefició a Alvear después del incidente demuestra que la debilidad del jefe por su amigo superaba cualquier desavenencia. Hay que subrayar esto: la actuación de Alvear en Ginebra demostraba no solamente una absoluta discrepancia con Yrigoyen en su modo de concebir el país, sino también una voluntad firme en el mantenimiento de su posición. Esto anticipaba todas las futuras dificultades. Alvear no era manejable, no era blando. Si esto hubiera ocurrido con cualquier otro, la sanción del jefe habría cobrado trascendencia definitiva. Un jefe en trance de realizaciones debe prescindir de todos los que no sean instrumentos eficientes de su plan. Las desgarraduras de afectos, las renovadas soledades, serán compensadas con un destino llenado a plenitud.

Pero, repetimos, no fue así. Poco después Yrigoyen empezaba a insinuar la candidatura presidencial de Alvear, sin siquiera haberse visto previamente con su amigo para suavizar con palabras la rotundidad de los hechos acaecidos. ¿Por qué lo hizo? ¿Qué lo indujo a prescindir de un elemento de juicio tan importante en la selección de su futuro sucesor? La explicación no puede ser otra que su confianza en la limpieza de Alvear. El suyo sería un *fair play*. Era previsible que, fuera quien fuese el futuro presidente, los elementos desplazados o resentidos del radicalismo habrían de rodearlo de inmediato. Los conflictos internos que en diversos distritos ocurrieron durante la presidencia de Yrigoyen habíanse solucionado en una u otra forma: pero toda solución política supone siempre un perdedor. Y muchos perdedores juntos pueden constituir una fuerza ponderable. Yrigoyen veía esta posibilidad pero sabía que el antiguo camarada de revoluciones, el noble corazón de los viejos años, no habría de hostilizarlo sino dentro de ciertos márgenes. Estaba el caudillo constreñido ante una disyuntiva de acero: el futuro presidente debía ser seleccionado en el ala derecha del partido, y eso planteaba las futuras dificultades, o podía escogerse en los sectores más allegados a su intimidad, y entonces carecería de brillo o sería acusado de ser un personero de Yrigoyen.

La verdad es que Yrigoyen no había tenido tiempo de formar personalidades que vibraran en su misma tensión. Los que mejor lo comprendían eran muchachos jóvenes como Diego Luis Molinari, Horacio Oyhanarte o Jorge Raúl Rodríguez, que todavía necesitaban años de madurez y de experiencia. En cambio, hombres como Melo, Gallo, Le Breton o Saguier ya estaban en estatura presidencial. Pero fallaban

en su base, en sus mentalidades, en sus compromisos. Debía decidirse el caudillo por un hombre del equipo «azul» que estuviera lo bastante vinculado a él como para no combatirlo demasiado cuando llegara el inevitable enfrentamiento. Un hombre con suficiente nobleza como para no valerse de recursos bajos. En una palabra, un buen deportista.

Planteado en estos términos, la elección no podía favorecer sino a Alvear. Porque aparte de estas cualidades, el caudillo sabía muy bien que su elegido no era hombre de doblegarse ante las formidables presiones que debía sufrir un presidente. Conocía Yrigoyen cuánto debía luchar desde su cargo para evitar que continuara la expoliación del país. Él había hecho todo lo posible, y aunque no había conseguido la liquidación de los grandes poderes del privilegio por lo menos había frenado los abusos más irritantes. Alvear tal vez no entendiera la necesidad de desarrollar los grandes temas emancipadores que dejaba planteados, pero por lo menos no se prestaría al juego del despojo. Eso terminó de decidirlo.

#### IV

Así fue que entre fines de 1921 y principios de 1922, cuando en el radicalismo se empezó a suscitar la cuestión de la sucesión presidencial, una vaga consigna empezó a circular.

—El Viejo lo apoya a Alvear...

Yrigoyen se cuidó muy bien de imponer a su candidato. Cuando lo visitaban dirigentes que venían a plantearle la preocupación del futuro presidente ni siquiera pronunciaba el nombre del elegido de su corazón. Pero... todos los nombres que giraban en la charla eran desechados por algún motivo plausible. Y, por omisión, surgía el preferido del caudillo. No hubo, en realidad, un forcejeo. El radicalismo no tenía preferencias para el sucesor de Yrigoyen. Algún grupo mejor organizado postulaba a Saguier. Pero cuando surgió la evidencia de que era Alvear el predilecto, todos aceptaron sin violencia la sugestión. El radicalismo creía en Yrigoyen, creía en su sabiduría y en su visión. Alvear no provocaba resistencias, era un antiguo radical, despertaba simpatías, había estado alejado seis años de la política militante y apasionada, significaba una rancia tradición nacional... Estaba bien. Era tan bueno como cualquier otro.

La Convención Nacional de la Unión Cívica Radical lo eligió su candidato en marzo de 1922 por 139 votos sobre 33 que reunieron en total diversos precandidatos. Completó la fórmula don Elpidio González, cuya fidelidad a Yrigoyen aseguraba al caudillo su vinculación con las futuras autoridades.

Todos estaban contentos con el candidato. Los más allegados a Yrigoyen, porque se había cumplido sin violencia el anhelo del caudillo. Los del grupo «galerita»,

porque uno de los suyos iba a gobernar:

DE LEOPOLDO MELO A ALVEAR

Buenos Aires, abril 18 de 1922

«... Según te telegrafíé, el triunfo radical en las elecciones está ya definido para la fórmula del partido con la mayoría de la Capital, de la Provincia de Buenos Aires, de Entre Ríos, de Santa Fe, San Luis, Catamarca y La Rioja y la segura de Mendoza y muy probable de Córdoba [...]. Aquí todos han recibido como una solución altamente satisfactoria tu candidatura. En estos días de mi enfermedad estuvo a visitarme el doctor Yrigoyen y sus impresiones eran muy optimistas, manifestándose muy contento...»

Las elecciones se realizaron el 2 de abril de 1922. No fueron comicios de gran entusiasmo. La Unión Cívica Radical era una mayoría indiscutible y no hizo mucho esfuerzo por un triunfo que era seguro. La fórmula radical obtuvo 460.000 sufragios contra unos 370.000 votos de todos los opositores reunidos. El 12 de junio 235 electores radicales sobre 88 opositores consagraron el nombre de Alvear para la presidencia de la Nación.

Ahora había que pensar en la futura administración. Con su amigo Le Breton, que había viajado a París, el presidente electo cambió ideas sobre el gabinete. Alvear tenía ideas muy concretas sobre lo que debería ser su gestión. Pensaba que uno de los males del país era la excesiva autoridad presidencial y —aunque esto no lo decía— estimaba que la conducción de Yrigoyen había acentuado este defecto de nuestra política. Soñaba Alvear con un mecanismo administrativo a la europea: el presidente dirigiendo apenas un gobierno conducido en la práctica por los ministros. Ser un Loubet, un Viviani, descargando el peso del gobierno en hábiles y egregios secretarios de Estado. En la selección de éstos también quería singularizarse de la presidencia que concluía. Yrigoyen había llevado a los ministerios a hombres sin mayor brillo —salvo algunas excepciones como Becú y Pueyrredón— porque entendía que sólo precisaba gente honesta, identificada en su trayectoria y sensibilidad con la política general del presidente.

Alvear, en cambio, creía dar lustre a su gobierno con personalidades conspicuas en cada ramo. Suponía que una administración se jerarquizaba con ministros que pudieran ser presidentes en cualquier momento. Por consiguiente, los nombres que se cambiaron en sus diálogos con Le Breton no fueron los de viejos radicales probados en la lucha, sino de brillantes apolíticos o tibios correligionarios conocidos en los ambientes universitarios y sociales. ¿Quién iría al Ministerio del Interior? Desde luego, un constitucionalista: el viejo Matienzo, que era una Constitución andante. A Relaciones Exteriores: don Ángel Gallardo, que sabe tanto de diplomacia. Los ministerios militares serían desempeñados por hombres de armas, no por civiles como en tiempos de Yrigoyen. Como diría Diego Luis Molinari en el Senado, años más tarde, la Constitución había concebido un sistema compuesto por un presidente y

ocho secretarios, pero Alvear lo había reemplazado por ocho presidentes y un secretario general...

Cuando se llegó al Ministerio de Guerra, Alvear habló del general José F. Uriburu. Habían sido amigos de juventud y era uno de los jefes más antiguos del ejército. Al parecer, el flamante presidente no dio importancia al hecho de que el candidato al Ministerio de Guerra hubiera sido diputado conservador en 1914... Pero el nombre de Uriburu fue observado por el mariscal Joffre. En una conversación sostenida con Alvear el vencedor del Marne le hizo notar que el futuro ministro de Guerra era notorio germanófilo, lo que no sería visto con agrado en las naciones vencedoras de la contienda mundial. Impresionó a Alvear la observación y pidió a Le Breton un nuevo nombre. Le Breton —que integraría el gabinete como ministro de Agricultura— le dijo que conocía a un militar con mentalidad civil, disciplinado, experto en su ramo y de gran cultura general.

—Se llama Agustín P. Justo. Fue director del Colegio Militar.

Vetado Uriburu, a Alvear le resultaba indiferente uno u otro espadón en la cartera de Guerra. Asintió. Recién conocería personalmente a Justo cuando llegó a Buenos Aires. No le pareció mal el candidato y lo designó ministro. Así empezó la carrera política de Justo, que sería nefasta para Alvear.

Producida la elección, Alvear recibe invitaciones de varios países: Inglaterra, Bélgica, España, Alemania, Italia, Estados Unidos y Portugal. Era una buena oportunidad de estrechar vínculos en nombre de la Argentina y —de paso— lucir la prestancia y el *savoir faire* del flamante presidente. En París es agasajado diariamente: visitas a escuelas, homenajes del comercio exterior, banquete en el Eliseo ofrecido por el presidente Millerand —con quien Alvear mantuvo una cordial amistad—, una demostración de cuatro mil comensales organizada por el cuerpo diplomático latinoamericano. Alvear desecha las invitaciones de Alemania, Portugal y Estados Unidos y parte para Italia.

Es esperado en la estación en Roma por Víctor Manuel; en el palacio Campidoglio le ofrece un banquete el alcalde de la ciudad. El Sumo Pontífice lo recibe con las antiguas galas que decoran la pequeña corte vaticana. Por unos días, Alvear es el personaje de moda en Italia. Los diarios le dedican sus mejores exageraciones en el pomposo lenguaje del Dante:

«*Il Mezzogiorno* —Roma— [...] Ministro del governo dello stato di Buenos Aires, continuò a difendersi in una cerchia che a mano a mano si estendeva, e con disinteresse ammirevole, le sue idee e così, con splendida votazione fu deputato alla Camera nazionale dei deputati, ove si distingue con opportune leggi sociali, alcune in vigore ed altre in studio...»

De allí, a Londres. Lo escolta desde Dover un ministro del gobierno británico, y en la estación Victoria lo recibe el príncipe de Gales. Almuerzo con el rey Jorge, recepción en la embajada argentina, visita del soberano a la embajada, *garden party*, en Buckingham Palace con la familia real.

Nieblas londinenses, soles españoles. Diez días más tarde Alvear llega a Hendaya. El acorazado *España* lo lleva a Santander. Allí lo espera Alfonso XIII, el rey chulo del infausto destino. Almuerzo real, recepción a la colonia argentina. Más fiestas en San Sebastián y, finalmente, regreso a París en tren especial.

Un pequeño descanso en París, y rumbo a Bruselas. Nuevamente se repite el mismo programa, con las variantes de rostros y paisajes: un rey Alberto en vez de un Jorge, un Alfonso o un Víctor Manuel. Banquetes, bailes, visitas. De regreso a la Ciudad Luz un último agasajo: la municipalidad parisiense le ofrece un banquete en el Hotel de Ville, al que asiste el mariscal Joffre. El 18 de agosto parte Alvear de la capital francesa; al día siguiente se embarca en Burdeos, en el *Massilia*.



*Alvear (primero a la izquierda) vuelve al país como presidente electo.*

*En la cubierta del Massilia junto a su esposa, Regina Pacini, sentada en el centro, y varios amigos en 1922.*

Proa a Buenos Aires. Días antes de partir, Alvear escribía a pedido del brillante plumífero Gómez Carrillo una página de despedida para su amado París. Era el saludo nostálgico a la ciudad donde habían transcurrido casi veinte años de su vida: los más bellos años, los de la amistad con el arte, con la música, con los espíritus selectos. Y era, también, la despedida a su juventud.

#### AU REVOIR... PARIS

«... Je donnerai mon coeur et mon corp à la Presidence. Seulement, je ne vous le cache pas, bien des fois je me surprandai á compter inconsciemment les jours qui me sépareront de mon retour. Car vous pensez bien que je ne dis pas adieu à notre Paris. Je lui dis simplement "au revoir". Et je le dis avec tristesse parce que je sais qu'à mon retour j'aurai six ans de plus [...] Je deviendrai vieux...»

Fue un tranquilo y divertido viaje, matizado con los agasajos que en Río de Janeiro y Montevideo le tributaron los gobiernos de Brasil y Uruguay. El 4 de setiembre de 1922 arriba Alvear a Buenos Aires. En el puerto lo esperaba Yrigoyen y un gran concurso popular. Sirenas, bocinas y palomas daban un alegre marco a la llegada.

Se encontraron en la planchada y allí las dos altas personalidades se abrazaron afectuosamente. Entonces dijo Alvear unas palabras que sonaron extrañas al presidente que se iba:

—Hipólito, usted sabe que yo siempre seré su amigo fiel.

Parecía inútil esta expresión. O parecía querer cubrir al nuevo mandatario de futuras críticas o posibles intrigas. De todos modos, no empañaron la cordialidad de la recepción.

Concluía su mandato el presidente de la soberanía, el hombre que había aportado un matiz de humanidad a la entraña de la política criolla, el patriarca rumboador que había sacado a la Argentina con bien de los difíciles tiempos de la guerra, de los disturbios sociales. Terminaba su período este hombre que abriera rutas emancipadoras al país sin haber violado un derecho ni menoscabado una libertad. La oligarquía estaba alborozada. ¡Por fin gobernaría uno de los suyos! ¡Basta de presidentes taciturnos, de ministros mal vestidos...! ¡Basta de huelgas amparadas por el gobierno, de estudiantes alborotados adueñándose de las Universidades...! ¡Basta de compadras frente a las grandes naciones, nuestras tradicionales amigas...! Los grandes diarios rezaban el responso del gobierno popular:

*La Nación*: «... se entregó en cuerpo y alma a cultivar el favor de las masas menos educadas en la vida democrática, en desmedro y con exclusión deliberada y despectiva de las zonas superiores de la sociedad y de su propio partido.

»... la conducta usada con relación a los llamados menesterosos y proletarios, en cuyo halago o adulación se han cometido excesos que ninguna conciencia equilibrada podrá admitir...

»Se ha asestado un golpe mortal a la moral colectiva»

*La Prensa*: «El gobierno *ejemplar* prometido, se definió cada año, en un gobierno de acción personalista, de pensamiento estrecho, de perturbación institucional, de ruina financiera...

»No respetó la Constitución ni la autonomía de las provincias...

»La autoridad del Congreso atropellada por el Poder Ejecutivo...

»Difícil situación financiera [...] desorganización de la Armada y el Ejército...

»Así termina este presidente que no quiso ser de orden común y que, declamando contra el *pasado*, es y será la expresión más clara del *pasado*, de lo anacrónico.»

Y aquellos radicales a quienes había mantenido a raya hasta entonces la incontrastable autoridad moral de Yrigoyen, «las zonas superiores de la sociedad y de su partido», empezaron a olfatear la posibilidad de su predominio político.

DE TEÓFILO S. DE BUSTAMANTE A ALVEAR

«Jujuy, 11 de setiembre de 1922

»Estimado doctor y amigo:

»... Viene usted después de una larga ausencia a gobernar al país, aclamado por la opinión unánime de nuestro partido, como un alivio para unos, como una fundada esperanza para otros, prestigiado por su tradición partidaria caballerisca y elevada y por los sólidos méritos adquiridos, que han destacado su personalidad...

»Nuestro partido, doctor Alvear, está minado por una división latente, que usted seguramente conoce a fondo en sus causas generales, conjurado este mal por un fuerte espíritu de disciplina y profunda fe en sus destinos...»

El 9 de octubre trascendió el nombre de los futuros ministros. Era el primer signo del alejamiento de Alvear con Yrigoyen.

## V

Ya tenemos a nuestro héroe en la presidencia de la República. No le ha costado mucho. Sin grandes esfuerzos, sin luchas extremas, ha hecho una próspera carrera pública. No ha tenido que pasar, como Yrigoyen, largos años de labor cotidiana tejiendo pacientemente la tela de araña; ni se ha quemado, como Alem, en una meteórica y agotadora trayectoria. Suavemente ha venido hacia él la máxima consagración. Es hombre de suerte. Helo aquí, en sus 54 años, ostentando la clásica banda presidencial.

Tiene una bella cabeza, de corte romano, que ya no afean los finiseculares bigotes. La calvicie le presta cierta consular dignidad que va bien con su aventajada estatura. La silueta atlética de antaño peligra frente al avance de la obesidad. Pero si físicamente el tiempo lo está revistiendo de una conspicua madurez, Alvear sigue siendo en espíritu el mismo muchachón de hace veinte años. Su carácter no ha variado. Su constante buen humor, que a veces lo induce a la «cachada» o la broma pesada, alterna con arrebatos de una irritación desmesurada que suelen ser tan violentos como pasajeros. Tiene un grande corazón, generoso y manso, vigilado permanentemente por su voluntad: una voluntad férrea que no suele usar mucho pero que a veces se revela en actos de inesperada firmeza. No posee una excepcional inteligencia, pero su modalidad porteña le da una viveza, una presteza para captar las cosas o buscar rápidamente el fondo de los asuntos que suple la carencia de profundidad o de poder analítico.

Muchos lo creen un hombre mediocre. No lo es. Pero ocurre que todo ha sido fácil para él. No ha tenido necesidad de emplearse. En las postrimerías de su vida Alvear se verá forzado a desarrollar sus condiciones esenciales y entonces veremos cómo su aparente mediocridad desaparece para dar paso al hombre de lucha, al conductor de masas. Como si el joven Marcelo de los años noventa hubiera renacido medio siglo más tarde, liberado de las limitaciones que fueron depositando sobre su persona una vida cómoda y una constante buena estrella que lo ablandaron sin llegar

a frustrar sus mejores cualidades. Ya está en el Poder.

La de Alvear fue una presidencia suertuda, deslizada suavemente en años de gran prosperidad sin sobresaltos ni dificultades. El período de 1922-1928 estuvo ubicado cómodamente entre dos crisis: la de posguerra y la que afligió al mundo desde 1929. Al llegar Alvear al poder la economía argentina se había ajustado sobre bases reales, tras el desarrollo artificial provocado por la guerra mundial. Cuando abandonó el gobierno se estaba en vísperas del «crack» de 1929, cuyas consecuencias durarían varios años. Durante su administración, pues, no hubo grandes alteraciones económicas, ni en el país ni en el mundo. Moneda estable, ocupación plena, abundancia de vivienda, afluencia de capitales (fue en estos años cuando los capitales norteamericanos empezaron a instalarse con firmeza en el país).

Épocas doradas que desde luego no se obtuvieron a través de una acción de gobierno, sino porque la coyuntura económica así lo había misteriosamente establecido. Este hijo mimado de la Fortuna, que era Alvear, parecía contagiar su ventura a los tiempos que presidía...

Correspondieron las características de esos tiempos a la propia mentalidad del presidente. No sabemos cómo se las hubiera arreglado si el país hubiera sido azotado durante su gestión por la crisis que padeció desde el segundo gobierno de Yrigoyen. Lo cierto es que en los tranquilos años de su presidencia el Estado tuvo una injerencia mínima en las actividades generales, dejando que la evolución nacional se fuera realizando sin empujones ni cortapisas. Inclinado a imitar dentro del marco argentino las grandes líneas de la vieja política europea, Alvear creía en las bondades de un liberalismo que se concretara a resguardar desde lejos el orden dado.

Al finalizar su mandato la renta nacional había aumentado en casi 100.000.000 de pesos oro, y durante tres años el intercambio comercial había arrojado saldo positivo. Se hicieron algunas obras públicas —no muchas— y se realizó un amplio reequipamiento del Ejército y la Armada. Más de 650.000 inmigrantes quedaron radicados en el país. Hubo, en una palabra, una discreta prosperidad.

No hubo grandes conflictos sociales y se pudieron solucionar algunos entredichos, como el de los cañeros, mediante el famoso «Laudo Alvear» que hasta ahora no ha sido superado en su teoría.

Si hubiera que calificar su administración, el adjetivo que le cuadraría sería el de «correcta». Se ajustó en general a la ley y no se cometieron grandes transgresiones. Dejó hacer, dejó pasar.

Pero Alvear interrumpió la obra de Yrigoyen. No tanto la obra material como la concepción que había propuesto el caudillo con un sentido de transformación nacional. Mirando un poco en profundidad, era fácil advertir que el gobierno de Yrigoyen significaba un arranque para un cambio total de la realidad argentina. Las enormes dificultades con que tropezara Yrigoyen en su primer gobierno —oposición del Congreso, carencia de instrumentos para transferir al pueblo la defensa de sus propias conquistas, insuficiencia del equipo gobernante— sólo le habían permitido

plantear las grandes cuestiones y dejarlas en expectativa hasta que tiempos más propicios permitieran desarrollarlas a fondo. Así, Yrigoyen había establecido una posición en materia internacional que significaba la autonomía americana; una política universitaria que posibilitaba la creación de una cultura al servicio del pueblo; una política agraria que debía desembocar en la radical modificación del régimen feudal de nuestra tierra; una política de servicios públicos que conducía a la emancipación de nuestra economía de los grandes poderes que la manejaban desde lejos; una política social que abría la perspectiva de un nuevo ordenamiento basado en la cooperación de todas las clases bajo la vigilancia atenta del Estado.

Quedaban como un embrión todos estos inicios. Alvear debió ser quien los continuara, aprovechando la prosperidad de la época y el definitivo predominio político del radicalismo que, a su vez, estaba cobrando una conciencia cada vez más clara de su papel como agente transformador del país. Pero Alvear dejó que se agotaran estas semillas que el sembrador había echado a voleo sobre el país. Prefirió un gobierno cómodo, burgués, sin sobresaltos. Y así ocurrió que cuando Yrigoyen, después de 1928, quiso retomar la gran línea de la transformación encontró que todo era más difícil.

De lo que se sigue que, precisamente, el pecado del gobierno de Alvear fue el haber sido solamente correcto. Parece como si hubiera tenido miedo de seguir por los caminos que dejaba marcados su predecesor. En realidad, su origen familiar, su formación liberal, su experiencia europea, su temperamento cómodo, su horror por las tareas pesadas, lo inducían a olvidarse del mensaje que le dejaba Yrigoyen. Eso, y el círculo que lo rodeaba, ferozmente antiyrigoyenista. En su gestión gubernativa se advierte el gran defecto personal de Alvear: la carencia de profundidad para ver las cosas. Advirtió en el gobierno de Yrigoyen sólo lo formal, lo superficial: le horrorizó que su antecesor no concurreniera al Congreso a leer el mensaje anual, que los ministros no contestaran oralmente las interpelaciones, que se intervinieran provincias por motivos políticos. Vio los pequeños errores, las minúsculas transgresiones, pero no alcanzó a percibir las grandes perspectivas que se abrían debajo de las rarezas y tanteos de su antecesor.

Desde un punto de vista estrictamente legal, fríamente legal, el gobierno de Yrigoyen fue criticable. Decretó intervenciones pasando sobre la autoridad del Congreso, dispuso gastos por mero acuerdo de ministros. Pero esas intervenciones se enderezaban a restablecer la soberanía popular arrebatada por las oligarquías locales, esos gastos estaban afirmando las bases de la independencia económica (como el caso de la compra del *Bahía Blanca* o la iniciación del ferrocarril de Huaytiquina). Frente a la tenaz oposición de sus adversarios, frente a la miopía burocrática de los indiferentes, Yrigoyen estaba haciendo historia. En cambio, el gobierno de Alvear se ajustó estrictamente a las normas legales y reglamentarias. Pero no hizo nada que continuara o desarrollara las grandes líneas de la emancipación nacional. Se contentó con ser legalista, como si la erección de un estado de derecho fuera el desiderátum de

su gobierno; como si no fuera necesario tocar nada de lo establecido. Como si el orden vigente en el país estuviera sustentado sobre bases de justicia y no fuera el resultado de largos años de explotación y falacia.

Pecó por omisión. Por no hacer. Aunque también hubo hechos concretos que significaban posiciones opuestas a las adoptadas por Yrigoyen. Así ocurrió, por ejemplo, con la política internacional. Alvear insistió varias veces ante el Congreso para que la Argentina retornara a la Liga de las Naciones; y en la VI Conferencia Panamericana, realizada en La Habana, dejó en descubierto al delegado Pueyrredón, que quería plantear una posición definida frente a la guerra aduanera y a la intromisión político-militar de Estados Unidos en los países americanos. Permitió la derogación de la ley de jubilaciones de empleados y obreros de empresas particulares, avanzado instrumento de previsión que hubiera adelantado en muchos años el régimen de amparo de los trabajadores. Aunque YPF no fue molestada en su desarrollo, Alvear no hizo nada para lograr la nacionalización del petróleo, que sufrió durante su presidencia una accidentada peripecia. La ley de represión de los «trusts» quedó prácticamente anulada por no reglamentarse su aplicación. La Reforma Universitaria fue sabotada enviando el Poder Ejecutivo intervenciones antirreformistas a las Universidades de La Plata y el Litoral, y sancionándose estatutos que la retaceaban en la de Buenos Aires. Algunas obras públicas que tenían importancia dentro de una línea de liberación nacional quedaron paralizadas. Tal, el ferrocarril de Huaytiquina, la vía férrea de Patagones a Nahuel Huapí, las de Puerto Madryn a Esquel y Jacobacci. Lo mismo ocurrió con la restitución al Estado de tierra fiscal indebidamente poseída por intrusos. En materia institucional, Alvear rectificó las concepciones yrigoyeneanas, afirmando su carácter de gobierno «de orden común» y modificando el sentido de su política en lo referente a intervenciones federales.

Fue un retroceso en esa voluntad de emancipación que encarnaba el radicalismo. Si Alvear hubiera provenido de otro partido, su gestión merecería aplauso. Siendo, como era, radical (y de los viejos) es necesario concluir que no interpretó los antiguos anhelos populares por una Argentina transformada sobre bases de justicia. Porque la presidencia de Alvear puede mensurarse en cifras de exportación o índices de crecimiento, pero el gobierno de Yrigoyen debe medirse por la dimensión de sus sueños.

Esta crítica tal vez fuera excesiva si la falla de Alvear hubiera radicado solamente en una inoperancia con respecto a los grandes rumbos trazados por Yrigoyen. Al fin, no se puede exigir a todos la misma tensión ni la misma lucidez. Pero ocurre que Alvear dio una base política a sus fallas de gobierno. Y esta base política equivalía a la división del radicalismo.

He aquí el pecado fundamental. Para eludir la interferencia que Yrigoyen podía eventualmente ejercer, Alvear alentó el desprendimiento de un ala partidaria que

hasta entonces no se había atrevido a enfrentar al caudillo. El hecho no fue en sí demasiado sensible, porque los sectores derechistas del radicalismo no habían hecho más que perturbar la acción de gobierno de Yrigoyen y carecían de la sensibilidad política que singularizaba al radicalismo como expresión popular. Pero lo sensible fue que a través de esta maniobra política se posibilitó el nucleamiento de todos los intereses oligárquicos e imperialistas en un poderoso frente que libró su primera batalla en 1928 en el plano popular sin éxito, para volver a intentar su esfuerzo en 1930 y esta vez triunfar. Es probable que Alvear no haya advertido el peligro que significaba para el país el nucleamiento de las fuerzas que estaba poniendo en movimiento cuando coqueteaba con el antipersonalismo. En 1925, con motivo de las presiones que debió sufrir con referencia a la proyectada intervención a Buenos Aires, cayó en cuenta de que la creación se le escapaba de las manos y amenazaba perturbar la paz del país. Entonces dio marcha atrás y trató de reparar el mal, observando una relativa prescindencia frente a Yrigoyen.

Pero ya estaba demasiado marcada la diferenciación. El antipersonalismo fue el núcleo central de un conglomerado donde salamanqueaban los conservadores, los socialistas independientes, las logias militares pro fascistas, los intereses petroleros y la oligarquía hambrienta. Y lo gracioso es que él mismo, pocos años más tarde, sentiría en carne propia las consecuencias de su involuntaria creación: pequeño aprendiz de brujo que no pudo dominar las fuerzas que desencadenara en un momento de debilidad.

Los sucesos de la presidencia de Alvear apenas alcanzan la categoría de crónica. Caben en memorias ministeriales, no en páginas de historia. La visita del príncipe de Gales, la del príncipe de Savoia, el entredicho con la Santa Sede, la inauguración de las obras de la Costanera, el vuelo del *Plus Ultra*... Había terminado el impulso formidable, cósmico, del gobierno de Yrigoyen. Ahora los días eran municipales y espesos, como diría Rubén. En la tranquila mediocridad de esos días, el presidente rolaba como pez en el agua. Al llegar al país, del que estuviera ausente durante seis años, se instaló provisoriamente en la casa de un amigo, cerca de la Recoleta. Meses después alquiló una hermosa mansión en la calle Once de Setiembre, en el aristocrático barrio de Belgrano, y allí vivió durante todo su mandato (en aquellos tiempos los presidentes no tenían residencia oficial).

Hacia la mitad de su período empezó a construir en Mar del Plata, cerca de Playa Grande, un hermoso chalet que conservaría hasta su muerte. En «Villa Regina» pasó Alvear muchos veraneos y algún fin de semana en invierno. No era amigo de lujos despampanantes pero gustaba de la comodidad y el placer que aparejan las cosas bien hechas. «Villa Regina» fue uno de los grandes amores de Alvear, como lo fue, años más tarde, su *cottage* de Don Torcuato.

Había traído de Europa un imponente Rolls Royce, que vendió al poco tiempo. Era ordenado y minucioso para sus cosas, y eso le permitía matizar sus funciones con abundantes veladas, aventurillas, paseos y veraneos. Algunos lo acusaban de haragán: la verdad era que su empleo no lo mataba. A veces los ministros tenían que meterle el despacho en las narices para que firmara. Pero como los ministros sabían de las amplias facultades de que disponían se las arreglaban bastante bien sin él. «Ocho

presidentes y un secretario general...»



*Regina y Marcelo en una de sus estadías habituales en Mar del Plata, sin custodia...*

Contrastando con su predecesor, Alvear gustaba exhibirse en todas las ocasiones posibles. Nunca se inauguraron tantos monumentos en el país como bajo su presidencia. Nunca hubo tantas ceremonias oficiales prestigiadas por el primer mandatario. Placía a Alvear lucir su elegante estampa, con su clásico chambergo, sobresaliendo en estatura a todos los presentes. La fotografía del presidente con los brazos cruzados, en actitud de supuesta meditación, en palcos, estrados y proscenios era casi diaria en la prensa de esos años. No lo hacía por egolatría ni por complacencia exhibicionista. Alvear era profundamente democrático y sus maneras eran sencillas. Pero creía que ése era el papel de un presidente: jerarquizar los actos oficiales, llevar a todas las ocasiones más o menos importantes de la comunidad la presencia presidencial. Y que gobernaran los ministros.

Después de todo, era un papel como cualquier otro... Yrigoyen había visto la cuestión de otro modo. Pero cada uno es cada uno... Alvear tenía una filosofía realista, apacible. Creía que las cosas debían hacerse sin apuro, con tranquilidad, dejándolas correr. Por lo tanto, su función debía limitarse a vigilar desde la altura del poder cómo se desenvolvía el país. Por eso los ministros hacían y deshacían en sus ramos; por eso el presidente veraneaba largamente en Mar del Plata o se bañaba cuatro veces al día... En realidad ¡ay! los tiempos daban para eso...

En una cosa fue Alvear absolutamente consecuente con su predecesor: en el respeto por la libertad. Yrigoyen pudo decir, años más tarde, que durante sus gobiernos no se había menoscabado en forma alguna la libertad y el derecho de los ciudadanos a expresarse libremente. También pudo jactarse con justicia de ello su sucesor. Durante la presidencia de Alvear existió un religioso respeto por todas las opiniones. No solamente se garantizó la libertad de expresión, sino que Alvear mismo dio ejemplos de democracia en no pocas ocasiones; aguantando por ejemplo, las «cachadas» de una revista de humorismo político que dirigía un funcionario público, a quien hubiera sido fácil presionar o perseguir. También en esta sensibilidad jugaba su experiencia del viejo mundo, y cuando el presidente se paseaba por la calle Florida en compañía de un amigo o cuando se lo veía por la Rambla de Mar del Plata como un veraneante más debía sentir íntimamente que hacía escuela de democracia, como esos monarcas europeos que viven como burgueses a la vista de sus súbditos.

## VI

De esta modalidad que imprimió Alvear a su gobierno nacieron no pocos males, de los cuales el presidente no era directamente responsable, pero que de todos modos ocurrieron con su asentimiento.

El más importante —como ya lo hemos dicho— fue la división del radicalismo, no provocada por él, pero en cierto modo alentada por su pasividad. No nos proponemos relatar en estas páginas el proceso de la separación del antipersonalismo, porque ya lo hemos hecho —bien o mal— en otra parte. Nos remitimos pues, a lo que queda escrito.<sup>[9]</sup> Sólo diremos que ese proceso tuvo tres etapas bien definidas.

La primera comprendió desde la asunción del poder por Alvear hasta la renuncia del ministro Matienzo (diciembre de 1923). Se caracterizó por un finteo previo entre lo que se dio en llamar el antipersonalismo por un lado y el yrigoyenismo por el otro. Estas escaramuzas se libraron en el Senado, donde un grupo importante de legisladores radicales empezó a hostilizar al vicepresidente de la Nación, jefe nato del cuerpo. Ejercía el cargo Elpidio González, cuya intimidad con Yrigoyen era notoria; así es que todo el ataque contra el vicepresidente lo era, en realidad, contra el caudillo. La actitud del gobierno con referencia a las situaciones de San Juan y Córdoba contribuyó a ahondar las diferencias entre ambas alas del radicalismo, con la tácita protección dispensada a los Cantoni y al gobierno de Julio A. Roca, que suponían un brusco viraje en la línea política del gobierno anterior, dolidamente acusado por los yrigoyenistas.

En diciembre de 1923 asume el Ministerio del Interior Vicente Gallo, una de las figuras conspicuas del grupo «azul». Su gestión señala la culminación de la lucha entre radicalismo y antipersonalismo. En el Congreso ya están netamente definidos ambos bloques y es dable notar el apoyo que recibe el antipersonalismo de los restantes grupos opositores al radicalismo: socialistas, demócratas progresistas y conservadores. A mediados de 1924 el antipersonalismo se separa formalmente de la Unión Cívica Radical, instalando sus propias autoridades y organizando sus estructuras en todo el país. Paralelamente, aumenta la presión sobre Alvear para obtener la intervención a la provincia de Buenos Aires, baluarte del radicalismo y clave de la futura elección nacional. El presidente, sostenido secretamente por los vigorosos mensajes de Yrigoyen y un poco asustado ante la falta de escrúpulos políticos de sus amigos, resiste y dilata la decisión que se le exige, hasta que en junio de 1925 renuncia Gallo.



*Durante la entrega de un premio deportivo, de izquierda a derecha, Antonio Segura, Regina Pacini, la nadadora galardonada Lilian Harrison, el presidente Alvear y Vicente Gallo, febrero de 1924.*

La salida de Gallo del gabinete nacional abre la tercera etapa del proceso. Con José P. Tamborini en la cartera del Interior se va suavizando el enfrentamiento en la medida de lo posible. Alvear no ha dejado de brindar su simpatía hacia el antipersonalismo —que poco después proclama la fórmula Melo-Gallo—, pero es más cauto en el apoyo que le difiere. La intervención a Buenos Aires es definitivamente archivada y un golpe militar que tramita Justo para evitar la segura ascensión de Yrigoyen queda postergado.

Así se llega a las elecciones de marzo de 1928, en las que el radicalismo triunfa clamorosamente, exaltando por segunda vez a Yrigoyen a la presidencia de la Nación, contra el esfuerzo de los antipersonalistas, unidos en contubernio a los conservadores y apoyados por una fracción socialista. Quedaba, como un resabio de la política seguida por Alvear, la fracción segregada del radicalismo, que permanecería en disponibilidad hasta que el suceso de setiembre de 1930 le abre de nuevo el juego político. El antipersonalismo como creación del gobierno de Alvear —por acción u omisión— persistió después como una corriente perfectamente definida en la política argentina, dentro o fuera del radicalismo.

Conviene aclarar que el antipersonalismo no era sino una reacción contra Yrigoyen, contra lo que éste significaba, contra su política emancipadora y popular. Recogía todos los resentimientos que habían quedado a la vera de los caminos que Yrigoyen recorriera desde su iniciación en la política. El grupo que rodeara a Alem, el sector «galerita» que desde 1912 pugnaba por predominar en el partido, los

disidentes que en diversas provincias se sintieron agraviados por Yrigoyen, todos se unieron en un común odio al caudillo. Ellos se justificaban diciendo que estaban en contra de su personalismo. Lo cierto es que si Yrigoyen era personalista en la medida que decidía en función de conductor las grandes determinaciones de su partido o del gobierno, ellos eran personalistas al revés, pues se reducían a atacar la figura del ex presidente, y en este odio se sentían vinculados a los intereses más retrógrados y antinacionales.

¿Cuál fue la responsabilidad de Alvear en el proceso? Al principio vio con agrado la formación de una fuerza que contrarrestara la autoridad que cargaba Yrigoyen, aun en el llano. Durante su ministerio, Gallo alentó francamente los propósitos de los antipersonalistas. Pero cuando las exigencias de los segregados hirieron su sentido de la legalidad, entonces reaccionó y los dejó librados a su suerte.

—A mí no me vengan a joder. ¡Arréglense solos y ganen si son más! —cuéntase que le dijo a Le Breton, cuando éste le expuso en forma definitiva la necesidad de intervenir Buenos Aires.

Durante la última fase de su gobierno trató Alvear de acortar distancias con el yrigoyenismo y con el mismo caudillo, al cual, sin embargo, no vio nunca. Sólo en diciembre de 1928, en ocasión de viajar a Europa, Alvear, a dos meses de su alejamiento de la presidencia, visitó a Yrigoyen. Los yrigoyenistas lo tildaban, naturalmente, de traidor, y así se lo dijeron a gritos el 12 de octubre de 1928: pero, en realidad, Alvear salía del episodio de la escisión antipersonalista mejor parado que el resto de sus amigos. Por lo menos, en el momento decisivo había sabido mantenerse dentro de la Constitución, y su resolución en tal sentido había salvado las posibilidades del triunfo popular. Una de las grandes habilidades de Alvear era saber alejarse. Cuando Yrigoyen asumió la presidencia, optó por aceptar un cargo en el exterior y esto suavizó sus posibilidades para la sucesión; al terminar su propia presidencia alejóse del país, y su ausencia lo salvó de mezclarse en los turbios trámites en que anduvieron casi todos sus amigos en vísperas del 6 de setiembre.

Así fueron pasando los años de Alvear. Después de la posguerra, el mundo parecía haber encontrado estabilidad y prosperidad en forma definitiva. El Pacto de Locarno, signado entre las potencias más importantes, suponía la exclusión de la guerra en los tiempos futuros. Las naciones capitalistas se habían resignado a la existencia de la Unión Soviética, cuyo fracaso esperaban día a día. En una provincia septentrional de Alemania, un tal Hitler divertía y asustaba a la gente con sus desplantes: pero nadie lo conocía fuera de su país. En Italia el señor Mussolini todavía usaba jacquet y cuello palomita y parecía ser un buen administrador que hacía llegar los trenes a horario. Grandes mediocridades gobernaban la política europea con sensatez y miopía.

Aquí en América, no pasaba nada. Estados Unidos metía su *big stick* en las naciones del Caribe, pero esto enardecía solamente a algunos muchachos

macaneadores de la Unión Latinoamericana o de la Liga Antipersonalista. Comunistas, claro... Los mexicanos se divertían cazando curas; los venezolanos creían que Bisonte Gómez no se moriría nunca; los peruanos soportaban a Leguía. No pasaba nada.

En la Argentina, todo tranquilo. Los chicos de «Martín Fierro» peleaban inofensivamente; Carlitos cantaba sus tangos; Florencio Parravicini se hacía elegir concejal... ¡Qué años! El radicalismo, liberado del ala derecha, se concentraba alrededor de Yrigoyen y reencontraba sus grandes temas: la nacionalización del petróleo, el antiimperialismo, la ley de jubilaciones del personal de la industria, el ferrocarril de Huaytiquina, la solidaridad americana.

Años afortunados, los de Alvear. Parecía que la Argentina tenía democracia para cien años...

## VII

Dos meses después de abandonar el gobierno, Alvear regresa a Francia. Él había dicho solamente «*Au revoir...*». Estaba harto de la política, hambriento de retornar a su villa, a las tertulias amables, a sus amigos artistas, a su círculo aristocrático. Stravinsky hacía furor. Picasso provocaba tormentas polémicas. No era posible vivir lejos de París.

Su fortuna había sufrido un recio golpe durante la presidencia, porque Alvear había revestido la función de un boato que muchas veces tenía que sostener de su propio bolsillo. Dejó ordenado todo lo necesario para que se vendieran en lotes las últimas tierras que le quedaban: las de «Don Torcuato», herencia de su madre, cuya hijuela había aumentado una donación de su hermano Ángel. El loteo se realizó con felicidad y durante varios años Alvear vivió de su producto.

Volvía a Europa revestido de un gran prestigio. Ahora no era solamente el *amateur* generoso de años anteriores, el rico aristócrata emparentado con la nobleza española, el ministro de la Argentina en París. Era *Monsieur le President* y todos lo trataban de Excelencia. Era un ex presidente de un país sudamericano, cosa bastante común en París, pero no un rastacuero ni un aventurero, sino un gran señor, ampliamente vinculado a ese mundillo brillante y veleidoso.

Desde 1929 a 1930 Alvear recorrió varios países en compañía de doña Regina, teniendo siempre como centro de sus periplos el «Manoir de Coeur Volant». Se veía raramente con argentinos, pero estaba enterado por sus corresponsales del curso de los sucesos de su país. Sabía que el gobierno de Yrigoyen soportaba una formidable oposición que día a día iba creciendo en poder y agresividad. Supo del asesinato de Lencinas, de la derrota radical en la Capital Federal, de los incidentes en el Congreso. Y también, tremendamente exagerados por sus amigos, se enteró de los defectos que

aquejaban al gobierno de su viejo amigo. Le pintaban la imagen de un anciano decadente, reblandecido, secuestrado por el grupo más espurio del partido, que nada hacía y de nada se enteraba, mientras la Argentina —que Alvear habría dejado en inmejorables condiciones— se hundía en la ruina financiera y el malestar político.

A principios de agosto de 1930, en pleno verano europeo, el matrimonio Alvear fue a pasar la temporada en un balneario elegante. Poco después regresó a París. Allí recibió la noticia de la revolución. Alejado del país, bombardeado por cartas de gente de su círculo social, cortada toda comunicación con Yrigoyen, no le costó mucho a Alvear creer sinceramente las exageraciones e infamias que se vertieron en abundancia sobre la administración radical, y este prejuicio lo siguió alimentando hasta el fin de sus días.

Lo sensato para Alvear hubiera sido observar en silencio la marcha de los acontecimientos en la Argentina hasta que el panorama se aclarara lo suficiente como para poder emitir un juicio con fundamento. Pero no pudo con su genio. Los periodistas lo abordan en «Coeur Volant», y Alvear se despacha a gusto. Los yrigoyenistas no le perdonarían jamás sus imprudentes declaraciones.

París, setiembre 8 (Especial de *La Razón*). «En su coqueta Villa, me recibió esta mañana el ex presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear.

»Acaba de regresar el popular hombre público de pasar una temporada en Marly, en compañía de su esposa...

»Queda pensativo un instante, evocando los momentos que ha de haber pasado Buenos Aires y el país entero, a través de las informaciones de los periódicos parisienses, y luego, en su actitud habitual, perdida la mirada en lontananza, y como meditando en voz alta, me dice pausadamente, y con acento de profunda convicción: “Tenía que ser así. Yrigoyen, con una ignorancia absoluta de toda práctica de gobierno democrático, parece que se hubiera complacido en menoscabar las instituciones. Gobernar no es pagar”.

“Para él —prosiguió— no existían ni la opinión pública, ni los cargos, ni los hombres. Humilló a sus ministros y desvalorizó las más altas investiduras. Quien siembra vientos recoge tempestades”.

“Da pena ver —dijo a continuación— cómo ese hombre, que encarnaba los anhelos de la libertad del sufragio, que tenía un puesto ganado en la historia al dejar su primera presidencia, destruyó su propia estatua”.

“Al día siguiente mismo —expresó con pesar— de asumir yo la presidencia de la República, en vez de conspirar y entorpecer mi obra de gobierno, hubiera debido alejarse al campo para descansar y permanecer ajeno a toda maniobra. Mi gestión, entonces, hubiera sido mejor de lo que pudo ser”.

“A mi gobierno —afirmó— de carácter pacífico y respetuoso de las normas constitucionales, debe Yrigoyen los 800.000 votos de que se envaneció luego, y tan desdichadamente, que le cegaron por completo”.

“Su megalomanía llegaba a tal punto que decía al dar nombramientos: ‘lo que yo doy, sólo Dios lo quita’”.

“Esperemos —prosiguió— que no se castigue al electorado por su error”.

“El que dirigió varias revoluciones, en las que nosotros participamos, no logró hacer triunfar ninguna. En cambio, ve triunfar la primera que le hacen a él. Más le valiera haber muerto al dejar su primer gobierno; al menos, hubiera salvado al Partido, la única fuerza electoral del país, rota y desmoralizada por la acción de su personalismo”.

“Sus partidarios serán los primeros en repudiarlo. Estuvieron a su lado mientras fue el ídolo de la opinión. Pero no podían quererle hombres a quienes humilló constantemente”.

“Era de prever lo ocurrido. Ya en mis mensajes al Congreso, hablé de los peligros de los hombres providenciales”.

“En la primera presidencia —dijo luego— debe haber no menos de 50.000 expedientes sin firmar. Mi despacho, en cambio, quedó al día, aunque no lo haga creer así algún nombramiento con efecto retroactivo”.

“La segunda presidencia de Yrigoyen es comparable también a la segunda presidencia de Johnson, en Estados Unidos, calificada como de asalto sin contralor”.

“Si se reconoce ahora la bondad en mi gobierno, es por lo mismo que la falta de salud se reconoce cuando aparece la enfermedad”.

“Su gobierno fue neutral durante la guerra mundial, porque ésa era la única manera de no hacer nada en

aquellos momentos”.

“Hasta la renuncia que le imponían los hechos la quiso aplazar para mañana. El abandono del mando primeramente anunciado era una farsa, y no hubiera detenido la marcha de los acontecimientos notoriamente preparados”.

“Mi impresión, que transmito al pueblo argentino, es de que el Ejército, que ha jurado defender la Constitución, debe merecer nuestra confianza y que no será una guardia pretoriana ni que esté dispuesto a tolerar la obra nefasta de ningún dictador”».

En realidad, Alvear no podía quejarse del cambio de la situación en el país. Ejercía la presidencia provisional un amigo de su juventud, con quien se tuteaba; era un hombre fuerte su ex ministro de Guerra, cuya fidelidad descontaba; sus amigos antipersonalistas eran puntales del gobierno *de facto*. Los que dos años antes lo habían atacado estaban caídos y dispersos. Y el pobre Yrigoyen... Bueno, mejor no acordarse de él... Desde su deleitoso retiro parisiense Alvear sentía de nuevo la picazón de la ambición política. Pero había que actuar con prudencia. Había que reunir elementos de juicio. Cada amigo que viaja a Buenos Aires lleva especial encargo de escribirle detalladamente. Así va recibiendo informes de distintas personas. Su hermano Carlos le refiere las impresiones de los hombres de su círculo social:

«Octubre 1.º, 1930.

»... Nada te da una idea más clara de su nerviosidad [se refiere al Gobierno Provisional, F. L.] que lo que pasa con Yrigoyen: que se vaya donde quiera, 24 horas después preso en un cuartel; 24 horas después a bordo de un barco de guerra, donde está enfermo, etc., y así sigue todo, atropellos por todas partes, falta de unidad y tranquilidad [...] Te mando algunos recortes y entre ellos, uno de *La Prensa*, en que publica (único que lo hace) unos párrafos del discurso de [ilegible F. L.] en el Jockey Club, donde dice que el Pte. Alvear no hizo nada por impedir la presidencia de Yrigoyen. Qué bruto, creo que era más fácil cualquier cosa que impedir que Yrigoyen fuera presidente. Ahora parece que éste quiere irse a Europa: es verdaderamente ridículo lo que pasa con Yrigoyen, cómo lo cuidan y temen. Por otro lado tienen a Elpidio a bordo, incomunicado; yo creo que ven sombras en todas partes...».

DE EUGENIO PINI A ALVEAR

«Belgrano, 6 de octubre de 1930.

»Ilustre doctor y amigo:

»... El domingo a la mañana he tenido una larga conferencia con el común amigo general Justo en su casa de Belgrano y hoy será recibido por S. E. el general Urriburu. La situación general es calma y segura. El odio contra el Peludo y todo el Régimen de él, es tremendo y *nadie hoy* reconoce ser yrigoyenista!! Empezaré por la parte más importante. La conversación con el general Justo. Ejecutando a la letra la simpática misión de S. E. he abrazado con entusiasmo de su parte al general que me correspondió con todo afecto. En resumen me dijo: Escriba usted a nuestro grande y generoso amigo que no es todavía el momento de venir a Buenos Aires. Hay mucha confusión y creo que de aquí a 4 meses yo podré aconsejarle de venir con provecho, porque seguramente vamos a necesitarlo. Le recomiendo de mi parte de no escribir, no hablar, no telegrafiar, porque aquí todo se comenta caprichosamente y creo que a él le conviene el silencio absoluto...».

Y uno de sus más queridos amigos también le escribe con frases que evidencian el recelo antiyrigoyenista de la gente que rodeaba a Alvear.

«Buenos Aires, noviembre 11 de 1930.

»Querido Marcelo:

»... Acordándome de lo que decía Justo trataré de ser lo menos difuso posible aunque no respondo del orden ni del método de la exposición.

»A mi llegada visité a Uriburu, que me recibió muy amablemente: le transmití tu saludo, que agradeció efusivamente, y me pidió que te lo retribuyera con las expresiones de su mayor afecto. En el curso de la conversación me manifestó que había llegado al poder sin compromiso político con partido político alguno, que nada ambicionaba y que estaba dispuesto a cumplir lo que había jurado, es decir, dar al pueblo toda la libertad necesaria para que elija el presidente que su soberana voluntad determine...

»... El peludismo que en primer momento se echó a muerto y que pedía humildemente ser admitido en las filas del verdadero radicalismo, es decir, el antipersonalismo, ha reaccionado en los últimos días, y ya no habla sino de ir a la lucha por sus cabales. Ha reabierto gran número de sus comités; han aparecido en la Capital, y en las provincias, periodiquines que defienden sus intereses; y sus oradores, como Mercader, en una reunión que celebraron en La Plata, hablan y ensalzan la *gloriosa* obra de su partido...».

Poco a poco la situación va cobrando nitidez. Alvear debía imaginarse la evolución política de su patria. Los peludistas están desprestigiados y perseguidos: pero son muchos y tienen pasta de lucha. Hipólito siempre tendrá pueblo a su alrededor. El gobierno militar no puede ser popular en la Argentina, mucho menos estando rodeado, como está, de la más rancia especie conservadora. Ninguna salida podrá ser viable por este lado. La solución ha de ser el radicalismo.

Pero un radicalismo popular, dirigido por un Estado Mayor depurado de los excesos del peludismo, que pueda merecer el *exequatur* del gobierno militar. Y el único hombre que podía hacer ese milagro era él mismo. Pero había que esperar un poco más todavía. Y Alvear, desde su amado París, siguió esperando. Tal vez, imaginándose que las cosas resultarían fáciles como en 1922. Y siguiendo el interesado consejo de Justo, calladito la boca, contestando vaguedades a sus amigos de Buenos Aires, sin moverse de su retiro.

Mientras tanto, el gobierno de Uriburu fracasaba en su intento de crear una federación política con la intervención de todas las fuerzas que habían apoyado la revolución y acentuaba su entrega al conservadurismo. El ambiente local que había rodeado por un momento a la revolución de setiembre ya se había esfumado, y el radicalismo empieza a levantar cabeza, tal como lo describiera Remigio Lupo en la carta antes transcripta. Un grande anhelo de superación crecía en la masa partidaria, purificada en la persecución. La dictadura, cada vez más agresiva, acentuaba su dureza contra todas las expresiones de una posible oposición. El Comité Nacional de la UCR había logrado reunirse en noviembre (1930), decretando una reorganización en todo el país que no llegó a tener comienzos de ejecución, sino en forma aislada. En la incertidumbre política de esos meses, el radicalismo cobraba conciencia de su arraigo popular frente al vertical desprestigio del gobierno provisional, pero no veía los caminos de su propia salida. Yrigoyen, confinado en la isla; Alvear, reticente en su retiro; el elenco antipersonalista, indeciso entre la candidatura Justo, que ya empezaba a tomar cuerpo, o la incorporación al radicalismo a través de una amplia

reorganización...

La vuelta de los antipersonalistas era una solución anhelada por todos, pero en diferente punto de vista. Había quienes estimaban que era necesario el concurso del equipo alejado del radicalismo desde 1924, a condición de que llegara sin imponer exigencias desdorasas para los yrigoyenistas. Pero no pocos antipersonalistas —los de Entre Ríos, por ejemplo— evidenciaban una actitud inaceptable: volverían al partido siempre que los «peludistas» aceptaran humildemente servir sólo de base electoral. Sin embargo, se iba extendiendo una tácita consigna de echar un velo sobre las discrepancias de años anteriores a fin de lograr la reunión de todos en el viejo tronco. En eso andaban muchos dirigentes de una y otra corriente, y no era difícil deducir que el único en condiciones de presidir esta fusión era Alvear. Su participación en la lucha contra Yrigoyen había carecido de aspectos odiosos, y el alejamiento de los tres años últimos contribuyó a tender sobre su persona un cortés silencio, que era ya un principio de absolución por parte del pueblo yrigoyenista. Además, era un ex presidente de la Nación, con toda la jerarquía moral que ello implicaba.

En los últimos días de noviembre el corresponsal de *La Nación* en París entrevista a Alvear con motivo de las versiones que daban como inminente el retorno del ex presidente al país.

Alvear se muestra esta vez mucho más cauteloso que en su primer reportaje. Habla de vaguedades, «deponer ambiciones, disidencias, agravios», alude a las «generaciones futuras», se refiere «al progreso del país y sus grandes destinos». Muestra escepticismo sobre las posibilidades de la Federación Democrática y se manifiesta contrario a la eventual reforma de la Constitución. «Volvamos cuanto antes a la normalidad. Entonces será el momento de pensar en las reformas necesarias y recoger las enseñanzas del pasado». En un momento de la *interview* se le escapa una alusión a «la pesadilla del pasado y su bello despertar».

Pero la esencia radical de Alvear lo induce a defender su partido, sobre cuyo cuerpo exangüe están revoloteando todos los buitres de la reacción.

«... A riesgo de aparecer contrariando el sentir de la opinión, sigo creyendo que el Partido Radical no puede y no debe desaparecer. Si los hombres que estuvieron al frente de una de sus fracciones no han respondido a la esperanza, no es culpa de la gran masa del electorado de la República, que con sus entusiasmos y simpatías hizo triunfar esa gran fuerza política que ha incorporado a la vida cívica argentina los principios y prácticas del verdadero progreso democrático. Los hombres somos transitorios, pero los partidos organizados, con sus virtudes y defectos, son fuerzas permanentes y necesarias, llamadas a progresar y a perfeccionarse. La experiencia de los errores cometidos servirá para ratificar juicios y realizar las mejoras necesarias.

»... Los partidos que se han creado y que han vivido influyendo intensamente la vida argentina, no han sido improvisaciones arbitrarias; han respondido a un anhelo, a una orientación, a un sentimiento que hace necesaria su existencia. La destrucción de una de esas organizaciones políticas crearía la desorientación en los grupos importantes de la opinión, que, más que el efecto, son la causa de la existencia de esos mismos partidos. Además, de ese modo se iría a la desaparición de un instrumento con el cual, acertada o erróneamente, los ciudadanos argentinos influyen y gravitan en la vida política e institucional de nuestro país...».

Estas declaraciones (salvadas las desdichadas alusiones al «bello despertar», etc.)

sonaron gratamente a los oídos radicales. Alvear podía ser una solución, después de todo...

Empezaron, pues, a insinuarse las invitaciones para que volviera al país a presidir la reorganización radical. Estos pedidos venían del ala antipersonalista, pero estaban asentidos por muchos yrigoyenistas. No hay que olvidar que Alvear era radical desde la fundación, y muchos dirigentes del riñón yrigoyenista eran amigos de juventud con los cuales nunca había roto relaciones.

La invitación se formalizó en marzo de 1931. El gobierno *de facto* había convocado a elecciones de gobernador en la provincia de Buenos Aires para el 5 de abril. El radicalismo estaba desorganizado y acéfalo, frente a un adversario que se encontraba en plena campaña electoral desde enero. En una vertiginosa carrera contra el tiempo, superando inconvenientes mediante la disciplina y la eficacia de ese radicalismo bonaerense que era obra del cariñoso desvelo de Yrigoyen, logra constituirse a mediados de marzo la Convención Provincial.

Es entonces cuando Fernando Saguier, Roberto M. Ortiz, José P. Tamborini, Vicente C. Gallo y Carlos Noel se comunican telefónicamente con París para anunciar a Alvear que propiciarán su nombre en la Convención Provincial, a fin de que el candidato del radicalismo tuviese la jerarquía que la ocasión requería. Pero el nombre del ex presidente no llega a postularse en el cuerpo. La mayoría de los delegados prefiere a Honorio Pueyrredón, que encabeza el histórico binomio triunfante en las elecciones del 5 de abril, episodio electoral que marca el desbarranque del gobierno *de facto* en el fraude y la violación de sus promesas.

El 8 de abril empezó el escrutinio de Buenos Aires, que dio la sensación del triunfo radical, acentuada a medida que pasaban los días. El 11 embarca en el *Cap Arcona*, de regreso para la Argentina. Al pasar por Lisboa se le reúne doña Regina, que estaba allí visitando a los suyos.

La noticia de la victoria radical en Buenos Aires mece el regreso de Alvear. El partido ya es una fuerza en ascenso; ha demostrado empuje y madurez. La ocasión es propicia para hacer comprender a los hombres del gobierno *de facto* que para cualquier salida pacífica y legal es necesario contar con un radicalismo sin exclusiones. Alvear piensa que es posible realizar un doble milagro: presidir una fusión sincera de antipersonalistas e yrigoyenistas y obtener de las autoridades *de facto* la garantía de que no se impedirá el acceso del radicalismo fusionado al poder.

Se equivocaba Alvear. La mayor parte del sector antipersonalista no demostraría ningún interés por ingresar a un partido sobre el cual podía pesar eventualmente un sañudo veto gubernativo; y, por otra parte, el gobierno provisional estaba demasiado comprometido con el conservadurismo para aceptar la posibilidad de un gobierno radical, aunque fuera radical tibio. Tres años en Europa le habían hecho perder su visión del país. La realidad le sería mucho más amarga de lo que él creía. El 25 de abril llega a Buenos Aires. Lo recibe una multitud clamorosa, emocionada. El pueblo radical llegaba hasta él como un rebaño en procura de su pastor. Alvear creía poder

ser el candidato del gobierno. Tres meses más tarde abandonaría el país en calidad de deportado, pero convertido ya en abanderado del radicalismo. Empezaba a vivir la tercera etapa de su vida, la más densa, la de los años de lucha, la única parte de la vida de Alvear que merece página de historia y no líneas de crónica: como si todo lo anterior hubiera sido solamente un largo apronte.

Un alto destino, un destino con grandeza, estaba aguardándolo ese 25 de abril de 1931 en el puerto de Buenos Aires, poblado de banderas y corazones.

III

Don Marcelo

## Su hora más gloriosa

La llegada de Alvear a Buenos Aires tuvo dos aspectos, símbolo del tironeo de que era objeto su personalidad en esa emergencia. Uno, el aspecto multitudinario, populoso, la cálida acogida que le brindaba el pueblo radical congregado en el puerto con sus cartelones y sus boinas blancas, pidiéndole que asumiera la jefatura del partido y brindándole un afecto que nunca había rodeado su figura, siempre un poco distante.

Otro, la presencia clandestina y sinuosa de Justo. El ex ministro de Alvear también acudió a recibirlo. Albergaba desde años atrás un torvo resentimiento hacia el hombre que lo había sacado del anonimato castrense, pero por ahora disimulaba su rencor: quería tentar las posibilidades de contar con Alvear para su propio juego político.

El pueblo agolpado frente a la dársena descubrió la rechoncha presencia de Justo y agotó las expresiones de su repudio. Una formidable rechifla lo marcó durante largo rato. Era el único modo que tenía la gente sencilla de avisar a su jefe el peligro que le acechaba tras la sonrisa profesional de Justo. Porque Alvear estaba en este momento en el mismo estado de espíritu que había llevado a otro viajero ilustre, Mitre, a traicionar las esperanzas populares. Exactamente cuarenta años antes Mitre había llegado de regreso de Europa, después de una revolución histórica, y en vez de encabezar el movimiento popular contra la oligarquía se había echado en brazos de ella, desconcertando a las fuerzas que se habían congregado alrededor de su nombre. Ahora, Alvear corría el mismo peligro. Una revolución se había producido, y la visión del viajero de 1931 podía nublarse tanto como la del de 1891. Así como Roca había fraguado el «abrazo histórico» con Mitre, también ahora podía Justo abrazar a Alvear para alejarlo del pueblo y engatusarlo en las habilidosas mañas de la oligarquía.

Pero la sensibilidad política de Alvear estaba mucho más abierta al reclamo del pueblo que la de Mitre. Un auspicioso signo de su futura actitud fue la breve arenga que pronunció, trepado sobre un cajón, apretujado por la multitud, frente a la dársena. «Decid a los conciudadanos que no han podido llegar hasta aquí que Marcelo de Alvear vuelve a ocupar su puesto en las filas donde estuvo siempre».

El pueblo escuchó su palabra y lo siguió, exultante, hasta el City Hotel, reclamando una y otra vez su presencia. También fue hasta allí Justo, haciendo gala de una impermeabilidad paquidérmica, y cuando los dos personajes aparecieron en el balcón las aclamaciones al recién llegado se alternaron con el estribillo de «Alvear sí, otro no».

Ahora era necesario enterarse de lo que ocurría en el país. Se instaló en un piso del City y empezó a recibir a todo el mundo para acopiar elementos de juicio provenientes de los diferentes sectores.

Un edecán de Uriburu había saludado al viajero en nombre del dictador. Alvear devolvió la visita poco después en la Casa de Gobierno. La entrevista con su viejo amigo fue cordial. Se brindaron el trato amistoso de siempre:

—¡Hola, Pepe!

—¿Qué tal, Marcelo...?

Hablaron largo rato y recién entonces empezó Alvear a advertir que el milagro número dos sería de difícil producción. El milagro número uno —la unificación del radicalismo— parecía más factible; pero el otro, la benevolencia del gobierno provisional hacia el radicalismo unido aparecióle, después de su conversación con el dictador, como muy improbable.

Uriburu le insinuó que podía ser el futuro presidente y manifestó su esperanza de que Alvear no aceptaría presidir una reorganización en la que intervinieran los yrigoyenistas. Al parecer, el dictador consideraba a los yrigoyenistas como monstruos inmerecedores del pan y la sal. Había que excluirlos, había que perseguirlos, había que liquidarlos. Alvear, que sabía perfectamente la gravitación de los sectores yrigoyenistas y conocía la imposibilidad de prescindir de ellos en una reorganización viable, no dio una contestación firme a la insinuación.



*De regreso al país, Alvear se entrevistó con el presidente del gobierno provisional, el general Uriburu. La fotografía rescata el momento en que Alvear abandona la Casa de Gobierno, abril de 1931.*

La entrevista había empezado cordialmente y terminó con frialdad. Aquí empezó Alvear a tener la sensación de las dificultades que le esperaban en su tarea.

Pero había que asumirla. Día a día llegaban al departamento del City las delegaciones de todo el país. Referíanle las persecuciones de que eran víctimas los radicales. Contaban las cesantías, las molestias policiales, las torturas. Los de Buenos Aires expresaban el temor de que el gobierno provisional desconociera el resultado de las elecciones del 5 de abril. Los de Córdoba relataban las ínfulas fascistas del interventor. En todas partes el radicalismo era carne de dolor. Y ante el espectáculo desolador de ese gran partido argentino, que con sus errores y sus pecados había sabido hacer historia, la calidad humana de Alvear se iba enardeciendo, y sus 63 años de edad adquirían el vigor de los veinte, cuando andaba atrás de Yrigoyen peleando contra malos gobiernos y policías bravas...

No. No se podía descalificar al yrigoyenismo. Era pueblo puro. Radicalismo sin yrigoyenismo significaba cáscara vacía. Aparte de que, en los hechos, ya encontraría el yrigoyenismo su propio cauce. Era más inteligente recoger, orientar, esa vigorosa corriente popular dentro de un radicalismo renovado. En eso estaba Alvear.

En los primeros días de mayo hace declaraciones a un diario europeo, que son reproducidas por los periódicos argentinos. No critica a la revolución de setiembre; más bien, la justifica. «La revolución reaccionó contra desórdenes deplorables e

innegables». Pero defiende el derecho del radicalismo a reorganizarse con todos sus elementos. «Lo que aquí se dice *personalismo* es la mayoría del partido Radical: y este partido quiere y debe por su iniciativa, libremente, reorganizar y defender sus cuadros, sin imposiciones exteriores». Hasta entonces, las visitas de Justo, Melo, Laurencena, los Cantoni y otros dirigentes del «contubernio» habían menudeado al City. Después del reportaje referido, desaparecieron. Las cartas estaban echadas. Alvear no se prestaría al juego antipopular. Y el 16 de mayo se produce el acontecimiento esperado por todos. Aparece un manifiesto que convoca al radicalismo de todo el país a su reorganización. No se habla en el documento de exclusiones. A la Unión Cívica Radical, «dignamente fortificada en la adversidad», deben incorporarse todos los radicales y todos los ciudadanos conscientes de su responsabilidad.

Firman hombres del antipersonalismo como Gallo, Arturo Goyeneche, Mario M. Guido, Enrique M. Mosca, Roberto M. Ortiz y José Tamborini; también lo suscriben dirigentes yrigoyenistas, como Ricardo Caballero, Adolfo Güemes, Roberto Parry, Honorio Pueyrredón, Francisco Ratto y Pablo Torello. Y, encabezando la nómina, por un travieso azar alfabético, el nombre de Alvear.

El 28 del mismo mes los firmantes del manifiesto constituyen una Junta Reorganizadora. Fue lo que históricamente se conoce como «Junta del City». La presidía Alvear, asistido por Güemes como vicepresidente y Mosca, Julio Borda, Carlos Noel y Obdulio Siri como secretarios. «En presencia de las adhesiones recibidas y de los requerimientos formulados por organismos radicales de todo el país» había decidido sustituir de hecho la autoridad del Comité Nacional, prácticamente desintegrado e inactivo desde noviembre de 1930.

Nadie hizo observaciones sobre el procedimiento, bastante irregular, con que se constituía la nueva autoridad provisoria del partido. La personalidad de Alvear bastaba para legalizar el hecho, y el momento que se vivía no admitía formulismos. La dictadura, después de tambalearse frente al veredicto popular del 5 de abril, se había fortificado en la arbitrariedad y la trampa. Previo un cambio de equipo, suspendió la reunión del Colegio Electoral que debía proclamar la fórmula Pueyrredón-Guido, mientras urgía la organización del conservadurismo en una estructura nacional y prodigaba su apoyo a la «Junta del Castelar», que presidía la reorganización del antipersonalismo. Con el conservadurismo unido al antipersonalismo y el socialismo independiente de la Capital Federal, Justo tejía su candidatura, mientras Uriburu, roído por un implacable mal, veía desvanecerse sus ilusiones fascistas, sustituidas por una salida pretendidamente democrática que llevaba como valor entendido la exclusión fraudulenta del radicalismo.

Desde la segunda mitad de mayo el radicalismo de todo el país vivió jornadas fervorosas. Ahora la grey se miraba en su nuevo pastor. Mientras Yrigoyen siguiera confinado, el Jefe era Alvear. Indiscutidamente. Con esa certeza, todo el radicalismo

trabajaba en su reorganización. Se reabrían los comités clausurados desde setiembre del 30, los nuevos libros se poblaban de millares de inscripciones, se ultimaban detalles para dejar constituidos los organismos nacionales del partido antes del 20 de julio, según las instrucciones de la Junta del City, que desde principios de junio había instalado su sede en un local propio (Victoria 1094). A principios de mayo el dictador, urgido por su enfermedad, las intrigas de Justo y la situación económica cada día más calamitosa, había convocado a elecciones generales para el 8 de noviembre, aunque reservando la convocatoria para elegir Presidente. La lucha estaba cercana, pues, y los radicales, ardidados en su nuevo coraje, vitalizados por el triunfo de abril, trabajaban esforzadamente para ponerse en condiciones de ganar la gran batalla. El pueblo veía con claridad que la continuidad de la revolución del 6 de setiembre significaba la entrega del país, la hegemonía de una oligarquía insensible y corrompida y la frustración del esfuerzo emancipador que acaudillara Yrigoyen. Esta evidencia lo llevaba a rodear populosamente al único partido nacional que podía oponerse a la maniobra reaccionaria. Era una movilización cívica como pocas veces se había visto, un frente popular rodeando ese partido que había caído sin lucha en setiembre y que ahora se erguía maravillosamente desde su propia ruina. Hombres que nunca habían actuado en política —algunos de gran jerarquía intelectual, como Ricardo Rojas— y muchachos que no se habían arrimado al radicalismo en la hora de triunfo, aportábanle ahora su esfuerzo numeroso. ¿Quién podría impedir la victoria popular?

Para Alvear había llegado la hora de su destino. Había desaparecido ya el deportista, el hombre aficionado al teatro, a la pintura, el refinado *gourmet*. Ahora era un soldado más, el más esforzado, el más laborioso y entusiasta de los soldados radicales. Recibía delegaciones a toda hora, visitaba locales partidarios, se asomaba al rostro de la multitud. Parecía que su vida anterior hubiera sido un largo prólogo a estos días del año 31. Maduro y equilibrado, seguro de sí mismo, Alvear llenaba sin mezquindad el papel que se le había brindado. No se había equivocado su maestro cuando lo defendía afectuosamente de los ataques que le menudeaban los yrigoyenistas acérrimos.

—Marcelo es radical —sostenía el viejo jefe, con su voz insinuante, convincente, en aquellos años peleados del 24, del 28.

Ahora Alvear estaba demostrando con los hechos su esencial radicalismo. Le hubiera bastado un renuncio, uno solo, para atraerse la benevolencia del gobierno *de facto*. Era notorio que Uriburu no simpatizaba con la candidatura de Justo. Una postulación de Alvear le hubiera sido grata, con la condición de ser el candidato del gobierno. Pero... Marcelo es radical. Y por serlo, prefiere andar en estos trajines políticos de los que ya estaba un poco olvidado, convocando almas libres tras la vieja bandera de siempre.

Así pasan mayo y junio. Las líneas ya estaban tiradas. Conservadores y antipersonalistas deciden repetir la aventura del contubernio, esta vez con el aporte de

los socialistas independientes. Por su parte, el radicalismo apura las etapas de su organización.

El Partido Socialista y el Partido Demócrata Progresista, que en un principio habían apoyado al gobierno provisional, disgustados ahora con las arbitrariedades y veleidades fascistas del poder *de facto*, formarían lo que se llamó la «Alianza Civil», que proclamaría candidatos a Lisandro de la Torre y Nicolás Repetto.

Pero Justo no podía dejar que creciera la marea radical. Con una duplicidad sin parangón alienta a sus amigos del Ejército para provocar una revolución contra el gobierno *de facto*, en la que están comprometidos no pocos militares yrigoyenistas. El golpe perseguía un doble fin: urgir a Uriburu a la convocatoria presidencial (excluida de la convocatoria formulada en mayo, que estaba circunscripta a autoridades legislativas y provinciales) y comprometer a la jefatura del radicalismo en un movimiento al que era ajeno, pero que seguramente provocaría una represión destinada a desbaratar la reorganización partidaria.

Todo le salió a pedir de boca. Así como Roca había ajustado en 1890 la Revolución del Parque en forma tal que provocara la caída de Juárez pero sin llegar a lograr el triunfo del movimiento, así también en 1931 Justo consiguió que la revolución de Corrientes provocara la ansiada convocatoria presidencial y, paralelamente, el manotazo represivo contra el radicalismo.

Vencida la revolución del coronel Pomar por falta de apoyo en el resto de las guarniciones comprometidas, el gobierno provisional denuncia con estridencia un fantástico plan terrorista.

#### COMUNICADO OFICIAL

«La relación entre los ácratas y los radicales no deja lugar a dudas [...] Ha existido la promesa firme y ofrecida por los personalistas de que la ciudad de Buenos Aires sería entregada al saqueo y desmán de las turbas anarquistas, siempre y cuando éstas se comprometiesen a ayudar plenamente al partido radical. Desde luego, no estaban excluidos de este plan de pillaje los comités radicales, cuyos caudillos aprestábanse a entrar en acción levantando masas de populacho, cuyo objeto primordial hubiera sido el asalto, el saqueo y probablemente la exterminación de todas aquellas personas que por su posición en el gobierno actual o por la simpatía que le han demostrado, resultasen peligrosas para el desarrollo del plan ulterior del partido radical...».

De inmediato, los locales partidarios son allanados, se clausuran diarios y se detiene a centenares de dirigentes de todo el país. Pueyrredón, Guido, Ratto, Noel, Tamborini y Torello son «invitados» a abandonar el país. Güemes logra esconderse.

También Alvear recibe el peso de la arbitrariedad dictatorial. Aquella noche de fines de julio estaba con algunos amigos en su departamento del City. Se anuncia la visita del jefe de policía. Todos palpitan vagamente el motivo, pero nadie llega a creer que el dictador pueda adoptar una medida de fuerza contra un ex presidente de la Nación.



*Alvear junto a José Tamborini (a su izquierda), y un grupo de políticos que se aprestan a abandonar el país y partir al Brasil, julio de 1931.*

Con cara de circunstancias, el visitante notifica a Alvear que el gobierno provisional había resuelto su deportación.

—Desde luego, tiene usted todo el tiempo que necesite para arreglar sus asuntos particulares —concluye cortésmente.

Alvear lo escucha con esa contenida irritación que a veces era más temible que sus estallidos. Se vuelve hacia Rapallo, su administrador, y le pregunta brevemente:

—Rapallo, ¿cuándo sale el primer barco?

—Pasado mañana a la mañana, doctor. Es el *Alcántara*.

Entonces se dirige al visitante:

—Dígale al que lo manda que mañana a la noche estaré embarcado.

Esa noche y el día siguiente recibió amigos y trabajó en un manifiesto que poco después se difundiría clandestinamente. Del grupo que presidía estallaba a cada rato su voz aguda en un hervor de palabrotas. No le daría el gusto al gobierno: no aceptaría el plazo de cortesía que le habían concedido graciosamente.

El 28 de julio de 1931 a las diez de la noche se embarca con doña Regina. Después de cuarenta años Alvear debía exiliarse de su patria por segunda vez. Volvería un año más tarde y dejaba a su pueblo un gran documento que era el testimonio de su encuentro con el dolor argentino, dicho con palabras que tenían grandeza:

«MANOS CRISPADAS ME ALEJAN»

«Conciudadanos:

»Una orden del gobierno provisional me obliga a abandonar el territorio de la República. No descenderé a discutir sus fundamentos porque no merece tal honra la arbitrariedad.

»Me alejo del territorio de mi patria con un sentimiento profundo por la oscura nube que se cierne sobre sus destinos; con sincera conmiseración por los hombres que ejercen su autoridad *de facto*...

»... Honrado con la presidencia de la Nación, en una elección libérrima, cuya legalidad no fue objetada, entiendo haber realizado su ejercicio con la autonomía y altivez moral que se funda en la ausencia de toda aspiración y en mi propia prescindencia.

»Ningún ciudadano de mi país, que tenga una conciencia honrada, podrá desconocer que fui respetuoso de las leyes y de las instituciones; que no subordiné las altas inspiraciones de mi gobierno a direcciones ajenas a mi partido, y que al declinar en el cargo, sacrifiqué mis predilecciones, resistiéndome a arrojar en la balanza de la democracia para favorecerlas, la gravitación del poder o la violencia.

»He sido pues y soy legalista...

»... La ética de las autoridades que se declaran revolucionarias, investiga en forma detonante, los pequeños hurtos de la administración; pero, considera legítimo el hurto de hecho, ante la faz del mundo, de toda la voluntad de un pueblo, expresada en urnas indiscutidas, como ha ocurrido en el primer Estado argentino. Para evitar que contra ellos se proteste, se llenan las cárceles con presos políticos y con estudiantes. Por vez primera en la historia nacional, se oye hablar de las espantosas torturas medievales, aplicadas con entonación tenebrosa. Los jueces que habían dado fundamentos jurídicos al gobierno "*de facto*" sobre la base de su juramento de respetar nuestra Constitución, formulado en nuestra plaza histórica y en presencia del pueblo congregado, son separados de sus puestos, cuando contrarían la voluntad del gobierno, por el mero hecho de poner en ejercicio los recursos de amparo a la libertad individual, que había declarado subsistentes nuestra Suprema Corte de Justicia...

»... Obligado a apartarme del puesto que había venido a asumir en nuestra vida cívica, respondiendo al llamado que me fuera dirigido, deploro tener que hacerlo, pero no puedo dejar de señalar a mis compatriotas, con viril franqueza, la triste realidad del momento. Ello no altera los destinos definitivos de nuestra patria. No creo que esa grosera dictadura pueda perdurar, porque tengo fe en nuestra cultura alcanzada, en nuestro esfuerzo continuo hacia el progreso, en la virilidad de nuestras costumbres públicas y privadas...

»... Compatriotas:

»Estaré siempre pronto al llamado de mi pueblo para darle de nuevo mi fervor ciudadano. Llegaré cuando sea necesario para ocupar mi puesto en las contiendas cívicas, cuando lo haga posible la suspensión de la fuerza. Me cuadraré otra vez bajo el viejo estandarte que he seguido desde mi edad más temprana.

»Estaba trabajando en labor incesante para contribuir, con patrióticos ideales, a que la Nación pudiera resolver, en urnas austeras y libres, la orientación de su propio destino, cuando se me interrumpe para ordenar mi retiro.

»No siento en mi alma, ni odios ni enconos. Lo que me apesadumbra es el porvenir de nuestra patria. En lo personal, compensa la amargura de ver malogrado mi esfuerzo, una satisfacción de conciencia: la de haber sido ante todas las dificultades del momento y en todos mis actos, el de siempre. Así como no sacrifiqué en el gobierno el deber de mandatario de no gravitar por la fuerza, actuando ahora, desde el llano, no he aceptado para mi partido lo que pudiera proponerle la fuerza. Ahora, como antes, no se ha inclinado ante nadie la cabeza serena de vuestro ex presidente.

»Contemplo desde lejos, en el barco que me aleja, la ciudad natal en donde se levantan las estatuas de mis antepasados. Me consideraba con derecho al respeto de todas las clases sociales, porque supe gobernarlas con legalidad, con orden y con prudencia. Me apartan de su seno manos crispadas. He de repetir que compadezco a los que no saben mantener ese reposo y esa serenidad que es la dignidad del gobierno. Deseo que no tengan que responder ante la posteridad de haber dispersado el caudal de los sacrificios argentinos en aventuras inciertas. — M. T. de Alvear. Buenos Aires, julio 28 de 1931».

Los deportados se dirigían a Río de Janeiro. Al pasar por Montevideo los ex presidentes del Uruguay Campisteguy y Serrato, así como el jefe nacionalista Luis Alberto de Herrera, concurren a saludar a Alvear. Los periodistas lo acosan: el jefe radical hace parcas y serenas declaraciones. La dictadura había autorizado la publicación de una carta que dejara a sus colegas de la Junta del City comunicándoles su forzado alejamiento y deseándoles éxito en la labor de reorganización en que estaban empeñados; pero no permitió que se difundiera el manifiesto que, no

obstante, circuló en el país. A la clausura de diarios se agregaba una cerrada censura periodística que los grandes órganos —que durante el gobierno de Yrigoyen habían aburrido con sus monsergas sobre carencia de libertades— aceptaron mansamente...

Días después, los exiliados llegan a Río de Janeiro. Alvear se instala en el Copacabana Hotel y desde allí sigue atentamente las peripecias de la situación argentina. La represión de julio había descalabrado la paciente labor de reorganización radical; pero esto no era lo más grave. Lo peor era que, ausente Alvear y prófugo Güemes, la «Junta del City» caía en manos de Gallo y su grupo. Gallo estaba postulando una posición «realista» frente a la dictadura. En julio el gobierno provisional decidió por decreto que las juntas electorales no aceptaran la oficialización de candidatos que hubieran actuado en apoyo de Yrigoyen. Naturalmente, una arbitrariedad como ésta significaba lisa y llanamente la exclusión del radicalismo en los futuros comicios. La decidida actitud de Alvear frente a la dictadura hacía previsible que su eventual candidatura a la presidencia sería vetada. Frente a esta situación, Gallo —acompañado en alguna medida por Saguier— creía necesario auscultar la opinión del gobierno provisional sobre las futuras candidaturas radicales. Precisamente, se decía que una fórmula encabezada o integrada por Gallo no acarrearía el veto que automáticamente atraería la de Alvear.

La situación era difícil por ambos lados. Externamente, la represión policial seguía obstruyendo las tareas organizativas: había provincias donde los radicales no podían ni siquiera reunirse y la mayoría de los comités se encontraban clausurados. En lo interno, el malestar de la masa ante la posibilidad de un arreglo con la dictadura trababa toda la reorganización y provocaba conflictos como el ocurrido en la Capital Federal. A la inversa, la rencilla entre yrigoyenistas y antipersonalistas tendía a suavizarse, y en varios distritos se habían logrado listas conjuntas para los organismos nacionales del partido.

Al fin, Güemes reaparece. El dirigente salteño nunca había tenido una actuación nacional. Su gobernación y la inteligente gestión que realizó al lado de Mosconi le habían granjeado el respeto del partido, pero jamás había tenido envergadura de gran dirigente. Sin embargo, surgió repentinamente como el piloto de las tormentas en las horas más difíciles del partido, vocero de la línea yrigoyenista y sinceramente identificado con la conducción de Alvear. Esos fines de agosto Gallo negociaba con el gobierno la reapertura de comités, que se autorizó gradualmente «a medida que se demuestre el propósito de la agrupación de propender al restablecimiento de los poderes constitucionales por procedimientos que encuadren en la legalidad». Paralelamente, Ricardo Caballero, desde Santa Fe, anunciaba que trabajaría dentro del radicalismo para que el candidato fuera Justo.

Entonces sale Güemes de su escondrijo. Plantea a la Junta del City (que no funcionaba ya en el City sino en un local de la calle Reconquista hasta que se restituyó al comité de la calle Victoria) la cuestión de que él debe ejercer la

presidencia del organismo, en ausencia de Alvear. Gallo se niega a entregar la presidencia. Renuncia entonces Güemes y lo acompañan en su actitud varios miembros de la Junta. La Mesa Directiva de la Junta renuncia en pleno, y entonces el cuerpo resuelve conferir funciones ejecutivas a ocho miembros: Güemes, Gallo, Saguier, O'Farrell, Mosca, Aramburu, Borda y Noel. Considerándose desplazado, Gallo se ausenta a Tucumán. Había quedado salvado el peligro inmediato de la entrega.

#### DE ROQUE SUÁREZ A ALVEAR

«De acuerdo con Güemes y mayoría Junta creo indispensable quede usted Brasil, tanto más que semana pasada. Suárez Roque, Rodríguez de la Torre, Noel Martín, Durán, Borda y Alfredo Martínez, tuvimos que presentar renuncia de la Junta, para robustecer autoridad Güemes a quien había negado Gallo entregar presidencia como por derecho correspondía STOP Nuestro proceder aplaudido con entusiasmo enorme multitud popular STOP Ahora Junta quedó con mayor autoridad STOP Queremos reunir Convención para 21 setiembre STOP Hoy más que nunca Partido anhela fórmula Alvear-Güemes STOP Causará enorme entusiasmo si puedo asegurar su resolución definitiva permanecer Brasil STOP Tengo fe absoluta triunfo suyo STOP Me propongo llegar Río diez setiembre con Asturias siempre que aquí no sea necesaria mi vigilancia STOP Ruego rápida contestación por telegrama STOP Afectos».

Ahora faltaba constituir los organismos nacionales del partido. La candidatura Alvear, integrada por Güemes, cobraba cuerpo en la masa como expresión de lucha contra la dictadura. A mediados de setiembre viajan a Montevideo Borda, Suárez, Mihura y Mosca, con el fin de entrevistarse con Torello, que venía de Río de Janeiro con un mensaje de Alvear. Trasciende que Alvear no aceptaría la candidatura. Los periodistas le preguntan qué hay de esa negativa: Alvear dice que «mientras no esté reunida la Convención Nacional de la UCR nada podrá decirse al público sobre el asunto». Pero Torello había transmitido efectivamente la negativa de Alvear. Consideraba que «convendría renunciar, entendiendo que con cualquier candidato radical se triunfará».

Sin embargo, los viajeros insisten ante Torello para que transmita a Alvear la necesidad de que su nombre esté al frente de la fórmula radical. Era el único hombre que podía sellar la unidad partidaria, tan trabajosamente lograda. Una unidad que podía significar el triunfo incontrastable.

Esto también lo sabían Justo y los suyos, y trataban por todos los medios de introducir cuñas en el radicalismo. Ya habían conseguido la deserción de Caballero: probablemente obtendrían que Gallo rompiera también el frente. Pero era necesario algo más ostensible para quebrar el radicalismo. Es entonces —24 de setiembre— cuando aparece en *La Nación* un reportaje a Yrigoyen firmado por un periodista italiano a quien subvencionaba la dictadura para hacerle propaganda en el exterior. Fuentes autorizadas han asegurado que el reportaje fue totalmente fraguado. De todos modos, era miserable y su propósito saltaba a la vista.

Se regodeaba el periodista en la visión de un anciano decrepito, maniático; subrayaba la simpatía y buen ver de su secretaria; acentuaba la ironía al referirse a la

prosa del confinado. Pero, sobre todo, se alargaba en las expresiones con que Yrigoyen habría criticado el gobierno de Alvear. Era evidente la intención. Un radicalismo con acentuación yrigoyenista era muy malo para la oligarquía; pero si ese radicalismo estaba dirigido por un Alvear entregado a la línea popular era peor. Había que separarlos a toda costa. Uno de los más destacados agentes de los intereses británicos en el país, escribía así a Alvear:

DE GUILLERMO LEGUIZAMÓN A ALVEAR

«Buenos Aires, setiembre 29 de 1931.

»... Lo más importante no es el triunfo a breve término sino la cohesión del Partido Radical bajo las directivas del bien inspirado núcleo que Ud. encabeza. *La Nación* ha hecho un servicio inapreciable al radicalismo, al publicar el reportaje a Yrigoyen, cuya psicología mórbida ya no puede negarse. No quedan más yrigoyenistas, pues hasta los fanáticos que tuvo, lo dan por perdido para la acción. Sé, por referencias, que Ciccotti aligeró las tintas por temor de que pareciese inverosímil la realidad con que se había encontrado. Juzga que se trata de un caso típico de locura mesiánica...».

Alvear no cayó en la celada, aunque deben haberle picado a lo vivo las expresiones atribuidas a Yrigoyen. A una pregunta de los periodistas sobre el reportaje se limitó a decir que «Yrigoyen no actúa por ahora en política...».

Mientras tanto, el 25 de setiembre se constituían el Comité Nacional y la Convención Nacional. El alto cuerpo ejecutivo eligió presidente a Alvear, y vicepresidentes a Saguier y Güemes, en ese orden, pero el primero renunció, con el propósito de permitir que Güemes continuara al frente del partido. Por su parte, la Convención Nacional, bajo la presidencia de Benjamín Zorrilla, aprueba la plataforma electoral y se reúne el 28 de setiembre para elegir la fórmula presidencial. El gobierno no había permitido la reunión del cuerpo en un teatro, así es que los convencionales estaban apretujados en el local de la calle Victoria, sofocados por una barra que vitoreaba constantemente a Yrigoyen y Alvear, y proclamaba por adelantado la fórmula Alvear-Güemes.

Se procede a la votación secreta, dificultada por lo estrecho del recinto. El escrutinio —aclamado por el público— arroja 147 votos para Alvear, sobre 165 convencionales presentes. Para la vicepresidencia es elegido Güemes por 134 votos. De inmediato, las autoridades de la Convención logran una comunicación telefónica con Río de Janeiro. Allí, en el Copacabana Hotel, está Alvear, rodeado de sus compañeros de exilio. El candidato hace saber a sus interlocutores que en ese momento envía un cablegrama con su contestación. Media hora después, mientras la Convención permanece en cuarto intermedio, llega el mensaje.

Contiene la renuncia de Alvear. Se funda en dos motivos principales: la renovación que cree necesaria en los partidos políticos y un escrúpulo de carácter constitucional, pues supone que pueden existir objeciones a su candidatura ya que no ha pasado un período completo desde su última presidencia. ¿Es sincera la renuncia de Alvear? Sabía muy bien que su nombre era el único que podía sintetizar las dos

grandes corrientes del partido, y su temperamento luchador le inducía a aceptar la responsabilidad de una candidatura que no era fácil. Probablemente también aspiraba a la presidencia. Pero Alvear deseaba dejar bien establecido su desinterés personal y tenía el propósito de que la Convención salvara su preocupación legalista.

Cuando se lee el mensaje de Alvear, la Convención se pronuncia por la negativa. Se plantean previamente dos o tres proposiciones: que se acepte la dimisión —sólo dos convencionales sostienen esta tesis—, que la cuestión legal planteada por el renunciante se gire a estudio de notorios constitucionalistas. Pero la convención prefiere, lisa y llanamente, rechazarla. Se pasa a un segundo cuarto intermedio hasta que las autoridades se comunican con Río de Janeiro. A altas horas llega la contestación de Alvear, aceptando la candidatura.

Era la declaración de guerra formal contra la dictadura. Ahora había que esperar el zarpazo del gobierno provisional.

Durante una semana reina una honda expectativa. Alvear, Pueyrredón, Tamborini y Guido bajan de Río de Janeiro a Montevideo en el buque francés *Campana* con el fin de permanecer en contacto inmediato con los sucesos del país. Al partir de la capital brasileña todos se niegan a formular declaraciones políticas.

La víspera de su llegada a Montevideo trasciende lo que todos temían: el veto de la dictadura. Había aparecido un decreto cuya parte dispositiva rezaba:

«... que los ciudadanos Dr. Marcelo T. de Alvear y Dr. Adolfo Güemes están inhabilitados para figurar como candidatos a presidente y vicepresidente de la República en las elecciones del 8 de noviembre próximo. Las listas de electores que respondan a las candidaturas de los mencionados ciudadanos no serán oficializadas ni se computarán los votos que puedan ser emitidos en favor de dichos electores».



Además, por otro decreto, se disponía que todas las listas de candidatos, antes de ser presentadas ante las respectivas Juntas Electorales, debían previamente ser aprobadas por el gobierno provisional.

Directamente se excluía al radicalismo de los comicios. Era una evidente provocación destinada a llevarlo a la abstención o a la sustitución de la fórmula proclamada por otra que impusiera la dictadura.

Todo el país recibe abrumado el úkase de Uriburu. Ya no había salida constitucional posible. Se habían agotado los extremos de la arbitrariedad. Los diarios grandes protestaban débilmente: *La Nación* dedica su editorial a explicar que el antecedente de Mitre traído en los fundamentos del decreto, está interpretado

*Alvear en Río de Janeiro durante su erróneamente... Pero faltaba todavía otra destierro, 1931.*

arbitrariedad más tremenda, que se produce el 8 de octubre horas después de arribar Alvear a Montevideo: la dictadura anula las elecciones del 5 de abril. Después de los comicios, Uriburu había declarado expresamente que respetaría el veredicto popular. Ahora, basándose en supuestas inscripciones falsas en los padrones, se chingaba en su promesa y anulaba de un charrascaso el limpio pronunciamiento de «las comunas y las chacras bonaerenses».

Ya no quedaba nada por hacer. A todo esto continuaba el estado de sitio y las clausuras de comités, la prensa seguía censurada y las Juntas Electorales locales se negaban a oficializar las boletas radicales y aun las de otros partidos —como el lencinismo en Mendoza y la Alianza Civil en La Rioja—. En declaraciones periodísticas, Justo dijo que «nada ni nadie se opone a la participación del radicalismo en las elecciones del 8 de noviembre».

Las dos medidas dictatoriales provocaron un enorme revuelo en el radicalismo. La mayoría opinaba que correspondía declararse en abstención; otros creían que era necesario agotar todas las posibilidades legales. El Parque Hotel, de Montevideo, donde se alojaba Alvear, era centro de una febril actividad. A las diarias tertulias de exiliados, sedientos de noticias, se agregaban las visitas que llegaban a cada momento de Buenos Aires, llevando y trayendo mensajes. Alvear, que al recibir la noticia de su veto se había inclinado por renunciar para que su nombre no fuera problema, había reaccionado con dureza frente a la anulación de los comicios de abril. Eso pasaba ya todos los límites y no podría aceptarse.

La Mesa Directiva del Comité Nacional había pedido al presidente de la Convención Nacional la citación urgente del alto cuerpo deliberativo. Mientras se cursaban las citaciones, la Mesa Directiva publicó un manifiesto emitiendo su opinión sobre la situación política. Fue su redactor Ricardo Rojas, que estaba haciendo sus primeras armas políticas. «Ganar o perder posiciones —decía el documento— es cosa que ha pasado a segundo término para el radicalismo. Nuestro partido, como todos los demás, puede haber cometido errores, pero nadie podrá negarle como entidad colectiva y como institución democrática, la potencia emocional de su patriotismo, probado más que nunca en los presentes días de adversidad. Y a esta fuerza representativa del civismo argentino se pretende suprimir de los comicios».

El 12 de octubre se reúne la Convención Nacional. Se lee la renuncia de Alvear. «No puedo consentir que mi candidatura sea un impedimento que cierre a mi partido el camino del comicio». También renuncia Güemes. El cuerpo decide encomendar a una comisión especial el estudio del problema. Al día siguiente algunos miembros de la Comisión entrevistan a personalidades de la Alianza Civil para saber si están dispuestos a acompañar al radicalismo en una eventual abstención. La contestación es negativa.

El 14 se reúne nuevamente la Convención Nacional para escuchar el despacho de la comisión especial. Éste contiene siete puntos: no aceptar las renunciaciones de los candidatos, declarar carente de valor legal el decreto de anulación de las elecciones de abril, así como los que obstruyen la voluntad de las mayorías, manifestar que los actos contra el radicalismo «quebrarían la decisión de la UCR de participar en la pacífica reconstrucción institucional» y denunciar ante la opinión pública la actitud de los partidos «de esencia democrática» que no se solidaricen con el derecho vejado. Finalmente, se faculta a la Mesa Directiva del Comité Nacional a agotar las instancias legales, autorizándola a declarar la no concurrencia a las elecciones del 8 de noviembre si persiste la situación de hecho creada al radicalismo.

Una incontenible emoción se apoderó de la sala cuando se leyó el despacho. Se aprobó tumultuosamente, por aclamación, y una voz anónima, ronca, una voz radical, empezó a cantar el Himno Nacional, que coreó toda la concurrencia entre lagrimeos. Luego se reclamó la palabra de Ricardo Rojas, que había tomado parte principal en las tareas de la comisión. Y el maestro habló de las provincias, de la lucha del partido, del orgullo que sentía al venir «a la casa de los radicales con lo único que tengo, que son treinta años de preocupación por la Patria». En Montevideo, Alvear y los exiliados seguían al minuto el desarrollo de los sucesos.

La resolución de la Convención autorizaba a la Mesa Directiva a tentar todas las posibilidades legales antes de declarar formalmente la abstención. Esto abría todavía una brecha por donde filtrar algún arreglo con la dictadura. En eso andaba Gallo, y también Saguier. El ex compañero de fórmula de Melo viajó a Montevideo el 17 de octubre (1931) y conferenció largamente con Alvear. Se decía que había convencido al jefe del partido en el sentido de buscar un binomio presidencial que contara con el asentimiento de la dictadura. Pero Alvear, a una pregunta de los periodistas, contestó que nada había de eso. Sin embargo, había trascendido que Gallo persistía en su tesis, y que haría gestiones en tal sentido. De todos modos, la Mesa Directiva del Comité Nacional presentó al ministro del Interior un largo memorial refutando las endeble argumentaciones legales de los decretos represivos y pidiendo igualdad de tratamiento con los demás partidos. La respuesta oficial fue cortante, casi soez. Mientras el radicalismo no demostrara ser merecedor del trato que solicitaba, no habría de gozarlo; tal era, en síntesis, el espíritu de la nota del gobierno provisional. Nadie sabía cómo tenía que demostrar el radicalismo tales merecimientos, ni por qué debía hacerlo... Pero la dictadura ya no se ocupaba de argumentos. Había que excluir a la Unión Cívica Radical. El cadáver del uriburismo necesitaba urgentemente un albacea benévolo.

Gallo, entretanto, seguía explorando las esferas oficiales. En su entrevista con Alvear había manifestado la esperanza de que un cambio de la fórmula radical pudiera suavizar las cosas. Alvear habíales reiterado que su nombre no sería jamás un obstáculo, pero pensaba que previo a toda conversación era necesario derogar el

decreto que anulaba las elecciones de Buenos Aires, así como el levantamiento del estado de sitio y la libertad para los presos políticos. No obstante reconocer lo difícil que sería la obtención de tales concesiones, Gallo se lanzó a una febril compulsa de opiniones entre los medios allegados al oficialismo.

DEL DR. VICENTE GALLO A ALVEAR

«Buenos Aires, 23 de octubre de 1931.

»Estimado amigo:

»A mi regreso de ésa y de acuerdo con lo que he conversado allí con Ud. y los Dres. Torello, Pueyrredón, Tamborini y Ratto, inicié la exploración del pensamiento gubernativo para el caso de que el radicalismo cambiara su fórmula presidencial y la sustituyera con otra de radicales exentos del veto revolucionario, resguardando celosamente el decoro cívico del partido y el de los componentes de la fórmula proclamada, y en orden a las garantías que podría tener para su organización y propaganda, si se decidiera en asumir esa actitud en plena solidaridad, y como una contribución patriótica al superior propósito de asegurar la paz y la vuelta de la República a la efectiva normalidad de sus instituciones.

»La gestión fue promovida en la forma discreta y confidencial que corresponde, sin comprometer ni en forma indirecta al partido y a sus hombres, y como medio simplemente informativo que serviría para estudiar el caso y resolverlo por los órganos partidarios correspondientes.

»Antes de proceder, el primer inconveniente que se me ofreció, fue la resolución de la Mesa Directiva del Comité Nacional, de que me informé por los diarios. Según esa resolución, debía gestionarse oficial y públicamente la revocatoria de los decretos sobre veto, nulidad de las elecciones de Buenos Aires y otras medidas recientes del gobierno revolucionario. Observé a Mosca y Noel que este procedimiento me parecía equivocado y sólo conduciría, en el estado actual de relaciones entre el partido y el gobierno, a una negativa total que dificultaría la tramitación confidencial del caso. Manifesté que la presentación de la nota suscripta por ciudadanos comprendidos en el veto, y con la consiguiente impugnación de las medidas cuya revocatoria se reclamaba, sólo serviría para crear un antecedente destinado a fundar una ulterior declaración de abstención por el silencio opuesto a las peticiones o por su decisión contraria. No conseguí sino la seguridad de que el documento sería sereno y de términos moderados.

»La previsión se ha cumplido. La contestación del ministro del Interior, que Ud. conoce ya sin duda, revela el efecto producido en el gobierno, el cual le asignó la interpretación expresada en cuanto a la finalidad requerida.

»El resultado de mi exploración, en síntesis, ha sido éste: el radicalismo tendría la libertad y las garantías necesarias para realizar su propaganda electoral.

»Los desterrados y los presos políticos podrían regresar a la República o serían puestos en libertad una vez proclamada la nueva fórmula para participar en la campaña electoral, con la advertencia de que, si se comprobara su intervención en trabajos revolucionarios, serían enviados a Ushuaia.

»Se postergaría la fecha de las elecciones mediante la conformidad de los otros partidos, no haciéndose directamente por el gobierno, para evitar el cargo de parcialidad y la imputación de intentar prolongarse en el mando.

»No se modificaría el decreto sobre nulidad de elecciones en Buenos Aires...

»... Todo esto alienta la esperanza que mantienen algunos amigos de que la situación pueda aún resolverse satisfactoriamente. No será extraño que le lleguen voces expresivas de ese anhelo.

»Con mis respetos a su señora, lo saluda respetuosamente»<sup>[10]</sup>.

Pero las gestiones de Gallo corrían por cuerda separada y tenían sólo un carácter personal. Las autoridades partidarias estaban en una tesitura muy distinta. La respuesta de la dictadura al memorial cerraba toda posibilidad de una salida pacífica y legal. El 25 de octubre se reúne el Comité Nacional: Gallo y Saguier no asisten, pretextando que había policías presentes. En realidad, estaban quemando las últimas negociaciones. En la reunión se decide la actitud que adoptará el partido.

Dos días más tarde los delegados al Comité Nacional van cayendo

individualmente al comité de la calle Victoria, firman un acta y se retiran. La vigilancia policial era estrecha, los autores de la resolución publicada por la Convención Nacional estaban procesados por desacato, todas las reuniones partidarias debían efectuarse en presencia de la policía. Sorprende un poco, pues, esta afluencia inusitada de delegados que no deliberan. Pero la incógnita se devela en seguida. La reunión ya se había realizado secretamente y el acta que firmaban era la resolución de la Mesa Directiva decretando la «abstención absoluta de la UCR en toda la República», así como el manifiesto que explicaba la determinación.

La noticia causa emoción en todo el país. El radicalismo no concurriría a las elecciones de noviembre. El manifiesto, que el pueblo conoció como «El Comicio Cerrado», había sido redactado por Ricardo Rojas y constituía una de las páginas más emotivas de nuestra literatura política. Nicolás Repetto, candidato a la vicepresidencia por la Alianza Civil, lo comentó de esta suerte: «Hay que anotar un progreso: el manifiesto radical es de una claridad no común en los documentos de ese partido». Alvear, desde Montevideo, manifestó su solidaridad con la decisión de la Mesa Directiva. «No corresponde otra actitud ante el atropello a la libertad —expresó—. La abstención no es en la historia política de mi partido una novedad. Fue su actitud constante durante veinte años, cuando en los atrios y en las urnas sólo le esperaban el fraude y la violencia. En esa adversidad forjó su espíritu; en ese alejamiento voluntario conquistó su prestigio, y ante situaciones iguales vuelve a actitudes semejantes. Como argentino, me siento profundamente amargado por la sombra que cubre nuestra patria: pero, en cambio, siéntome orgulloso por la actitud de mi partido...».

Las suertes ya estaban echadas. Todavía hace Gallo un último intento. Envía una nota a la Mesa Directiva del Comité Nacional criticando toda la táctica partidaria y pidiendo que las autoridades hicieran gestiones ante el gobierno «para inquirir las condiciones en que el radicalismo podría gozar de la libertad y de las garantías necesarias para la propaganda electoral y para llegar al comicio», así como las posibilidades de obtener una prórroga de la fecha de las elecciones. Contestó Güemes haciéndole notar que la Mesa Directiva no había hecho sino cumplir estrictamente lo resuelto por el máximo organismo partidario. Después de este episodio, Gallo retiróse de la política (salvo la participación que tuvo en la gestión de la «tregua patriótica» de 1936, que ya relataremos) y se dedicó a sus labores profesionales y universitarias. Había sido uno de los fundadores del radicalismo; a su pluma se deben los documentos partidarios de 1904 y 1905. Más tarde, su vinculación con el grupo «azul» lo llevó al contubernio y al antiyrigoyenismo, pero retornó al viejo tronco en 1931. Su mentalidad era proclive a todo acuerdo, a toda transacción, y por eso estaba sobrando en una fuerza que se había diferenciado netamente de la oligarquía gobernante.

Ya no quedaba más que asistir al espectáculo de las elecciones. Excluido el

radicalismo, la dictadura se dedicó a molestar todo lo posible a la Alianza Civil, cuyo exiguo caudal electoral se vería reforzado por la masa radical, huérfana de candidatos. En Buenos Aires y Mendoza, sobre todo, se prepara un evidente fraude. Se tirotean los actos de la Alianza y se detienen dirigentes. En un memorial elevado cinco días antes de los comicios, De la Torre concreta los cargos contra el gobierno provisional.

El 8 de noviembre se realizan las elecciones. En Buenos Aires se expulsa a casi todos los fiscales opositores o se hace votar con el revólver al pecho. En Mendoza la elección es una parodia. También hay actos violentos en La Rioja y San Juan. Pero no hacía falta mucho fraude para que Justo triunfara. Ya estaba perpetrado con la exclusión del partido mayoritario.

A principios de diciembre termina el escrutinio. La Concordancia ha obtenido 234 electores, contra 124 de la Alianza. Habrá gobiernos conservadores o antipersonalistas en todas las provincias, salvo Santa Fe, donde han triunfado los demócratas progresistas, y Entre Ríos, donde el antipersonalismo no participa de la Concordancia y se mantiene aislado. En San Juan gobernarán los Cantoni y en Tucumán un partido provincial. El Congreso tiene mayoría concordancista: los mayores beneficiados de la lotería de noviembre serán los socialistas, «comensales menores de la orgía justista» al decir de Ricardo Rojas, que se maravillan de sus 45 increíbles bancas...

Así empezaba el gobierno constitucional. El *de facto* dejaba una estela de odios, violencias, torturas, peculados y fraudes que tendrían larga perspectiva en la historia nuestra.

Después de la elección cayó sobre el país una sensación de aplastamiento, un enorme bostezo de aburrimiento frente a la conclusión del violento trámite de la imposición de Justo. Los radicales ardían en una rabiosa impotencia, mientras el gobierno provisional, asegurada su continuidad, ultimaba los detalles de la entrega del poder. A mediados de diciembre se organiza una excursión de radicales a Montevideo con el fin de visitar a los exiliados. Casi doscientos correligionarios concurren a saludar a Alvear en el hotel donde vive. El jefe del partido pronuncia una arenga de contenido intransigente. Elogia la abstención decretada por el partido. «Con esa actitud hemos salvado la altivez, la dignidad y el prestigio de un partido que no pertenece a ninguno de nosotros sino que constituye una larga tradición de la que somos simples soldados». Por esos días se hablaba de la posibilidad de que un sector del antipersonalismo concordancista buscara la unión con la Unión Cívica Radical y se daba a los Cantoni como gestores de la operación. Alvear desmiente la versión: «Lo fundamental y necesario es no hacer concesiones ni entrar en combinaciones».

Alvear se sentía burlado, traicionado. Un año antes estaba en los mejores términos con Uriburu y Justo; ahora se encontraba deportado por orden del primero y trampeado en los comicios por obra del segundo. Pasadas las jornadas febriles de

octubre y noviembre, entrábanle de nuevo las ganas de volver a Europa para descansar un poco de los trajines políticos que lo habían absorbido durante todo el año. La estada en Montevideo, ciudad provinciana, aburríale formidablemente. La forzada convivencia de sus compañeros de exilio, bordando infinitas conversaciones alrededor de un único tema, hastiaba a este hombre que había pasado los tres últimos años en el ambiente chispeante y versátil de París.

En realidad, su presencia no era ya indispensable. La dictadura ya estaba preparando las valijas. A mediados de diciembre se convoca a las legislaturas provinciales para que elijan senadores nacionales, sin permitírsele abrir juicio sobre las elecciones de diciembre. El 7 de enero de 1932 el gobierno *de facto* aprueba por decreto los comicios nacionales y declara constituido el Congreso, que se reúne el 20 del mismo mes. El 30, los colegios electorales eligen presidente a Justo y vicepresidente a Julio A. Roca. Quince días más tarde la Asamblea Legislativa proclama a los electos. Todo el proceso se consuma el 20 de febrero, fecha en que se transmite el mando. Dos días después se levanta el estado de sitio que pesaba sobre el país desde la revolución de 1930.

A principios de febrero Alvear había partido desde Montevideo para Europa. Pretextaba tener el propósito de liquidar sus intereses personales en Francia para regresar e instalarse definitivamente en el país; en realidad, todavía remolonearía un poco esa decisión y sólo vendería «Coeur Volant» a mediados de 1934. El partido, por lo tanto, quedaría a cargo de Güemes. Era necesario efectuar una amplia reorganización para suplir las deficiencias de la que se había llevado a cabo entre mayo y setiembre de 1931, urgida por el tiempo y las represiones de la dictadura. Algunos sectores temían que esta reorganización significara una preponderancia del yrigoyenismo.

#### DE JOSÉ BIANCO A ALVEAR

«Buenos Aires, enero 11 de 1932.

»Mi distinguido doctor:

»... Ya se murmura al oído que Yrigoyen es bandera de la nueva organización. Muchos se cobijan con esa ala protectora. Este movimiento es el peligro más serio que tiene el partido y el país. Podría ampliarle este enunciado, que —estoy seguro— Ud. debe conocer mejor que yo».

Pero la verdad es que aún no existían problemas de esta clase. Yrigoyen había recomendado desde la isla la necesidad de que el radicalismo se mantuviera unido bajo la jefatura de Alvear, y lo cierto era que los grupos que éste alguna vez había tildado despectivamente de «peludistas» lo rodeaban lealmente. No podía decir lo mismo de sus antiguos amigos antipersonalistas: Melo era ahora ministro de Justo, Gallo estaba retirado, Ortiz también sería ministro poco después, Laurencena navegaba entre dos aguas. No podía quejarse Alvear de los «peludistas». Eran ahora

su más firme sostén. Tampoco existían motivos para que no lo hicieran, puesto que la línea política de Alvear, después de sus iniciales vacilaciones de mayo de 1931, estaba entroncada en la mejor tradición radical. Su actitud frente a la dictadura en ocasión de las gestiones de Gallo por ejemplo, había salvado el decoro y el futuro del partido. Algunos dirigentes opinaron en esa emergencia que era necesario resignarse a sustituir la fórmula de setiembre. Se dice que hasta Yrigoyen habría aconsejado ese temperamento desde su confinamiento; «con Gallos o con gallinas, hay que ir a la elección», afirmó que expresó. Pero una sustitución del nombre de Alvear hubiera significado la entrega a la dictadura y la división del partido, que en su enorme mayoría habría rechazado la eliminación del binomio que era cifra de lucha contra el Régimen. En su actuación frente a la dictadura había mostrado firmeza y decisión, cuando no pocos dirigentes brujuleaban clandestinamente una salida más cómoda. Los radicales comunes, para quienes su candidato había sido hasta entonces un turista de la política o un presidente hostil, rescataban alborozados la imagen nunca imaginada de un Alvear luchador y corajudo.

En su ausencia sesionó la Convención Nacional, en abril de 1932, decretando la reorganización general y ratificando su desconocimiento del gobierno pseudoconstitucional de Justo, al que calificó de «autoridad de fuerza creada al margen de la Constitución y de la ley». Además, se mantenía la actitud de considerar válidos los comicios del 5 de abril de 1931 para la provincia de Buenos Aires. Se persistía, pues, en la postura intransigente frente al gobierno pretendidamente de derecho, en la misma forma en que se había calificado al gobierno de hecho. No era posible hacer otra cosa: pero esta actitud no presentaba perspectivas a la Unión Cívica Radical ni al país. En verdad, no había solución posible. No se podía aceptar el gobierno de Justo, surgido mediante la exclusión fraudulenta del radicalismo, pero esta posición equivalía a una abstención indefinida o una revolución ilusoria.

La única salida era una gran revolución que volteara las autoridades del fraude y abriera la posibilidad de una amplia consulta popular. Pero era utópica una revolución sin ejército: y el ejército no era sensible a estos problemas. Se conspiraba, de todos modos. Algún día habrá que escribir algo orgánico sobre las infinitas conspiraciones de aquellos años, algunas heroicas, otras absurdas, casi todas huérfanas de probabilidades de triunfo. A fines de 1931 un grupo de exiliados hizo una entrada a La Paz (Entre Ríos) con la esperanza de sublevar el litoral. Seis meses más tarde, en junio de 1932, sería asesinado en Corrientes por algunos policías el teniente coronel Regino Lascano; el gobierno de Justo acusó al radicalismo de estar en connivencia con este digno militar en una intentona revolucionaria de vastos alcances. Por esas fechas también hubo un incidente diplomático con el Uruguay, debido a los temores del gobierno sobre una posible vuelta del general Toranzo al país. Se conspiraba, ciertamente, y el coronel Atilio Cattáneo estaba tejiendo por entonces los hilos de una revolución con probabilidades bastante ciertas de éxito. Pero sólo un gran golpe de suerte podría facilitar el triunfo de una revolución radical; y el gobierno vigilaba

incesantemente, acosado entre esta permanente amenaza, un golpe de mano fascista del que se habló mucho en junio de 1932 y la ruinosa situación económica del país, que crecía diariamente en desocupación, carestía y malestar.

El 21 de julio (1932) llega Alvear a Buenos Aires, a bordo del *Cap Arcona*. Lo recibe una enorme manifestación. Los radicales ya no iban al puerto —como en abril de 1931— a pedirle que los condujera, que aceptara la jefatura. Ahora venían a recibir a un gran líder, probado en la adversidad. Así lo sintió el viajero. «Significo lo que os falta y que quién sabe hasta cuándo os faltará», dijo en su discurso de llegada. Ya estaba convirtiéndose en símbolo y lo sabía.

Los dirigentes más conspicuos del partido habían viajado a Montevideo para acompañarlo en la parte final del viaje. Entre ellos iba don Francisco Ratto, uno de los más prestigiosos hombres del yrigoyenismo. Ratto llevaba una misión muy especial. Yrigoyen le había encargado que arreglara con Alvear los detalles de su próxima entrevista.

El anciano ex presidente, después de su confinamiento de año y medio en Martín García, había retornado a Buenos Aires al cesar el gobierno *de facto*. La prolija persecución que le había inferido la dictadura no había servido más que para exaltarlo en el afecto popular. Volvía con más autoridad que nunca. Pero Yrigoyen no estaba dispuesto a que su personalidad interfiriera la dirección que correspondía por derecho a Alvear. Se habían visto por última vez en diciembre de 1928, y desde entonces habían ocurrido muchas cosas. Yrigoyen, evidenciando una vez más la delicadeza de sus sentimientos hacia su viejo amigo, trataba de suavizar el encuentro en la mejor forma posible. Su grandeza de espíritu le inducía a olvidar las injustas palabras que dijera Alvear a la prensa después del 6 de setiembre, y todo su esfuerzo se enderezaba a obtener que los yrigoyenistas más recalcitrantes aceptaran la jefatura del nuevo presidente del Comité Nacional.

Las instrucciones que portaba Ratto eran simples y terminantes: Alvear debía ir a visitar a Yrigoyen como si nada hubiera ocurrido en esos cuatro años. No dar demasiada importancia a la entrevista. Demostrar que en el radicalismo podían caber las dos personalidades: una, en su magistratura patriarcal y superior; la otra en la conducción diaria de la hueste.

Ratto transmitió a Alvear sus instrucciones. Era evidente que éste recelaba un poco de su antiguo amigo. Después de un momento de meditación soltó este exabrupto:

—¿Y el Peludo no me hará sufrir en la amansadora?

El intermediario brindó todas las seguridades del caso: pero el mote con que Alvear aludiera al viejo jefe le dolió mucho. Alvear conservaba siempre una reserva mental con referencia a Yrigoyen. Sólo después de muchos meses, cuando supo de la constante defensa con que el anciano lo cubría de los ataques que algunos sectores partidarios llevaban contra el nuevo líder, quedó convencido de la sinceridad y elevación de miras de Yrigoyen. Pero, para Alvear, su viejo compañero de lucha, su maestro de política, el hombre que lo escogiera para ejercer la presidencia de la

Nación sería siempre, en el fondo, «el Peludo»...

Dos días después de su llegada, Alvear se hace cargo de la presidencia del Comité Nacional, relevando a Güemes de su largo provisoriato. Había mucho que hacer. El partido estaba en plena reorganización. Una conjura se estaba desarrollando al margen de la autoridad partidaria y era menester seguirla, vigilarla. Había que contener a los más exaltados, que hablaban de revolución a voz en cuello, como esos muchachos deslenguados, Arturo Jauretche y Emir Mercader, que en un acto público realizado en el Augusteo lo dijeron paladinamente en sus discursos. El Comité Nacional se reunía casi todas las semanas y constituía una especie de senado de la Nación, sin poder legal pero revestido de una gran autoridad moral. Ese año 32 la Unión Cívica Radical realizó grandes actos públicos en la Capital Federal, La Plata y otras ciudades. Hablaron en esas ocasiones Alvear, Güemes, Rojas, Pueyrredón, Tamborini, Guido y otros dirigentes de ese partido, cuyo elenco, por su jerarquía y número, podía asumir en cualquier momento la responsabilidad del gobierno.

Alvear se había instalado en un gran departamento situado en la calle Juncal, cerca de Retiro, en el barrio donde había transcurrido su infancia. Reunió allí su disperso mobiliario, sus cuadros, su biblioteca y se dispuso a olvidar por un tiempo su villa de París. Así como en el City había polarizado un desfile cotidiano de visitantes, también su departamento de Juncal sería desde entonces una permanente tertulia. Se manejaba con dos o tres secretarios privados, aparte de su administrador Tito M. Rapallo, y el personal de servicio íntimo. Ya que el destino lo había regresado a Buenos Aires, haría de la calle Juncal su nuevo «Coeur Volant»; si no podía veranear en la Côte, iría a Mar del Plata, a «Villa Regina», y proyectaba construir una casa para fines de semana en algún lote que le quedaba en Don Torcuato.

Tenía 64 años de edad. Estaba entero, maduro, fuerte. La adversidad le estaba prestando cierta profundidad, cierta hondura que antes no tenía. Esta novedad de ser jefe de partido (y de un partido que contaba ahora personalidades de la talla intelectual de Ricardo Rojas, José Peco, Emilio Ravignani, José Blanco, Julio Barcos, etc.) lo retraía un poco a sus tiempos de antes de la guerra, cuando frecuentaba a los grandes políticos franceses, Poincaré, Clemenceau, Delcassé, Jean Jaurés... Y por un momento Alvear mimaba la ilusión de un proceso político a la europea en esta Argentina donde imperaba el sable, un sable cuyo filo sentía el pueblo sobre sus lomos pero cuya empuñadura estaba manejada desde remotas metrópolis expoliadoras...

Así fue pasando la segunda mitad del año 32, inquieto, desazonado, duro y trabajoso para los argentinos y lleno de sobresaltos para el gobierno. Tenía que pasar algo.

Hacia mediados de diciembre se va extendiendo un rumor: el gobierno ha descubierto la conspiración de Cattáneo. Tantas revoluciones radicales solía descubrir

este medroso gobierno de Justo que no se dio mayor importancia a la versión. Pero esta vez era cierto. El estallido de una bomba en cierta casa había puesto a la policía en la pista certera. El 16 de diciembre se establece el estado de sitio y son detenidos Alvear, Pueyrredón, Güemes, Tamborini y el general Dellepiane. Son embarcados todos en el crucero *25 de Mayo*. También está allí Yrigoyen, en su gloriosa ancianidad, que pocas horas más tarde es conducido a Martín García.

Alvear estaba furioso. Contra los revolucionarios inhábiles, contra el gobierno arbitrario, contra el partido, contra todo el mundo. Pasaba el día en permanente rabieta, que no osaban afrontar los marinos del crucero, sus obligados anfitriones.

Días más tarde él y Güemes fueron llevados a Martín García. Allí recibieron el año 1933, que empezaría y concluiría entre sobresaltos revolucionarios y durante cuyo transcurso moriría Yrigoyen. Sería un año de penas e infortunios para los radicales, de pobreza para los argentinos, cercados por la crisis y la desocupación.

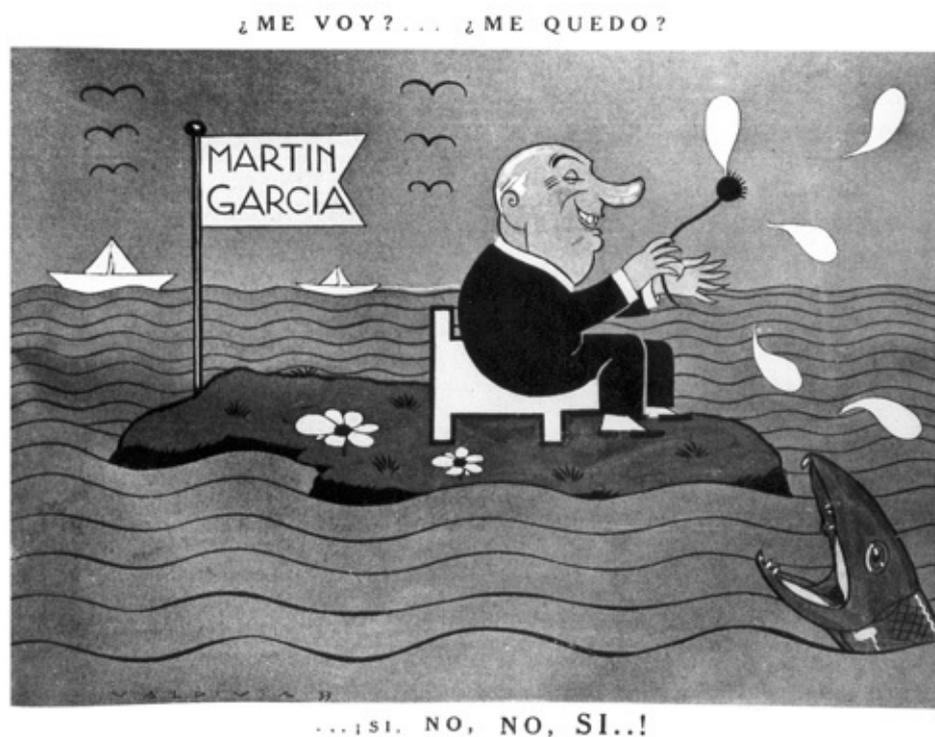
Pero la oligarquía se aprestaba a capear ese año que se anunciaba crítico vendiendo el país a cambio de su permanencia en el goce de los viejos privilegios. El 10 de enero se celebra un banquete en la Cámara de Comercio Británica en honor del vicepresidente Roca, jefe de la delegación que viajaría a Londres para concertar un convenio comercial con Inglaterra. El homenajeadó agradeció la demostración aludiendo a «las libras fundadoras de nuestro progreso» y evocando reiteradamente a Canning, aquel estadista que había decidido, cien años atrás, que la Argentina sería la granja de Gran Bretaña. ¡Oportuna invocación! En verdad, el espíritu de Canning habría de presidir las tratativas.

A principios de febrero la Cámara Federal revoca la prisión preventiva que pesa sobre Alvear, Güemes y otros: considera que no hay elementos para considerarlos responsables del complot de diciembre. De inmediato, Alvear hace uso del derecho consagrado en el artículo 23 de la Constitución y opta por salir del país, interponiendo recurso de hábeas corpus. Pero el ministro del Interior informa al juez que el ex presidente está arrestado. El juez que entiende el recurso se declara incompetente. La señora de Alvear presenta otro recurso ante otro magistrado: éste hace lugar a la presentación y ordena la libertad de Alvear para que pueda abandonar el territorio argentino. Apela el fiscal y un mes más tarde la Corte Suprema confirma el fallo. Alvear tiene derecho a salir del país si así lo prefiere.

Empieza entonces un largo forcejeo de leguleyos: el Poder Ejecutivo autoriza la libertad de Alvear, siempre que no fije su residencia en países limítrofes. Alvear se niega. Nuevo hábeas corpus.

Al fin el gobierno corta la cuestión resolviendo levantar el estado de sitio. A fines de abril, Alvear y Güemes son traídos a Buenos Aires en el aviso *Golondrina*, después de cuatro meses de prisión. De inmediato se reúne el Comité Nacional para designar una nueva Mesa Directiva. Es reelegido Alvear y son vicepresidentes Güemes y Mosca: se desempeñarán como secretarios Simón Avellaneda y Ricardo Rojas. El radicalismo, con medio millón de afiliados en todo el país, volvía a

rehacerse una vez más.



*A finales de 1932, Alvear es detenido y alojado en la isla Martín García. Esta caricatura de Caras y Caretas fue publicada en abril de 1933, cuando fue liberado.*

Pero una sorda pugna empezaba a tironear dentro del partido. Sin que todavía se hablara de levantar la abstención, las líneas se iban tendiendo con ese objeto. En la Capital, la Convención Metropolitana se dividía en dos grupos: el mayoritario, que expresaba de algún modo a la corriente alvearista —a través de caudillos parroquiales—, y el minoritario o legalista, que nucleaba a quienes habían ejercido representaciones hasta el 6 de setiembre. La puja se centró alrededor de la presidencia del doctor Carlos Noel, a quien impugnaban los legalistas en virtud de no figurar en el padrón electoral de la parroquia que representaba. El conflicto derivaba hacia la representación metropolitana de la Convención Nacional. La importancia del asunto se daba en la circunstancia de que sería este cuerpo el que eventualmente decidiría si levantaba la abstención.

Casi un año duró la lucha, fatigada de sesiones sin quórum y mutuas recriminaciones, hasta que al fin se impuso la fracción mayoritaria. Por su parte, la Mesa Directiva del Comité Nacional, reunida asiduamente bajo la presidencia de Alvear, había decidido en agosto estudiar las reformas de la ley electoral propuestas al Congreso por el Poder Ejecutivo. El delegado Aybar Augier planteó la iniciativa, que Alvear apoyó; Parry se opuso, considerando que estando el partido en estado de abstención no correspondía formular tales observaciones. Esta opinión fue desechada

y se aprobó la moción de Aybar Augier, con lo que se tuvo la sensación de que el partido se estaba gradualmente interesando por las cuestiones electorales.

En julio murió Yrigoyen. El gran viejo había recomendado, hasta sus últimos momentos, la unidad partidaria bajo la jefatura de Alvear.

—Hay que rodear a Marcelo... —repetía a sus visitantes.

Y cuando alguno atacaba a su viejo amigo, reprochándole que los yrigoyenistas sintieran una sorda exclusión de las direcciones partidarias, el caudillo les hablaba largamente de la actuación de Alvear en los tiempos heroicos de las revoluciones. Y repetía obsesivamente:

—Marcelo es radical... Le falta apostolado, pero es radical.

Se veían con frecuencia en estos últimos tiempos, retomando la antigua intimidad interrumpida. Yrigoyen le transmitía, casi póstumamente, los últimos consejos, las postreras advertencias:

—Marcelo, una gran elección o una gran revolución...

Y las pequeñas atenciones con que lo distinguía eran el signo cierto de la transmisión de la jefatura. Por eso, cuando el pueblo llevó en sus brazos el gran cadáver, Alvear presidió el homenaje por derecho propio. Era ya el jefe consagrado. En sus hombros recaían las responsabilidades de la fuerza popular.

Mientras tanto, el país seguía viviendo en la violencia. En Córdoba provocan y tirotean un acto socialista: muere el diputado provincial José Guevara. Deodoro Roca, el luchador reformista, comenta el episodio: «Ha sido necesario un nuevo crimen para que el país cobre conciencia de la hora singular que está viviendo, para que se vea la formación cerrada de una clase que desprecia los escrúpulos de la legalidad y que utiliza todos los medios, incluso el crimen, para defender su privilegio histórico y para afirmar su desenfadada voluntad de poder. El asesinato de Guevara no es un suceso aislado. El asesinato de José Guevara no es un suceso que haya ocurrido en Córdoba por circunstancias locales, especialísimas, de la lucha contra los poderes desorbitados de la regresión. Es sólo el más cruel, el más abominable, el más cobarde en esta fase de la guerra civil declarada oficialmente en la Plaza de Mayo el 6 de setiembre de 1930».<sup>[11]</sup>

A fines de setiembre el gobierno anuncia con gran estridencia que se ha descubierto un complot radical, encabezado por el general Severo Toranzo, y cuyo jefe civil sería el profesor Julio Barcos. Durante tres o cuatro días se publican en los diarios detalles sensacionales sobre la conspiración: después se hace el silencio. Más tarde tirotean un acto socialista en Sarandí y se secuestran dos ediciones del diario *La Víspera*. Los «niños bien» de la Legión Cívica, comandados por el sempiterno Kinkelin, desfilan por todos lados con sus uniformes y sus provocaciones. Siguen los crímenes: el secuestro de Abel Ayerza, el asesinato del millonario Alzaga. La mafia domina en los bajos fondos: Avellaneda y Rosario son otras tantas Chicago. A fines de octubre se produce un hecho tristemente significativo. Matan en Avellaneda a Ruggérito, personaje de vida tenebrosa, vinculado a todo el malevaje urbano y suburbano. Lo asesina el Gallego Julio, en saldo de viejas cuentas. Pero el episodio, que parece arrancado de una novela de Arlt, se escurre del plano tenebroso de la crónica policial para cobrar relevancia nacional: Ruggérito era presidente de un comité conservador de Avellaneda, y miembro prominente del *entourage* matonesco

de Barceló. Su ataúd es envuelto en la bandera argentina y llevado a pulso por cinco mil personas.

Era el malevaje jerarquizado, la pillería protegida, usufructuada y estimulada por otros pillos de pose señorial y grandes apellidos, que actuaban en un plano muy alejado del ambiente rufianesco de Ruggerito, pero que tenían las mismas cualidades morales que el difunto pistolero de Avellaneda...

A fines de diciembre debía reunirse la Convención Nacional, en la ciudad de Santa Fe, capital del único Estado argentino gobernado por un partido opositor. Días antes empezaron a circular rumores sobre el posible levantamiento de la abstención.

Se decía que los delegados estaban divididos en cuatro opiniones: los partidarios de volver a comicios, los que preferían dejar la decisión librada al criterio del Comité Nacional, aquellos que deseaban autorizar al partido a concurrir solamente en las provincias donde se suponía que hubiera garantías y, por último, los decididamente abstencionistas. El 19 de junio (1933) la Mesa Directiva del Comité Nacional había declarado que «solo hechos nuevos que no dependen de nosotros podrán aconsejar a la Convención Nacional la reconsideración de los nuevos aspectos de la realidad». Mientras tanto, el alto organismo mantenía vigente la orden de abstención emanada de la Convención de abril de 1932. Pero la Convención de 1932, surgida de la reorganización operada durante el año 1931, había caducado para facilitar la reestructuración partidaria, y ahora se reuniría un cuerpo cuya composición y opiniones era imposible conocer.

Nadie se animaba a postular abiertamente la concurrencia, por temor a ser calificado de traidor. Algunas pocas voces, con distinta intención, insinuaban que el partido no podía seguir en una posición que no ofrecía salida alguna. El Comité de Tucumán se pronunciaba por la concurrencia, pero era desautorizado por la convención del distrito: un delegado de San Juan presentaba un proyecto en idéntico sentido. El doctor Raúl Oyhanarte envía una carta a Alvear pronunciándose por el «sufragio revolucionario». Decía: «Pienso que si la abstención no es revolución, la abstención no significa nada; apenas una palabra inoperante y baldía. Si es la revolución, hay que hacerla, y por la violencia, para lo que no existe ambiente ni estamos preparados. En consecuencia, abstenerse es trampear las soluciones que el país espera, con angustia, de nosotros. Creo, en cambio, en la revolución por el comicio, y sostengo que persistir en la actitud negativa y estéril de abstenerse — siempre que podamos concurrir a las urnas con padrones saneados, es decir, con el padrón nacional— implica incurrir en una doble defección: la que supone abandonar el pueblo al desencanto y la inercia, dejándolo a merced de los que explotan su mansedumbre y su buena fe, y la defección, más grave todavía, de secundar con nuestro apartamiento de la lucha, los planes de despojo y predominio que el adversario cumple, con nuestra pasiva colaboración, con toda comodidad».<sup>[12]</sup>

Pero la masa partidaria, alerta y suspicaz, se erizaba ante la posibilidad de que se

cambiara una táctica que era toda una bandera; y mientras muchos dirigentes suspiraban porque se les abriera la puerta a las posiciones públicas, otros, los más esclarecidos, caían en cuenta de que sin una posibilidad revolucionaria viable era suicida mantenerse en una actitud que sólo llevaba a la claustrofobia política, al vuelco de energías en luchas internas y a la decepción de las masas populares.

La Convención se reuniría en un ambiente tenso. El 23 de diciembre las autoridades brasileñas detienen e internan al coronel Pomar en Uruguayana, que estaba con ochenta hombres en la estancia de un amigo riograndés, esperando el momento para largarse sobre Corrientes. Había nerviosidad y expectativa. Se producen detenciones en la Capital, Rosario y Mendoza.

El 27 llegan a Santa Fe, en el vapor *General Artigas*, la mayoría de los delegados metropolitanos y bonaerenses, incluso Alvear, Güemes, Rojas y otros. Durante el viaje, el bloque de delegados por Buenos Aires se había pronunciado unánimemente por la abstención; idéntica actitud asumió la representación metropolitana, así como las de Córdoba, Santa Fe y Mendoza. Los delegados de Tucumán y Salta, en cambio, parecían tímidamente concurrencistas.

Ese día, a la tarde, se reúne la Convención en el Teatro Municipal de Santa Fe. Banda de música en el *hall*, galerías atiborradas de público, gente en la calle: todo el marco de las grandes asambleas radicales de esos tiempos. Habla Alvear: «La UCR sólo anhela y pide que se normalice la vida cívica argentina» —dice—. «Reclama tan sólo las garantías y el respeto a que tiene derecho un gran partido mayoritario». El discurso de Alvear no ahonda el panorama desolador que ofrece el país en otros aspectos que el político. El único reclamo del radicalismo era, según el orador, el restablecimiento de las condiciones democráticas indispensables para la vida cívica.

Después del discurso de Alvear se designa la comisión de poderes, y tras aprobarse los diplomas de las delegaciones se elige la Mesa Directiva. Honorio Pueyrredón es designado presidente de la Convención, y vicepresidentes, Eduardo H. Núñez y Lisandro Salas; secretarios son Luis R. Mac Kay y Alberto Sosa Loyola.

Al día siguiente la Convención continúa sesionando en el local del comité de la provincia, sin asistencia de barra. El público exige a gritos que el cuerpo delibere en forma pública, y así se decide, continuando la sesión en el Teatro Municipal, al que se dirigen delegados y curiosos en una ruidosa manifestación. A las 11 de la noche sigue la sesión con diversos asuntos, hasta que se entra a debatir la cuestión de la abstención. El despacho de la mayoría de la comisión es terminante. Aconseja «mantener la abstención intransigente en toda la República» y darle un sentido activo, por medio de su difusión y explicación en tribunas y órganos partidarios. El despacho es aprobado por 119 votos a favor y 9 en contra. A las tres de la mañana se levanta la sesión.

Pero ya a esa hora estaba circulando un rumor alarmante entre los delegados: ¡había revolución en Santa Fe! En efecto, desde la medianoche se escuchaba un nutrido tiroteo en las cercanías del teatro. Las noticias que llegaban confirmaban la

novedad: habían rodeado comisarías en Rosario y se intentaba tomar la Subprefectura; Cañada de Gómez había caído en poder de los revolucionarios. Se estaría por invadir Paso de los Libres...

¿Era la suspirada revolución nacional...?

Naturalmente, no lo era. La revolución radical ya sería, desde entonces, materia de sueño y esperanza. Ésta era la última patriada, la última expresión de insurgencia del radicalismo intransigente —y tal vez la mejor organizada—. Eran sus jefes el teniente coronel Roberto Bosch, el mayor Domingo Aguirre y el doctor Benjamín Ábalos. Pomar, que debía jugar un papel principalísimo en ella, había sido internado por el gobierno de Getulio Vargas, muy compinche de Justo desde la visita del presidente argentino al Brasil. El movimiento se hacía sin conocimiento de las autoridades partidarias; sus organizadores ya habían desechado contar con la ayuda de Alvear en empresas como éstas.

Justo actuó con mano dura. Se decretó el estado de sitio en todo el país. El presidente lanza un manifiesto durísimo. Paso de los Libres había sido ocupado por una escasa columna de valientes al mando de Bosch, que, condecorado con una banda celeste y blanca al pecho, había avanzado hasta el centro de la ciudad. Santo Tomé también había sido tomada por Aguirre. Pero ninguna de las dos columnas pudo resistir a los efectivos nacionales, perfectamente pertrechados. Las ametralladoras, el telégrafo, el avión husmeador, vencieron por última vez a la montonera. La sombra de López Jordán debe haber mirado melancólicamente a los dispersos, perseguidos como fieras por los fachinales correntinos.

La gesta tuvo su cantor: Arturo Jauretche, que la relató en bellos versos gauchescos, merecedores, según Borges, que los prologó, de la amistad de las guitarras y los hombres. No tuvo cantor, en cambio, el largo martirio de los miles de detenidos en la Capital Federal, en Rosario, Santa Fe y el interior. En la Capital habían sido encontrados algunos grupos armados en diversos puntos de la ciudad. En otros lugares, simplemente se procedió a apresar a dirigentes radicales o simples afiliados sospechosos. Se intervino la Universidad del Litoral, se dejó cesantes a muchos profesores. Un nuevo terror, silencioso y blando, pesaba sobre el país en ese fin de año del 33.

Mientras tanto, ¿qué ocurría con los miembros de la Convención de Santa Fe?

Las autoridades del partido habían sido ajenas al movimiento. Eso lo sabía todo el mundo, y desde luego, el gobierno. Ajenas a la conspiración y al suceso en sí. Como no ignoraba tampoco el gobierno que el Ejército era absolutamente frío a cualquier intento revolucionario: todavía privaba en sus cuadros la formación mental de Ricchieri. Si ni siquiera se había movido el 6 de setiembre, mucho menos ahora, con un presidente de origen militar.

Pero Justo estaba resuelto a tomar la ocasión por los cabellos. Era necesario quebrar a estos insolentes radicales, aprovechar el suceso provincial para desarticular

al partido resistente y duro. Al producirse el tiroteo de la madrugada del 29, el gobernador de Santa Fe, Luciano Molinas, se había comunicado telefónicamente con el ministro del Interior, solicitando la cooperación de las fuerzas nacionales en el restablecimiento del orden y adelantando su convicción de que las autoridades del radicalismo nada tenían que ver con los hechos. Melo fue dubitativo en la respuesta. El regimiento 12 de Infantería permaneció en sus cuarteles hasta bien avanzada la mañana: exactamente hasta que en la Capital Federal se tuvo la sensación de que el movimiento no había logrado voltear al gobierno demócrata progresista. ¡Lástima! Justo hubiera querido matar dos pájaros de un tiro: intervenir la provincia al producirse la caída de su gobierno y responsabilizar del hecho a la Unión Cívica Radical. Era la jugada ideal que maquinaba su mentalidad sinuosa y sin escrúpulos: arrasar la única situación provincial netamente opositora y liquidar la dirección del partido popular.

Inocentes de todo esto, las autoridades y dirigentes partidarios habían regresado después de las tres de la mañana a sus alojamientos en la ciudad o en el *General Artigas*. Alvear había visitado a última hora el local donde se desarrollaban las deliberaciones, y luego regresó al hotel Ritz. Casi no había dormido. En el salón del hotel se renovaban los contertulios madrugadores alrededor del jefe.

—De todas maneras, no les quepa duda alguna que de aquí saldremos para la cárcel —advertía un poco en broma, un poco en serio.

Pero la actitud de los revoltosos lo tenía furioso. Temía que el episodio pudiera provocar una represión que podía ser perjudicial para el partido.

—¿Somos revolucionarios o no? —le preguntó José Peco en tono de chanza al llegar al hotel.

Alvear se congestiona de ira y lanza un sonoro terno, que sube como un ágil mono por el árbol genealógico de los revolucionarios de Santa Fe...

Casi al mediodía se produjo la salida del regimiento. Después de una corta y dura lucha se retomaron las comisarías ocupadas por los revolucionarios. Algunos creyeron que allí terminaba el episodio. En realidad, recién empezaba. A las cuatro de la tarde las fuerzas nacionales rodean el hotel Ritz con gran despliegue de armas y ordenan evacuarlo. En camiones del ejército son conducidos todos los huéspedes al *General Artigas*, que también estaba cubierto desde tierra con fuerzas nacionales.

El 29 a la noche se realiza el embarco. Hay sorpresa entre los detenidos. Incertidumbre. ¿Los harán volver a Buenos Aires? ¿Los retendrán uno o dos días en el buque hasta que se normalice la situación? Es notoria la desvinculación del partido con los revolucionarios. ¿Qué motivos hay para semejante procedimiento?

Ese día había aparecido el bando de Justo acusando al radicalismo de haber propiciado el movimiento. El burdo plan echábase a andar. Todo el día 30 permanece el *General Artigas* en el puerto de Santa Fe. Incomunicación absoluta. En la mañana del 31 se largan amarras y el buque comienza a bajar el Paraná. Atrás, el aviso *Golondrina*, a unos 300 metros, dirigía la marcha con luces y banderas. Empezaba el

confinamiento.

Noche de fin de año. Una luna grandota riela sobre el río, muy al estilo Espronceda. En el comedor del *General Artigas* se brinda por la libertad, por la patria, por el radicalismo. Alvear lanza una arenga vibrante: los muertos por su ideal, el año que se fue lleno de dolores, el año que entra, aurora de libertad...

El 1.º de enero, a las 6 de la mañana, el *General Artigas* fondea en Martín García.

«De pronto, como a las 10, corrió una orden: “todo el mundo listo en diez minutos, para trasladarse al *Golondrina*”. La repetían los mozos de a bordo y algunos comedidos. ¡Cómo! ¡Diez minutos! ¿Qué es eso? ¿Estaban militarizados? ¿Nos manejan como a tropa? Alvear, que iba o salía del baño, oyó eso o se lo dijeron; el caso es que lanzó una violenta y sonante protesta a base de unos carajos que hacían crepitar los pasillos. Lo cierto es que empezábamos a sentir el despotismo del lenguaje militar. El *Golondrina* se apareó al *Artigas*, nos acercamos todos a la planchada que se improvisó, y empezamos el trasbordo, valija en mano y por orden de llamada. Un oficial de la Armada, cantaba los nombres de una lista. Era el recibo de los “presos”. Amontonados en el avisito éramos 98; empezamos a vislumbrar el porvenir. ¡A la isla! Vieja conocida del radicalismo que albergó durante la dictadura a Yrigoyen, 18 meses; y a Alvear y Güemes, cuatro meses y medio. ¿Habría lugar para tantos, ahora? Entre conjeturas y preguntas, despegó el *Golondrina* y puso rumbo, dando una larga vuelta, al muellecito de acceso. Pasadas las doce, atracábamos. El señor jefe de la Isla, no está en el muelle. Decididamente, no nos ha considerado muy ilustres. Hay un teniente de navío, que dicen que es el 2.º jefe. Un camión con marineros armados a máuser con bayoneta calada y dos camioncitos vacíos.

»Empieza otra vez la entrega y recibo de los “presos”; desde tierra nos llaman por lista. Parte el primer camión con quince, detrás el camión armado y por último el tercer camión con las valijas. Quedamos esperando largo rato, coligiendo que el alojamiento debía estar lejos de la costa. Alguien averiguó que en la noche habían llegado de Buenos Aires “comodidades” para ciento cincuenta y que toda la noche se había trabajado en la preparación de nuestro alojamiento. Todos nos preguntamos si a Alvear también lo conducirían en el crujiente camioncito. No podíamos admitir que se guardara tan poca distinción a un ex presidente. Pronto salimos de la duda. En la tercera tanda gritó el oficial: ¡Marcelo T. de Alvear!, y don Marcelo cruzó la planchada, grave el gesto, altiva su mirada y solemne todo él, como enfrentando la grosera humillación en silenciosa pero altanera protesta. Todos le aplaudimos hasta que llegó al camión. Y en silencio recogido, le vimos apoyar su bastón contra una tabla o banco, abordar con cierta dificultad el carromato, rechazando a los que, ya adentro, hacían ademán de ayudarle»<sup>[13]</sup>.

Los detenidos son llevados a un local de administración. Palpada de armas, revisión de equipaje, confrontación de papeles. Después, a otro edificio, y de allí, cada uno, valija en mano, sudando todos de calor e indignación, a dos galpones de material. Ése sería el alojamiento del ex presidente Alvear, del ex canciller Güemes, del ex ministro Álvarez de Toledo, de tantos hombres dignos y respetables.

Va llegando por sucesivas tandas el resto de los detenidos. Alvear está nervioso, irritado. Súbitamente dicta a su secretario un telegrama para sus abogados, indicándoles que reclamen al P. E. la opción del artículo 23 de la Constitución. La noticia de que Alvear desea irse del país produce una silenciosa conmoción entre los detenidos, atareados en instalarse, pero nadie osa comentar la decisión.

Como a las tres de la tarde, ya depositados todos los alojados en los dos galpones, sirven un rancho de tropa. A la desorganización de los primeros momentos sigue un resignado esfuerzo por prepararse a pasarlo lo mejor que se pueda durante el incierto lapso del encierro.

«Alvear era el único que seguía impertérrito, paseándose de un lado a otro, desafiando el fuerte calor que nos abochornaba y hablando apenas con quien se le acercaba. Descubrimos que en un ángulo, a la entrada del salón A, dos paredes sin techar formaban una pieza que sin duda sería la de Guardia. Y todos le pedimos a Alvear que la

ocupara. Se obtuvo una cama y una silla y consintió en acomodarse en ese rincón. La tarde se pasó en visitarnos, ayudarnos unos a otros, comentar nuestro estado y advertir las prohibiciones que nos rodeaban. Nuestro establecimiento es el de una escuela de grumetes o cosa parecida. Está rodeado de una alambrada tejida, alta y con púas, que abarca todo el perímetro, bastante amplio de las distintas dependencias y patios. Pero se está concluyendo un alambrado que circunscriba nuestra cuadra reduciéndola bastante. Unos cuatro metros de patio al frente y los costados que son corredores cubiertos, para pasearnos. Dicen que de noche quedaremos reducidos a ese perímetro. Guardias armados, uno por cada costado. Por la noche, después de cenar, hicimos corrillos hasta tarde»<sup>[14]</sup>.

Y empiezan las monótonas jornadas de Martín García. Los detenidos están sujetos a un régimen de campo de concentración. Se alambra el perímetro de las cuadras y se instalan focos y ametralladoras. Un cartel colocado en medio de la cuadra previene que «cualquier intento de saltar el alambrado significa un riesgo de su vida». Pasan las horas como suelen pasar todas las horas de encierro común: se juega a la baraja, se lee, se escribe, se conversa o se duerme. Los libros son escasos, desde luego, y codiciados. Falta todo, porque naturalmente nadie estaba preparado para un desenlace semejante. Alguna encomienda con fiambre, vino y dulces es repartida fraternalmente. Pasadas las primeras impresiones, obtenidas a fuerza de ingenio algunas mínimas comodidades, cunde ese buen humor característico de los presos políticos. En la forzosa convivencia apuntan las manías de cada uno. Pueyrredón, declamatorio, dramático. Rojas, meditabundo, como insensible a las molestias; impecable Güemes, con su rancho y su cuello; deportivo, Siri. Y Alvear, ya pasado el mal rato del primer día, bromista y afectuoso.

«El detenido Alvear, con boina de vasco y su andar pesado, sale hacia las canillas del lavatorio y hace gárgaras. Se lava y se afeita a la intemperie, entre todos, bromeando y haciendo chistes a los que tiene cerca. Hoy lo tenía a su lado al general Serrato, gran conversador de cosas históricas. Tenía en la mano una lata reluciente que hacía de espejo y en la otra el jabón. ¿Qué hace general? le pregunta Alvear. Y mirándole el trozo de latón: ¿qué es eso?, ¿una charrasca? Sí, le contesta Serrato, y aquí tengo el jabón. Es claro, replica Alvear; así pasa siempre con los generales; en una mano la espada, en la otra el jabón»<sup>[15]</sup>.

Al tercer día de confinamiento hay una reunión de abogados para determinar qué actitud se habrá de tomar en el plano jurídico. Se habla de entablar un recurso de hábeas corpus. Otros quieren hacer una presentación en protesta por el trato que se les ha infligido y por las condiciones de alojamiento. Corta la discusión Alvear con su habitual llaneza:

—Me parece una macana. No debemos hacer nada. Todas las cárceles son iguales... En el 91, todos los prohombres del radicalismo encabezados por Alem fueron metidos en la bodega de un pontón llena de chinches y ratas. Y de eso nadie protestó; ninguno se quejó... Francamente no parecería muy viril que ahora elevásemos lamentaciones porque no gozamos de las mismas comodidades que en nuestra casa...

Y termina diciendo irónicamente:

—Y en cuanto al texto constitucional que repudia y hasta sanciona la mortificación de los detenidos en las cárceles, ese texto que lo trae caliente a

Pueyrredón, hay que creer que ha sido concebido para los tiempos normales y para los gobiernos de sano origen...

El viernes 5 de enero se despeja la incógnita sobre el destino de los prisioneros. El jefe de la isla hace comparecer a todos. Después de pasar lista militarmente, lee una orden «de la superioridad», en virtud de la cual se anuncia que los detenidos serán «confinados» siempre que antes del lunes 8 no manifiesten su deseo de salir del país, en cuyo caso serán transportados a Europa en un buque de la Armada.

La orden abrumba a todos. Sólo Rojas atina a encararse con el que la ha leído y le espeta:

—Señor: ésta no es la Argentina por la que he trabajado durante treinta años, ni es la Patria donde he educado a varias generaciones de hombres libres...

La frase resbala sobre la estolidez del oficial y se deshace el corrillo. Empiezan los diálogos agitados. ¿Adónde serían conducidos los confinados? ¿El confinamiento significaba el Sur o Martín García? Y la vaga determinación del destino de aquellos que optaran por salir, ¿qué país indicaba? ¿A qué punto de Europa los llevarían? En víspera de Reyes, con un domingo en medio, ¿cómo podrían resolver los detenidos sus asuntos particulares, hacerse de dinero, proveerse de ropa, tomar los recaudos indispensables para su exilio o su confinamiento? Se adivinaba en el úkase la venganza femenil, el cobarde ensañamiento de Justo. Debían abandonar su profesión, sus intereses, sus cátedras, sin posibilidades de arreglar siquiera precariamente su situación.

La verdad es que, con la medida tomada, Justo cobraba viejas cuentas contra Alvear. Hemos expresado páginas atrás, que Justo abrigaba un viejo resentimiento contra el hombre que lo había sacado del anonimato militar para exaltarlo a ministro de Guerra. Era un rencor proveniente de pequeños episodios durante la presidencia de Alvear. Éste no había abandonado sus viejos hábitos donjuanescos; poco después de asumir el poder había alquilado junto con uno de sus ministros —antiguo compañero de correrías trasnochadas— cierto petit hotel en la calle Rodríguez Peña que administraba una célebre cortesana, propietaria de uno de los más lujosos *cabarets* de Buenos Aires. Allí solían reunirse Alvear y algunos íntimos para celebrar juergas más o menos discretas. Ocasionalmente invitaban a Justo y solían hacerlo víctima de bromazos, divirtiéndose con la *gaucherie* de este militar que desde luego no tenía la larga experiencia galante del presidente y su círculo. En esas íntimas noches había empezado el resentimiento secreto y retorcido de Justo, disimulado tras una actitud de constante servilismo hacia Alvear. (Testigos hay todavía que pueden relatar cómo en una ocasión se precipitó el ministro sobre los botines presidenciales para atarle los cordones desprendidos, gesto que disgustó mucho a Alvear).

Ahora, el victimario de aquellas noches de la *garçonnière* de Rodríguez Peña se encontraba a merced de su víctima: y la víctima aprovechaba para agotar los refinamientos de su venganza. Lo cierto es que el desquite era cruel.

Es de imaginar el estado de ánimo de los prisioneros. ¡Lindo regalo de Reyes! Sin embargo, el domingo 7 se firma un manifiesto nutrido de una grandeza de espíritu que contrasta con el tono agresivo del que lanzara Justo días antes. En el documento se expone la desvinculación de las autoridades partidarias con los sucesos de Santa Fe, y la responsabilidad del gobierno en el mantenimiento de una situación material y espiritual en el país que no hará sino llevar al pueblo a nuevos estallidos de violencia. «Las cárceles, confinamientos y vejámenes que hoy se nos imponen con una prolijidad privada de toda grandeza, no nos afligen personalmente: pero sí nos aflige la paulatina caída de nuestra patria en un régimen de violencia que va tornándose crónico y cuyas consecuencias no tardará en sufrir toda la sociedad argentina».

Este documento no tuvo cabida en ningún diario del país. El gobierno, que reprochaba a los radicales su silencio frente a la revolución de Santa Fe, impedía a la prensa recoger esta elevada expresión de civismo. (Claro está que muchos diarios grandes, diarios serios, cumplían con evidente complacencia la orden. A ellos también les interesaba que el radicalismo fuera quebrado a fuerza de rigor). Y para mayor befa, cuando Justo inaugura las sesiones del Congreso, cuatro meses más tarde, insiste en referirse a la supuesta complicidad del radicalismo con los sucesos revolucionarios para justificar el mantenimiento del estado de sitio.

Ante la intimación del gobierno, la mayoría de los detenidos optó... por no optar. Si el gobierno los tenía en injusta prisión, que él decidiera su suerte. Reunidos los dirigentes de más jerarquía, resolvieron que aquellos que tuvieran posibilidades de hacerlo usaran del derecho que les daba para trasladarse a Europa. Sabiendo que Alvear se había decidido en tal sentido al llegar a la isla, se insistió afectuosamente en la necesidad de que lo hiciera. Lástima. Alvear debió haberse quedado en el país, como un símbolo del padecimiento argentino. Yrigoyen no había querido irse cuando tuvo posibilidades de hacerlo. Ahora que la jefatura había recaído sobre Alvear, éste debía recoger la cruz que ya no podía cargar el gran ausente. En Martín García o en Tierra del Fuego, pero aquí. Tal vez creyó que en Europa tendría más oportunidades de difundir la realidad política argentina. O quizás fueron razones más personales las que lo llevaron a esa determinación: a los 65 años de edad, después de una vida rodeada de lujo y comodidad, aceptar voluntariamente un confinamiento indefinido en el inhóspito sur era bastante duro. Sea lo que fuere, el caso es que resolvió abandonar el país, pudiendo haber sido con su sola permanencia el gran testigo de la iniquidad argentina.

Pueyrredón, Guido, Güemes, Rojas, Cantilo, O'Farrell, Mosca y otros, hasta totalizar unos 24, prefirieron el confinamiento en la proa continental, metida como una cuña en los hielos antárticos.

Falta sólo esperar la ejecución de la orden. El jueves 11 al alba entra a la cuadra un oficial.

—¡Arriba todo el mundo! ¡Vestirse!

Es la partida. A las siete de la mañana, los destinados a Ushuaia son embarcados en un *destroyer* que los llevará hasta el transporte *Chaco*. De allí al Sur. Cien camaradas rodean a los que se van. Alvear se había colocado en la parte posterior del camión que los conduciría hasta el atracadero de la isla y allí abraza a cada uno de los que partían. Los ojos vidriosos de emoción, la voz quebrada por el sollozo contenido.



*Confinados políticos radicales en Ushuaia, enero de 1934.*

Poco después, la otra tanda, los de Europa. En la isla quedan 80 detenidos. Nuevas despedidas, y al aviso *Gaviota*. Cuatro horas de navegación bajo la lluvia. Luego, trasbordo al *Pampa*. Ambiente hostil en la oficialidad. Nadie atiende a los pasajeros, salvo para revisar nuevamente los equipajes y prontuaria a los que iban llegando. Ninguna indicación sobre el destino final en Europa. Estaban en la rada de Buenos Aires, que se distinguía a lo lejos, ensabanada en la niebla.

Durante dos días se ultiman los preparativos. El *Chaco* y el *Pampa* no están lejos, y los compañeros se saludan con pañuelos. Algunos familiares y amigos llegan con sus últimos saludos, con los pequeños regalos. Doña Regina llega una o dos veces para llevarle las pequeñas ofrendas de su ternura: unos libros, unas botellas de Villavicencio. Alvear se preocupa por la suerte de sus compañeros. A los que van a Perú los recomienda a Arturo Alessandri:

#### DE ALVEAR A ARTURO ALESSANDRI

«... Aquí me tiene usted de nuevo en trance de perseguido pagando culpas ajenas y obligado por el gobierno de mi patria a embarcarme mañana con rumbo a Europa en un transporte de la Armada, separado de mi familia. Dondequiera que vaya le recordaré siempre y tendré una expresión de admiración para su patria, último rincón de la libertad en América, gracias a la austera actuación de su presidente, que ha sabido defender el honor del continente y de la democracia...».

El domingo 14 empieza el verdadero viaje. Allí van, unos al sur, otros al norte: el *Pampa* y el *Chaco*, buques

verdugos, buques malditos, buques atorrantes destinados al acarreo de delincuentes, portando ahora a hombres cuya estatura rebasa en miles de codos la insignificancia de los mandones. Allí van, columpiándose por el Río de la Plata, los buques del infortunio argentino. Parecía que la patria quedaba vacía de sus grandes presencias.

El viaje no careció de peripecias y abundó en molestias. Estaba ordenado por el Ministerio de Marina que el itinerario se realizara sin escalas hasta Lisboa o, por lo menos, Tenerife, para lo cual se había abastecido al buque de la provisión necesaria. Pero ocurrió que a los cuatro días de navegación, frente a Santos, el agua potable se tornó impotable, los víveres adquirieron sospechoso aspecto de descomposición y trascendió que el petróleo no alcanzaba para cruzar el Atlántico. El comandante del *Pampa* avisa que necesita recalar en Pernambuco para reabastecerse, ya que los cálculos del Ministerio habían fallado. El Ministerio ordena seguir viaje. Insiste el *Pampa*. No cede el Ministerio: los cálculos tienen que estar bien. Pero el comandante asume la responsabilidad del caso y enfila a Pernambuco. Eran tan exactos los cálculos ministeriales que el buque quedó a buena distancia del puerto por falta de combustible...

Pero he aquí que cuando estaban cargando petróleo el comandante confiesa al proveedor que no tiene dinero para pagar toda la carga. De inmediato cesa el aprovisionamiento. Plata en mano... o no hay combustible. La discusión demora hasta la tarde. Uno de los exiliados ofrece pagar el resto de su bolsillo. El comandante rechaza la propuesta. El cónsul argentino en Pernambuco tampoco encuentra quien quiera fiar al gobierno argentino los pesos necesarios para llenar los tanques... ¡Ésa era la fe que merecía en ese tiempo la Argentina en el extranjero!

En un momento dado, el proveedor acepta documentos del comandante, con la condición de que sean avalados por Alvear... Eso ya entraba en lo bochornoso. Finalmente, el cónsul logra rascar el dinero faltante, se completa la carga y el *Pampa* reanuda su marcha.

La tirantez entre la oficialidad y los exiliados se hacía cada vez más insufrible. De entrada había existido una hosca frialdad. Luego, la incomodidad del viaje en el pequeño barco sumada a la rigidez con que las autoridades trataban a sus pasajeros fueron aumentando la tensión. Al llegar a Pernambuco, los desterrados solicitan que se autorice a uno de ellos a descender para comprar algunos elementos indispensables. Negativa absoluta. Durante el fondeo, la marinería habría de permanecer en cubierta con las bayonetas caladas. Más tarde, al pasar la línea ecuatorial, los oficiales celebraron alegremente el suceso con la tradicional fiesta: en protesta, los exiliados permanecieron todo el día en sus camarotes. En Tenerife, la oficialidad en pleno estuvo en tierra divirtiéndose durante dos días, quedando los pasajeros a cargo de la marinería. Todo eso creó un clima que empeoró la incomodidad del largo viaje, casi un mes.

Así pasaron los días. El verano se trocó en invierno; las constelaciones hacían sus mudanzas. Los veintidós prisioneros luchaban contra el tedio, el mareo, la depresión. Alvear era el único que disponía de un camarote sin acompañante, por deferencias del resto de los exiliados. Los demás —Lisandro Salas, Carlos Noel, Ernesto Bavio, Carlos Cisneros, Elías Melópulos, Néstor Aparicio, Manuel Goldstraj, Florencio Lezica Alvear, Juan Bautista Ramos, R. Rodríguez de la Torre, etc.— se apiñaban en los pequeños cubículos sofocantes y hediondos del transporte.

Alvear dormía muy poco. Solía instalarse a las cuatro y media o cinco de la

mañana en un pequeño saloncito situado a proa, y allí, envuelto en una amplia capa gris, tomaba su mate amargo o escribía.

DE ALVEAR A LA SRA. MARÍA TERESA P. DE ÁLZAGA

«Pampa, enero 17 de 1934.

»... El general Justo, Melo, Saavedra Lamas y bella compañía estarán muy satisfechos por las medidas que ellos piensan muy hábiles que han tomado contra la UCR y sus hombres, no habiendo aprendido nada en las experiencias anteriores, haciéndose la ilusión de que llegarán así a destruir el partido. Todo será inútil. Llegará el día en que fatalmente se les tomará cuenta y el castigo tendrá que ser ejemplar por los delitos que han cometido contra las instituciones y la soberanía popular.

»Se les podrá perdonar y ser mismo magnánimos, si al actuar así sólo buscaran, por un error de apreciación, el bien del país y fueran sinceros: pero éste no es el caso, pues saben muy bien que proceden sin moral ni ética, y sólo los guía y anima el deseo de poder seguir usufructuando las posiciones a costa de la dignidad ciudadana más elemental...».

Así pasaron los días rabiando y esperando el arribo. El 8 de febrero (1934) el *Pampa* entró a Lisboa. Allí desembarcaría Alvear, con cinco acompañantes.

El desterrado iba a encontrarse con una Europa bastante convulsionada. España ensayaba tempestuosamente su tercer año de república; en Francia habían ocurrido por esos días incidentes sangrientos, y los realistas y fascistas trataban de hacer todo el escándalo posible alrededor del *affaire* Stavisky; Hitler aguardaba la próxima muerte de Hindenburg para proclamarse jefe supremo del Reich.

Pero, a pesar de todo, Europa era siempre atractiva. Y Portugal un país delicioso con su buen clima, la baratura del costo de vida y paisajes. Allí quedó un mes Alvear, mientras su esposa se le reunía y aprovechaba para visitar a su madre. A mediados de marzo se trasladaban a París, a su deleitoso «Manoir de Coeur Volant». Después de los malos ratos de enero, la estadía en Francia era un descanso sedante. Para sus amigos franceses, para la rama Alvear española, don Marcelo era siempre *Monsieur le President*. Era difícil no aquerenciarse de un ambiente donde se lo apreciaba y distinguía. Y el verano europeo de 1934, asaltado de sucesos amenazantes —el *putsch* nazi en Austria, la noche de los cuchillos largos en el Reich—, no alcanzaba a turbar la vida mundana y artística de París...

En cambio, la perspectiva que ofrecía un eventual regreso al país era la posibilidad de nuevas molestias, de nuevas humillaciones, de nuevas rabietas.

DE ALVEAR A JOSÉ MARÍA RUIZ

«París, 5 de mayo de 1934.

»... No estoy dispuesto a que por cuarta vez me manoseen los hombres inferiores que están en el gobierno de mi país, y por lo tanto no he de volver sino cuando tenga las más completas garantías constitucionales y legales para vivir y actuar con completa libertad...».

Alvear volvía a su vieja vida parisiense, pero estaba al día de lo que ocurría en el país. Mantenía una nutrida correspondencia con sus amigos políticos. Manuel Carlés le daba cuenta con frecuencia de los sucesos:

DE MANUEL CARLÉS A ALVEAR

«Buenos Aires, a 4 de mayo de 1934.

»... El presidente y su ministro del Interior anunciaron hasta el día mismo del mensaje que cesaría el estado de sitio. Una advertencia de la oligarquía militar cambió el intento. Distinguimos para ser exactos: hay tres ejércitos. El dirigido por el Estado Mayor, cuya dignidad abochornada espera reivindicarse. El que vive como el perro en relación al amo, con los ojos puestos en el que manda para cumplir todas las consignas, desde el espionaje a la delación; y el grupo militar que nostalgia la dictadura y mantiene latente el propósito de restaurarla. Enemigo, éste, de la democracia, aliado de la política situacionista, hostil al radicalismo, es factor decisivo en el gobierno como se evidenció en el caso de la continuación del estado de sitio... Es necesario ser el hombre de la calle que soy, para darse cuenta del estado triste del alma popular. De diez transeúntes, nueve miran a uno como diciéndole: “¿Hasta cuándo soportaremos esto?”...».

Otra:

DE MANUEL CARLÉS A ALVEAR

«Buenos Aires, a 15 de junio de 1934.

»... Durante la temporada que el ministro de Guerra pasó en Córdoba, reuníanse periódicamente jefes y oficiales de regimientos y guarniciones, para deliberar y transmitir al Presidente lo resuelto. Así se resolvió la prórroga del estado de sitio y así se dispuso que continuara hasta el final del período parlamentario. A esto, el presidente contestó que él había pensado de idéntica manera, pero que esta vez el Congreso por propia iniciativa, resolvería la continuación del estado actual. Cuenta con la conmoción gremial que ha decretado la huelga general, con agregados de violencias callejeras, si se sanciona la ley de los transportes. “Creo, agregó el presidente, que la policía anda en la averiguación de bombas y armamentos de la futura revolución radical”. Amenazada la tranquilidad pública por el doble motivo, el Congreso sancionará la prórroga dictatorial propuesta por el militarismo imperante...».

También tenía información de los movimientos internos del partido:

DE CARLOS NOEL A ALVEAR

«Buenos Aires, agosto 24 de 1934.

»Mi querido presidente y buen amigo:

»... Su presencia es urgente aquí. Hoy sale Oyhanarte para Londres: desea hablar con Ud. Ha hecho trabajo en la Capital a favor suyo y de Güemes, con toda sinceridad... La lucha en la Capital es violenta, pero tenga esperanzas que todo termine bien. He hablado con Pueyrredón de la urgencia de reunir la Convención Nacional en vista de la gran corriente electoralista que existe en el partido. La solución sería quizás un plebiscito que entregue el problema directamente a la masa radical. Para entonces estará Ud. aquí. Güemes trabaja en mantener la disciplina del partido: se puede figurar lo difícil del asunto, pero lo hace con mucha energía y sin desviación alguna... Para terminar le diré que Laurencena me manifestó que si resolviéramos ir a las elecciones cree posible la unificación total del radicalismo en Entre Ríos...».

El panorama partidario aparecía crudamente expuesto en alguna carta de corresponsales no políticos:

DE TITO M. RAPALLO A ALVEAR

«Buenos Aires, abril 24 de 1934.

»Querido doctor:

»De política poco o nada creo que puedo adelantarle que Ud. no se imagine a la distancia o lo sepa por conductos diversos: informaciones periodísticas o correspondencia de sus amigos. Ya sabe que en ese sentido soy un neófito. Sin embargo, voy a referirle algo de que me he impuesto con anterioridad a las elecciones y en el momento más álgido de las preliminares de las mismas. Ello se debe a confidencias de una persona que me merece entera fe, subalterno mío, y pariente muy cercano, pero muy cercano, a un político que es un punto muy alto en el radicalismo de la calle Talcahuano. Además, dicha persona en múltiples circunstancias me ha demostrado que tiene gran admiración por Ud. y eso más que nada me inclina a creer en su sinceridad en la confianza que me acerca. De tal suerte he podido saber por este muchacho, que el señor Arbeletche hizo votar a su gente de la 1.<sup>a</sup> a trueque de la cantidad de \$ 2000.—que le entregara el Comité de Talcahuano, por los candidatos de esta fracción. Para no dar la cara de frente y evitar reproches ulteriores de sus correligionarios, se agrega que el dinero le fue entregado a la hermana y para despistar que ello fue a mérito de la mala situación por que atravesaba la familia a raíz de la muerte de un familiar, que creo que es el padre.

»También el señor Sancerni Giménez, ¡qué señor!, a cambio de dos o tres puestos de peones en una repartición nacional que le consiguiera el candidato de los oficialistas o sean los de la Avenida, Francisco J. Vidiri, hacía votar, entre sus amigos y correligionarios, los candidatos de Talcahuano incluyendo el nombre de su protector, como podrá ver Ud. por las dos boletas que le acompaño, y que asegura el amigo de la confianza, que la recibí de manos del propio Sancerni Giménez, siendo de su puño y letra el nombre que figura manuscrito. (Este caso convendría que lo conociera el Dr. Noel, pues él mejor que nadie ha de reconocer la letra).

»Por último, se me dice que un tal Moreira y otros cuyos nombres no recuerdo, pero que son de la misma sección que este último hacían votar sus amigos, en listas mixtas de Avenida y Talcahuano, en base a la libertad de algunos correligionarios que estaban en Martín García. Esto último no me extraña tanto, pues yo personalmente he recogido, más que versiones, afirmaciones en las altas esferas oficiales, que expresaban que muchos caudillos o pseudos dirigentes radicales se apersonaban a solicitar la libertad de detenidos políticos, prometiendo trabajar en pro de los candidatos oficialistas. Si esto era una estratagema, que es muy probable, no lo sé, pero por lo pronto ello no le quita que la gestión por el incentivo que prometían, sea una indignidad...».

Ya se había levantado el estado de sitio. Había que volver. Sus amigos lo reclamaban y no existían pretextos para prolongar la ausencia. Pero Alvear estaba remoloneando. No tenía maldita gana de retornar.

DE ALVEAR A MARÍA TERESA P. DE ÁLZAGA

«París, 22 de junio de 1934.

»... Veo, en cambio, con inquietud y muchas veces con irritación, el momento en que deba de nuevo soportar el trajín diario de la política pequeña del comité, y la falsedad de las pequeñas ambiciones de tantos declamadores profesionales, que cuando menos creen y menos sienten, son más patéticos. A mi edad, sin ambiciones que satisfacer, es mucho sacrificio y tanto mayor cuanto que todo lo malo que ha pasado ha sido la consecuencia de los correligionarios que han dado pretexto a ese gobierno de cínicos para tomar todas las medidas arbitrarias que complacen sus subalternas pasiones. Por tercera vez debo tomar voluntariamente mi puesto de lucha, pero puedo asegurarte que lo haré ni con alegría ni con satisfacción. Para que ello me entusiasmara necesitaría tener alguna ambición que realizar y no la tengo, o un deseo de figuración o predominio que tampoco me halaga. Si vuelvo a exponerme a tantas cosas, en su mayoría malas, es porque ya a mi edad no puedo cambiar esa actitud constante de mi vida, que ha hecho del cumplimiento del deber hacia mi país, una religión y un credo. En fin, ya veremos y Dios dirá...».

Y en el mismo tema:

DE ALVEAR A DON RAMÓN CABEZAS

«París, 15 de agosto de 1934.

»... Le aseguro que mucho me cuesta abandonar esta vida tranquila en un ambiente de cultura y de alta

intelectualidad como es Francia, a incorporarme de nuevo a la vida activa política, donde he recogido en los últimos años tantas amarguras y contrariedades, pero tengo el convencimiento de que es mi deber el concurso de mi acción y de mi pensamiento en los momentos graves; y es por eso que voy de nuevo...».

En setiembre, Alvear proyecta tomar baños en Carlsbad, como había hecho en otras temporadas, pero su propósito se frustra con la demorada venta de «Manoir de Coeur Volant». Desde su llegada estaba buscando infructuosamente comprador, pero la crisis que afectaba a Europa hacía difícil la operación. Por fin se concreta el negocio que —como todos los que hace Alvear personalmente— resulta un mal negocio.

De todos modos, estaba liquidada ya la atracción parisiense. La villa donde habían transcurrido tantos agradables años ya no era suya. Era una venta con significación de quema de naves. Alvear reserva algunos muebles y objetos de arte, que deja depositados en París y que hará enviar a Buenos Aires en el próximo y último viaje. Decide embarcarse en el *Massilia*, el paquete que lo había llevado al país siendo presidente electo, en aquel triunfante agosto de 1922. Pero la circunstancia de que en el buque vinieran peregrinos y prelados que concurrían al Congreso Eucarístico Internacional de Buenos Aires lo hace desistir. Quería evitar el encuentro con las autoridades argentinas, que seguramente habrían de recibir en el puerto a los peregrinos.

Por fin, a principios de octubre embarca en el *Avila Star*.

En marzo debía renovarse la Cámara de Diputados y algunas legislaturas. La ausencia del partido mayoritario —confinados o exiliados sus principales dirigentes— hacía fácil la carrera para los grupos políticos que, en el oficialismo o en una blanda oposición, daban marco a la legalidad justista. En la Capital Federal triunfó el socialismo, con larga diferencia sobre la Concordancia, que obtuvo la minoría. Los demócratas progresistas mantuvieron su predominio en Santa Fe. En el resto del país se dividieron equitativamente las diputaciones los partidos de la Concordancia: conservadores y antipersonalistas. Pero hubo una provincia donde triunfó el radicalismo: Tucumán. En este distrito se había producido un alzamiento partidario contra la terminante decisión abstencionista de la Convención Nacional. La junta de gobierno provincial hizo un referéndum entre los afiliados para decidir si el partido concurría o no a las elecciones nacionales en marzo. Ganó la posición concurrencista por gran mayoría; el radicalismo se presentó a la elección con el nombre de «UCR Concurrencista» y llevó como candidatos a diputados a los doctores Miguel Critto y Eudoro Aráoz, triunfando ampliamente.

El desacato a la directiva partidaria había ocurrido estando acéfalos y desintegrados los órganos del partido, lo que agregaba gravedad a la desobediencia. Pero también era un hecho real la circunstancia de la cómoda victoria del radicalismo en la provincia. Por ahora no era más que un episodio local, que el partido debería juzgar oportunamente. Ya hemos de ver después su trascendencia.

Las elecciones nacionales de marzo de 1934 fueron relativamente normales. En realidad, Justo no tenía necesidad de echar mano al fraude electoral, estando excluido el único partido nacional que podía molestarlo. Sólo existían dos gobiernos provinciales que estaban fuera de su órbita política: el de Santa Fe, demócrata progresista, y el de San Juan, cuyo gobernador era Federico Cantoni. A Santa Fe la intervendría impunemente más adelante; con San Juan usó otros medios. Ante las denuncias de los bodegueros, ofendidos por los altos impuestos y denodados defensores de la libertad y la democracia, Justo envió un veedor militar para que comprobara la corrección del acto eleccionario de marzo; contemporáneamente estalló una revolución organizada por los conservadores en colaboración con los socialistas de la provincia; el veedor (que paradójicamente llevaba el mismo apellido que aquel gobernador a quien Cantoni había hecho asesinar 13 años antes) se hizo cargo provisoriamente del gobierno, interviniéndose la provincia; convocóse a elecciones y triunfaron los conservadores. Poco más tarde la justicia electoral absolvía a los revolucionarios... Una jugada perfecta, y otro distrito en la constelación concordancista. Había costado apenas 27 vidas (incluso, casi, la de Cantoni, que fue herido gravemente por los revolucionarios, porque en San Juan las revoluciones se hacen en serio).

Dos meses después de las elecciones Justo abre las sesiones del Congreso. Reitera sus promesas de pureza electoral y advierte que no habrá de levantar el estado de sitio. Pocos días antes los confinados del Sur habían sido puestos en libertad, al igual que los que quedaban todavía en Martín García.

Regresaban algunos exiliados. Comienza tímidamente un intento de reconstrucción en el radicalismo. El 9 de julio de 1934 se levanta el estado de sitio, y comienzan entonces las reuniones de los organismos del partido. Ni casa tenía el radicalismo: el local de la calle Victoria había sido devuelto al propietario por imposibilidad de pagar el alquiler. La Mesa Directiva del Comité Nacional se debe reunir en la residencia particular de Güemes, al frente del cuerpo como vicepresidente en ejercicio, piloto de todas las horas difíciles. El 28 de julio se reúne el Comité Nacional después de seis meses de receso forzado. Si alguien esperaba que después de los confinamientos y exilios estaría más ablandada la línea política se equivocaba: en la primera reunión se resuelve separar a los delegados de San Juan y Tucumán e intervenir ambos distritos por haber concurrido a elecciones contraviniendo expresas resoluciones partidarias. En la misma sesión, a instancias del delegado Ortiz Pereyra —una de las mentes más lúcidas del elenco dirigente— se designa una comisión que debe estudiar los aspectos económicos y sociales del país, a fin de que el programa del radicalismo pudiera adoptar una firme orientación también en esos planos.

Pero en la base partidaria algo empezaba a agitarse. Los comités de Mendoza y La Rioja solicitan al cuerpo la convocatoria de la Convención Nacional para reconsiderar la línea política trazada en la reunión de diciembre en Santa Fe. La Junta

de Gobierno de Tucumán se niega a acatar la intervención. En Entre Ríos se habla de una fusión del antipersonalismo oficialista con el radicalismo. Los diarios empiezan a detallar abundantemente las razones de los que desean cambiar la decisión de diciembre. En la Capital Federal la renovación de autoridades parroquiales efectuada en setiembre evidencia una neta división: los que antes eran «mayoritarios» ahora se titulan «renovadores» y propugnan el abandono de la abstención; los «legalistas» son rotulados como «divisionistas» y desean mantener el pronunciamiento intransigente. Los primeros obtienen 12 parroquias; los «divisionistas», 8, en una elección interna donde hubo gran ausentismo de votantes. Pero aunque en las sesiones preparatorias del Comité de la Capital son designadas autoridades provisorias que responden al grupo «renovador», un vuelco de los delegados de la sección 4.<sup>a</sup> posibilita el triunfo del candidato «divisionista», D. Francisco Albarracín, como presidente del organismo metropolitano.

Pero nada podía resolverse hasta que no llegara Alvear. El presidente del Comité Nacional arriba al país el 19 de octubre. Se le tributa en el puerto un entusiasta recibimiento. Diez camiones iluminados hacen de palcos; dos aviones sobrevuelan el *Avila Star* llevando carteles de «Bienvenido». Una gran multitud aclama al viajero y lo acompaña hasta su domicilio, en la calle Juncal. Ya estaba de regreso el jefe del partido. Ahora sí podían intensificar su presión los sectores interesados en el retorno de la Unión Cívica Radical a las urnas.



*En Dársena Norte, Alvear a su regreso de Martín García en octubre de 1934.*

De inmediato se hacen más insistentes los rumores sobre las gestiones unificadoras de Entre Ríos; en Mendoza los lencinistas revelan públicamente que también están en negociaciones. En Salta, al llegar el arquitecto Martín Noel como veedor, todas las corrientes internas le expresan su deseo de que el radicalismo abandone la abstención. En sesión privada del Comité Nacional los delegados mendocinos insisten en su pedido de reconsideración de la línea política del partido. El 27 de noviembre el Comité Nacional convoca a la Convención Nacional para el 30 de diciembre; en el temario figura la consideración de la situación política del país y la orientación partidaria. Se supone que esta mención significa la revisión de la línea adoptada en diciembre del año anterior.

Un hecho electoral acaecido a mediados de diciembre brinda nuevos argumentos a los «concurreristas». En Tucumán debía elegirse gobernador por haber sido intervenida la provincia siete meses antes en virtud de un conflicto entre el Ejecutivo

local y la Legislatura. La Junta de Gobierno de la UCR local decide presentarse a los comicios, ratificando la postura adoptada en las elecciones nacionales de marzo. Lo hace con dos candidaturas a gobernador: las de Eudoro Aráoz y Miguel Campero, con el compromiso de que el menos votado volcará sus electores al que obtenga mayor número de votos. Se realizan los comicios y triunfa Campero; el total de votos radicales, de ambas fracciones, supera ampliamente al candidato conservador. El episodio llena de alborozo a los concurrentistas de todo el país, que consideran afirmada su posición con esta evidencia electoral.



*Alvear es saludado por correligionarios luego de ser liberado, 1934.*

Ante el alud concurrentista los partidarios de la abstención tratan de nuclearse. En el Comité de la Capital se aprueba una moción de Raúl Luzuriaga que condena las gestiones de unificación con otras fuerzas; días más tarde se reúnen algunos delegados a la Convención Nacional que sustentan la misma posición. El problema trasciende a la Convención de la Capital, que demora su constitución definitiva, con una presidencia provisional que responde al sector abstencionista.

Así llégase a la reunión de la Convención Nacional, que se inaugura en el viejo teatro Coliseo, frente a la plaza Libertad (30 de diciembre de 1934). El público desborda la platea y las galerías. En un palco *avant scene* se ubican las autoridades del Comité Nacional. Alvear es aclamado largamente cuando llega al palco, y la orquesta lo recibe con los acordes de la Marcha de Ituzaingó, doble homenaje tributado a quien es el presidente de los corazones argentinos y nieto del vencedor de la batalla epónima. Desde largo rato antes la barra coreaba «abstención» y «a las urnas» alternativamente.

A las tres de la tarde se descorre el telón, según los viejos usos radicales vigentes desde los tiempos de Alem, y aparecen en el escenario los miembros de la

Convención. Habla Pueyrredón, presidente del cuerpo, que debe deslizar cuidadosamente su discurso entre las dos posiciones en pugna. Luego Cantilo, dando la bienvenida a los delegados del interior, y Benito Soria agradeciendo en nombre de éstos. A pedido de la concurrencia también pronuncian breves improvisaciones Alvear y Güemes. Luego termina el acto formal, para continuar la sesión a la noche.

*La Nación*, que durante siete meses había ignorado la existencia del radicalismo y dedicó al confinamiento y exilio de sus dirigentes siete líneas en cuerpo menor, exhibe a toda página la crónica del acto y una fotografía a cuatro columnas de la sala. Había que suavizar la entrada del radicalismo en la legalidad justista. Muchas cosas estaban esperando que la Convención se decidiera, pues ya se tenía la sensación de que la posición abstencionista sería derrotada. Al día siguiente de inaugurada la Convención se reúnen en casa de Ricardo Rojas los delegados abstencionistas: apenas llegan a 30. Ese día trabajan intensamente las comisiones. El 1.º de enero se aprueban los diplomas y se lee el informe del Comité Nacional.

Y el 2 de enero de 1935 se reúne nuevamente el cuerpo para tratar los despachos de la comisión de asuntos políticos. La mayoría de la comisión aconseja levantar la abstención; la minoría, ratificar lo resuelto en 1932 y 1933, y «diferir para una próxima sesión» la reconsideración del problema. Informa el primer despacho el doctor José Luis Cantilo y el de la minoría, don Ricardo Rojas.<sup>[16]</sup>

Era la madrugada del 3 cuando se vota. Se aprueba el despacho de la mayoría por 98 votos contra 49.

Ya estaba abierto para el radicalismo el camino del comicio.

*La Nación*: «La decisión [...] expresa un movimiento de cordura patriótica». «La Asamblea optó por acogerse a las reglas y a los sistemas democráticos». «Ello equivale implícitamente a reconocer que la Nación se encuentra en situación de completa normalidad institucional...».

*La Prensa*: «La referida actitud de la actual convención satisface los mejores anhelos populares...». «La equivocada postura de abstención ha sido vencida por el buen criterio».

*Noticias Gráficas*: «El radicalismo retorna a las fecundas y nobles luchas de la democracia legal y pacífica...».

*El Mundo*: «El país no puede menos de aplaudir tan alto propósito, que revela la adhesión de una gran fuerza a la tranquilidad nacional...».

*La Vanguardia*: «La resolución adoptada alcanza indudable significación y es [...] auspiciosa».

*Buenos Aires Herald*: «La vuelta de los hijos pródigos». «El retorno del partido al comicio es una prueba del retorno al sentido común».

Ya lo había anunciado Rojas en su discurso: «Mañana mismo, cuando se publique lo resuelto, un coro de alabanzas unánime en la prensa exaltará a los que así lo resolvieron y detractará a los que no lo adoptaron...».

Dos semanas más tarde los diarios anuncian que «habría trascendido» que el Poder Ejecutivo enviaba al Congreso para que los tratara en sesión extraordinaria los proyectos modificando sustancialmente el régimen bancario nacional que había sugerido en el año anterior Sir Otto Niemeyer.



# La otra muerte de Hipólito Yrigoyen

## I

En 1933 murió Yrigoyen. En 1935 habría de morir —o adormecerse— su espíritu dentro del radicalismo. Hasta entonces, las fuerzas radicales de todas las tendencias, unificadas desde la reorganización del City, habían aceptado —algunas muy desgánadamente— una postura intransigente frente al Régimen, que las vinculaba a la trayectoria del viejo radicalismo, incluso en la formulación táctica de la abstención.

Pero desde el levantamiento de la abstención el radicalismo irá resbalando — como veremos— hacia una coparticipación cada vez mayor con el Régimen, que habría de adquirir visos de complicidad a medida que los escándalos y las transgresiones sean mayores.

La verdad era que en la Convención de 1935 la disyuntiva concurrencia-abstención no había nucleado alrededor de cada término a las fuerzas que se habían delineado como alvearistas o yrigoyenistas. En la votación aparecen confundidos dirigentes de ambas corrientes. Muchos yrigoyenistas netos votaron en 1935 la concurrencia porque intuían que a la larga la abstención sin revolución resultaba absurda y suicida.<sup>[17]</sup>

La resolución de la Convención Nacional era correcta, partiendo del supuesto de que la dirección partidaria era esencialmente legalista y por lo tanto no había posibilidades de una «gran revolución» como la que aconsejara Yrigoyen a Alvear poco antes de morir. También era formalmente correcta la enunciación del levantamiento de la abstención, puesto que en cada caso se condicionaba la concurrencia a comicios a una previa autorización del Comité Nacional, debiendo adoptar este cuerpo «todas las medidas conducentes a garantizar el libre ejercicio del sufragio».

La coexistencia entre las dos corrientes históricas del radicalismo parecía, pues, asegurada, si el Comité Nacional usaba con mesura de la facultad conferida para autorizar la concurrencia. Podía dosificar esta autorización y revestir la participación del radicalismo en los comicios de una jerarquía y una importancia trascendentes.

Podía, inclusive, esperar hasta el año próximo, para dar su batalla en la renovación del Congreso. Pero el dique ya tenía una fisura. ¿Quién podía detener el torrente?

Un mes más tarde de la reunión de la Convención delibera el Comité Nacional y se autoriza al radicalismo de Entre Ríos a concurrir a las elecciones de gobernador, y al de Catamarca a las de diputados provinciales. Meses más tarde se concedería idéntica autorización a los comités de Santa Fe, Córdoba, Santiago y Buenos Aires. Pronto ni se requirió autorización. Se concurriría a todas las elecciones, importantes o intrascendentes, garantidas o fraudulentas.

Ése no era el espíritu de la resolución del 3 de enero de 1935. Su violación habría de aparejar el disgusto y la protesta de los sectores yrigoyenistas. En el Comité Nacional, Parry, González, Zimmerman, Rojas y otros pocos denuncian lo que consideran una desvirtuación de lo resuelto por la Convención. Luis Dellepiane hablaría en la Convención de Buenos Aires de una «intransigencia muy transigente», y Ricardo Rojas habría de declinar más tarde una candidatura a diputado por la Capital Federal, igual que Güemes, por el mismo motivo.

Pero ¿quién detenía al exitismo? Y el radicalismo siguió concurriendo a todas las elecciones, ganando algunas a fuerza de coraje, perdiendo otras; pero aceptando todas las situaciones y emporcándose cada vez más en la sucia legalidad fraguada por el justismo.

Así ocurrió que a través del año 1935 se van acentuando por parte de núcleos de origen yrigoyenista o de formación intransigente las expresiones de crítica contra la conducción alvearista. Teóricamente, «alvearistas» e «yrigoyenistas» habían desaparecido desde la reorganización del City. Pero lo cierto es que seguían tiradas las viejas líneas. Probablemente, los antiguos agravios se hubieran olvidado frente al adversario común: pero ante la orientación que estaba imprimiendo el comando alvearista, los viejos seguidores de Yrigoyen y los jóvenes formados dentro de su espíritu crecían en la acentuación de las modalidades y los principios que habían caracterizado al radicalismo popular.

Por eso, mientras duró la abstención, todos pudieron convivir más o menos armónicamente dentro del partido; pero al lanzarse el radicalismo por la pendiente del oportunismo y de la participación gubernativa con el Régimen, la lógica reacción de los sectores intransigentes fue extremando su resistencia, y, naturalmente, la dirección partidaria se contrajo a anularla prolijamente.

Uno de los modos para liquidar al yrigoyenismo fue aceptar el ingreso de las fuerzas radicales que habían colaborado hasta entonces con el Régimen y que por una u otra razón se encontraban en estado de retornar al viejo tronco. Estas fuerzas eran más afines con el alvearismo que con el yrigoyenismo, y por lo tanto constituían refuerzos para la conducción partidaria. El primer episodio en este sentido se produjo en Entre Ríos. En enero quedó concretada la fusión del radicalismo tradicional con el antipersonalismo que desde 1930 gobernaba la provincia litoral. Un mes más tarde

Alvear, acompañado de la Mesa Directiva del Comité Nacional, se traslada a Entre Ríos, y allí autoriza a abrir los registros y reorganizar el partido. Los antipersonalistas se inscribieron en masa y surgieron autoridades mixtas. Los sectores intransigentes protestaron por la fusión con quienes habían sido hasta entonces los verdugos de las insurgencias de 1931 y 1933, pero quedaron solos. Se inscribieron como «UCR Yrigoyenista» y concurrieron a las elecciones provinciales llevando como candidato a don Gregorio Morán, el viejo luchador yrigoyenista. Fueron aplastados, y el partido quedó en Entre Ríos en manos del elenco antipersonalista. Poco después se incorporaban al Comité Nacional los nuevos delegados —Laurencena, Eguiguren, Aguirrezabala y Mihuri— y se rechazaba la renuncia «pro forma» presentada por los legisladores antipersonalistas que cómodamente pasaron a integrar las filas del radicalismo.<sup>[18]</sup>

También en la Capital Federal se incorporó una fracción del antipersonalismo, y lo propio ocurrió en Mendoza con parte del lencinismo.

La otra forma de ir liquidando los reductos internos yrigoyenistas fue la intervención lisa y llana a los organismos en que tenían mayoría. Por de pronto, el Comité de la Capital. El ya crónico conflicto entre «legalistas» y «mayoritarios» que arrancaba desde 1931 prosiguió arrastrándose durante los primeros meses de 1935. El Comité de la Capital tenía autoridades «legalistas» o —forzando un poco los términos— yrigoyenistas; la Convención de la Capital no las tenía porque no había podido constituirse ni designar delegados al Comité Nacional; pero todo hacia prever que las autoridades definitivas serían también yrigoyenistas. Se lleva a cabo, entonces, una prolija campaña de obstrucción a las tareas específicas de ambos cuerpos. A mediados de año (1935) el Comité Nacional interviene la Convención metropolitana, al solo efecto de que se constituya y designe delegados al Comité Nacional. Quedan tendidas claramente las líneas políticas con las dos listas que se votan: Tamborini y Noel, por un lado, Güemes y Cattáneo por el otro. Ninguna obtiene la mayoría absoluta. Poco más tarde, el Comité Nacional disuelve la Convención de la Capital y convoca a constituyentes.

En Salta el partido se reorganizó bajo la dirección del arquitecto Martín Noel. Al terminar su labor se realizaron elecciones internas que dieron el triunfo al sector identificado más calurosamente con la dirección partidaria en el orden nacional.

En Santa Fe el proceso fue más duro. Los sectores yrigoyenistas se nuclearon alrededor de Miguel Ángel Cuello, José Benjamín Ábalos y Armando Antlile contra la fracción encabezada por Enrique Mosca. La lucha se planteó en torno a la candidatura que sostendría el radicalismo en las elecciones de gobernador y padeció un engorroso trámite culminado por un conflicto de poderes entre el Comité de la Provincia —presidido por Cello— y la Convención Provincial. A fines de agosto (1935) el Comité Nacional interviene Santa Fe. El miembro informante del despacho que aconsejaba la intervención aludió a «una lucha de tendencias no siempre

encaminadas a colaborar con la orientación política imprimida al partido por el Comité Nacional».

La intervención partidaria, presidida por Cantilo, duró casi dos años: hasta junio de 1937. Fueron expulsados los «cellistas», que formaron las «Agrupaciones Cívicas Radicales Alem», entidades que no participaron en las elecciones de gobernador y muchos de cuyos integrantes se alejaron de la vida cívica hasta 1945.

Hacia 1936, pues, la conducción alvearista piloteaba el partido sin tropezar con resistencias organizadas. Muchos yrigoyenistas colaboraban lealmente con la dirección, otros se habían ido a su casa, algunos estaban excluidos del partido. La mano dura de Alvear había liquidado sin contemplaciones las formaciones opositoras internas.

Este gradual proceso de fortalecimiento de la dirección alvearista se veía respaldado por el éxito que, al parecer, había coronado la táctica electoralista sostenida por esta corriente. Resultaba difícil atacar a la jefatura partidaria cuando lo cierto es que en las elecciones a que se concurría la suerte había sido relativamente benévola.

La primera victoria se obtuvo en Entre Ríos, con la fórmula Tibiletti-Lanús, producto de la fusión acaecida en enero (1935). Alvear en persona aportó su esfuerzo en la campaña. Estuvo diez días en la provincia, acompañado de un brillante elenco. Durante ese lapso recorrió casi todos sus pueblos, viajó en tren, en yate, en auto, habló cuatro o cinco veces por día y hasta sufrió un accidente al derrumbarse un balcón desde el cual estaba discursando. Era su primera campaña política propiamente dicha y reveló verdaderas condiciones de líder. Aunque su oratoria no era brillante ni profunda, tenía fuerza y decisión, y su imponente presencia entusiasmaba a los auditorios. Todo el radicalismo del país envió delegaciones para cooperar en la campaña: una caravana de veinte automóviles salió de la Capital Federal y hasta se destacaron aviones. Por primera vez desde el 5 de abril, la Unión Cívica Radical afrontaba una lucha electoral: todas las energías contenidas desde entonces irrumpieron torrentosamente hacia el objetivo de ganar la elección.

No era demasiado difícil, porque el gobernador Etchevere estaba también en la corriente del radicalismo fusionado, y ofrecía por lo tanto plenas garantías de imparcialidad. Así ocurrió el triunfo del 14 de febrero de 1935, que consagró la fórmula Tibiletti-Lanús por 54.000 votos contra 43.000 de los conservadores, habiendo obtenido 7000 votos los radicales yrigoyenistas, marginados arrolladoramente por el poderoso esfuerzo del comando nacional del radicalismo, que se había jugado entero para justificar con una resonante primera victoria el levantamiento de la abstención.

En los próximos meses también se producirían renovaciones de ejecutivos provinciales en Santiago, Corrientes, Buenos Aires y Córdoba. Alentada con el suceso de Entre Ríos, la Unión Cívica Radical se apresta a concurrir a esos comicios.

En agosto hubo elecciones en las dos primeras: el radicalismo llevó como candidatos a los doctores Fernando Andreato y Santiago Corvalán, respectivamente, pero el «voto transeúnte» en Corrientes y la división partidaria en Santiago fueron determinantes de la derrota. No afectó mucho al optimismo de los radicales. La gran batalla se libra el 3 de noviembre en Córdoba y Buenos Aires.

En la provincia mediterránea, después de un limpio y entusiasta proceso interno, fue proclamada la fórmula Sabattini-Alejandro Gallardo, que significaba toda una renovación de elencos e ideas. Se efectuó una campaña electoral desbordante de vigor. Alvear recorrió durante cinco días la provincia, acompañando a los candidatos.

En Buenos Aires, en cambio, la campaña fue violenta y manchada por varios hechos de sangre y secuestros de libretas. Como anticipo de la repetición del triunfo del 5 de abril la convención provincial proclamó por unanimidad la fórmula Honorio Pueyrredón-Mario Guido. Pero el oficialismo no habría de permitir una sorpresa como la de 1931. Toda clase de obstáculos se pusieron al radicalismo en su campaña: desde la amenaza de no permitirle actuar con su histórico nombre (que la Junta Electoral otorgó en principio a aquella insignificante UCR que presidía José Cantilo Crotto) hasta la reforma a la ley electoral, que impedía que los fiscales firmaran los sobres, pasando por el secuestro masivo de libretas y diversas presiones policiales que derivaron en algunos hechos luctuosos.

Sin embargo, el radicalismo bonaerense se lanzó a la lucha con la consigna de «¡Pasaremos!». Alvear recorrió la provincia durante tres días: las concentraciones en Bahía Blanca y La Plata fueron las más grandes que se recordaron en esos años.

El 3 de noviembre, ante la expectativa nacional, se efectuaron las elecciones de Córdoba y Buenos Aires. Era la primera oportunidad desde 1931 en que el radicalismo participaba en comicios importantes presididos por gobiernos adversarios. Existía ansiedad por saber si la Concordancia estaba dispuesta a jugar limpio: si el gobierno nacional cumpliría sus reiteradas promesas de imparcialidad. En Córdoba, los comicios adolecieron de presiones aisladas e irregularidades en la constitución de mesas que hicieron necesario llamar a complementarias para el 17, suspendiendo entretanto el escrutinio. Sin embargo, el escrutinio de las elecciones municipales de la ciudad de Córdoba, que se efectuó de inmediato, anticipó el triunfo radical y previno al gobierno conservador de la necesidad de jugarse a fondo en las complementarias, que podían ser decisivas.<sup>[19]</sup>

En cambio, Buenos Aires dio un espectáculo bochornoso. Era previsible que los conservadores bonaerenses echarían mano de todos los medios para dar el triunfo a su candidato, Manuel Fresco. Pero lo acaecido ese infausto 3 de noviembre excedió los cálculos más pesimistas. Se impidió votar a los radicales, se agredieron fiscales, se volcaron padrones: hubo hechos sangrientos en muchas localidades, se cambiaron urnas y hasta se alteraron las cifras del escrutinio en pleno local de la Junta Electoral. Eran elecciones para desprestigiar históricamente a cualquier gobierno. Prácticamente a media mañana los fiscales de la Unión Cívica Radical habían sido echados de los

comicios, y los conservadores con sus policías bravas y sus matones fraguaban la elección a su gusto. Alvear envió al mediodía un telegrama al presidente, induciéndole a cumplir con su honor, tomando alguna actitud que justificara las reiteradas promesas. Contestó Melo, el jurista, haciendo una cuestión de competencia. Había una total insensibilidad en el gobierno. Era cuestión de ganar Buenos Aires como fuera.

Las elecciones del 3 de noviembre significaron la inauguración del fraude en gran escala en el país. Este cuadro pudo dibujarse a medias en Córdoba, cuando en las complementarias se acentuó la intervención oficial. Pero aquí las cosas se pusieron en su lugar desde el principio: en la localidad de Plaza Mercedes la policía agredió a una delegación que venía a cooperar con los radicales de la localidad: éstos resistieron el ataque y Pedro Vivas, jefe de la delegación, liquidó con su infalible puntería siete policías antes de morir él y un compañero. Mártir de la libertad electoral, Vivas selló con su sangre el fin del fraude en Córdoba. En esta provincia ya no hubo más fraude. Era fácil atacar a ciudadanos inermes, pero arriesgar el pellejo no entraba en los cálculos del matonaje conservador.

A mediados de mes se conocieron las cifras de las elecciones: en Córdoba había triunfado el radicalismo por 109.000 votos contra 104.000; en Buenos Aires, los conservadores habían amañado 278.000 «votos» contra 171.000 radicales.

Había sido una lucha contra un gobierno, no contra un partido, y en Buenos Aires los radicales no habían podido vencer al gobierno. Quedaba, por lo menos, el triunfo de Córdoba como una posición más para el radicalismo, que ya contaba con Entre Ríos y en alguna medida con Tucumán, cuyo gobernador, Campero, también era radical, aunque separado de la dirección nacional, pues la reorganización efectuada durante 1935 por el Comité Nacional sólo pudo atraer a las fracciones de Roque Aragón y Eudoro Aráoz y el concurrencismo continuó siendo el partido mayoritario de la provincia.

Las elecciones de noviembre de 1935 habían demostrado este hecho: donde hubiera un mínimo de legalidad el radicalismo podía triunfar. Tal evidencia rodeó de expectativa y entusiasmo los comicios de marzo de 1936. Debían elegirse 82 diputados en doce distritos, aparte de legislaturas y ejecutivos provinciales. Parecía la gran oportunidad para que la Unión Cívica Radical entrara a controlar una de las ramas del Congreso, y algunas situaciones provinciales. Alvear salió en varias giras: al litoral, al norte, a la provincia de Buenos Aires.

El 1.º de marzo se llevaron a cabo las elecciones. En Buenos Aires el fraude superó todos los precedentes, incluso los de noviembre, a tal punto que la Junta Electoral ordenó la realización de complementarias para quince días después en gran cantidad de mesas.

En Santa Fe, Mendoza y Salta también el acto eleccionario fue viciado por presiones de toda suerte, aunque no en el grado de absoluto cinismo a que se llegó en

Buenos Aires. En los restantes distritos se sufragó con relativa normalidad.

Pero fue en las complementarias de Buenos Aires cuando el oficialismo extremó sus recursos. Existía la sensación de que, pese a la violencia ejercitada el 1.º de marzo, el radicalismo podría haberla superado. O'Farrell y Cooke entrevistaron a Justo en nombre del Comité de la Provincia exigiendo garantías. El presidente prometió el envío de un veedor. También se hicieron presentaciones similares a los jueces federales de la Provincia. Pero el designio oficialista era perfectamente claro: no debía dejarse votar. Y el 15 de marzo el país nuevamente supo del bochorno ante el espectáculo de las elecciones complementarias bonaerenses: a los jueces federales se les negó el auxilio de la fuerza pública, el correo no recibía las denuncias radicales, el veedor no veía nada.

Tan escandalosa fue la parodia electoral que la Junta Electoral, al producir su informe, expresó que «el fraude y la violencia habían viciado la elección».<sup>[20]</sup> El ministro del Interior, Melo, declaró que la elección no era «peor que otras realizadas en el país en las que se extremaron los actos de violencia, como la de marzo de 1930». Justo, por su parte, aprobó el informe del veedor.

De todos modos el radicalismo obtuvo un gran triunfo en Santa Fe; en la Capital Federal casi dobló a los socialistas; el triunfo de noviembre en Córdoba fue superado ampliamente, lo mismo que en Entre Ríos; en Tucumán triunfaron las concurrencistas.

#### DE ALVEAR A EUGENIO GARZÓN

«Buenos Aires, marzo 16 de 1936.

»... Después del triunfo aplastante de la Capital, el que más que una victoria radical es un repudio de toda la opinión independiente contra el gobierno y los partidos reaccionarios de la República, hemos asistido ayer al último acto de la farsa electoral, esa elección presentó las mismas características bochornosas y ofreció al país un espectáculo tan repugnante como las del 8 de noviembre y 1.º de marzo...».

Efectivamente, quedaba demostrado el carácter mayoritario del radicalismo, pero eso importaba muy poco al oficialismo. Lo que el oficialismo defendía no era solamente las prebendas del gobierno: defendía, fundamentalmente, un orden económico ligado a intereses que no podían permitir en manera alguna el triunfo de un partido popular. Por consiguiente, la evidencia mayoritaria del radicalismo no era sino un motivo más para poner en marcha los presupuestos del fraude que hicieran imposible su triunfo; y, además, era necesario ablandar las estructuras radicales para que una hipotética y eventual victoria no fuera un peligro para la trama de intereses sutilmente reconstruidos desde 1930.

## II

No hay que creer que el oficialismo se dejó sorprender por el relativo triunfo radical de marzo de 1936. El fraude había sido instrumentado desde tiempo atrás, y si en Buenos Aires había dado resultado, los escrutinios de las demás provincias alertaron al oficialismo sobre la necesidad de evitar que en la renovación presidencial de 1937 el radicalismo encontrara una brecha por donde irrumpir. Por esto, es natural comprender que los episodios electorales que hemos reseñado hayan inquietado al oficialismo. Hasta 1935 no había necesitado echar mano del fraude o la violencia para mantenerse en la situación que gozaba desde el motín de 1930. Pero el partido mayoritario había retornado al comicio y era menester pararlo. En marzo de 1936 se realizaría la renovación parcial del Congreso, y en 1937 la elección presidencial.

El único modo de detener la avalancha era crear todos los instrumentos de un fraude total, integral. Pero el oficialismo tenía varios obstáculos. En primer lugar, el legalismo de algunos sectores que lo integraban. No se debe olvidar que el justismo estaba formado por la «concordancia» de fuerzas distintas que aunque estaban constituidas en su mayoría por fuerzas exitistas carentes de todo escrúpulo político, provenían en parte de antiguas raíces liberales que deseaban cierto respeto formal por la ley. Tratábase de algunos sectores del conservadurismo no partidista, ciertos resabios del radicalismo antipersonalista y determinados núcleos independientes apolíticos que apoyaban a Justo en la medida que éste garantizara el orden en el país. También se suponía que existía un prurito legalista en los altos círculos militares, que no habrían de permitir un fraude de alto bordo.

Se tropezaba también con la dificultad práctica de llevar a cabo un escamoteo tan científico de la voluntad popular que pudiera derrotar de toda forma el supremo esfuerzo del radicalismo. Hasta la Ley Sáenz Peña los mecanismos políticos de la oligarquía estaban montados de tal suerte que resultaba fácil ajustar cualquier resultado electoral con un relativo esfuerzo. Pero la presencia del pueblo en los comicios suponía la instalación de nuevos instrumentos de presión —policías bravas, sustracción de urnas, jueces complacientes— que era difícil poder disponer en el lapso que restaba.

Sin embargo, se jugaban demasiadas cosas para que el Régimen desistiera de su firme designio. El radicalismo no debía triunfar. En cuanto se evidenció que la abstención no había debilitado sus filas y que el auspicio popular rodeaba como siempre a la vieja fuerza de Alem, empezó a llevarse a cabo la planificación del fraude.

Por de pronto, había que contar con las provincias de Buenos Aires y de Santa Fe. Sin ellas ningún juego político sería posible. Ya desde principios de 1935 se fue arquitecturando la máquina del fraude. En Buenos Aires era gobernador Federico Martínez de Hoz, un típico oligarca vacuno, cuyos mínimos escrúpulos legalistas podían entorpecer eventualmente el plan. Había que sacarlo para que pudiera fraguarse una sucesión capaz de tomar a su cargo la colocación de los mecanismos electorales antipopulares. El Partido Demócrata Nacional empezó exigiéndole

determinadas medidas conducentes a ese fin. Negóse Martínez de Hoz, se le provocaron sucesivas crisis ministeriales y, finalmente, se decidió el rompimiento del partido con el gobierno de Buenos Aires. En los primeros días de febrero una pueblada de matones y diputados oficialistas irrumpió en la casa de gobierno de La Plata imponiéndole la renuncia.

Naturalmente, el gobierno nacional no pudo menos que reponerlo: pero entonces se inició a Martínez de Hoz un absurdo juicio político y en mayo (1935) se lo destituye. A cargo de la provincia el vicegobernador —totalmente adicto a la máquina partidaria— todo estaba listo para perpetrar la farsa electoral que llevaría a Manuel Fresco a la gobernación; una vez colocado allí este denodado defensor de la democracia el oficialismo podía descansar, seguro de que en Buenos Aires los radicales no pasarían...

Con Santa Fe se adoptó otro temperamento mucho menos sutil, mucho más cínico. Estaban ya concluyendo las sesiones ordinarias del Congreso de 1935 (ese triste período en el que se aprobó la ley de coordinación de transportes y que asistió al asesinato de Bordabehere) cuando sorpresivamente se da entrada en el Senado a un proyecto de intervención a Santa Fe. Fundábase la iniciativa en una abstrusa cuestión legal referente a la vigencia o nulidad de la Constitución demócrata progresista de 1921. La razón real era que había que arrasar al gobierno de Luciano Molinas a fin de crear las condiciones indispensables para apuntalar la futura elección presidencial. Eran muchos los electores santafesinos: no podían perderse.

Sobre tablas se debate el proyecto y se aprueba esa misma noche. La noticia provoca conmoción en Santa Fe. Se decreta una huelga general de repudio, cierra sus puertas el comercio y ocurren episodios de protesta popular. Pero ocurre que la Cámara de Diputados queda sin quórum y el proyecto no puede ser convertido en ley. Entonces, naturalmente: ¿cómo podía dejar de intervenir una provincia que estaba al borde del caos? El 3 de octubre se interviene Santa Fe mediante decreto del Poder Ejecutivo Nacional y concluye la correcta administración de los demócratas progresistas. Se planea alguna resistencia popular a la intervención, pero al fin nada se hace. Asume provisoriamente el gobierno un jefe militar hasta la llegada del interventor, Manuel Alvarado, ministro de Obras Públicas de la Nación.

La intervención a Santa Fe fue uno de los actos más arbitrarios e injustificables del gobierno de Justo. Pero la sensibilidad pública se estaba embotando. Las protestas no tuvieron la vibración que merecía el episodio. La Federación Universitaria de Buenos Aires realizó un acto público, hablaron Baltazar Jaramillo, Bartolomé Fiorini y Arturo Frondizi. Y la segunda provincia del país quedó en manos de la Concordancia. Un año y medio se prolongaría la intervención hasta dejar perfectamente urdida la trama del escamoteo electoral.

En las elecciones de diputados nacionales efectuadas en Santa Fe en marzo de 1936 triunfó el radicalismo, como hemos visto. El oficialismo no había tenido tiempo todavía de instrumentar el fraude. En febrero de 1937 se elige gobernador, en

elecciones presididas por el interventor nacional. Designando presidentes de mesas que son notorios matones oficialistas, impidiendo toda fiscalización, deteniendo dirigentes y usando toda la gama de la violencia así como la sustitución de urnas en el Correo, el antipersonalismo logra imponerse en Santa Fe. Ya era factible el futuro fraude presidencial. Días antes de la elección Alvear había entrevistado a Justo por mandato del Comité Nacional, formulando varios pedidos de garantías que fueron concedidas parcialmente. El presidente, pues, era el responsable directo de la farsa electoral de Santa Fe, y anticipaba lo que sería la renovación presidencial de setiembre.

Instalados los medios de fuerza y trampa aptos para esterilizar el futuro esfuerzo popular, había también que armar la arquitectura legal que imposibilitara a los radicales el acceso a la presidencia. El sistema de minorías de la ley Sáenz Peña, aplicado a los electores de presidente, podía ser peligroso para la Concordancia. Aunque los radicales no pudieran triunfar en Buenos Aires y Santa Fe, podían controlar la mayoría en el Colegio Electoral con los electores obtenidos por minoría en estos distritos y los que por mayoría lograrán en Capital Federal, Córdoba y Entre Ríos. En junio de 1935 el diputado conservador Carlos Pueyrredón presenta un proyecto por el que se suprimían las minorías en las listas de electores a presidente, es decir, se votaba por lista completa. Una sutil aritmética electoral garantizaba, con la inflexibilidad de los números, la imposibilidad del triunfo electoral del radicalismo en 1937. Con Buenos Aires, Santa Fe y tres o cuatro distritos más, estaba asegurada la continuidad del Régimen... Lisandro de la Torre, desde su banca solitaria, habría de calificar cabalmente esta reforma: «el proyecto lleva en su entraña una condición implícita: la de que la elección de 1937 sea fraudulenta».

Faltaba otra argucia más: el ofrecimiento de una tregua a las fuerzas populares para debilitarlas y confundirlas, según la vieja tradición regiminosa, que venía desde 1891: el Acuerdo, las paralelas, el contubernio, la concordancia... Pero eso vendría en su oportuno momento.

Todas estas cautelas y previsiones daban la pauta de lo que iba a ser la elección presidencial de 1937. En el radicalismo algunos opinaban que había que retornar a la abstención. Pero ya era utopía soñar semejante cosa. El radicalismo iría a cualquier lucha, aceptaría cualquier cosa, pero jamás retornaría a la austeridad de la abstención. En el Comité Nacional el senador Eguiguren, radical fusionado de Entre Ríos, diría en marzo de 1937: «el presidente de la República sabe que el Radicalismo es el único partido nacional, la única mayoría auténtica en el país y tratan de despedazarlo y llevarlo a la abstención». Y Alvear, en la misma reunión, diría: «la abstención es palabra de cobardía».

En esencia, la táctica adoptada podía no ser mala. Veinte años después fue la que usó el radicalismo cuando se trató de escoger la técnica de lucha contra Perón. Lo malo era que, a través de la ola exitista que inevitablemente arrastra una postura de

tal laya, se olvidaban todos los grandes temas de la lucha radical. El partido solo servía para ganar elecciones y su última aspiración, el fin de sus fines, era llegar al gobierno. Pero esto ya lo examinaremos más adelante.

Ahora se trataba de ganar en 1937. Con ese fin cerraron filas los radicales. Si alguna protesta provocaba la orientación electoralista del partido, se callaba en homenaje a la unidad.

Parecía casi una traición resistir a la conducción partidaria, en un momento en que la unidad de todos los radicales aparecía como condición indispensable para el triunfo. Era duro resistir a Alvear, que había retornado al partido en la hora difícil y estaba conduciendo lo mejor que podía la hueste desolada. Hacía falta coraje para no dejarse avasallar por ese hombre que, en sus 67 años de edad, estaba maduro y completo para el liderazgo. Alvear nunca había sido un jefe de partido, pero cuando las circunstancias lo llevaron a esa posición demostró que asumía su papel con entereza. Era impetuoso, arrollador. Los años difíciles lo habían endurecido un poco, le habían prestado una impetuosidad de la que antes carecía. Arrebatado, impulsivo, temperamental, contando con un indiscutible arraigo popular que no le era propio, sino arrastrado en su condición de heredero de la jefatura de Yrigoyen, Alvear se sentía fuerte y en condiciones de aplastar cualquier resistencia interna.

¿Quién podía oponerse al sucesor de Yrigoyen? Era magnífico el espectáculo de este hombre que estaba pisando los umbrales de la ancianidad haciendo lo que nunca había hecho en su vida, recorriendo el país, convirtiéndose en orador, olvidando los halagos de la vida fácil de siempre para asumir la tribuna, la deliberación, la dura lucha.

La gente había superado la antipatía que suscitara su nombre en oportunidad de su enfrentamiento con Yrigoyen y ahora lo rodeaba como si recién estuviera redescubriendo al jefe. Cada vez que salía de gira centenares de radicales colmaban los andenes para despedirlo o recibirlo. Cuando se anunciaba una sesión del Comité Nacional, allí estaban los fieles y humildes admiradores apiñados en la casa de la calle Bernardo de Irigoyen, prestos para ovacionarlo en cuanto aparecía su imponente figura. Alvear asistía un poco incrédulamente al espectáculo de su propia popularidad. Le emocionaba el cálido sentimiento que había logrado suscitar. A veces la impaciencia lo arrebatava ante la apretujada devoción de los suyos, y entonces se abría camino entre la multitud con sus poderosos puños de antiguo pugilista...

Recibía correspondencia de todo el país; admiradores, como ese niño de 14 años que le escribe:

«Fte. Gral. Roca (Río Negro), julio 22 de 1935.

»... Tendrá Ud. tantas cosas en que ocupar su memoria y su actividad, que sería ridículo pensar que va a tomar en cuenta la carta de un niño, cuando tantas otras cosas más importantes requerirán su atención. Sin embargo, yo, doctor Alvear, le ruego que no se ría de mí. Quisiera que Ud. me mandara dos letras. Sería para mí, que le rindo el anónimo tributo de mi admiración, el más preciado de los bienes. Yo sé que Ud. es bueno. Lo presiento en su sonrisa bondadosa, en sus maneras afables, que trasuntan en los artículos que hablan de Ud. y que, huelga decirle,

los devoro con ansias...».

o versos como el que se detalla:

DEL SEÑOR ALBERTO GARCÍA A ALVEAR

*«Por eso como Argentino,  
El corazón se me ensancha  
Y toda la tierra es ancha  
Donde con fervor proclamo,  
Viva, Marcelo T. de Alvear,  
Radical noble y consciente,  
El futuro Presidente,  
¡Que como tal, yo reclamo!».*

Y, naturalmente, lo abrumaban también los pechazos de correligionarios o de los ahijados que, como presidente, había apadrinado. Toda suerte de pedidos: puestos, ayuda monetaria, una canasta de Navidad para unas chicas de Goya, una pelota de fútbol para el club «Glorias que Surgen»; un trofeo para un club de bochas santafesino que se encabeza textualmente: «la presente va provista de la mayor sinceridad y anhelo en pro de la difamación del veril deporte de las bochas»... Hasta un pedido solicitado en décimas:

DEL SEÑOR LUIS GALVÁN A ALVEAR

«Al Destacado Jefe del Partido Radical Dr. Marcelo T. de Alvear

*Dr. le pido perdón  
por mi gran atrevimiento,  
pero tan pobre me siento  
que espero su protección;  
yo sé que su corazón  
jamás negó caridad,  
por cuya razón, ¡piedad!  
le ruego con toda el alma,  
para tener una calma  
en medio de mi orfandad.*

*Yo soy, y he sido, doctor  
adicto a su santa idea,  
porque en su numen flamea  
el instinto del valor;  
yo viví bajo el calor  
de la lucha electoral,  
pero hoy que me agobia el mal  
no le extrañe que a usted acuda  
en procura de una ayuda  
para un viejo Radical».*

Y, naturalmente, también llegaban cartas no tan cordiales:

DE MARCELINO HENALOZA A ALVEAR

«Tucumán, noviembre 10 de 1935.

»Le hago llegar mi voto de repudio por la forma dictatorial y conservadora que Ud. observa como indigno “abanderado” de la Unión Cívica Radical.

»... no le queda más recurso que tomar camino a Europa, y dejar que hombres más dignos manejen los destinos de la U. C. Radical...».

Ésa era la jefatura. La jefatura que había recaído en su persona tal vez —al principio— sin desearlo mucho.

Ésa era la jefatura. No de un partido a la europea como él habría soñado, con sus intelectuales, sus órganos de expresión de gran envergadura, sus grandes asambleas, sino de una hueste empobrecida, vejada, afligida, rabiosa. Una fuerza argentina hasta la raíz, con todas las virtudes y todos los defectos del país. Tan argentina y con tantas cualidades y vicios como él mismo cargaba. En Alvear se retrataba el pueblo.

Es que, indudablemente, había crecido en dimensión desde 1931. La nueva experiencia política habíale desarrollado cualidades impensadas, modalidades que nadie había visto antes en este hijo predilecto de la Fortuna. El resto del elenco dirigente radical se daba cuenta de este agigantamiento y acataba sin resistencia su jefatura. Sólo se habían mantenido ajenos a la autoridad de Alvear algunos núcleos provinciales y determinados grupos juveniles, como hemos de ver. Pero incluso los conductores de primera línea, con más trajín político que Alvear, se inclinaban respetuosamente ante su avasalladora nueva personalidad. Y no es que en esto jugara un sentido de disciplina o un propósito de jerarquizar al jefe del partido: ocurría que realmente Alvear se imponía físicamente a su estado mayor. Y en algunos próceres del partido este fenómeno advertíase claramente, en términos que llamaban la atención.

Para la gente común ya había dejado de ser el doctor Alvear: era, simplemente, don Marcelo. El «don» sólo se confiere en el país a muy contados hombres públicos. Hay que entrar muy hondo en el cariño popular para poder cargarlo. Alvear ya tenía ese título y lo ostentaría hasta su muerte.

Sucedía que se había echado de bruces en la faena política, con el mismo entusiasmo e intensidad con que en otros tiempos hacía deporte o absorbía cultura... Creía poder coronar su vida con una gran presidencia para demostrar a esos renacuajos de sus ex ministros que a él no lo vencía nadie. Había un poco de compadrada porteña en su actitud de querer ganarle a todo ese grupo que en algún momento de su trayectoria lo había rodeado. Ese Justo, ese Ortiz, ese Melo... ¡Ya les iba a enseñar!

Y Alvear empleaba a fondo toda su desbordante vitalidad.

Recibía desde la mañana en su casa a un desfile interminable de visitantes. Era cabeza de la tertulia y conquistaba a todos con su vehemencia, con su imponente dinamismo.

No había perdido sus rasgos de buen humor. Un día llegan a su casa, al mismo

tiempo, su peluquero, su bibliotecario y un chofer reemplazante que lo servía los días domingos. Los tres eran de muy escasa estatura. Alvear los mira desde sus dos imponentes metros, se vuelve hacia un íntimo y le pregunta sonriente:

—¿No vino Blancanieves...?

Otra vez visita una importante relojería de Buenos Aires. Uno de los gerentes de la casa le muestra el taller de reparaciones: decenas de técnicos están trabajando allí.

Orgullosamente le pregunta:

—¿Qué le parece, doctor Alvear?

—Me parece muy mal. Si fueran tan buenos sus relojes no necesitarían este taller...

Sus arranques temperamentales eran ya temibles. Solapeadas y berrinches y hasta puntapiés hubo, que hicieron temblar a quienes lo vieron... Seguía siendo el mismo hombrón generoso y abierto, corazonado y amplio, de carcajada fácil y un poco llorón si la emoción lo acosaba. Igual que siempre en lo gritón y bocasucia, en el fácil arrepentimiento y en la presteza de brazos para estrechar a quien pudiera sentirse lastimado por una palabra, un gesto o un desplante suyo.

Porque Alvear habrá tenido grandes defectos y sumos pecados; pero hay dos atributos que nadie podrá negarle sin faltar a la verdad: su grande corazón y su magnífico coraje.

El pueblo lo sentía suyo. Hay un episodio típico. Tenía que hablar en un teatro, ante un auditorio entusiasta. Cuando Alvear se para junto al micrófono advierte que la conexión está interrumpida. Impaciente, masculla:

—Este micrófono no anda...

Y agrega una de sus usuales interjecciones. Pero en ese momento se reanuda el circuito, justamente para captar el carajazo presidencial, que estalló en la sala amplificado, entre el alborozo de miles de almas... Lo sentían muy suyo, muy argentino, hasta en las palabrotas. Era acertado ese cartelón con que lo recibieron cuando regresó de su último viaje a Europa, en diciembre de 1936: un gran corazón rojo, con esta leyenda: «Alvear. ¡Aquí te siente el pueblo!...».

### III

Las elecciones de marzo de 1936 dieron al radicalismo un bloque bastante numeroso en la Cámara de Diputados. A fines de abril el doctor Carlos Noel es elegido presidente del cuerpo, con la ayuda de otros bloques opositores. El radicalismo controlaba ya una rama del Congreso y dos provincias, sin contar Tucumán, gobernada por los concurrencistas. También en el Concejo Deliberante de la Capital Federal había mayoría radical. En esos días asume la gobernación de Córdoba el doctor Amadeo Sabattini. Asiste al acto Alvear, que es ovacionado por el pueblo; no

concorre, en cambio, ningún funcionario nacional, ni las tropas en guarnición rinden honores. Parecía que el radicalismo entraba tumultuosamente a ganar la batalla del país.

Por de pronto se planteaba en el Congreso una situación que podía tener repercusiones graves para el gobierno. El bloque radical impugna las elecciones de Santa Fe, Mendoza y Buenos Aires, y presenta un proyecto de intervención a esta última. Pero la fuerza de los sectores que componían el cuerpo estaba parejamente dividida: radicales, socialistas y demócratas progresistas, que integraban lo que se dio en llamar el «Frente Popular» —en Europa estaba de moda la palabra—, y el oficialismo, formado por conservadores y antipersonalistas. Los concurrencistas y unos pocos diputados más, provenientes de partidos provinciales, manteníanse a la expectativa y eran en cierto modo los árbitros de la situación.



*Durante la campaña electoral en Córdoba, Alvear junto al candidato radical Amadeo Sabattini dirige un discurso en el Plaza Hotel, 1936.*

En junio, cuando la mayoría opositora de la Cámara va a decidir la nulidad de los diplomas de Buenos Aires, los diputados oficialistas se retiran, dejando el cuerpo sin quórum. Noel, como presidente de la Cámara, pide al Poder Ejecutivo ponga a su disposición la fuerza pública para integrarlo. Justo, asesorado por otro jurista —Castillo—, que es ministro del Interior en reemplazo de Melo, se niega. La Cámara de Diputados se ve imposibilitada de sesionar. A su vez, el Senado condena intempestivamente el pedido de sus colegas de la rama joven y anuncia que desconocerá toda sanción emanada de Diputados.

Queda planteado un conflicto institucional sin miras de solución. Probablemente éste es el momento más difícil por el que atraviesa el gobierno de Justo.

Después de los fraudes de marzo, carecía de toda autoridad moral, y así se lo enrostra el general Francisco Fasola Castaño en una tremenda carta abierta donde lo acusa de traicionar el propósito que inspiró el movimiento

del 6 de setiembre. Justo estaba acosado por todos lados. Su decantado legalismo no tenía salida: disolver el Congreso —al menos, la Cámara de Diputados— o resignarse a que las elecciones de Buenos Aires quedaran anuladas. Ninguna de las soluciones era buena para él. Entonces, echando mano a los antecedentes de la oligarquía sobre «acuerdos patrióticos», Justo comisiona al vicepresidente Roca y al rector de la Universidad de Buenos Aires, Gallo, para que busquen una salida a la situación.

Durante casi dos semanas —fines de junio, principios de julio de 1936— Gallo y Roca, Roca y Gallo realizan largas entrevistas con los jefes de todos los partidos. Empiezan a correr rumores concretos: la misión de los gestores no se reduciría a solucionar el conflicto institucional, sino a lograr un acuerdo sobre la futura elección presidencial. Tres veces se entrevistan Roca y Gallo con Alvear. En la primera visita piden su colaboración para que se resuelva el entredicho en Diputados; Alvear manifiesta buena voluntad para romper la *impasse*. En la segunda entrevista ya se ponen algunas cartas sobre la mesa, pero Alvear es irreductible en lo referente a la sanción del escandaloso fraude bonaerense. Cualquier acuerdo tendrá que presuponer la anulación de la farsa electoral de marzo. Y la tercera naturalmente... es la vencida. Gallo y Roca confiesan el verdadero objeto de su misión: amañar una candidatura común para las elecciones presidenciales de 1937.

Lo cierto es que Roca no deseaba barullos: sus buenos amigos ingleses querían tranquilidad, a fin de que el pacto Roca-Runciman, la coordinación de transportes, el Banco Central y demás compromisos pudieran cumplirse estrictamente por parte de este país, «parte integrante del Imperio Británico». Y Gallo aspiraba a ser beneficiario del acuerdo, como candidato a presidente de todos los partidos: no en vano se había mantenido en una cómoda posición de «radical, pero poco» y de gestor permanente de todas las camándulas desde 1931 en adelante. La presidencia que se le escapara en 1928 podía ser suya en 1937... ¡Cuánto empeño pusieron ambos patricios en sus desinteresadas gestiones!

Pero Alvear rechaza de plano la propuesta, y el designio acuerdista aborta.

El 11 de junio los gestores publican un comunicado sobre sus tareas, confesando el fracaso. Ellos habían sugerido, expresan, «una tregua prolongada a cuyo amparo [...] pudieran convenir la designación oportuna de una fórmula presidencial común que [...] suprimiera de inmediato los apasionamientos de la lucha [...] en una hora excepcional de la vida de la Nación...».

Era la vieja terminología de siempre: la que había servido para embarcar a Mitre en el acuerdo de 1891, la que había justificado la deserción de Bernardo de Irigoyen en 1898, la que había presidido todas las gestiones del contubernio en 1928 y de la concordancia en 1931... A juzgar por las palabras de la oligarquía, todas las horas del país habían sido difíciles, siempre habían existido pasiones encontradas, perpetuamente era indispensable el acuerdo que, desde luego, era patriótico. Cada vez que la oligarquía se encontraba en peligro echaba mano al acuerdo, que comprometía a la fuerza popular y la desviaba de sus objetivos finales.

Los partidos políticos opositores publicaron comunicados explicando la actitud asumida por cada uno de ellos en la emergencia: ninguno veía mal una fórmula presidencial común, pero todos diferían en el detalle, se desconfiaban. Sólo la UCR asumió una actitud definida. El 14 de julio, ante una multitud desbordante y entusiasta, se reúne el Comité Nacional para escuchar el informe de Alvear sobre las gestiones. El presidente relata las entrevistas sostenidas con los mediadores y la

actitud adoptada por él. Se aprueba el informe por aclamación. El manifiesto que se da a publicidad dice que «semejantes acuerdos violaban normas éticas que constituían un acervo intocable del partido» y expresa que «los males del país no pueden ser curados por terapéuticas concebidas en conciliábulo de dirigentes». Las soluciones debían salir del respeto por la soberanía popular, y el radicalismo no necesitaba de ningún acuerdo con otras fuerzas para brindar al país lo que éste esperaba. «La UCR tiene suficiente autoridad moral y prestigio en todo el país para afrontar la responsabilidad de darle un gobierno sin odios ni rencores».

La posición radical estaba en la mejor línea histórica de su intransigencia. Era el reclamo de siempre: comicios limpios. Pudo haber sido éste de julio de 1936 su momento más esclarecido en el reclamo por la normalidad institucional.

Pero, infortunadamente, fallaron los aliados menores. Mediante la contribución al quórum por parte de los concurrencistas tucumanos, los liberales correntinos y los antipersonalistas riojanos, Diputados pudo aprobar una resolución denunciando la violación a sus fueros por la actitud del Poder Ejecutivo y del Senado. Mas cuando se intentó entrar al tratamiento de los diplomas de Buenos Aires, los concurrencistas se retiran y rompen el quórum. Durante casi un mes la Cámara se ve imposibilitada de reunirse. Se realizan diversas gestiones: la Concordancia hará número siempre que se excluya toda cuestión política (es decir, el tratamiento de las elecciones de Buenos Aires); los radicales no aceptan; los concurrencistas proponen tratar solamente los temas de interés general que requieran sanción urgente.

Faltó decisión al radicalismo para mantener su posición hasta el final. Los diarios empezaron a lamentarse de la *impasse* legislativa; las fuerzas vivas entregaron memoriales pidiendo la sanción de algunas iniciativas. Al fin, el bloque radical acepta la proposición concurrencista y la Cámara sesiona desde mediados de setiembre, aprobando diversas leyes. La situación estaba normalizada. Los diputados fraudulentos podían sentarse tranquilamente en sus bancas mal habidas. Y Justo se dio el lujo, todavía, de convocar a sesiones extraordinarias, seguro de que no tendría problemas en la Cámara de Diputados con mayoría opositora.

En ese momento la UCR perdió la batalla de la presidencia que se libraría un año más tarde. En la guerra de nervios planteada por el Régimen, el radicalismo fue el primero en bajar la guardia. Empezaba a ocurrir algo que sería típico bajo la conducción de Alvear: después de un gran gesto de repercusión popular, un renuncio que lo anula, justificado por argumentos leguleyos.

La falta de persistencia en una actitud netamente opositora afirmada en una irreductible intransigencia con respecto a las evidencias del fraude, fue el primer signo del ablandamiento radical. Los años subsiguientes asistirán a una gradual pérdida de la primitiva combatividad. Esto no lo vio la masa ni lo reconoció la conducción, pero fue denunciado por algunos grupos radicales opositores a Alvear: FORJA, que estaba constituida desde un año atrás, y el «bloque opositor», fuerzas de

las que en su momento nos ocuparemos, y que a la crítica de fondo formulada contra la orientación predominante desde ese fin de año de 1936 agregaron un nuevo motivo: la actitud de la dirección radical frente al negociado de la CHADE.

Ese año 36 fue decisivo, por muchos motivos. Asistió al gran instante radical y al momentáneo tambaleo del oficialismo, pero también anticipó la futura declinación del partido. Alvear afirmó durante este año la modalidad de una conducción que ejercería hasta su muerte. En setiembre viaja, por última vez, a Europa. Al despedirse de sus colegas del Comité Nacional, dijo: «En estos últimos seis años me he ido muchas veces del país y otras tantas he vuelto, pero siempre por voluntad de alguien que ha fijado mi itinerario. Ésta es la única vez que me voy por propia voluntad; dueño, por consiguiente de la de volver, puedo asegurar que he de regresar pronto para ocupar el puesto que quiera dárseme, ya sea directivo o de simple soldado».

Pero estaba decidido a seguir en su puesto directivo. Su viaje obedecía al propósito de liquidar definitivamente los intereses pendientes en Francia, a fin de no moverse más de la Argentina. Durante su transcurso habría de mantener entrevistas muy vinculadas a la futura campaña electoral.

Todo se preparaba para la gran batalla en este decisivo año 36, esa gran batalla que ya estaba perdida.

#### IV

El 13 de diciembre (1936) llega Alvear al puerto de Buenos Aires. Se había organizado una recepción-monstruo. El Comité de la Capital fletó el *Ciudad de Montevideo* para ir a saludarlo a la capital de Uruguay, con más de 500 radicales pasajeros. Alvear es objeto allí de una gran recepción y del *Almeda Star* transborda al *Ciudad de Montevideo* para regresar junto con sus amigos. Al llegar a Buenos Aires, tres escuadrillas de aviones sobrevuelan el buque y arrojan flores; una enorme multitud con carteles y banderas lo aclama. Eran ya los prolegómenos de la campaña electoral, y convenía cobrar fuerzas con el espectáculo del propio entusiasmo.

Después de una breve estadía en Mar del Plata, para pasar allí Año Nuevo, vuelve Alvear a la Capital Federal a fin de asistir a la constitución del nuevo Comité Nacional, pues el que había entrado en funciones en diciembre de 1932 había caducado ya. Es reelegido presidente del cuerpo por unanimidad. Vicepresidentes serán Cantilo y Mosca; secretarios, Boatti, Mihura, Gilberto Zavala y Martín Noel. Tesorero y protesorero, Raúl Rodríguez de la Torre y Alberto J. Paz, respectivamente. [21]

Se estaba en las vísperas de las elecciones a gobernador de Santa Fe. La larga intervención nacional —dieciséis meses— había hecho varios amagos de convocatoria, hasta que el 4 de febrero determinó que los comicios serían el 21 del mismo mes. Habían menudeado las denuncias desde tiempo atrás: pases falsos de

ciudadanos de otras provincias con el objeto de fraguar un padrón con mayoría oficialista, nombramiento de presidentes de mesas parciales (a cuyo fin la Intervención debió modificar la composición de la Junta Electoral), presiones de toda clase. El radicalismo presentaría como candidato a Mosca; los demócratas progresistas, a Mattos; los antipersonalistas, a Manuel de Iriondo. Santa Fe era la clave de las elecciones presidenciales de setiembre. Todos los antecedentes hacían presumir que se trataría de repetir el mecanismo fraudulento de Buenos Aires. Para poner de manifiesto la sinceridad del presidente de la Nación, el Comité Nacional encomienda a Alvear la misión de entrevistar a Justo, a fin de plantearle algunas mínimas exigencias que garantizaran el acto comicial. En medio de una gran expectativa, Alvear concurre el 12 de febrero a entrevistar a su ex ministro en la Casa Rosada. Era la primera vez que lo veía desde 1931: es de imaginarse qué violencia habrá tenido que hacerse para ir como un postulante ante el hombre que lo había engañado en 1931, que lo había hecho encarcelar en 1932, que lo había exiliado en 1933... El orgullo de Alvear tiene que haberse retorcido para tolerar la entrevista; pero era necesario dejar acreditado que todos los extremos habíanse agotado para obtener garantías en el comicio santafesino y que el propio presidente de la Nación estaba al cabo de las irregularidades cometidas y las garantías que se solicitaban. Justo extremó su cortesía; aseguró a su antiguo presidente que las elecciones serían correctísimas; tuvo algún recuerdo emotivo y se interesó afectuosamente por su salud. A la salida le estrechó la mano calurosamente y le deseó «mucho suerte en Santa Fe». ¡Oh padre del cinismo! Ya tenía todo amañado para ganar echando mano de toda la gama del fraude...

Al día siguiente el ministro del Interior comunica a Alvear que se habían concedido parte de las solicitudes —las menos importantes— y las demás se giraban a los organismos provinciales correspondientes.

Alvear viaja el 15 y habla en la capital de la provincia y en Rosario. Parecía imposible que el oficialismo, por más que presionara en Santa Fe, pudiera evitar un triunfo radical como el que se obtuviera un año antes en las elecciones de diputados nacionales.

El 21 de febrero se realiza lo que constituye una parodia de elección. Los demócratas progresistas dejan de votar al mediodía. Se hace sufragar «a la vista», se expulsan los fiscales «por negarse a colaborar con las autoridades de las mesas» y, todavía, aquellas urnas que parecen dudosas al oficialismo son sustituidas descaradamente en el Correo.

Esto desalentó al radicalismo. Las perspectivas de setiembre se alejaban cada vez más. Pero había que hacer el esfuerzo. La Convención Nacional estaba citada para el 24 de abril con el objeto de sancionar la plataforma electoral y elegir la fórmula presidencial. Ese día, ante un público que llena el teatro Coliseo y se extiende hasta la plaza Libertad, se reúne el alto organismo.<sup>[22]</sup>

Habla Alvear en su carácter de presidente del Comité Nacional. Dice que hubiera

preferido ocuparse del estudio de las necesidades argentinas, de los problemas económicos y sociales del país, pero que era necesario hacer el proceso del gobierno; y se extiende largamente sobre las transgresiones que el país estaba soportando. Luego de éste y otros discursos, el cuerpo pasa a cuarto intermedio hasta el 22 de mayo.

El largo cuarto intermedio provoca algunas protestas. Se sospechaba que en el transcurso del mismo se quería fraguar alguna fórmula si no mixta, por lo menos «tibia»; Alvear era el indiscutido candidato a presidente, pero se hablaba de una vicepresidencia del general Ramón Molinas o del gobernador Campero, de Tucumán. [23] Como quiera que sea, una comisión integrada por Pueyrredón, Siri y Guillot se ocupa de unificar las opiniones de los delegados sobre el candidato al segundo término.

Un mes más tarde vuelve a reunirse la Convención Nacional en una sala del barrio sur. Trátase del manifiesto político que producirá el cuerpo. Se produce una incidencia cuando un delegado cordobés hace una alusión al radicalismo de Buenos Aires, que no había sabido conquistar la libertad de sufragio como el de Córdoba. Al día siguiente otro delegado cordobés provoca un debate un tanto áspero al pedir que en el documento se hable de «defender» el ejercicio del sufragio y no de «garantizarlo» únicamente; se opone Mosca, porque la palabra «puede inducir a suponer que el radicalismo se apresta a entrar en un terreno revolucionario, lo que no es cierto».

Silvano Santander se opone a que se envíe un saludo a los gobiernos de Córdoba y Entre Ríos, manifestando que la exclusión del gobierno de Tucumán puede ser inconveniente. Tampoco se aprueba el proyecto de dar organización nacional a la juventud, pero se expresa al Comité Nacional el anhelo de que se convoque un congreso juvenil.

Por fin, el 24, queda sancionada la plataforma electoral, redactada e informada por Leónidas Anastasi. Se trata de 126 postulaciones sobre temas políticos, económicos, financieros, sociales, culturales y de política internacional que señalan un entronque con la trayectoria emancipadora del gobierno de Yrigoyen, aunque — como hace notar Del Mazo [24] — registran dos declinaciones con respecto a la plataforma de 1931. Una en lo referente a la nacionalización del petróleo, que en 1937 se postula como «paulatina» y en posibilidad de explotación mixta; otra, en materia internacional, enunciación que refleja la posición de Alvear durante la gestación de la Liga de las Naciones. [25] Esta plataforma se debatió con no grande amplitud; se sancionó, se imprimió, y allí quedó, «arrinconada en un folleto», como diría después Lebensohn. Nadie se acordó más de ella.

Todos, en cambio, aguardaban la proclamación de la fórmula.

El 28 de mayo (1937), en el teatro Coliseo, se procede a elegir el binomio presidencial. Ya habían desaparecido las hablillas sobre una fórmula mixta, pero en los últimos días, al nombre de Mosca, que en un principio parecía ser el más indicado

para integrar el binomio, habíanse agregado los de Laurencena y Pueyrredón. Sin embargo la burla electoral de Santa Fe hacía merecedor de un desagravio a quien fuera el candidato radical a la gobernación.

Eran las once de la noche. El teatro, repleto. En medio de una emocionada expectativa, se leyó el escrutinio del voto secreto practicado por los convencionales. Candidato a presidente, por unanimidad, Marcelo T. de Alvear. Candidato a vicepresidente, Mosca por 125 votos sobre 24 de Laurencena, 8 de Pueyrredón y 4 de Güemes.

## V

Dos semanas después empieza la campaña electoral del radicalismo. Entre los dirigentes de alguna antigüedad es fama que ésta fue la mejor organizada que llevó jamás el partido. Alvear, por su parte, echó el resto en los tres meses que quedaban hasta setiembre. Recorrió las catorce provincias y dos gobernaciones. Realizó en auto, tren y vapor cuatro giras cuya extensión no habrá bajado de 5000 kilómetros en total.

Durante su transcurso pronunció casi cien discursos extensos, aparte de innumerables arengas «para salir del paso», todos improvisados. El trajín oratorio le iba dando una seguridad y resistencia no comunes en un hombre de casi 70 años de edad: en el homenaje al general Molina realizado en un teatro de la Capital Federal usó de la palabra casi una hora y media.

Nunca había sido Alvear gran orador. Ya hemos dicho que sus discursos no eran brillantes ni profundos; además, su voz era demasiado aguda y adolecía de un ceceo que le restaba vigor. Sin embargo, en la campaña del 37 tuvo Alvear momentos muy felices. En Mendoza: «Y la caravana seguía detrás de una bandera de ochenta metros, que daba la impresión de que un pedazo de vuestro cielo hubiese caído sobre la calzada». En San Juan: «Mientras haya un niño argentino que balbucee las primeras letras tendrá en su corazón un monumento a Sarmiento». También en San Juan: «Siento algo así como si estuviera marchando al frente de un gran ejército civil, y fuera dejando retenes para que guarden las conquistas de esta gran fuerza que avanza». En Tucumán: «No: el radicalismo no es una etiqueta: es un contenido moral, y cuando ese contenido moral se pierde, puede usarse todos los timbres que se quiera, pero no se puede invocar un título de radical». En Tucumán: «Soy un hombre combativo en apariencia pero soy en el fondo un hombre pacífico. Me gustan las bellas cosas de la vida; me gusta la amistad, me gusta la moderación, me gusta el respeto recíproco, que dignifica al que lo acuerda tanto como al que lo recibe». En Salta, aludiendo al ambiente colonial de la ciudad: «Percibo en vuestra vida, en vuestra tranquila ciudad, algo así como un eco de esa vida cuyo recuerdo se evocaba

en mi hogar: las primeras familias que fundaron la nacionalidad. Recuerdo los relatos que he oído contar a mi madre, pintando aquellas tertulias familiares que no sólo servían de esparcimiento espiritual, sino también para debatir, entre mujeres y hombres, los graves problemas del país». En Concordia: «Parecía que una noche primaveral descendiera desde el claro cielo de Entre Ríos y llegara hasta nosotros el aroma de los hermosos naranjales que forman una parte de su esencial riqueza». A veces lograba acentos tiernos, como en Corrientes, al agradecer la ofrenda que le brinda una niña: «... como un sello de este deseo vehemente de mi espíritu, quiero darle un beso en la frente, como un homenaje del hombre viejo que se va, a la juventud que viene».

Naturalmente, dentro de la obligada verborragia, también se le deslizaron algunas gaffes como cuando en Mendoza al rendir homenaje a San Martín, se refirió a su «caballo glorioso»; o cuando en Tucumán al hablar del problema del azúcar dijo que había que «defenderla contra la concurrencia de afuera y contra la concurrencia de adentro...» en momentos en que se estaba forcejeando sutilmente para que los «concurrencistas» tucumanos, precisamente, apoyaran la fórmula radical... O en Salta, refiriendo su visita a un convento de monjas, que —dijo— estaban entregadas «al culto del Infinito Superior». O, en fin, ese elogio que hizo de un correligionario santiagueño y que concluyó expresando que «nadie podía tirarle la primera piedra», lo cual, como elogio, no era mucho...

También incurrió en alguna inexactitud notoria como la que dijo en San Juan: «Alejado de mi patria, me llegó un día la noticia de que había estallado una revolución en la Argentina [...] Entonces tomé el primer vapor para ponerme al servicio de mi país...». Y en Maipú, cuando atribuía a la UCR «1.200.000 afiliados en toda la República».

Pero, en general, anduvo bien el candidato. Se mostraba, en ocasiones, irónico: «Los conservadores actuales, cuyo título para merecer ese nombre está en que tratan de conservar los puestos mal habidos, de cualquier manera». «¡Qué lejos estamos de la época en que se podía decir: del gobierno a casa! Estos adversarios nuestros, para imitar en algo a los radicales, toman la frase y la cambian para decir: del gobierno a la casa... Rosada». Hablando en Bragado de la profusión de carteles oficialistas: «Si le quitaran los carteles a la fórmula adversaria, no le quedaría nada, porque es una fórmula de papel pintado. Se ve que nuestros opositores son diestros en cuestión de papeles, porque empiezan arrancando nuestros carteles, después operan con las boletas, después con los votos y por último con las actas...».

En sus temas había algunas constantes a través de toda la campaña: su recuerdo de la gira que realizó con Alem en 1893 y la paradoja de tener que volver a reclamar las mismas cosas que se exigieron en aquella oportunidad; la importancia de las elecciones presidenciales, donde se jugaba la suerte de la democracia argentina; su misión, no como candidato, sino como promotor de la conciencia cívica; la nimiedad de las obras públicas construidas por el gobierno frente a la permanencia de los

valores morales, en cuya violación el oficialismo se había desbordado. También solía hablar con frecuencia del papa León XIII y su doctrina social, así como de su respeto por la Iglesia y las Fuerzas Armadas.

Atacaba con dureza al candidato de la Concordancia. En una única alusión a la influencia del imperialismo en el país señaló en Esperanza que el adversario «llegó proclamado ya candidato a la presidencia de la República por el presidente de la Cámara de Comercio Británica». Después de vapulearlo en diversos discursos, dijo en La Plata que con él, «nunca nos entenderemos, porque aunque él volviera a hablar mi mismo idioma ya llegaría manchado con su actuación dentro del fraude y la violencia». Afirmación que, como veremos, llegó a ser bastante relativa.

En general todo el tono de la campaña fue de ataque al fraude. Sobre el programa partidario, poco habló: solía aludirlo vagamente, como un objeto de lujo del partido: «no os he hablado del programa del partido, porque lo conocéis, está publicado, está en todos los comités, está al alcance de todos los ciudadanos argentinos». O si no: «en ella (la plataforma electoral) están previstas y estudiadas no solamente las inquietudes de la hora, sino las inquietudes del futuro». A veces postulaba una indeterminada justicia social, que reducía —como lo dijo ante los obreros ferroviarios de Villa Mercedes y Tafí Viejo— a que el obrero pudiera «economizar y guardar para los suyos o adquirir una casa o un pedazo de campo donde pueda ir a pasar sus últimos días. Éste es el ideal radical la justicia social».

Gran parte de sus discursos adolecen de lugares comunes, frases hechas y banalidades. Pero había también una sincera vibración popular, una pasión democrática verdadera. Y en todos ellos se nota, como un hálito que presta grandeza a todas sus palabras, la poderosa presencia de la multitud, exaltada en su anhelo de romper las estructuras del fraude para ingresar definitivamente a una vida mejor. Alvear nunca había viajado por el interior del país, salvo en la famosa gira con Alem o en algunas breves excursiones electorales a Córdoba y el litoral. Su itinerario fue un descubrimiento de la realidad nacional, del mismo modo que los pueblos descubrieron en él a un auténtico líder. Reuniones hubo en algunas localidades cuya magnitud nunca fue superada, ni antes ni después. Alvear estaba exultante en este viaje triunfal. Tenía frecuentes recuerdos del periplo que hiciera en 1891. Al llegar a Jujuy les pide a Ricardo Balbín y Emir Mercader, dos de los oradores de barricada que llevaba el elenco, que duerman en determinada pieza del hotel. A la mañana Alvear aparece en pijama en la habitación llevándoles un cartucho de caramelos.

No faltaron, durante la gira, momentos de verdadero peligro. En esas ocasiones, Alvear exhibía su innegable coraje. Así ocurrió en Saavedra al sur de Buenos Aires, localidad que estaba copada por el matonaje conservador y en la que se temía algún atentado contra la delegación. El director de la gira, Alfredo Numeriani, decidió pasar de largo. Enterado Alvear del hecho, buscó por todo el tren al autor de la decisión y ordenó volver. El tren regresó a Saavedra y Alvear habló con el revólver en la mano. Lo mismo pasó en Suipacha, en un ambiente de agresiva hostilidad. Después de hacer

uso de la palabra Alvear sube a la tribuna Emir Mercader, y el candidato a presidente, junto con Pueyrredón, ofician de guardaespaldas del orador, exhibiendo sendos revólveres. En Pigüé los conservadores, tocados con la boina colorada, impiden el paso a los radicales y ocupan la estación. Algunos miembros de la delegación quieren tirotear a los matones. Alvear lo prohíbe y baja al andén, absolutamente solo y durante largo rato pasea entre el malevaje, ceñudo y machaco, hasta que parte el convoy.

Pero también la gira tiene momentos divertidos, y el carácter chacotón de Alvear no los desaprovecha. En San Juan temíase una agresión. La delegación resuelve dormir en el tren y conviene que la campana de la estación servirá de alarma en caso de agresión. A altas horas de la noche empieza a redoblar la campana. Todos se levantan, revólver en mano y en rigurosos paños menores, prestos a repeler el ataque. Pero la risa jocunda de Alvear da cuenta en seguida de la broma; era él mismo, que había tocado el esquilón para embromar a los compañeros... Fue también en San Juan cuando ocurrió un episodio tragicómico. Cierta militar retirado, de filiación radical, envía a Alvear un guardaespaldas. Es un chino mal entrazado y sombrío, con un largo barbijo condecorándole el rostro:

—Me manda el coronel Fulano para protegerlo, doctor...

La respuesta de Alvear es rápida:

—Decile al coronel que no te necesito, que me mande mejor al que te hizo el tajo...

A todo esto, el oficialismo había superado un arduo proceso interno: su propia candidatura presidencial, tema que venía tramitándose en conciliábulos desde un año antes. Después de largos tironeos y previa la clásica «media palabra» de Justo, en abril los diversos sectores de la Concordancia aceptaron la candidatura de Roberto M. Ortiz, ministro de Obras Públicas, que despertaba escasa resistencia entre los grupos políticos concordancistas y que, a la vez, era bien visto por los grupos económicos interesados en el país, ya que había sido abogado de los ferrocarriles británicos y estaba vinculado a otras expresiones del capital extranjero. Se integró el binomio concordancista con otro ministro de Justo, el doctor Ramón Castillo, como solución transaccional entre varios aspirantes. Ambos secretarios de Estado continuaron en sus puestos hasta que las respectivas convenciones partidarias estuvieron listas para coronar formalmente el proceso de gestación de la fórmula.

Justo, mientras tanto, había adquirido en los amenes de su presidencia un furor viajero que lo llevó a recorrer diversas provincias, poniendo piedras fundamentales e inaugurando obras, como si tratara de hacer olvidar con realizaciones materiales la destrucción de valores cívicos que había perpetrado su gobierno y la entrega de la economía argentina a los grandes poderes monopolistas del mundo. «El presidente anda paseando por la República el cadáver de su presidencia», dijo Alvear en alguno de sus discursos. Pero tratábase de un cadáver que instaba a los gobernadores

dudosos a no dejarse ganar; un cadáver que urdía sus últimas precauciones para evitar el triunfo popular en setiembre.

Naturalmente, el esfuerzo radical no se reducía a los aspectos públicos de la campaña. También trataba de allegar aportes electorales menores, a base de buenas razones y compromisos. Partiendo de la base del seguro fraude bonaerense, era necesario nuclear todos los electores posibles en las provincias. Así se logró a última hora el apoyo del cantonismo en San Juan. El concurrencismo tucumano, por su parte, después de una larga discusión interna, resolvió no proclamar candidatos a electores de presidente y votar a los candidatos radicales. Estas seguridades locales se veían contrapesadas con actitudes como la de la UCR Yrigoyenista de Entre Ríos, que a mediados de mayo proclamó su irreductible oposición a la fórmula radical y probablemente indujo a sus huestes a votar por el binomio concordancista. También en la Capital Federal ocurrió un brote de deserción: Ovidio Molinas, Néstor Aparicio, los hermanos Mario, Eduardo y Arturo Kennedy, José Benito Rivero, Rodolfo Álvarez Prado y otros se separaron del partido a fines de junio, manifestando su adhesión a Ortiz. Lo propio hizo el diputado nacional Arquímedes Soldano. Todos ellos fueron expulsados poco más tarde por el Comité de la Capital.

Así fueron pasando junio, julio, agosto. Después de su gira de diecisiete días por Cuyo y el norte, Alvear recorre el litoral durante dos semanas; a mediados de agosto va a Córdoba y días más tarde visita diversas localidades de Buenos Aires y La Pampa. A medida que se acercaba la elección crecía en intensidad la campaña; la Capital Federal se poblaba de tribunas y las paredes se doblaban bajo el peso de los carteles. La Unión Cívica Radical había tenido varios aciertos en su propaganda: un corazón con el retrato de Alvear en el centro; un niño de escuela diciendo «Pensad en Mí»; obleas, fajas, pañuelos bordados con los nombres de los candidatos... Y los radicales empezaban a convencerse seriamente de que triunfarían, que es lo que siempre piensan los radicales en las vísperas de sus derrotas.

El 1.º de setiembre se realiza en el Luna Park el gran acto de clausura de la campaña electoral. Se organizan manifestaciones desde todos los comités parroquiales y se logra transmitir el discurso del candidato en cadena radiofónica con todo el país. Alvear lee una larga pieza oratoria, donde enjuicia la política financiera del gobierno y repite sus ataques contra el fraude y la violencia terminando con una breve exposición sobre su eventual gestión en la presidencia.

*La Nación*, 6 de setiembre de 1937, pág. 1:

«En Buenos Aires, en San Juan, en Santa Fe —y sobre todo en la primera provincia nombrada— es donde se han señalado más numerosas denuncias de fraude, de presión, de violaciones flagrantes de las garantías que rodean desde 1912 el ejercicio del voto. En dos Estados —Salta y Jujuy— la oposición ha terminado por abandonar los comicios. En Buenos Aires los fiscales abandonaron las mesas ante la imposibilidad de todo esfuerzo para garantizar el secreto del sufragio. En Santa Fe, el voto ha sido público durante una parte del día y en diversos departamentos parece haberse normalizado en ciertos momentos, pero deja de todos modos una

sensación de irregularidad, aun cuando no se hayan registrado los episodios de violencia que muchos temían. Éstos, en cambio, han estallado con las dolorosas consecuencias que el lector va a conocer en las respectivas crónicas, en algunas localidades de Buenos Aires: Lincoln, Tres Arroyos, San Martín, Coronel Dorrego, lugares en que ha habido muertos y heridos. Salta ha tenido asimismo su explosión de violencia y Mendoza ha mostrado ejemplos reiterados de viejas prácticas viciosas».

La crónica un tanto eufemística de *La Nación* da la sensación del fraude del 5 de setiembre. En Salta se detuvo a 120 radicales; en Coronel Dorrego a 60, con motivo de un tiroteo entre policías y opositores.

Mendoza y San Juan volvieron a los tiempos de Lencinas y Cantoni; en Corrientes la máquina de Vidal marchaba tan bien que no hubo necesidad de violencia. Tan innegables resultaron las irregularidades y presiones perpetradas que dos semanas más tarde debieron realizarse elecciones complementarias en nueve provincias: los radicales no concurrieron a las de Santa Fe y en algunas, como La Rioja, el fraude que no se realizó en las elecciones del 5 se extremó en las complementarias.

En la legislatura bonaerense los socialistas piden el enjuiciamiento de Fresco. Alvear califica el comicio de «acto corruptor, acto de simulación», en la reunión del Comité Nacional posterior a la elección.

El oficialismo dejaba despoticar a los opositores. Que se desahogaran, los pobres... Al gobierno le bastaba haber ganado. A principios de octubre se conocen los escrutinios completos: la Concordancia ha conseguido 248 electores, sobre 128 de la fórmula Alvear-Mosca. Se atribúan a ésta 815.000 votos, contra 1.100.000 del oficialismo. La Unión Cívica Radical había triunfado en la Capital Federal, Córdoba, Tucumán y La Rioja. La Concordancia, en el resto de las provincias, incluso Entre Ríos, donde la actitud de la UCR Yrigoyenista había decidido la derrota del radicalismo fusionado.

Las estructuras económicas del país tenían una prórroga en su seguro por seis años más. Ahora sólo quedaba a los radicales la posibilidad de repudiar formalmente la parodia electoral que había ungido a Ortiz y Castillo no concurriendo a la Asamblea Legislativa que habría de practicar el escrutinio y aprobar la elección.

Así lo pide en manifiesto público un numeroso grupo de radicales —Emilio Cipolletti, César Carman, Ismael Viñas, Arturo Frondizi, Raúl Rabanaque Caballero, Guillermo Acosta, Mario Bernasconi, A. Avellaneda Huergo— y ése es el sentir predominante en la dirección nacional, golpeada todavía por la decepción y la impotente ira. El 5 de octubre se reúne el Comité Nacional y designa una comisión de quince miembros para aconsejar la actitud que adoptarán los legisladores nacionales del radicalismo frente a la convocatoria de la Asamblea. Después de prolijas consultas, el Comité Nacional aprueba el dictamen de la comisión: los legisladores radicales no concurrirán a la Asamblea, y los electores obtenidos por el partido votarán la fórmula en cada provincia.

Días más tarde, el bloque de diputados radicales ratifica la resolución del Comité

Nacional. El quórum de la Asamblea Legislativa requería las tres cuartas partes de los legisladores: aunque ya se suponía que el oficialismo no se curaría de esta minucia parlamentaria, la ausencia de los legisladores opositores podía obligarlos a completar el proceso del fraude proclamando en una asamblea nula un binomio elegido en comicios fraudulentos.

Pero sucede que empieza a rumorearse que los diputados ausentes en la Asamblea serán declarados cesantes. Parte del bloque se dirige nuevamente al Comité Nacional pidiéndole que reconsidere la decisión. El Comité Nacional ratifica lo ya resuelto, y Alvear pronuncia severas palabras contra la indecisión de algunos legisladores. El bloque acepta definitivamente la resolución de no concurrir, pero he aquí que surge una disidencia: los legisladores radicales por Entre Ríos —senadores Laurencena y Eguiguren, diputados Mihura, Aguirrezabala y otros— declaran que no acatarán la resolución del Comité Nacional. Los radicales fusionados, que habían perdido la elección presidencial en su provincia, provocaban ahora este grave conflicto, ante el regocijo del oficialismo.

El 25 de noviembre se reúne la Asamblea Legislativa. Están presentes todos los legisladores radicales entrerrianos (salvo Ernesto Sanmartino), que asisten sin mayor protesta a la proclamación de Ortiz y Castillo como presidente y vicepresidente de la Nación. También está presente el diputado por la Capital Arquímedes Soldano, que días antes había sido expulsado del partido por su notoria adhesión a las candidaturas de la Concordancia.

Indignación en el radicalismo. Se habla de expulsar a los desobedientes. Pero el Comité Nacional ya no expulsaba a nadie. Es enviado el doctor Mario Guido a la provincia litoral para lograr el arreglo del entredicho. Allí se encuentra con que dentro del partido hay una fuerte corriente, encabezada por Sanmartino, decidida a luchar contra Laurencena y su grupo. Pero, obedeciendo terminantes instrucciones, Guido trata de contemporizar con los alzados, logra algunas explicaciones poco convincentes y todo concluye allí.<sup>[26]</sup>

El 20 de febrero asumirá la presidencia el doctor Ortiz. El radicalismo, descalabrado y humillado. El país, embotado en su sensibilidad cívica por el fraude omnipotente.

## Los motivos de la resistencia

En una forma relativamente sintética para no abrumar al lector con nombres y episodios hemos tratado de reseñar la evolución política del país hasta 1937. Se ha visto que a través del año 34 se produce en el radicalismo un brote electoralista que logra triunfar en la Convención Nacional reunida a fines de ese año; durante 1935 se realizan elecciones a las que concurre el radicalismo con diversa suerte; en 1936 el radicalismo llega a controlar la Cámara de Diputados e intenta plantear el proceso al fraude político, y también se ha relatado cómo 1937 fue el año de la gran batalla por la recuperación del sufragio libre, y cómo esta batalla se perdió.

Esta evolución estaba vinculada, naturalmente, a una conducción política de la Unión Cívica Radical: la que ejercía Alvear desde la presidencia de su Comité Nacional. En todos los episodios que se fueron produciendo a lo largo de estos años Alvear tuvo una permanente postura conductora, a veces autoritaria, no siempre acertada, pero esgrimida en todos los momentos con plena responsabilidad. Al analizar la historia de este lapso, pues, debemos enjuiciar principalmente a la conducción alvearista, ya que todas las posiciones del radicalismo fueron tomadas con su consejo, su impulso o su consentimiento.

Entre la gente de mi generación la calificación que suele merecer la conducción alvearista es, generalmente, condenatoria. Creo que hay mucho de injusticia en esta actitud mental, o, mejor dicho, creo que los juicios adversos no calan hondo en los principales errores de Alvear, sino en actitudes que pueden ser justificadas, soslayándose sin querer sus verdaderos y tremendos errores.

Se le critica que no se haya decidido por la revolución en los años 31-35, siendo que en varias oportunidades sólo faltó su palabra para que ésta pudiera estallar con buenas perspectivas de éxito. En efecto, durante el lapso en que el radicalismo se mantuvo en abstención Alvear se manifestó contrario a los movimientos revolucionarios. Esto indigna a muchos radicales: pero habría que saber qué perspectivas tenían los conatos subversivos. Dejando a salvo el indiscutible coraje y patriotismo de muchos revolucionarios y conspiradores del período 1930-1934, no puede menos que observarse que no pocas conjuras existían solamente en la

imaginación de algunos exaltados, que el Ejército en su enorme mayoría no estaba dispuesto a apoyar movimientos subversivos promovidos por un partido político y que el gobierno de Justo contaba con medios suficientes para aplastar toda intentona.

Y también —hay que decirlo— no pocos «conspiradores» hacían toda una industria de la revolución radical:

DE ALVEAR AL DR. MANUEL CARLÉS

«París, agosto 9 de 1934.

... Habrá que buscar soluciones que, conservando la dignidad y el prestigio así como la intransigencia partidaria, terminen con los profesionales de la revolución que, o bien por exaltación explicable, o por intereses pequeños, están siempre tomando actitudes que no son sinceras y que en cambio, perjudican la acción consciente de los que tenemos la responsabilidad de la dirección del partido».

Alvear, con su formación liberal y su experiencia europea, era una mentalidad netamente legalista. Deseaba evitar los sucesos que en el concepto internacional colocaran a su país a la altura de una republiqueta caribe. Tal vez si se le hubiera presentado una conspiración con un alto porcentaje de probabilidades de triunfo le hubiera prestado su apoyo. Pero Alvear no creía en los militares. Y los militares eran indispensables para la revolución. Aunque en sus discursos solía aludir benévola a las Fuerzas Armadas y se complacía en recordar que durante su gobierno se renovó el armamento, íntimamente creía que ningún militar era digno de confianza.

—¿Por qué serán los generales tan ambiciosos en Sudamérica...? —le preguntó un día a Arturo Alessandri.

—Pues, doctor, porque los generales vienen de los coroneles, que son mucho más ambiciosos... —Fue la respuesta del estadista chileno, grandemente celebrada por Alvear.

Le faltó un poco de calidez, de arrebato, para creer en la revolución. Tal vez tenía razón en no creer en posibilidades revolucionarias considerando fríamente el problema, es posible que estuviera en lo cierto. Pero ¿qué hubiera ocurrido si Alvear se hubiera decidido a abandonar sus esquemas mentales y enarbolara la bandera de la revolución? Si en cualquier patriada del litoral el jefe del radicalismo hubiera asumido el comando directo, ¿qué hubiera pasado? En los años 32 o 33, jaqueado por la crisis, arrinconado por el desprecio popular, desprestigiado por la entrega que su gobierno está realizando de la economía argentina, frente a un movimiento armado al que Alvear y el radicalismo, oficialmente, prestaran decidida y públicamente su apoyo, tal vez Justo no hubiera podido resistir.

No hubiera podido... o tal vez sí. No sabemos. De todos modos, lanzarse a la revolución era una actitud arriesgada que abría el camino de la guerra civil. Desde un punto de vista estrictamente lógico, Alvear tuvo razón al negar su apoyo a la revolución. Pero ocasiones hay en que los jefes políticos deben desechar la lógica y manejarse a pura intuición, husmeando el ambiente con una sensibilidad que nada

tiene que ver con la razón.

Le faltó esto a Alvear. Pero no se lo puede condenar por haberse mantenido en tal actitud. Era responsable y prudente. Y la irresponsabilidad o la imprudencia, en política, sólo se justifican con el éxito. En este caso, el éxito era improbable y, por lo tanto, enjuiciando con rigor la actitud de Alvear frente a las conspiraciones, no se puede emitir un juicio terminantemente adverso.

También suele criticarse el levantamiento de la abstención, tomando el episodio como punto de arranque de la posterior declinación partidaria. Evidentemente, el levantamiento de la abstención significaba la abdicación de una actitud gallarda. Pero también —ya se ha dicho— era una táctica que no ofrecía salidas. A fines de 1934 ya se había alejado del tronco partidario todo un distrito —Tucumán— y otros urgían la concurrencia a comicios. De mantenerse la abstención, un año más tarde el radicalismo hubiera estado dividido, con buen número de distritos presentándose a elecciones en desacato a la dirección partidaria. Se dirá que la fracción que se mantuviera en abstención sería el verdadero radicalismo. Sí, pero era difícil esclarecer esto. Y la experiencia demostraba que la ciudadanía quería votar. No a otra causa había respondido el triunfo demócrata progresista en Santa Fe, posibilitado por el aporte de los radicales; o los generosos capitales electorales usufructuados por los socialistas en la Capital Federal, Buenos Aires y Córdoba mientras la UCR había permanecido alejada de las urnas.

Otras críticas que suelen formularse se refieren al crudo electoralismo en que se embarcó a la Unión Cívica Radical, en virtud del cual fue utópica toda posibilidad de un rompimiento con la legalidad justista. También es materia de duros juicios la pasividad de Alvear frente a los negociados que algunos radicales cometieron en el desempeño de funciones electivas. Estos juicios tienen fundamento y se desarrollarán más adelante.

Pero no fueron éstos los errores más grandes de Alvear. Desde su punto de vista, un electoralismo a todo trapo tenía su justificación táctica y aun pudo desarrollarse exitosamente en la conquista de algún control sobre el país, sobre todo si el sufragio se hubiera defendido con un sentido revolucionario por parte de los mismos radicales, lo que ya no dependía de Alvear.<sup>[27]</sup>

No. El gran error de Alvear no fue su incredulidad en la revolución ni el levantamiento de la abstención ni la modalidad electoralista que le imprimió posteriormente al partido. Ni siquiera su actitud transigente con el oficialismo en 1936 o el silenciamiento que impuso a los negociados que pudieron perpetrarse.

Su tremendo error fue no haber querido infundir al radicalismo un claro designio antiimperialista, antioligárquico, es decir, emancipador. Él pudo haber llenado el vacío de esos años de lucha estéril con un gran reclamo nacional y popular, esclareciendo la conciencia partidaria con una programática de grandes objetivos libertadores. Pudo completar su incesante postulación por una limpia democracia política con exigencias en lo económico y social que integraran la postura radical en

un contenido afirmativo enderezado hacia la realización plena de una Argentina exenta de interferencias oligárquicas o imperialistas. Si se hubiera decidido a adoptar tal actitud, aunque persistiera el fraude electoral, el radicalismo habría conservado altos motivos de lucha, el pueblo no hubiera dejado de rodearlo y, al vincularse con la gran trayectoria yrigoyenista, hubiera salvado la unidad partidaria.

El momento histórico que vivía el país era único para acometer la empresa: el enfeudamiento a los intereses del privilegio nativo e internacional se estaba practicando descaradamente y en gran escala. El evidente resultado era la pobreza, la desocupación en el pueblo y, paralelamente, la subsistencia en sus privilegios de una minoría encaramada al poder a través de sucias prácticas políticas. El panorama, pues, estaba clarísimo: no faltaba más que ponerle palabras. Que una voz autorizada denunciara sistemáticamente las maniobras de la entrega y enunciara un neto programa de transformación de un orden de cosas ya condenado por el instinto popular. ¡Cuánto pudo haberse dicho frente al negociado de la coordinación de transportes! ¡Qué requisitoria sobre los acuerdos petroleros no hubiera tenido repercusión popular! ¡Con qué claridad se hubiera podido plantear una tajante diferencia entre un radicalismo con vocación emancipadora y la oligarquía entreguista y corrompida! Una actitud como ésta hubiera atraído no sólo a las grandes masas populares (que ahora ya empezaban a seguir al radicalismo por falta de algo mejor, a modo de mal menor) sino a las nuevas generaciones intelectuales que ya se estaban bandeando hacia los extremismos de izquierda y derecha, o simplemente se alejaban de toda actividad política por creer que no valía la pena un esfuerzo encaminado solamente a cambiar un partido por otro en el ejercicio del poder.

Naturalmente, la Unión Cívica Radical hubiera sufrido desprendimientos al adoptar tal postura. Probablemente, nutridos cuadros dirigentes se alejarían. Pero de más está decir que el cambio hubiera sido ventajoso: algunas docenas de dirigentes de mentalidad oportunista y conservadora a cambio de miles de hombres y mujeres seguros de su lucha, con certeza de su andar, aptos para entregar cualquier sacrificio a una causa tan alta. Y se hubiera adelantado un proceso que demoró quince años en producirse: la madurez de una conciencia popular decidida a defender una versión del país que sentía auténticamente suya.

¡Qué estatura habría adquirido Alvear si se hubiera decidido a asumir este destino de alta belleza civil! Hubiera sido el De la Torre de esos años, pero con pueblo atrás... Hubiera coronado su vida con una gran empresa del espíritu que lo colocaría en la línea histórica de los héroes populares emancipadores. Pero Alvear no podía.

Su formación, su origen, su mentalidad, todo le hacía rechazar hasta el horror semejante posibilidad.

Él conocía perfectamente el problema. Muchos correligionarios se lo habían señalado, y su inteligencia no dejaba de verlo. Pero Alvear no tenía fe en la adopción de semejante postura. Él seguía creyendo en la Argentina de treinta años atrás, feliz con el papel que le reservaban las metrópolis, absorta ante el espectáculo de sus trigos

y sus vacas, resignada a la estructura económica y social que se le había impuesto desde afuera.

Es que Alvear estaba cayendo en la modalidad a que lo arrastraba su origen oligárquico: la falta de fe en el pueblo. No había visto al pueblo jugarse a balazos en los comicios, y por eso creía, íntimamente, que era inútil buscar todo el apoyo por ese lado. Hablar del fraude, postular una democracia limpia, eso sí: pero entregar al pueblo las consignas de su liberación... bueno, eso ya parecía peligroso. Y, además, tampoco creía que tales consignas reflejaran postulaciones válidas para transformar el país a fondo; y, desde luego, no le parecía necesaria semejante transformación. Tampoco creía en el Ejército. ¿Qué le quedaba, pues? Lo mismo que le estaba quedando al radicalismo: una esperanza remota, una ilusión de que las cosas cambiarían por sí solas, por una espontánea toma de conciencia de las fuerzas conservadoras o por la decisión de algún hombre honrado que todavía quedara en el gobierno...

Alvear no sabía que el pueblo no irrumpía a balazos en los comicios porque ya no entendía para qué habría de hacerlo. Ése fue su error histórico. No haber brindado motivos para nutrirlo de fervor. La gente pensaba que los radicales eran un poco mejores que los conservadores, pero que cada vez iban pareciéndose más. Alvear centró toda su lucha en la reconquista del sufragio. Pero ya Lebensohn señalaría en 1940 que «el sufragio no es la consigna obsesionante de la hora», y aludiendo al ciudadano que ahora no estaba dispuesto a jugarse el pellejo ante policías bravas, decía: «Ese mismo argentino, si sintiera que el gobierno radical cambiará a fondo el panorama de la vida nacional, que reestructurará el país sobre nuevos cauces de verdadera justicia; si sintiera que para sus hijos, en sustitución del clausurado horizonte actual, se abriría un porvenir luminoso, y que él y todos los habitantes de esta tierra y los innúmeros que quisieran poblarla se librarían de las angustias que oprimen el corazón; si sintiera que nosotros luchamos por banderas tan altas y nobles que ninguna consideración de intereses ni personas interceptará nuestra ruta a una Argentina soñada, y frente a ese salto hacia el futuro se interpone la muralla de privilegios e injusticias amparadas por el fraude, ese mismo argentino no vacilaría un segundo en ofrendar su sacrificio por una patria mejor. Y como él, millares y millares, tantos, que instantáneamente habría elecciones libres, no por respeto a la legalidad, sino porque el camino de la legalidad sería el camino de retirada menos riesgoso para la oligarquía».<sup>[28]</sup>

Ésta era una visión del país que muchos argentinos tenían, y que no era, ciertamente, la de Alvear.

Pues alrededor de 1930 algunos sectores nacionales empezaron a cobrar conciencia de lo que era y lo que debía ser el país. Hasta entonces, salvo algunas voces tan esclarecidas como aisladas, nadie se había preocupado con seriedad de ahondar la estructura íntima de la Argentina, y de comprobar si el camino en que se

andaba era correcto o no.

Sarmiento había sido la última gran voz que se había escuchado: más tarde, Juan Álvarez, Manuel Ugarte, Joaquín V. González, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones, cada uno en su posición, trataron de hacer un inventario sobre diversos aspectos de la vida nacional. Pero hacia 1930 ocurrió que una gran crisis se abatió sobre el país, sacudió su estructura, arrojó a la desesperación a miles de hombres y en vez de la imagen dorada y promisorio a que estaban acostumbrados los argentinos les mostró un rostro trágico de la patria. ¿Qué pasaba? ¿Cómo habían concluido esos años felices que estábamos habituados a vivir? ¿Qué era lo que había fallado?

Entonces empezaron a aflorar individuos y grupos con preocupaciones hondas. Los tiempos de la risa que se habían vivido desde principios de siglo, aquella jocosidad que caracterizaba a las promociones literarias de los años del 20, habían concluido. Una gran seriedad nacía en la Argentina. Hombres jóvenes empezaron a agruparse para formular preguntas cuyas respuestas nadie podía brindarles; los más viejos estaban identificados con la Argentina próspera y despreocupada o estaban demasiado comprometidos precisamente con aquellas estructuras cuya razón de ser y utilidad nacional se ponían en tela de juicio. Movimientos como el que promovió el general Mosconi rodeado de un pequeño cenáculo de luchadores antiimperialistas sobre la necesidad de nacionalizar el petróleo, o sectas nacionalistas como las que se formaron alrededor del periódico *Nueva República*, no fueron sino (a pesar de su radical disimilitud) expresiones de un intento encaminado a examinar el ser nacional, replantear toda una versión de la Argentina.

Algunos de estos hombres inquietos dejáronse deslumbrar por el fascismo; creyeron que lo que había quebrado era la democracia; y como en general venían de orígenes oligárquicos, acentuaron ese nacionalismo formal, folklórico, en el que se había abroquelado el viejo patriciado argentino para diferenciarse del aluvión inmigratorio. Fueron los ideólogos de la revolución de setiembre, influyeron sobre algunos mandos del Ejército, desfilaron con su uniforme muy cucos con la Legión Cívica, la Legión Colegio Militar, la Legión de Mayo, la Liga Republicana, y se recostaron más tarde sobre Fresco y Castillo.

Otros hombres no proyectaron su pensamiento sobre el plano político, sino que se esforzaron por descubrir algunas claves y promover algunas inquietudes de orden intelectual: es entonces cuando Martínez Estrada radiografía el país o cuando Mallea teoriza sobre la Argentina invisible, o cuando Scalabrini Ortiz crea el mito del porteño que está solo y espera.

Pero hubo otros que volcaron su preocupación sobre lo político. Ellos tenían fe en la democracia como forma de vida consustanciada con el país, y sabían que el radicalismo era la fuerza popular capaz de restablecerla; pero también advertían que las exigencias radicales por el sufragio libre no agotaban las exigencias populares por una vida mejor, y entonces trataban de integrar las enunciaciones políticas con una clara concepción de la vida argentina que denunciara todas las interferencias

padecidas por el país en su voluntad de realizarse. De estas interferencias, las que resultaban más evidentes y peligrosas eran las que proyectaban los intereses del imperialismo en alianza con la oligarquía nativa, por lo que los hombres adscriptos a la postura que referimos pensaban que la lucha contra estos poderes debía librarse sin concesiones.

En el radicalismo fueron expresiones políticas de tal ideología la abstención electoral, los conatos revolucionarios entre 1931 y 1934, la plataforma electoral de 1931, el manifiesto del Comité Nacional de 1933 en que se denunciaba la entrega del petróleo. Pero a medida que Alvear afirma su conducción va desdibujándose el contenido revolucionario que estaba adquiriendo el radicalismo, y los grupos que se habían identificado con tales contenidos vanse alejando cada vez más de la dirección partidaria, hasta adquirir un neto sentido opositor. Algunos habían formulado claramente su resistencia a la orientación alvearista y las razones que los llevaban a realizar el quehacer político por otros caminos; otros simplemente fueron excluidos por la conducción —como hemos visto en los casos de Santa Fe, Entre Ríos y Capital Federal— o se alejaron en virtud de una epidérmica antipatía hacia lo que husmeaban como desviación de la autenticidad radical.

En la Capital Federal estos grupos resistentes habíanse nucleado en el sector «legalista» desde 1931, y perduraron hasta 1934. Alcanzaron a controlar el Comité de la Capital, pero su posición no apareció muy clara en el plano ideológico y se disgregaron al ser intervenida la Convención de la Capital. En 1935 los opositores metropolitanos siguieron rumbos distintos: unos fundaron una entidad al margen del partido que llamaron Fuerza Orientadora Radical de la Joven Argentina (FORJA), y otros persistieron en la lucha parroquial, se presentaron a las elecciones internas de octubre de 1936 y en febrero se organizaban como «bloque opositor» contra las autoridades del Comité y Convención de la Capital que presidían por entonces Julián Sancerni Jiménez y Eduardo Araujo, respectivamente.

El «bloque opositor» centró su acción en el plano de la política metropolitana. Andaban en el grupo Oscar López Serrot, Elisardo Soneyra, Félix Ramírez García, Amancio González Zimmerman, Adolfo Argerich Lahitte, Juan Manuel Agote, Atilio Arco, Juan O. Gauna, Antonio Lozano, Italo Cavallini. Desde marzo de 1937 empiezan a realizar actos públicos en distintas barriadas de la Capital. Critican la «fórmula mixta» que, según rumores, estaría la Convención Nacional dispuesta a votar. Uno de los oradores decía: «Somos radicales, pero ignoramos hacia dónde vamos y cuál es la verdadera postura del partido». Critican a los diputados del partido: «han defraudado las esperanzas populares». Soneyra dice en uno de esos actos: «Algún día la revolución radical será un hecho, y entonces todos los ilusos, todo ése comando al que la sensualidad engaña, comprenderán que este pueblo es algo más que una masa electoral para disputar cómodas posiciones o candidaturas». Ventilan el asunto de la CHADE, en el cual habían tenido actuación acusadora muchos de los integrantes del «bloque opositor». Gauna habla de «el radical

olvidado...».

En mayo de 1937, cuando se estaba en la tramitación de la fórmula radical, algunos militantes del «bloque opositor» y delegados de diversas entidades partidarias de la Capital Federal y Gran Buenos Aires se reúnen en el subsuelo del hotel Castelar para constituir el «Movimiento Orientador», que desarrollaría su acción dentro del partido con el fin de promover una afirmación principista y doctrinaria. Es elegido presidente de la Asamblea Arturo Frondizi, y durante algunos meses publica el semanario *País Libre*. Ante la proximidad de la Convención Nacional, el Movimiento Orientador exigió al cuerpo la proclamación de una fórmula «radical neta» y la ratificación de anteriores pronunciamientos fijando el carácter del gobierno de Justo como poder *de facto*. También postulaba que los representantes radicales en los cuerpos colegiados formularan el proceso de la política oficialista, produciendo una gran movilización popular y fijando la posición del radicalismo frente a los grandes problemas nacionales.<sup>[29]</sup>

Aparte de estos movimientos y núcleos internos, casi todos de vida relativamente precaria, podía apreciarse fácilmente que la tónica radical cobraba distinta intensidad según la tensión de algunos dirigentes locales. En Córdoba, por ejemplo, con motivo del triunfo interno de la precandidatura de Sabattini y su posterior victoria provincial, el radicalismo había adquirido una profunda conciencia de la actitud emancipadora que el pueblo esperaba de él. En la proclamación de su candidatura (octubre de 1935) Sabattini había dicho palabras que no se oían frecuentemente en boca de los altos dirigentes nacionales del partido cuando aludió a «la entrega de la riqueza petrolífera y la creación de Juntas de carnes y granos, del Banco Central y coordinación de transportes, que van despojando al patrimonio nacional y sometiendo a los trabajadores a una creciente servidumbre». Más tarde, en distintos mensajes gubernativos y en la acción desarrollada desde el poder, Sabattini afirma el contenido social y económico del radicalismo; y los delegados cordobeses a los cuerpos nacionales del partido nuclean, en forma más o menos circunstancial, a los hombres con preocupación de lograr el entronque de la UCR con sus primitivas vivencias emancipadoras.

En Santa Fe, distrito castigado por el alvearismo, también actuó un movimiento de afirmación yrigoyenista, denominado «Fuerza Intransigente Radical», que tendía a que el radicalismo «retome la posición que tuvo en la primera parte de su existencia», a fin de que «se realice la impostergable jornada social de librar a la Nación del hambre y la ignorancia, de la extorsión moral o material de los hombres; de la dominación del imperialismo extranjero, de la reacción y el fraude».<sup>[30]</sup>

Pero el núcleo cuya acción resultó más permanente y que sistematizó con más claridad una concepción integral sobre el país, sus limitaciones y los rumbos de su emancipación, fue FORJA, constituida el 29 de junio de 1935.

El núcleo que se agruparía en FORJA se había dirigido a la Convención Nacional de 1934-1935 instándola a mantener la abstención, en un manifiesto titulado

«Vocación revolucionaria del Radicalismo». En el documento se enjuiciaba con dureza a la dirección partidaria, «ancianos caballeros que pretenden dirigir el pensamiento radical». Acusábanlos de mantener «vinculaciones y connivencias con las empresas extranjeras expoliadoras del trabajo y la producción nacionales».

SOMOS UNA ARGENTINA COLONIAL,  
QUEREMOS SER UNA ARGENTINA LIBRE.

**FORJA**

PATRIA, PAN Y PODER  
AL PUEBLO.



*Obleas y volantes de FORJA.*

Meses después este mismo grupo funda la entidad, designando presidente a Luis Dellepiane, que continuó a su frente hasta 1940. En setiembre de 1935, FORJA publica un manifiesto dirigido «Al pueblo de la república», en cuyo preámbulo expresa la total desesperanza en que la conducción partidaria rectifique sus errores: «Deploramos que las autoridades de la UCR con el pretexto de conseguir la soberanía política del pueblo estén colaborando con las oligarquías económicas entregadas al capitalismo extranjero». Por eso «debemos llamar, como llamamos, a todos los radicales a trabajar por la rehabilitación de sus cuerpos representativos». A continuación, el manifiesto acusa a las autoridades del radicalismo por «mantener silencio ante la gravedad de los siguientes problemas: creación del Banco Central; preparativos para la coordinación de transportes; creación de juntas reguladoras; unificación de impuestos internos; tratado de Londres; sacrificios económicos impuestos al pueblo en beneficio del capitalismo extranjero; régimen de cambios; política petrolífera; intervenciones militares arbitrarias; restricciones a la libertad de opinión; arbitrios discrecionales en el manejo de la renta pública; sujeción de la enseñanza a organizaciones extranjeras; incorporación a la Liga de las Naciones; supresión de las relaciones con Rusia; investigaciones parlamentarias sobre armamentos y comercio de carnes; el crimen del Senado; aplicación de censuras previas a la expresión de las ideas; desviaciones de la justicia contra la libertad individual».

En realidad, la enumeración no era totalmente justa: en ocasión de la

coordinación de transportes se había intentado por parte de las autoridades radicales una débil crítica y los desbordes oficialistas contra la libertad de expresión habían merecido siempre protestas del partido. En cuanto al asesinato de Bordabehere, si bien no había existido una expresa condenación por parte de las autoridades del radicalismo, Alvear había concurrido a su velatorio y pronunciado severas palabras en una sesión del Comité Nacional.

Pero, sustancialmente, el manifiesto de FORJA planteaba las grandes transgresiones del Régimen que habían sido toleradas en silencio por el radicalismo. [31] Sobre esta base inició FORJA una prédica que continuó hasta 1940 a través de conferencias periódicas en la Capital Federal y en el interior. Colorados paraguayos, apristas peruanos, reformistas cubanos y revolucionarios mexicanos ocuparon su tribuna y concertaron pactos de fraternidad americana: algunos de estos oradores circunstanciales llegaron posteriormente a altas responsabilidades políticas en sus países. Se dictaron cursos de economía argentina y se publicaron documentos sobre todos los aspectos de la vida nacional en los célebres *Cuadernos de FORJA*, hoy inencontrables.

Dirigían la entidad Luis Dellepiane, Gabriel del Mazo, Arturo Jauretche, Homero Manzi, Francisco D'Hers, Atilio García Mellid, Héctor Maya, Agustín Cuzzani, Conrado Míguez, Alberto Gomis, Oscar Hasperué Becerra y otros.

Después de 1943 los antiguos forjistas se dividieron: unos ingresaron al peronismo, seducidos por las formalidades revolucionarias que el nuevo movimiento exhibía. Otros quedaron en el radicalismo y lucharon por tomar el comando partidario a través del Movimiento de Intransigencia y Renovación.

Como quiera que sea, FORJA significó un esfuerzo serio y orgánico para proveer a las jóvenes generaciones argentinas de una tabla de valores que las habilitara para luchar contra las fuerzas de la regresión, descubriendo la verdad de la entrega nacional y señalando los caminos de una radical transformación del país. Impidió a una generación desilusionarse sobre las posibilidades revolucionarias del radicalismo y preparó los elementos doctrinarios que posteriormente habrían de servir para dar nuevo vigor al viejo partido. Además, denunció sistemáticamente los negociados en que incurrieron algunos radicales en el desempeño de funciones públicas: en el asunto de la CHADE, su presión obtuvo un pronunciamiento decisivo en los organismos metropolitanos, a pesar de estar dominados por el sector «mayoritario».

Su error consistió en haber abandonado la lucha interna, permitiendo así que los grupos más espurios se apoderaran de los comandos partidarios. Si hubiera logrado integrarse con el «bloque opositor» y con otros movimientos internos renovadores, sus influencias pudieron haber sido decisivas. Además, FORJA fue gradualmente influida por cierto nacionalismo que no era ciertamente el nacionalismo popular que había expresado Yrigoyen con tanta certeza sino otro que derivaba de grupos pronazis. Pero su acción, en términos generales, fue positiva. El radicalismo intransigente de hoy es un poco hijo de FORJA. [32] Estén donde estén algunos de sus

hombres, actualmente, no podemos dejar de reconocer la importancia que tuvo su aporte en el esfuerzo de reencauzar a la Unión Cívica Radical según las grandes líneas emancipadoras.

Pero, como ya hemos referido, la conducción despótica de Alvear liquidaba toda oposición interna. Y su dirección cabalgaba sobre una máquina política perfectamente montada, casi impenetrable, a la cual ya nos referiremos.

## (Un intervalo para la Chade)

Se ha aludido ya varias veces al asunto de la CHADE. Ya es tiempo de que entremos a analizarlo. Es menester intentar una elucidación del *affaire*, no solamente por el papel que jugó Alvear —que tantos comentarios suscitó— sino también porque la actitud que adoptó al respecto refleja con exactitud su posición mental frente al problema imperialista.

El autor debe confesar que ha entrado con recelo a esta parte de su crónica. Criado en un hogar radical donde se hacía un culto del jefe del partido, Alvear fue, en los años de pantalón corto, el Quijote que luchaba gallardamente contra los felones y endriagos del Régimen: alguna vez saltó —o hizo saltar— la chocolata en defensa de don Marcelo, en los patios del viejo colegio... Más tarde, al inaugurarse en preocupaciones políticas, cuando sistematizamos ese instinto radical que llevábamos en la sangre muchos de nuestra generación, escuchamos críticas durísimas contra Alvear, ya muerto. No había sido el Quijote de la niñez: había sido traidor al partido, vendido a los intereses extranjeros... Y el calificativo infamante de «chapista», rodó muchas veces en los exaltados diálogos del 44, del 45...

Sabíamos (temíamos) que un estudio del *affaire* CHADE nos revelaría la imagen real de Alvear. Pero este libro no sería honrado si no ahondáramos en un episodio que marcó con su signo toda una época. El lector juzgará cuál es la verdadera fisonomía de Alvear, o si ella no representa ni al Quijote ni al hombre comprometido sino, simplemente, a un político que cometió el error de mediatizar sus fines con recursos deleznable y peligrosos.

Hacia 1935 la prestación de servicios de electricidad en el país estaba repartida en dos grandes empresas vinculadas a *holdings* internacionales: ANSEC, subsidiaria de EBASCO (Electric Bond and Share Co.) y SOFINA (Société Financière de Transports et D'Entrepices Industrielles). La primera estaba subordinada a la Banca Morgan y dominaba los servicios eléctricos de 13 países del continente; la segunda, con sede en Bruselas, es una especie de banco privado que financia las más variadas empresas en distintos países, y sus capitales tienen orígenes muy diversos.

EBASCO tenía a su cargo todo el servicio eléctrico del interior del país, en virtud de sucesivas compras de usinas que le permitieron «trustificar» hacia 1934 los

servicios de energía eléctrica en 172 ciudades y pueblos del interior. Por su parte, SOFINA, a través de su filial CHADE (Compañía Hispano Americana de Electricidad), dominaba la prestación correspondiente a Buenos Aires y Gran Buenos Aires, así como Rosario y alrededores. La prestación correspondiente a la Capital Federal provenía de la concesión que en 1907 otorgara el Concejo Deliberante a CATE (Compañía Alemana Transatlántica de Electricidad), empresa que en 1929 transfirió su activo a CHADE. Estaba formada CHADE por capitales españoles, belgas y de otros orígenes y directamente integrada al súper *holding* SOFINA: en la transferencia intervinieron el director de SOFINA Daniel Heineman y el financista catalán Francisco Cambó. Los servicios eléctricos de la Capital Federal estaban repartidos entre CHADE y CIADE (Compañía Italo Argentina de Electricidad), la mayoría de cuyas acciones estaban controladas por Motor Columbus con sede en Baden (Suiza), que había obtenido una concesión similar a la de CHADE en 1902.

Sin entrar en detalles técnicos que no hacen al caso, corresponde señalar que la historia de las prestaciones eléctricas en el país revela un proceso de gradual «trustificación» y reiteradas violaciones a las primitivas ordenanzas de concesión, en perjuicio de los usuarios. En la Capital Federal estas transgresiones de las empresas prestatarias provocaron debates en el Concejo Deliberante de la Capital Federal en 1924 y 1927; en el público, la sensación de que era necesario adoptar un severo régimen fiscalizador. Un técnico calculaba que desde 1932 hasta la finalización de las concesiones (CHADE en 1957, CIADE en 1962), ambas empresas habrían sustraído indebidamente a los usuarios la suma de 7800 millones de pesos.

Esta evidencia movió a algunos ciudadanos a crear en 1933 un movimiento encaminado a lograr una rebaja de las tarifas eléctricas que tuvo amplia repercusión entre el público. Por su parte, la Unión Cívica Radical recogió ese sentimiento generalizado al postular en la expresión de anhelos que la Convención Constituyente de la Capital Federal elevó en 1936 al Comité Nacional la «nacionalización de las fuentes de energía aprovechables para la industria eléctrica». Por otra parte, después de 1930 se comprueban violaciones graves a las concesiones: extensiones de cables no autorizadas, adulteración de las bases en las instalaciones domiciliarias, tensiones peligrosas, etc. Cada vez que se trata de solucionar los problemas que crean estas transgresiones se hace más evidente la mala fe de las empresas, que inclusive llegan a desconocer laudos arbitrales y resoluciones judiciales.

Cuando la Unión Cívica Radical sale, pues, de la abstención y triunfa en las elecciones nacionales y municipales de la Capital Federal (marzo de 1936), el público reclamaba una fundamental transformación de la prestación de servicios eléctricos y se aguardaba con intensa expectativa la actitud del bloque comunal radical al respecto.

Pero SOFINA había trazado su plan. Se había propuesto lograr no solamente una mejora de las condiciones impuestas a su antecesora CATE en la ordenanza de concesión de 1907, sino también una prórroga de esta concesión, que vencía en 1957,

durante cincuenta años más. El radicalismo había obtenido mayoría en el Concejo Deliberante de la Capital. Era necesario, por lo tanto, tantear el ambiente por ese lado.

Lo que sigue se basa, fundamentalmente, en el informe que preparó la Comisión Investigadora de los Servicios Públicos de Electricidad de la ciudad de Buenos Aires presidida por el coronel Matías Rodríguez Conde. Esta comisión fue creada en agosto de 1943 por el gobierno *de facto* y después de ardua labor —casi un año y medio— terminó de imprimir su informe en dos gruesos tomos que tuvieron un tiraje de mil ejemplares. La edición fue secuestrada por orden del entonces vicepresidente *de facto*, coronel Juan D. Perón<sup>[33]</sup>, y sólo pudieron salvarse unos pocos ejemplares. Este organismo trabajó con honradez e idoneidad, asesorado como estaba por los mejores técnicos argentinos en materia de electricidad. Los hechos constatados en el informe pueden ser tenidos, por lo tanto, como indubitables: las conclusiones a que arriba son generalmente correctas. Nosotros no haremos más que desbrozar el Informe Rodríguez Conde de tecnicismos y cuestiones marginales, vinculándolo a los sucesos políticos que por entonces ocurrieron y que adquieren una trágica claridad al correlacionarse con la tenebrosa intriga que se siguió. Literatura fantástica parece el Informe Rodríguez Conde por el plano clandestino en que se mueven sus personajes y la diferencia irritante que existe entre las grandes palabras que aparecen en diarios y actas y los factores de soborno y sometimiento que las provocan. Pero, infortunadamente, no se trata de literatura de imaginación. Son hechos que ocurrieron en el país hace veinte años, muchos de cuyos protagonistas viven, y que marcaron todo un tono moral a la época.<sup>[34]</sup>

El 20 de junio de 1936 arriba al país Daniel Heineman, presidente del Comité Permanente de SOFINA y vicepresidente de CHADE. Permanece aquí durante un mes y medio, después de trazar al directorio local las orientaciones de la *marche à suivre* o programa de acción.

Durante su estada, Heineman se entrevista probablemente con Alvear. No existen constancias de este hecho, pero todo lo hace presumir. Naturalmente, se ignora también lo que se trató en la conjetural entrevista, pero episodios posteriores permiten deducirlo.

En ese lapso —junio-julio 1936— los concejales radicales visitan en algunas oportunidades a Alvear para recibir directivas sobre el asunto de la Ordenanza CHADE. El jefe del partido no abre juicio en forma terminante, pero insiste varias veces en que el radicalismo debe actuar en este asunto con mucha prudencia, sin criterio demagógico. «El Dr. Alvear entendía que no se podía realizar una obra importante de gobierno si no se contaba con la adhesión de grandes capitales y la reciprocidad económica de los países que representan esos capitales».<sup>[35]</sup> Adelantó que habría posibilidades de conseguir alguna rebaja de tarifas, suceso que tendría

importancia política. Mientras tanto, les indicó que deberían observar la situación y la actitud del Departamento Ejecutivo sin establecer ningún compromiso.

El 22 de setiembre Alvear se embarca, como ya se ha visto, para Europa. Días después, la CHADE se hace intimar por el Concejo Deliberante para que se transforme en sociedad argentina. La intimación, que se hizo aparecer como un triunfo sobre la CHADE, había sido, en realidad, preparada por los asesores de la empresa con el objeto de trasladar la sede social y rodear de nuevas características jurídicas a la empresa que, por hallarse en Barcelona, no ofrecía garantías desde que estallara la guerra civil española. CHADE transfirió su cartera a una subsidiaria de SOFINA que actuaba en el Gran Buenos Aires con el nombre de CADE (Compañía Argentina de Electricidad).<sup>[36]</sup>

A principios de octubre, CADE presenta a la Comisión de Servicios Públicos del Concejo Deliberante una propuesta por la que se legalizaban los abusos y transgresiones que habían sido motivo de la crítica pública, y, para completar el cinismo del proyecto, se prorrogaba la concesión por 25 años más, optativos por otros 25 años en forma de sociedad mixta. Días más tarde, también CIADE presentaba una proposición similar. El proyecto parecía significar una reducción de las tarifas: luego quedó comprobado que ello no era así.

Las presentaciones alarmaron a la opinión. Empieza entonces una intensa campaña por parte de los movimientos de consumidores para denunciar la gravedad de las consecuencias. *La Prensa* critica exhaustivamente las proposiciones y *La Nación* también lo hace, aunque con menos rigor. Fuera de estos órganos y de *La Vanguardia*, todo el resto de la prensa presenta los proyectos de las empresas como beneficiosos para los consumidores.<sup>[37]</sup>

Los concejales «chadistas» tenían que librar ahora la batalla en el seno del cuerpo. El 6 de noviembre uno de los concejales radicales mociona para que la Comisión de Servicios Públicos se amplíe a siete miembros: con ello logran mayoría en la comisión. Ésta se constituye el 9, y en pocas horas despacha favorablemente el proyecto que tres días antes había presentado otro concejal radical.<sup>[38]</sup>

Según la reglamentación del Concejo las órdenes del día despachadas por las comisiones debían ser tratadas en un lapso no menor a treinta días. Un mes, pues, era el lapso con que contaba SOFINA para vencer las resistencias contra el proyecto de ordenanza; un mes también era el plazo que pendía sobre las fuerzas que estaban decididas a no permitir el despojo.

Por de pronto, había que comprometer a Alvear en un sentido favorable al apoyo del proyecto.

CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, noviembre 19 de 1938.

»Teniendo en cuenta la actitud poco firme del Comité Nacional del Partido Radical, en el sentido de apoyar las

propuestas de los concejales radicales, consideramos útil una gestión ante el doctor Alvear antes de que se embarque en el *Almeda Star* en Boulogne, el 21 del corriente. Su dirección actual es: Boulevard de Courcelles 68, París. Sugerimos que el señor Bock y si fuera posible el señor Cambó vayan a París para exponer la economía de nuestro proyecto, especialmente que la prórroga es una compensación necesaria para la rebaja de tarifas. Sería deseable que el Dr. Alvear telegrafe al Comité del Partido Radical que preste su apoyo al proyecto».

La entrevista con Alvear se realizó.

SOFINA A CHADE

«Bruselas, noviembre 21 de 1936.

»Recibirá Ud. informe de SOFINA referente a mi entrevista con la persona en cuestión. Si lo considera útil, creo que podría mostrar todo el contenido o parte del informe de SOFINA bajo reserva, a algunas personalidades interesadas del partido de la persona en cuestión. Saludos. Mauricio Bock».

Tal informe no pudo ser habido por la comisión investigadora, pero indudablemente en la entrevista debe haberse arribado a conclusiones favorables a las empresas, desde que se sugiere usar el *rapport* como instrumento para convencer a algunos correligionarios de «la persona en cuestión».

Porque lo cierto es que en el radicalismo de la Capital se estaba creando un ambiente desfavorable al proyecto del sector radical del Concejo. Algunos dirigentes de orientación «legalista» (más tarde constituidos en «bloque opositor») y los muchachos de FORJA estaban agitando el asunto en forma tal que era factible un pronunciamiento adverso de los organismos metropolitanos. Por de pronto, el 20 de noviembre —mientras en París Bock se entrevistaba con Alvear— el Comité de la Capital, a iniciativas de Oscar López Serrot, Jacinto Brunet, Adolfo Argerich Lahite, Félix Rolando y otros, resuelve dirigirse al bloque de concejales radicales expresando que «vería con agrado que la representación del radicalismo en el Concejo Deliberante retirara su proyecto», designando, al mismo tiempo, una comisión especial para que estudiara el asunto.

CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, 24 de noviembre de 1936.

»... Los concejales explicarán el proyecto ante los diputados radicales y ante el Comité Radical de la Capital. Dicho Comité designó una comisión de cinco miembros para dar sobre el proyecto una opinión que prevemos favorable por cuatro votos contra uno».

Había una sorda inquietud en el seno del partido. El 4 se constituye la comisión especial del Comité de la Capital. Tres días antes avisaba

CHADE A SOFINA

«... Continúan las dificultades en el Comité de la Capital del Partido Radical. Tomamos disposiciones para evitar que Alvear sea influido».

Alvear, entretanto, viajaba de regreso al país. Al llegar a Río de Janeiro lo

esperaba, para seguir viaje juntos, el doctor Luis Roque Gondra, quien, a indicación de Alvear, había actuado desde junio como asesor de los concejales radicales, y en ese carácter había redactado diversos puntos del proyecto que habían sido originados previamente en las propias asesorías técnicas y jurídicas de la CHADE. Aparte de los informes del doctor Gondra —que ya podremos presumir en qué sentido se orientaron— recibió Alvear algunas cartas de prestigiosos correligionarios:

JOSÉ LUIS CANTILO A ALVEAR

«... Vehils me ha visitado dos o tres veces, he procurado ser todo lo diplomático posible. Se comprende sin esfuerzo que el asunto le preocupa grandemente; quizás juegue en este lance su prestigio dentro de la compañía. Creo, sin embargo, haberlo convencido de toda nuestra buena voluntad y buena fe y del afán que nos mueve, a la par de los concejales, de llegar a soluciones satisfactorias... Algunos correligionarios, particularmente los de FORJA, también mojan y hablan con crudeza de negocios, de capitalismo y de imperialismo, etc. Han llegado hasta fijar carteles en las calles condenando el amenazante atentado. Hasta mí no han llegado sino dos protestas que yo llamaría calificadas: una del Dr. Fernando Saguier y otra de don Francisco Ratto. Saguier vino a verme para decirme que el asunto de electricidad en el Concejo era un escándalo al cual había que ponerle término; que era voz corriente que todos los concejales habían sido comprados».

DE DON FRANCISCO RATTO AL DR. JOSÉ LUIS CANTILO

«24 de noviembre de 1936.

«... En la función pública conviene que la honestidad parezca. Los señores concejales del radicalismo, con toda la honestidad que me honro en reconocerles, están en este momento en la picota. Es ya difícil desvanecer la impresión producida».

Por fin, el 13 de diciembre llega Alvear al país. Van a recibirlo a Montevideo numerosos correligionarios, como se ha relatado capítulos antes. Apenas desembarcado, Alvear mantuvo dos largas conversaciones con Rafael Vehils, director de CHADE y principal gestor del negociado. El Comité de la Capital estaba citado para tres días más tarde, con el fin de tratar el despacho de la comisión especial designada para pronunciarse sobre el proyecto de ordenanzas.

Era necesario obtener un pronunciamiento favorable de la comisión. Alvear cita en su casa particular a sus integrantes y les habla de la necesidad de dejar en libertad de acción a los concejales. Expresa que cuando la labor de los funcionarios está interferida por la opinión pública se incurre en demagogia e insiste en que el asunto no debe sacarse de su esfera natural, es decir, el bloque comunal. Algunos de los miembros de la comisión objetan el proyecto de ordenanza: después de una hora y cuarto de discusión, Alvear se levanta y les pide que vayan al Comité presentando un proyecto que exprese la fe del organismo en los concejales.

Esa misma noche se reúne el Comité de la Capital, en una atmósfera agitada. En la barra se oyen gritos: ¡Viva Alvear!, que son retrucados por vivas a Yrigoyen, de los adversarios a los proyectos. La comisión especial, a pesar de los esfuerzos de Alvear, no presenta un despacho único, sino tres: la mayoría deja libertad de acción a los concejales y les ratifica su confianza; la minoría pide a los concejales que retiren el despacho; una segunda minoría solicita la postergación del tratamiento hasta tanto se

estudie el proyecto.

Hablan López Serrot y Argerich Lahitte impugnando el proyecto de ordenanza. Hay tensión en el ambiente. Finalmente se vota y por 54 votos contra 11 resulta aprobada la siguiente resolución: «Comunicar a los concejales que el Comité Metropolitano vería con agrado que se postergara la consideración del proyecto hasta que los organismos partidarios (Convención de la Capital) se pronuncien al respecto».

A pesar de las presiones ejercidas había ganado la batalla la fuerza moral del radicalismo —acota Jorge del Río—. La resolución significaba un rudo contraste para los planes de SOFINA. Cincuenta y cuatro corazones radicales estaban haciendo tambalear la maniobra imperialista.

Al día siguiente cablegrafía:

CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, 17 de diciembre de 1936.

»... Como estaba previsto en el 1.º de nuestros telegramas n.º 235, la mayoría de la comisión nombrada por el Comité de la Capital dio su opinión favorable. No obstante, el Comité de la Capital decidió pedir al grupo comunal la suspensión del debate hasta conocer la opinión del organismo autorizado del partido es decir, la Convención de la Capital.

»La posición de los concejales radicales ha sido conmovida por esa decisión y el Concejo Deliberante aplazó la continuación del debate del proyecto hasta el lunes próximo.

»La gestión a que nos referimos en nuestro informe n.º 14 no tuvo efecto inmediato sobre la actitud del Doctor.

»Sin embargo, frente a los hechos expuestos en el 2.º [la Resolución del Comité de la Capital, F. L.], el Doctor encomendó a un personaje del partido la tarea de examinar nuevamente la cuestión con nosotros. Ese personaje ya nos había expresado anteriormente que consideraba excesiva la duración de la prórroga».

Notificada la resolución del Comité, la presidencia de la Convención de la Capital convoca al cuerpo para el 23 de diciembre a la noche. También obraba un pedido de 40 convencionales para que el organismo fuera urgentemente citado. Quedaba pues, menos de una semana para liquidar el asunto en una u otra forma, pues existía la sensación de que también la Convención sería contraria al proyecto de ordenanza.

El proceso entra entonces a desarrollarse a ritmo vertiginoso. El 17 de diciembre aparece en la revista *Ahora* un reportaje a Alvear efectuado por Cicotti (aquel periodista cuya *interview* a Yrigoyen, publicada seis años antes en *La Nación*, provocara la felicitación del doctor Guillermo Leguizamón que hemos transcripto en capítulos anteriores). El jefe del partido calificaba de «irreprochable y atinado» el proyecto de ordenanza, y hacía largas consideraciones técnicas; por su parte, Cicotti sugería que en la fórmula radical de 1937 Alvear estaría acompañado por el doctor Vicente C. Gallo —que en esos momentos patrocinaba a CHADE en juicios que tramitaban ante la Corte Suprema de la Nación—. El mismo día de la aparición del reportaje Alvear reúne en su casa a los concejales y sus asesores por una parte, y a dirigentes contrarios a los proyectos, por otra, pues a las prevenciones de Saguier y Ratto se sumaban ahora las que formulaban Víctor Spota, Manuel Pinto, Leónidas

Anastasi, José Peco, Carlos Cisneros y algunos jóvenes del partido.

El contrapunto entre «chadistas» y «antichadistas» duró varias horas. Cuando concluyó la polémica, Alvear se pronunció espontáneamente en una forma no esperada.

—¡Esas concesiones no pueden votarse! —exclamó, y despidió a todo el mundo.

El grupo contrario a las concesiones se retiró de la calle Juncal con la sensación de haber triunfado.

Mientras bajaban las escaleras, uno de los concejales comentó en alta voz:

—No queda otra solución que suicidarnos...

Pero la versión de CHADE era distinta.

#### CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, diciembre 18 de 1936.

»Ayer por la tarde el doctor Alvear puso frente a frente a los concejales municipales y sus asesores técnicos con los representantes de la fracción izquierdista del Partido Radical, hostil al proyecto.

»La discusión terminó con la confusión de estos últimos.

»No obstante, el doctor Alvear, temiendo la posibilidad de un voto desfavorable de la Convención de la Capital del partido que obligaría a los concejales a someterse, ha contemplado aplazar el debate del proyecto en el Concejo Deliberante hasta el próximo año. Hoy, los concejales declararon al doctor Alvear que no pueden aceptar la obligación de subordinar su actitud a las directivas del Comité de la Capital, y que desean continuar el debate en el Concejo Deliberante.

»El doctor Alvear, eludiendo la cuestión de la reunión de la Convención de la Capital, aceptó que el debate se reanude el lunes en el Concejo, pero que entretanto deberían obtenerse de la Compañía mejoras al proyecto, especialmente en lo que se refiere a la prórroga y a la clausura monetaria».

Por lo que se ve, Alvear también vacilaba en llevar adelante la sanción de las ordenanzas. Probablemente quería obtener de la empresa las condiciones menos perjudiciales u odiosas, como la prórroga de la concesión, extendida prácticamente hasta el fin del siglo xx... La actitud de Alvear mueve a los promotores del plan a lanzar toda su artillería.

#### SOFINA A CHADE

«Bruselas, diciembre 19 de 1936.

»Supongo que en esas condiciones la Convención de la Capital no se reunirá, y aun en el caso de que se reuniese y emitiese una opinión desfavorable, los concejales radicales no se someterán.

»En cualquier caso, triunfe. Buena suerte».

El mismo día 19 responde:

#### CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, diciembre 19 de 1936.

»Aunque el doctor no se haya pronunciado categóricamente a este respecto, hay probabilidades de que la Convención de la Capital no se reunirá antes de la votación del proyecto. No obstante, tomemos medidas en previsión de una reunión eventual de la Convención».

Y también ese ajetreado sábado 19 de diciembre, SOFINA remite a CHADE un cablegrama incluyendo otro que ruega «Tenga a bien de comunicar a la persona interesada», solicitando que CHADE «telegrafe su opinión de lo que acaecería si esta persona retirase su adhesión en medio de los debates». El telegrama destinado «a la persona interesada» está firmado por Heineman y reza textualmente:

«No he entablado negociaciones hasta después de haberme puesto de acuerdo con Ud. y con miras de asegurarnos a ambos la tranquilidad para el futuro y hemos consagrado en común mucho tiempo para los estudios necesarios.

»La campaña de oposición era prevista y le he manifestado mi opinión al respecto en mis comunicaciones anteriores.

»Estoy convencido de que esa campaña cesará después del resultado favorable, porque el público se dará cuenta de que obtiene muy grandes ventajas inmediatas.

»Ud. no puede separarse de nosotros en el momento en que nos aproximemos a la meta, y colocarme a mí personalmente en una situación imposible y profundamente desagradable.

»Sigo pues, contando con su colaboración leal y decidida y estoy seguro de que una vez realizado el negocio quedará Ud. muy contento y que entonces podremos emprender juntos cosas muy interesantes».

¿Quién era el destinatario de esta elusiva comunicación? ¿Quién era este personaje, el retiro de cuya adhesión preocupaba tanto a SOFINA? ¿Por qué se lo tranquilizaba sobre la prevista campaña de oposición y cuáles eran las cosas «muy interesantes» que podía emprender junto con el presidente de SOFINA?

El informe de la Comisión Rodríguez Conde sugiere que el destinatario de la comunicación anterior era Alvear. En estricto rigor jurídico, ello no está demostrado. Lo cierto es que el lunes 21 de diciembre, víspera del tratamiento de los proyectos del Concejo Deliberante, continuaba todavía la actitud vacilante de Alvear. El día anterior, domingo, había sido visitado por *Sir George Graham*, ex embajador británico en Madrid y Bruselas, personaje vinculado a los intereses de SOFINA y amigo común de Alvear y Heineman. La visita había sido sugerida cablegráficamente por SOFINA, y para realizarla *Sir George* había suspendido su *weekend* en Montevideo. Valió la pena. *Sir George* había salido «muy satisfecho» de la entrevista.

El día 21 —o sea la víspera del tratamiento del proyecto en el Concejo Deliberante— Alvear mantiene una nueva entrevista con los concejales. Trasciende a los diarios que éstos siguen dispuestos a mantener el proyecto. Años después, algunos de los concejales implicados declararon ante la Comisión Rodríguez Conde que ese día Alvear les ordenó votar favorablemente al proyecto. Uno de ellos expresa que al preguntarle qué actitud debían adoptar en caso de una eventual resolución contraria por parte de la Convención, Alvear le dijo «que no le llevaremos el apunte a la Convención, no hagan caso...».

Pero estas declaraciones destinadas a eludir responsabilidades, vertidas siete años después de los hechos y no estando vivo ya el propio Alvear, no se conjugan con el informe que el 21 envía:

CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, diciembre 21 de 1936.

El doctor Alvear dio esta mañana instrucciones a los concejales en el sentido de que continúen tratando el proyecto, pero postergando su votación unos días, a fin de permitirle [a Alvear] conocer los argumentos de la oposición.

»... Como una nueva postergación podría ser que la atmósfera general, ya cargada, se volviese cada vez más desfavorable al proyecto, nos esforzamos por conseguir el voto del Concejo lo más rápidamente posible.

»El doctor Alvear, en conversaciones con los concejales, sugirió la cifra de 15 años para la prórroga.

»Si el doctor Alvear hiciese de esa postergación una condición para la aprobación definitiva del proyecto, ¿podemos, como último recurso, llegar hasta eso?».

Probablemente la verdad era que Alvear seguía empeñado en que se sancionara el proyecto de la empresa, pero tratando de negociar la supresión de las condiciones más impopulares; y con ese propósito dilataba su propia decisión y sugería un tratamiento prolongado que obligara a la empresa a ceder, frente a la atmósfera «cada vez más cargada».

SOFINA A CHADE

«Bruselas, diciembre 22 de 1936.

»... Es absolutamente necesario conseguir la votación lo más rápidamente posible, porque el tiempo trabaja en contra de nosotros y debido al pequeño plazo que nos queda, cualquier incidente nuevo sería fatal.

»Le rogamos que emplee todos los medios posibles para decidir al doctor a cesar sus vacilaciones y darnos un apoyo firme...».

A lo que el mismo día comunica:

CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, diciembre 22 de 1936.

»Provocamos ayer una gestión de los concejales de la Concordancia ante sus colegas radicales a fin de colocar a estos últimos en la obligación de votar rápidamente.

»... Los concejales radicales se apoyarán sobre esa gestión para influir en el doctor.

»... La Convención de la Capital del Partido Radical está convocada para la noche de mañana, diciembre 23.

»Nos esforzamos por conseguir un resultado favorable.

»En todo caso, trataremos de conseguir la votación del Concejo antes de la reunión de la Convención».

La respuesta de SOFINA a esta comunicación expresa que le alegra mucho saber «que se esfuerza por precipitar la votación», pero que lamenta la eventualidad de tener que rebajar en diez años el término de la concesión «por presión del doctor y de B». (Probablemente, la clave «B» aludía a la CIADE, que en todo el negocio iba como furgón de cola de CHADE).

De modo que a esta altura del proceso eran los concejales quienes presionaban a Alvear para que la votación se realizara de todas maneras. La mayoría de los integrantes del sector radical en el Concejo Deliberante —dirigentes parroquiales de segundo orden, sin preparación técnica ni mayores escrúpulos— ya estaban comprometidos con la empresa desde agosto o setiembre, y tenían apuro para liquidar

el negocio antes de fin de año... El día 22 Alvear recibe a dos concejales acompañados por el presidente del Comité de la Capital; el mismo día a las 16 comienza en el Concejo Deliberante el tratamiento de los proyectos de ordenanza. La Convención de la Capital se reuniría al día siguiente a la noche.



*Alvear junto al diputado Mario Sáenz, en enero de 1936.*

En el local de Lavalle al 1500, con la presencia de 107 convencionales se reúne el 23 a las once de la noche el alto cuerpo metropolitano. Una barra agresiva e insultante, todo el matonaje parroquial, cercaba a los delegados. El debate es desordenado y violento. Se levanta para hacer uso de la palabra un jovencito —28 años— alto y flaco, pinta de seminarista. «El radicalismo se ha definido como un partido de lucha antiimperialista», dice en medio del tumulto. Recuerda el orador la política de Yrigoyen en materia de petróleo y la posición de los organismos partidarios en lo referente a la coordinación de transportes. Dice que es inútil hacer un análisis exhaustivo del despacho del bloque comunal, pero hace notar su gravedad y la necesidad de que el partido se pronuncie. Pero Arturo Frondizi no puede terminar su discurso: suenan dos, tres tiros y se produce un largo tumulto. La barra arrecia la gritería: ¡Comunistas! ¡Traidores! ¡Viva Alvear!

Se hace desalojar la barra y continúa el debate, que concluye con la aprobación, por 71 votos contra 45, de una resolución designando una comisión investigadora.

En realidad, toda la sesión había sido técnicamente inútil. Horas antes, a las dos de la tarde, el Concejo Deliberante había aprobado las nuevas concesiones por el voto de los sectores radical y de concordancia.

Así era. La sesión del Concejo había comenzado a las cuatro de la tarde del día anterior, 22 de diciembre. Pero, imprevistamente, surge una dificultad:

CHADE A SOFINA

«Buenos Aires, 28 de diciembre de 1936.

La sesión del Concejo Deliberante empezó a las 16, pero fue interrumpida a pedido del presidente de la República.

»Éste, influido por los rumores que alegan que la Compañía se ha comprometido a financiar la campaña electoral del doctor Alvear y sostenido por el ministro de Hacienda [Dr. Roberto M. Ortiz, F. L.], ha dejado en suspenso la aprobación dada anteriormente.

»El intendente y el secretario de Obras Públicas han defendido el proyecto y puesto de relieve la imposibilidad para el Departamento Ejecutivo de dar marcha atrás, proponiendo la aprobación a condición de que la Compañía tenga en cuenta las reservas contenidas en la exposición que hará ante el Concejo el secretario de Obras Públicas...

»... El debate continúa y ponemos todo en movimiento para apresurar la votación».

Se sesiona toda la noche y se prolonga el debate durante la mañana siguiente, sin interrupciones. A las dos de la tarde se procede a votar en general. La representación socialista se retira. Cuando el presidente proclama el resultado favorable a la empresa, desde el palco de la barra baja un desconocido al recinto y encarándose con uno de los concejales le increpa: «¡Vendido! ¡Has ultrajado el honor de nuestro padre! ¡Coimero!». Era el hermano de uno de los concejales comprometidos.

Pero el incidente no altera la *marche à suivre* tan cuidadosamente planeada desde meses antes. Se vota en particular y quedan aprobados los proyectos. Ahora, que la Convención de la Capital resolviera cualquier cosa. Sólo faltaba la promulgación de las ordenanzas. Hubo un nuevo forcejeo, nuevas negociaciones, radicadas esta vez ante el Departamento Ejecutivo de la Municipalidad, y que no interesan a esta crónica.

Por fin, el 29 de diciembre, ante la noticia de la promulgación de las ordenanzas, que llevarían los números 8028 y 8029, el artífice lejano de la maniobra, Heineman, puede enviar el siguiente cablegrama a los dirigentes de CHADE:

«Bruselas, diciembre 29 de 1936.

»Muy emocionado por vuestro telegrama, os envío a todos, de todo corazón, felicitaciones por el resultado obtenido y mis mejores deseos para 1937».

La comedia había terminado. ¡Feliz Año Nuevo!

Tales son los hechos que ocurrieron, en el plano público y en el clandestino. En honor a la verdad, es necesario señalar que no solamente se complicaron en el *affaire* hombres del radicalismo. El informe Rodríguez Conde responsabiliza también al entonces presidente de la Nación, al intendente municipal, y a otras personalidades eminentes.

Pero esto es una biografía de Alvear, y lo que interesa deslindar es el papel que

jugó en el proceso y las probables determinantes de su actitud.

¿Qué perseguía Alvear al poner todo su prestigio y autoridad al servicio de la aprobación de las ordenanzas? Un beneficio personal, no. Hacia 1935 seguía siendo hombre de relativa fortuna. En 1928 había empezado el loteo de Don Torcuato, que continuó en 1932 y concluyó más tarde por venta particular al Banco Español del Río de la Plata. Esta venta le produjo alrededor de 3.000.000 de pesos. Entre 1932 y 1933 había loteado el campo que tenía en La Pampa por herencia paterna. Liquidado «Coeur Volant», los gastos de Alvear se reducían a mantener «Villa Regina», en Mar del Plata (que no le costó más de 80.000 pesos), y su residencia de la calle Juncal.

Referencias de Tito M. Rapallo, su administrador —que lo fue durante más de veinte años— indican que Alvear no gastaba más de 5000 pesos mensuales por entonces. A punto de entrar en los 70 años, ya no era un fastuoso *bon viveur* sino un rentista que no se privaba de ninguna comodidad pero que tampoco derrochaba el dinero. No tenía apuros monetarios ni grandes gastos, por lo tanto, no precisaba ensuciarse para mejorar una situación personal. Por otra parte, si eventualmente hubiera necesitado dinero, tenía íntimos amigos o parientes —como una de sus cuñadas, que probablemente era la mujer más rica del país— que se hubieran sentido honrados en ayudarlo.

Además, aun los adversarios más enconados de Alvear consideran imposible que haya aceptado un dinero mal habido. La imagen de un Alvear recibiendo clandestinamente el «paco» del soborno resulta totalmente absurda, aun para sus críticos más severos. Eso podía quedar para los concejales complicados (y Alvear no lo ignoraba), pero no para este hombre que con todos sus errores jamás pudo descender a semejante abyección.

Descartada la posibilidad de un beneficio personal con el negociado, resta suponer, por eliminación, que la conducta de Alvear se encaminó a obtener de las empresas beneficiarias los medios que necesitaba su partido para hacer frente a la campaña electoral de 1937. La lucha por la presidencia de la Nación iba a ser larga y costosa: era necesario pagar gastos de giras, ayudar a los distritos escasos de fondos, imprimir material de propaganda, subvencionar las publicaciones adictas, alquilar locales para comités. Alvear lo sabía muy bien; y también sabía que era difícil obtener entre los radicales las sumas necesarias para responder a las grandes erogaciones de la campaña.

En las primeras conversaciones con Heineman y Bock debe haberse convenido el apoyo financiero de la empresa al partido. ¿Cuánto aportó la empresa a la campaña? El Informe Rodríguez Conde establece que la campaña costó unos 750.000 pesos, de los cuales el 65% no proviene de orígenes claros. Hay unos 493.000 pesos ingresados en total, cuyos asientos en los libros de contabilidad del partido aluden a «donaciones» o colectas realizadas por Alvear, Raúl Rodríguez de la Torre y otras personas. Desde junio a diciembre de 1937, Alvear aporta 190.000 pesos y Rodríguez de la Torre casi 140.000 pesos. Otros dirigentes individualizados reúnen 102.000

pesos.

Se sabe que Alvear no efectuó de su peculio personal donaciones de importancia para la campaña presidencial. El dinero que ingresó al partido, pues, le había sido dado por personas o entidades que no querían —no podían— figurar como donantes.

Por su parte, Rodríguez de la Torre, tesorero del Comité Nacional, expuso ante la Comisión Investigadora que el dinero cuya procedencia real no figura en los asientos «eran donaciones para la campaña electoral». Y agregaba:

«A mí me han dado las casas cerealistas Bunge y Born, Dreyfus, Hirsch, la Compañía Herlitzka de Luz. La CHADE no dio nunca. Yo dudo mucho que el doctor Alvear haya recibido dinero de la CHADE. Podrá haber donaciones de la CHADE, pero por interpósita persona. La casa Bemberg también nos dio».

El apoyo de la CHADE a la campaña electoral de 1937, por consiguiente, debe haber estado entre ese dinero de procedencia anónima.

Más tarde, cuando se edificó la «Casa Radical», también hubo donaciones de origen desconocido pero fácilmente presumible. No se conoce el nombre de los donantes de la mayor parte del dinero que sufragó la construcción y amoblamiento del edificio, cuyo costo total fue de 530.600 pesos, la mitad obtenida por «bonos ladrillos» que se colocaron entre correligionarios y simpatizantes, proviniendo el resto de «donaciones» o «colectas» de origen no especificado. El fondo para responder a estos gastos estaba depositado en una cuenta corriente del Banco Español a nombre de Julián Sancerni Jiménez y Pascual De Lorenzo, reunido a través de 168 boletas de depósito —siempre por cantidades redondas— que no aclaran el nombre de los reales donantes.

El solar donde se edificó la «Casa Radical» había sido comprado por un antiguo dirigente, pesando sobre el terreno una hipoteca a favor del Banco Hipotecario Nacional. Al terminar la obra este dirigente habló con Alvear para recordarle que la casa estaba hipotecada, y que la responsabilidad del servicio y amortizaciones del gravamen pesaba sobre él, como titular del dominio. Le pidió que una junta se hiciera cargo de la casa. Alvear le contestó:

—No, porque mientras la casa esté a su nombre estoy seguro de que el partido tendrá casa, pero el día que salga de su nombre los correligionarios no dejarán ladrillo sobre ladrillo...

Y prometió solucionar la circunstancia que preocupaba a su interlocutor. «Un día —refiere el dueño nominal de la “Casa Radical” ante la Comisión Rodríguez Conde— me llamó el doctor Alvear y me dijo: “Mire, el asunto de la hipoteca ya está arreglado”». Efectivamente, lo estaba. El escribano del banco le entregó los títulos en orden y le dijo que la hipoteca había sido cancelada. Nunca pudo averiguar el dueño de la casa de dónde habían salido los fondos para levantar la hipoteca. En cuanto al señor Sancerni Jiménez, tampoco aclaró ante la Comisión Investigadora el origen del dinero, que iba depositándose periódicamente en la cuenta conjunta abierta a su nombre, con destino a subvenir los gastos de construcción de la «Casa Radical».

Ésta fue la contribución material de la CHADE y otras entidades monopólicas para el radicalismo de esos años. Y la contribución que no se puede contabilizar fue el tremendo desprestigio, el aura de corrupción y de sometimiento que rodeó al partido como consecuencia de estos contactos.

No creemos que Alvear haya medido la real gravedad del *affaire* CHADE, que no está referido tanto al soborno de concejales por la empresa como a la postura que adoptó el radicalismo —sus direcciones— frente a un acto típico de imperialismo corruptor. Toda la tramitación del negociado, la sutil inferencia de CHADE y SOFINA en las más altas esferas de la vida nacional, la acción disgregadora ejercida a través de diversos medios de presión, configuraban cabalmente la peligrosidad de estos capitales voraces.

La mentalidad de Alvear no advertía este peligro. Él creía que no se puede gobernar el país sin la aquiescencia de los grandes poderes internacionales.

—¿Quién me va a dar el dinero que necesitaré para gobernar? ¿Usted me lo va a dar, acaso? —estalló un día ante Arturo Frondizi, roja de ira la gran calva, golpeando el puño sobre la mesa un día que éste le exhortaba a tomar una actitud firme frente al escándalo de la CHADE.

Es que Alvear seguía creyendo en una Argentina estructurada, protegida y expoliada a la vez por los grandes centros del capital internacional, y en su conducta frente a todo el *affaire* apuntaba el deseo de mostrar que la Unión Cívica Radical no era peligrosa.

El radicalismo debía estar marcado en las grandes centrales monopolistas como fuerza poco recomendable. ¿No había sido durante el gobierno radical de Yrigoyen que se habían impedido los avances de las empresas petroleras? ¿No era de origen radical la ley argentina de represión de los trusts? ¿No había estado el radicalismo yrigoyenista a punto de nacionalizar el petróleo? ¿No había frustrado Yrigoyen la maniobra de ANSEC en Córdoba para «trustificar» las fuentes de energía eléctrica? Había desconfianza por parte de las formaciones del privilegio hacia esa fuerza popular que, llegada al gobierno, podría destruir el paciente «estatuto del coloniaje» coronado gloriosamente bajo el gobierno de Justo.

Pero Alvear estaba decidido a demostrar que el radicalismo sería inofensivo. ¿No habían visto —podía retrucar en este imaginario diálogo— cómo los concejales radicales, apoyados por el jefe del partido, habían colmado las mejores esperanzas de SOFINA? ¿Por qué no pensar que la UCR seguiría estos precedentes en el gobierno? Era mejor que gobernara el país una fuerza popular advenida al poder mediante comicios libres que un conglomerado político sostenido por el fraude y la violencia. Total, la fuerza popular había hecho su bautizo de sometimiento a satisfacción de los lejanos dominadores. Siendo iguales en docilidad los partidos en lucha, era más sabio dejar ganar al que demostrara ser mayoritario...

Uno de los concejales implicados declaró ante la Comisión Investigadora que Alvear les manifestó en una de sus conversaciones, que «la política que él había

seguido en tesis general, durante su gobierno, había sido la de no combatir el capital privado para no crear una situación de xenofobia en un país como el nuestro, que tenía necesidad de auxilio económico del exterior [...]. Eso —agregó—, como filosofía de gobierno».

Naturalmente, ningún gobierno sensato combatiría en la Argentina a los capitales privados sanos. Pero las exigencias de CHADE para sus privilegiadas concesiones y la forma piratesca en que supo arrancarlas, ¿justificaban acaso un tratamiento como el que postulaba Alvear?

Es que Alvear era demasiado benévolo con esos capitalismo cuya acción corruptora y explotadora no podía o no quería ver. Hay constancias de que empresas como la Unión Telefónica y personas vinculadas a consorcios extranjeros que explotaban servicios públicos también contribuían a los gastos del partido con su autorización e incluso en virtud de sus gestiones. Esta actitud le venía de lejos. Léase esta carta:

DE J. VENTOSA CALVELL, VICEPRESIDENTE DE LA CHADE, A ALVEAR

«Barcelona, diciembre 7 de 1929.

»Muy señor mío y distinguido amigo:

»He estado dos veces en el Hotel Ritz sin tener la fortuna de encontrarle. Mi objeto era, en primer término, presentarle mis respetos correspondiendo a la atención con que el año último tuvo Ud. la bondad de recibirme en Buenos Aires, accediendo a visitar las obras de la nueva usina de la Compañía Hispano-Americana de Electricidad, de la que soy vicepresidente. En segundo lugar, ausente nuestro presidente Sr. Cambó, deseaba rogarle, en nombre de algunos señores Consejeros de la CHADE residentes en Barcelona y en nombre propio, que nos hiciera el honor de comer con nosotros el lunes próximo, dándonos así ocasión de expresarle nuestra consideración y nuestra respetuosa simpatía. Pero me entero, por su secretario, de que se marcha Ud. el próximo lunes y que por lo tanto es de imposible realización nuestro plan, que por ausencia de algunos no podría anticiparse para hoy o mañana, aún suponiendo que estuviera Ud. libre.

»En estas condiciones, sólo me resta reiterarle una vez más el testimonio de mi consideración y ofrecerme incondicionalmente S. S.

J. VENTOSA»<sup>[39]</sup>.

Era hombre comprometido. Los concejales «chadistas» recibieron su dinero por la «gauchada» y allí terminó su gestión. Pero el jefe del partido, que no recibió dinero personalmente, distorsionó la recta línea de una fuerza cívica de intachables antecedentes en este aspecto.

Y éste fue su gran pecado, imputable a una mentalidad que veía solamente un problema político, sin distinguir que el drama que se estaba viviendo no abarcaba solamente el plano político sino todas las estructuras del país, cuya maliciosa deformación había que corregir urgentemente.

Buscando algún motivo más o menos plausible para justificar la conducta de Alvear en el *affaire*, se nos ocurre pensar que pudo haber pretendido usar a la CHADE y sus retribuciones venales para llegar al gobierno, y luego, desde él, anular

las concesiones arrancadas al país por medios tan condenables. Alguno de sus colaboradores inmediatos nos ha asegurado que tal era la intención que Alvear llevaba *in petto*, y que alguna vez se refirió despectivamente a «esos gringos que creían que lo habían embromado».

En este sentido puede ser un dato positivo la vacilación que se nota en su espíritu los últimos días anteriores a la votación, cuando no se decide a dar una orden terminante a los concejales y forcejea por obtener mejores condiciones para los usuarios. También armoniza con esta posibilidad la declaración del director de la CHADE, Rafael Vehils, ante la Comisión Investigadora.

Refiere éste que en una conversación mantenida con Alvear en los últimos días del *affaire*, el jefe del partido le dijo que «no me hace ninguna impresión que la prórroga sea por 15, 20 o 25 años. En los tiempos que vivimos es teórico, porque no hay concesión de servicio público que aguante tanto tiempo sin modificaciones importantes: pero, en vista de la reacción de la calle...», etc.<sup>[40]</sup>

A Alvear no le preocuparía mayormente la duración de la prórroga porque su secreta intención habría sido modificar fundamentalmente las condiciones de la ordenanza si llegaba al poder. Preocupábale, en cambio, la reacción popular.

Pero esto ya es juzgar intenciones, y nuestra teoría carece de asidero real. Lo concreto en todo el *affaire* con referencia a Alvear es que: a) Alvear conocía perfectamente el perjuicio que causaba al pueblo la aprobación de las ordenanzas; b) Alvear constituyó un factor decisivo para lograr la aprobación de las ordenanzas; c) Alvear no se benefició personalmente del soborno que CHADE distribuyó en profusión; d) Alvear aceptó dinero de CHADE para subvencionar los gastos de la campaña de 1937.

Pero, repetimos, más grave que el episodio en sí fue su significado en lo que respecta a la postura del jefe del partido frente a las fuerzas imperialistas. Porque el *affaire* demostró que Alvear estaba decidido a liquidar la tensión emancipadora que el radicalismo mantenía desde que Yrigoyen supiera imprimírsela, para convertir al partido en una fuerza en espera de su turno para el gobierno. Una fuerza cuya acusación contra el Régimen no se centraba en la deformación del país de la cual era responsable el mismo Régimen, sino que se limitaba a señalar, simplemente, las maniobras políticas que le impedían llegar al poder.

Ningún episodio revela como éste, con más claridad, la contradictoria condición humana de Alvear, tironeado desde diferentes flancos, agobiado por un pesado lastre de mentalidad y de origen, buscador de una salida nacional que cada vez aparecía como más lejana, en la medida que no era buscada por caminos rectos sino a través de compromisos y concesiones.<sup>[41]</sup>

## ¿Puede ser Radical Esta Casa?



Dicen de Luján, que el templo  
se firmó en cada ladrillo  
porque el donante sencillo  
quiso emular con su ejemplo.

En cambio en este edificio  
la humildad no quiso nómina  
sus donantes son anónimas  
sociedades de servicio.

*Una publicación de la época denunciaba el escándalo de la Chade, 1936.*

Pero hubo un saldo positivo, por lo menos, en todo este desgraciado asunto. Quedó revelado que existía en el país y en el radicalismo una vigilante conciencia moral. La resistencia que suscitó el negociado y la acusación que con este motivo se mantuvo contra quienes se complicaron fue un índice de que no todo estaba perdido en la Argentina. En Estados Unidos sucesos como éste son casi diarios: senadores y diputados hay que están notoriamente al servicio de determinados intereses, y esto no conmueve a nadie. Aquí el episodio sirvió para deslindar posiciones políticas y para demostrar que existían dos versiones del país: los que seguían en resignación de colonia y los que aspiraban a liberarlo de toda dominación imperialista.

## Se vende un buen país

Lo de la CHADE fue un acto de enfeudamiento que trascendió al comentario público por la enormidad del despojo que entrañaba y por la forma violenta, forzada, en que se perpetró. Pero durante esos años hubo numerosos episodios de entrega que se silenciaron blandamente o cuya gravedad no fue percibida en su total magnitud. Algunos participaron de las mismas características de soborno que ensombrecieron el *affaire* CHADE. Otros, en cambio, fueron llevados a cabo sin que mediara una directa compra de conciencias. Éstos fueron tal vez los más peligrosos, puesto que traducían un estado de indefensión nacional; pues el soborno daba a los hechos un cariz meramente policial, mientras que los actos de entrega realizados sin que mediaran factores venales evidenciaban un estado de conciencia en ciertas esferas dirigentes, cada vez más dóciles ante los intereses del privilegio internacional.

Se trataba de una filosofía del país que negaba las posibilidades argentinas de obtener una autonomía de vida, de trabajo, de pensamiento, y lo adscribía cada vez más rigurosamente a las directivas de los grandes poderes foráneos. Federico Pinedo sintetizaba esta filosofía cuando sostenía en el Senado: «Somos pequeños satélites en la órbita de las grandes naciones mundiales», y Julio Roca precisaba el concepto con su conocida frase sobre la dependencia argentina de Gran Bretaña, que a su juicio la convertía en un dominio más del Imperio Británico.

Una nación cuyos dirigentes pensaban y hablaban de tal suerte era una nación que merecía ser colonia. Por eso, los años 30 asistieron a la instalación definitiva de los instrumentos de dominación imperialista que se habían ido tendiendo progresivamente desde los orígenes argentinos; instrumentos que habían permanecido estáticos y acechantes desde 1916, aguardando que la fuerza popular perdiera sus defensas.

Al ser volteado el radicalismo, la oligarquía se encarama al poder y allí queda, tomando todos los recaudos de fraude y violencia indispensables para su permanencia. La crisis mundial —con su consecuente desvalorización de la producción agrícola y ganadera— había golpeado fuerte la base económica de la oligarquía. Por lo tanto, la toma del poder habría de servirle para rodear de defensas a sus privilegios, asociada estrechamente con los intereses imperialistas a fin de

conseguir el respaldo económico y político necesarios para mantener su hegemonía.

Esta alianza de imperialismo y oligarquía habrá de caracterizar los años que describimos.<sup>[42]</sup>

Porque la comunidad de intereses entre la oligarquía y el imperialismo se nota desde que, a partir de 1880, la Nación se estabiliza jurídica y políticamente. En ese entonces podía tener alguna justificación, como garantía que prestaban los núcleos tradicionales a los capitales que se arriesgaban a probar fortuna en el país. Pero ahora, superada una primera e inevitable etapa de capitalización, realizada una experiencia económica bajo la guerra mundial, producido cierto desdibujamiento en la estratificación social como consecuencia del ascenso económico de grandes sectores de población, este intento de la oligarquía de mantenerse a toda costa en el goce de sus privilegios, liquidando todo el resto del país si fuera necesario, era retrógrado y peligroso.

La crisis mundial iniciada en 1929 había repercutido intensamente entre nosotros. Cayó verticalmente el valor de las exportaciones, se produjeron quiebras en masa, hubo reducciones de salarios y sueldos, quedaron impagos los empleados públicos en muchas provincias durante meses. En 1932 existían más de 300.000 desocupados en el país. Un dato intrascendente que refleja una situación de angustia social es éste: en los primeros meses de 1933 se habían pignorado en el Banco Municipal de Préstamos de Buenos Aires 10.340 máquinas de coser... En 1935 hubo que suspender por ley los remates judiciales y conceder una mora hipotecaria. En el puerto no más, «el barrio de las latas» desilusionaba al visitante sobre las delicias de la tierra argentina. Esos años estuvieron marcados por la angustia, la amargura.

La crisis afectó a todos los sectores sociales. La sintieron con una intensidad más cruel los obreros, los empleados y el proletariado rural; pero también azotó a los grandes linajes, al viejo patriciado, cuyas vacas no encontraban salida y cuyos campos estaban roídos por las deudas. Es elocuente la circunstancia de que en esta década se van vendiendo las más lujosas mansiones porteñas: la Quinta Unzué, para la residencia presidencial; el Palacio Ortiz Basualdo, para la embajada francesa; el Palacio Paz, para el Círculo Militar; la mansión de Del Solar Dorrego, para la embajada del Perú; el Palacio Pereda, para la embajada del Brasil...

Una sensación de que el barco se hundía con todos adentro consolaba amargamente a los desposeídos:

«Qué decís y qué contáis  
»niño bien,  
»te ha cachao el temporal  
»a vos también...».

Pero la oligarquía se había apoderado del poder político en un punto oportuno, cuando en el país empezaban a manifestarse los primeros síntomas de la crisis. Desde el gobierno, ya tomaría las medidas para transferir los efectos del colapso sobre el

pueblo.

Por de pronto, había que salvar a la clase ganadera, a la oligarquía vacuna del litoral, garantizando aunque fuera mínimamente la exportación de carnes, amenazada por la Conferencia de Ottawa, que había creado compromisos entre Inglaterra y sus dominios. En enero de 1933, como se ha relatado, parte para Londres una delegación encabezada por el vicepresidente Roca, dispuesta a entregar cualquier cosa a cambio de la conservación de alguna garantía en materia de carnes. Arribados a Inglaterra, los delegados imprimen un tono de absoluta obsecuencia a sus manifestaciones. Constituyen marcas ilevantables contra la oligarquía las palabras que una y otra vez se pronunciaron en aquellos banquetes con los que obsequiaron las fuerzas vivas británicas a los representantes argentinos —de algún modo hay que llamarlos—. Tanto fue así que en Inglaterra algunas voces sugirieron paladinamente que nuestro país se incorporara al Commonwealth como un dominio más. En febrero de ese año, *La Prensa* aludía con disgusto a opiniones de «personalidades inglesas responsables» sobre «la incorporación de nuestro país al Imperio Británico»... A esa abyección había llegado la clase gobernante argentina...

Finalmente, en mayo queda firmado el tratado Roca-Runciman. En sus cláusulas quedaba prendida inexorablemente nuestra política de carnes al arbitrio británico. El gobierno inglés distribuiría el 85% de nuestra exportación y quedaba anulado nuestro derecho a organizarla por firmas nacionales. Dos años más tarde Lisandro de la Torre habría de demostrar que la ganadería argentina se encontraba en ruinas «por la acción extorsiva del monopolio extranjero y la complicidad de un gobierno que unas veces deja hacer y otras lo protege directamente», y citando el caso del frigorífico Swift, que con un capital de 45.000.000 de pesos había obtenido en los últimos cinco años beneficios por valor de casi \$ 100.000.000.

El tratado Roca-Runciman significaba para los ganaderos argentinos una migaja de protección. A cambio de esto, el país se comprometía a tratar con «benevolencia» a las empresas de servicios públicos de origen británico. La cláusula, imprecisa y amplísima, significaba el primer paso para dos operaciones que ya se estaban poniendo en marcha: la coordinación nacional de los transportes y la formación de la Corporación de Transportes de Buenos Aires.

Además, el tratado acarreó una rebaja de aranceles para las importaciones inglesas y la aceptación incondicional de la cifra de créditos argentinos congelados en Londres. Poco más tarde, con motivo de la fijación de tipos de cambio ajustados con posterioridad al tratado, comenzaba a emigrar a Inglaterra el oro de la Caja de Conversión.

El tratado Roca-Runciman fue presentado como un triunfo argentino.

*La Prensa*, United Press, 1.º de mayo de 1933: «Los miembros de la misión comercial argentina derrotaron a los funcionarios del Ministerio de Comercio con sus propias armas».

En realidad, a los ojos del pueblo, el tratado aparecía como un convenio sobre

cuestiones económicas y financieras más o menos complicadas, que no se tradujeron de inmediato en hechos antipopulares. En cambio, las leyes sobre transportes que fueron consecuencia del tratado y empezaron a gestarse de inmediato, provocaron el airado repudio de la población. La maniobra implicaba la eliminación de toda competencia contra los ferrocarriles ingleses, así como la salvación de la Compañía Anglo Argentina, subsidiaria de SOFINA, que estaba al borde de la ruina. De hecho, se constituía un monopolio del transporte en todo el país controlado por las empresas británicas, anulando la competencia del transporte automotor que empezaba penosamente a manifestarse y sometiendo a los obreros de estas empresas y actividades subsidiarias a la dependencia de un patrón único.

La resistencia popular a las leyes sobre coordinación de transportes y de creación de la Corporación de Transportes retrasó un poco el despojo, pero no lo evitó. A principios de 1936 se sancionó la ley correspondiente, a través de una tramitación bastante accidentada en la que hubo episodios tragicómicos —como el urgente regreso por vía aérea de un diputado conservador que estaba en Chile y cuya presencia era indispensable para integrar el quórum— y hasta hechos de violencia, como las huelgas de «colectivos» y el incendio de algunos vehículos. La conciencia popular estaba alerta contra este acto de enfeudamiento que sentía directamente, pero el despojo se fue deslizado a través de todas las etapas. No era cosa de asombrarse por la tenacidad con que los intereses imperiales iban logrando su cometido: uno de los integrantes de la misión argentina en Londres, Guillermo Leguizamón, era director de la mayoría de las empresas ferroviarias británicas; presidente de la comisión que nombrara el intendente Vedia y Mitre para «estudiar» el problema de la corporación de transportes era el doctor Roberto M. Ortiz, también vinculado como abogado a las empresas británicas... Era una malla impenetrable que a través de palabras huecas, leyes de imprecisas cláusulas y dictámenes kilométricos se iba tejiendo alrededor de la economía del país para ajustar todos los instrumentos de la dependencia.

Estaba la carne, estaba el transporte... ¿Qué quedaba por entregar? La moneda, el sistema bancario. A principios de 1935, no bien el radicalismo levanta la abstención, el Poder Ejecutivo envía al Congreso varios proyectos financieros, cuya aprobación pide Justo personalmente a representantes de todos los sectores parlamentarios. Los proyectos se habían redactado conforme al dictamen de dos comisiones sustancialmente iguales en su composición, que representaban a los intereses financieros británicos. El informe previo fue hecho por un técnico británico, *Sir Otto Niemeyer*. En menos de dos meses los proyectos quedan convertidos en leyes, en virtud de las cuales se crea una entidad bancaria suprema —el Banco Central— que puede emitir moneda, discrimina el otorgamiento de divisas y regula el crédito, es decir, tiene en su poder todo el movimiento económico del país. Pero el Banco Central no está dirigido ni controlado por el gobierno argentino: de su directorio, sólo representan al gobierno tres miembros, mientras que once lo son de bancos

particulares, en su mayoría extranjeros. Esto significaba enajenar la soberanía en el plano económico: pero la oligarquía se cobraba una compensación con la creación del Instituto Movilizador, entidad a la que se le asignaron \$ 700.000.000 con el solo objeto de liberar a los bancos de los «clavos» de la oligarquía. El Instituto salvó a los bancos de las deudas incobrables y se convirtió en acreedor benévolo de la clase vacuna y de las estirpes patricias, agujereadas en su patrimonio por la crisis. Para mayor irrisión, es de hacer notar que el capital del Instituto provenía de la diferencia obtenida con motivo de la desvalorización del peso. Es decir, que el dinero escamoteado al pueblo se destinaba a salvar los apuros financieros de la oligarquía.

Carne, transporte, moneda... ¿Qué faltaba? El petróleo. Liquidar YPF era ya demasiado, pero podía limitarse su actividad en una forma que resultara inocua para los intereses petroleros privados.

El impulso que adquiriera YPF bajo los gobiernos radicales estaba frenado desde el año 30. La Standard Oil había reconquistado posiciones en Salta y existía una evidente mala voluntad por parte del gobierno hacia la institución que dirigiera Mosconi. La lucha de YPF contra las empresas petroleras privadas, que había culminado en febrero de 1930 con la rebaja del precio de la nafta, concluiría en 1937 con un lamentable armisticio. En efecto, en junio de 1937, y previos convenios parciales firmados durante el año anterior, YPF estipula con la Standard Oil, la Royal Dutch y otras empresas menores, el reparto de zonas de influencia en el país y la cantidad de combustible que cada entidad vendería. El convenio creaba, en realidad, un monopolio que integraba la empresa fiscal junto con las privadas, sometiéndose todas las decisiones a un tribunal en el que YPF tenía dos delegados, y las empresas privadas, cuatro.

Con esto se desvirtuaba la esencial función de YPF reduciéndola a una empresa comercial más, a la que el resto de las compañías asignaban una cuota de venta determinada. En su momento se justificó este convenio aduciendo que establecía una «paz comercial» que permitiría a YPF capitalizarse y trabajar sin complicaciones. Lo cierto es que las empresas privadas habían forzado a llegar a este acuerdo mediante un *dumping* que no fue enjuiciado por el gobierno según lo establecía la ley 11.210. [43] Dos años antes, en 1935, se había sancionado la ley 12.161 sobre régimen de hidrocarburos, que mantenía la autorización para que las empresas privadas o sociedades mixtas pudieran explotar libremente el petróleo en casi todo el país.

Hacia 1937, pues, el país estaba aherrojado económicamente más que lo que jamás estuviera, y su dependencia de los intereses británicos era más estrecha que nunca. Se había cumplido la postulación que formulara Roca en 1933: ahora sí, la Argentina era parte del Imperio Británico.

Aunque las inversiones yanquis habían crecido bruscamente en el país durante la década del 20 y se habían afirmado a través de la dictadura de Uriburu, la crisis financiera que soportó Estados Unidos frenó su expansión y le obligó a ceder

posiciones ante el firme avance británico, cuyos intereses estaban tradicionalmente vinculados a la clase vacuna gobernante. En la sorda lucha interimperialista librada en 1930 y 1935 en el país, Inglaterra afirmó su dominación mediante el tratado Roca-Runciman y sus posteriores secuencias, acordonando al capital yanqui en actividades muy circunscriptas. Este hecho fue recibido por la oligarquía como una grata circunstancia, ya que seguían prefiriendo el «amo viejo», circunspecto y discreto, a este nuevo conquistador guarango e impetuoso. No dispuso la clase vacuna de una mínima imaginación para usar la rivalidad de un imperialismo contra el otro con el fin de obtener ventajas para el país. Tal ocurrió con el ministro Hueyo, cuya política económica proyanqui le costó el cargo. Tampoco usó de la imaginación la oligarquía cuando las juntas reguladoras se dedicaron a derramar vino o destruir sembrados en lugar de buscar nuevos mercados o de elevar el nivel de vida de la población, a fin de crear un mercado interno que absorbiera la totalidad de la producción.

Falta de imaginación. Inconsecuencia. Porque la oligarquía, que a través de la línea del liberalismo había promovido ciertos valores económicos rodeando la propiedad de garantías absolutas y restringiendo al mínimo la acción del Estado, en esta etapa de su dominación echó por la borda aquellos principios y se lanzó a un intervencionismo oportunista y meterete. Juntas reguladoras, controles de cambio, sociedades mixtas para la actividad bancaria y el transporte... Pero este intervencionismo no estaba enderezado a la protección de estructuras económicas útiles, sino que disimulaba, generalmente, una defensa de los capitales extranjeros o de los intereses de la oligarquía para evitarles la competencia nacional (caso de los transportes) o para protegerlos del impacto de la crisis (caso del Instituto Movilizador).

Claro que la oligarquía no se curaba de inconsecuencias como éstas: al fin, quienes en 1927 habíanse opuesto a la nacionalización del petróleo, rasgando sus vestiduras por el federalismo que decían avasallado, en 1934 votaron sin hesitación la ley de unificación de los impuestos internos, que liquidaba prácticamente la autonomía de las provincias...

Así fue la política oligárquica bajo el gobierno de Justo, carente de toda coherencia y con una única lealtad: la prestada a sus propios intereses. Como Fausto, lo ofrecía todo con tal de prolongarse un instante más. Estaban dadas todas las condiciones para que la dependencia del país se mantuviera indefinidamente sobre la pobreza popular y la atrofia de sus posibilidades. Si ello no ocurrió en última instancia fue porque el plan no se cumplió totalmente en virtud de una instintiva resistencia popular (monopolio del transporte) y porque el estallido de la guerra, en 1939, modificó sustancialmente el panorama económico del país.

Pero se había hecho lo posible para que el estado colonial subsistiera sin término. Sin embargo, no hay que equivocarse. La entrega no había ocurrido porque la oligarquía fuera esencialmente antipatriótica o corrompida. A ningún grupo social le place entregar a otros poderes la dominación que ejerce sobre un país. Más que

expresiones de una voluntad de enfeudamiento, los actos que nos fueron llevando al «estatuto de coloniaje» tradujeron un egoísmo torpe, una absoluta insensibilidad, una falta de solidaridad social y carencia de sentido estratégico. Faltó a la oligarquía de esos años fe en el país y en su propia misión de clase dirigente. Y también le faltó astucia de castas similares que en otros países renunciaron a determinados privilegios para salvar los más importantes o la grandeza de quienes cerraron elegantemente su ciclo para dar paso a las nuevas realidades económicas y sociales.

Le faltó visión y generosidad. La oligarquía ya no era esa fuerza conservadora que había jugado otrora un papel en la consolidación de la nacionalidad, transmitiendo vivencias consustanciadas con un origen legítimo de la patria. Ahora era, simplemente, una casta inescrupulosa y egoísta, que estaba dispuesta a entregar todo con tal de salvarse ella.

Pero, aunque Fausto ofreciera todo, el tiempo no se detenía. El fin era cuestión de pocos años más.<sup>[44]</sup>

Pocos años más, pero bravos. Años tristes, años sucios, años de «mishiadura» para todos, años de asco y canallería. Con una roña metida en todos lados, tanto más profunda cuanto menos visible. En esos tiempos, que alguien calificó de «década infame», la suciedad estaba en todos lados. Eso sí, la oligarquía la ocultaba cuidadosamente. La oligarquía ha tenido siempre el escrúpulo de la descendencia: tiene un sentido histórico, sabe que viene de algo y se proyecta hacia una posteridad. Por eso, las grandes canalladas de esos años son disimuladas, se ocultan bajo solemnes formalidades, bajo cifras engorrosas, atrás de una distraída omisión periodística...

Pero están. No nos referimos tanto a los negociados que por entonces escandalizaron a una opinión cada vez más sensible: aludimos a una corrupción que flotaba en todo el ambiente del país, que ya era el ambiente mismo del país. Una corrupción que se traducía en diferentes planos: si en la justicia, con el *affaire* del millonario García; si en la política, con el fraude electoral permanente. Un día se descubría que un alto prelado había vivido en concubinato durante años con su ama de llaves; más tarde, que en el Colegio Militar existía un nido de homosexuales... Bastaba apretar un poco el absceso para que saltara el pus.

¿Qué pasaba en la Argentina? El auge del pistolerismo, la explotación del juego que motivaba en Buenos Aires crisis ministeriales o renunciadas de diputados, la desembozada trata de blancas, todo era reflejo de un estado de cosas basado en la inmoralidad, en una total subversión de valores. Faltaba fe en las propias posibilidades. La crisis del año 30, prolongada por la oligarquía, había asestado un duro golpe a ese optimismo característico de nuestro Pueblo. Dios ya no era criollo. Había que salir de «la mala», en cualquier forma.

Y estaba, sobre todo, el gran ejemplo del gobierno. El gobierno de Justo era pública y notoriamente un ladrón de la voluntad popular. «Bendito sea el fraude»,

decía un diputado conservador en pleno Congreso. Fresco sostenía que el voto secreto minaba las virtudes viriles de nuestro pueblo. *Caras y Caretas* glosaba cada escamoteo electoral con una chistosa caricatura. Si robar votos era simplemente «meter la mula», era cosa de vivos, entonces no había sino una diferencia de grado con el secuestro de chicos o los espectaculares asaltos que protagonizaron por entonces Caprioli, «Mate Cosido», «Chicho Chico» o el «Pibe Cabeza»... Todo estaba permitido: la entrega de nuestra economía, las palabras vergonzosas de un Roca o un Leguizamón y un Pinedo, el asesinato de Bordabehere, los matones de Fresco, el caloteo de urnas y las designaciones «a dedo» de gobernadores, tanto como ese imperio suburbano de Barceló, hecho de quiniela y puterío, o los escándalos del Palomar, de los colectivos, de los «niños cantores»...

Esta década se parecía a los años del 80 al 90, en su inmoralidad esencial y su formal respeto por la ley y la ética. Falta el Payró que relate las divertidas aventuras de algún Gómez Herrera contemporáneo. También ahora se subastaba el país, y bajo las estructuras constitucionales se iba descomponiendo, pudriendo, todo el armazón político, social, económico, cultural. Se estaba creando un estado de conciencia que lo toleraba todo. Los orígenes son casi siempre espurios, pero ahora no se trataba de desajustes de crecimiento ni de la turbulencia juvenil de una nación en marcha que va marginando ciertos valores morales hasta enquistarse definitivamente. Esto era una corrupción que bajaba de arriba hacia abajo, que hacía escuela: una corrupción frente a la cual callaban los grandes diarios y enmudecían las voces preclaras, porque los intereses creados estaban ajustados tan delicadamente que nadie se animaba a denunciar un orden de cosas sustancialmente podrido y al cual estaban todos adscriptos, en mayor o menor medida; tanto, que a veces parecía que era el estado natural y normal del país.

La ciudad de Buenos Aires era casi un símbolo de lo que estaba ocurriendo. Una ciudad limpita, progresista, una ciudad donde se podía votar libremente, donde se perseguía el juego, la prostitución y se limpiaban periódicamente los feos espectáculos de los barrios de lata. Pero basta atravesar el Riachuelo para topar con un mundo espectral de policías bravas, de suburbio inundado, de contrabando, «gangsterismo» y miseria. Pero ¡claro!, eso no se veía... La gente veía Buenos Aires, con su calle Corrientes ensanchándose y su fálico obelisco irguiendo la desvergüenza de su arquitectura en medio de la urbe que era la «Reina del Plata»... Y si lo otro no se veía, naturalmente era porque no existía...

De cuando en cuando, algún gesto individual subrayaba por contradicción (¡ay!, ¡cuán espaciadamente!) la subversión moral de la época: un De la Torre renunciando a su banca, un don Elpidio paseando su barbada figura por las calles porteñas en la búsqueda digna de los pesos para vivir...

Frente a este ambiente de permanente insinceridad ocultado por formalidades de moralina prosperaban, como un conato de evasión popular hacia territorios de fantasía, los grandes cuentos de esos años: y la gente se embobaba con el tesoro del

Virrey que «descubriera» Viernes Scardulla o con el hombre que iba a hacer llover. Es que todos trataban de escapar a esa realidad humillante, falaz. El estado colonial en que vivía el país era tema «tabú», como lo era la miseria de los pueblos agonizantes del interior, el aterrador porcentaje de ineptos para el servicio militar o los clandestinos motivos de juego y repartija que provocaban crisis de gabinete. Nadie hablaba de esa Argentina frustrada que yacía detrás de las palabras huecas de la oratoria oficial. La generación literaria hacía preciosismo, conducida por *Sur* hacia lejanísimas modas, encerrándose en un bizantinismo cada vez más insensible a la carne y la sangre del país. Era lícito andar cascándose en la calle por Franco o la República; pero parecía absurdo inquietarse por esta nación que apenas seguía durando, tapados los ojos a las evidencias de la entrega, el fraude y la mentira permanente.

Así iba terminando su presidencia el general Justo. Había permitido, tolerado, alentado un falseamiento total del país en todos los órdenes. En compensación, trató de hacer buena administración, construir algunos caminos y algunas obras públicas. Pero ¿quién podría reconstruir los valores destruidos? ¿Quién instauraría el honor donde había reinado el cinismo? ¿Quién restauraría la fe popular cuando se había engañado sistemáticamente? ¿Quién brindaría palabras veraces si ya era común la suma canallada siguiendo a las solemnes promesas?

Terminaba el gobierno de Justo. La trágica muerte de su hijo, en enero de 1938, lo rodeó por un momento de alguna compasión, ya que no de afecto ni respeto. El 20 de febrero entregó las insignias del poder y se fue a tejer su próxima presidencia. Creía ser el tercero en la serie de los grandes generales presidentes. Mitre no había podido gobernar por segunda vez y por eso pasó a la historia como un gran fracaso, pero Roca lo había logrado y salvó parte de sus errores con una segunda administración brillante y tranquila. Este tercer general presidente aspiraba a gobernar de nuevo el país para ingresar a la posteridad con aire de prócer. Ya hemos dicho que la oligarquía tiene el pudor de la propia historia: Justo creía poder colarse en el Olimpo con las mismas mañas con que pudo enancarse en la presidencia.

## Tiempos para ilusionarse

Retomemos el hilo de la crónica. El año 1938 se inauguró con elecciones de gobernador en Mendoza. Triunfó el candidato conservador, doctor Rodolfo Corominas Segura. Resulta ya monótono hablar del fraude en cada elección: bástenos con transcribir las cifras del escrutinio: conservadores, 60.000 votos; radicales, 3600. Ahorramos el comentario.

En marzo, a un mes de la transmisión del mando presidencial, se realizarían elecciones en 13 provincias para elegir 65 diputados. Algunos distritos del radicalismo debatieron si concurrirían o no a los comicios. La parodia del 5 de setiembre estaba todavía fresca y era duro prestarse a una nueva farsa. En Buenos Aires y Santa Fe se discute en los respectivos organismos la posibilidad de una abstención, pero al fin se decide la concurrencia. Sólo Corrientes desiste de participar en los comicios de marzo.

En la Capital Federal la confección de la lista de diputados y concejales motiva un interesante movimiento interno en el radicalismo. El «bloque opositor» anuncia su intención de luchar en las elecciones internas, lo cual ocasiona el alejamiento de algunos dirigentes como César Coronel y Juan Gauna, que consideraban que la participación en esa contienda desvirtuaba los fines del movimiento. Adhieren en cambio al «bloque opositor» algunos núcleos metropolitanos antialvearistas como el denominado «Ultra» y el grupo «Renovación», que presidía el anterior presidente del Comité de la Capital, doctor Francisco Albarracín.

Esta decisión obliga al núcleo mayoritario a luchar. Se ofrece la candidatura a senador a Alvear, que la rechaza. Ante esta negativa algunos grupos del sector mayoritario postulan a Pueyrredón. Pero el ex canciller de Yrigoyen era en sí una definición. Un tácito veto recae sobre su nombre. Entonces, finalmente, se elige precandidato al doctor Fernando Saguier, y para diputados una lista donde están mixturados universitarios brillantes como Peco y Anastasi junto a dirigentes parroquiales como Sancerni Jiménez y Damonte Taborda.

Por su parte, la lista opositora designa precandidato a senador al doctor Adolfo Güemes. La nómina de sus precandidatos a diputados es la siguiente: Adrián Fernández Castro, Héctor Dasso, Amancio González Zimmerman, Alois Bachman,

Arturo Frondizi, Oscar López Serrot, Ernesto Laclau, Félix Ramírez García, Adolfo Parry, Guillermo Fonrouge y Frank Soler.

El 13 de febrero se realizan elecciones internas en la Capital Federal. Por primera vez en este tipo de luchas se perpetra un evidente fraude. El radicalismo aprendía el mal ejemplo... Se producen escenas violentas en muchos comités, se denuncia que algunas urnas ya estaban «acomodadas», se acusa al sector mayoritario de haber hecho votar «en cadena». Es que la máquina de la «trenza» era difícil de vencer. Era la misma organización que en 1930 impusiera, contra la voluntad de Yrigoyen, la reelección de los diputados metropolitanos. Después de la fusión del City, algunos dirigentes de la «trenza» se habían mantenido en actitud recelosa frente a Alvear, pero la mayoría ingresó al núcleo que después se llamó «mayoritario» y que a cambio de su incondicional adhesión a Alvear, obtenía manos libres en la Capital Federal. Esa máquina estaba montada circuito por circuito a través de una paciente labor de años fundada en pequeños favores y compromisos y transmitida como una herencia de dirigente a dirigente. En 1937 algunos «capos» se alejaron con armas y bagajes hacia la candidatura de Ortiz; la mayoría permaneció en el partido, pero mantuvo con el oficialismo un contacto umbilical que les habilitaba cierta provisión de puestos públicos (sobre todo en la Municipalidad) y algún margen de benevolencia policial para los «puntos» en desgracia.

Ahora la «trenza» había enfrentado una lucha que podía ser peligrosa, dado el prestigio de los adversarios; y en su propósito de mantenerse en las posiciones obtenidas no trepidó en usar los mismos métodos de Fresco, aunque con un poco más de pudor. Un poquito más de desprestigio para el radicalismo no le haría nada. Total, el pueblo seguía siendo radical...

El bloque opositor denunció los fraudes del 13 de febrero en un manifiesto donde se expresaba que ellos «culminan un proceso de descomposición que viene soportando el radicalismo». Piden la anulación de los comicios y anuncian que no fiscalizarán el escrutinio. Algún dirigente mayoritario se avergüenza del escándalo. Uno de los precandidatos a concejales de la lista mayoritaria se dirige telegráficamente a Alvear, que está en Mar del Plata:

DEL DOCTOR HUGO D'AMATO A ALVEAR

«Buenos Aires, 19 de febrero de 1938.

«... Hoy he renunciado a mi candidatura y a mi delegación al Comité de la Capital, como protesta por las elecciones escandalosas del domingo. Punto. Quiera Dios iluminarlo para que se haga una fundamental reforma de práctica y procedimientos dentro del partido, única salvación de sus destinos. Salúdalo muy atentamente».

Pero esto no conmovía a la «trenza». La Convención de la Capital debía reunirse a pedido del bloque opositor, para considerar la nulidad de los comicios. No se reúne por falta de número. Días después se logra quórum pero cuando se va a tratar el pedido de anulación, un delegado mayoritario pide que la sesión sea secreta. Se

oponen a la moción César Carman y Arturo Frondizi, que había resultado el candidato más votado de la lista opositora. Dice Frondizi que «si algo falta en el partido, que se ha venido contagiando del estado de descomposición cívica reinante en el país, es más publicidad para sus asuntos, más aire de plaza pública para sus deliberaciones».

Desde luego, la Convención aprueba los comicios internos. Entonces el bloque opositor anuncia que concurrirá a las elecciones nacionales con su propia lista, y decide «asumir la autoridad del radicalismo en la Capital Federal», abriendo comités y presentándose por intermedio de su apoderado Lucio Racedo al Juzgado Electoral. Esta actitud motivó el alejamiento de algunos de sus dirigentes —como Frondizi— que no deseaban llevar la lucha fuera del partido, y el retiro de la adhesión que al bloque opositor habían prestado los grupos «Ultra» y «Renovación». Los comités parroquiales de las secciones 12.<sup>a</sup> y 13.<sup>a</sup> adhirieron al movimiento disidente (que había adoptado el nombre de «UCR, Bloque Opositor», después de vacilar entre éste y los de «Yrigoyenista» o «Intransigente»), que a su vez entró en tratativas con la agrupación denominada «Partido Radical», que desde 1931 dirigía Diego Luis Molinari, con miras a una acción común que no llegó a concretarse.

De inmediato el Comité de la Capital intervino las seccionales adheridas a la disidencia y expulsó a algunos dirigentes.

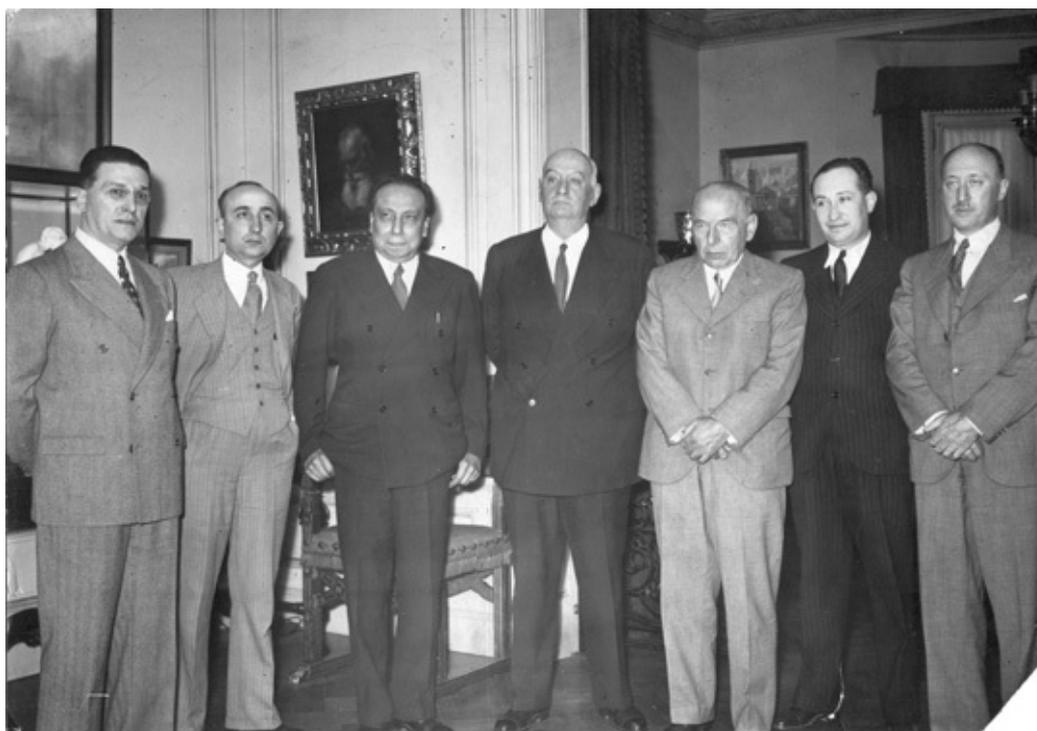
El conflicto había estallado. Significaba la crisis del proceso interno que se venía arrastrando en la Capital Federal desde 1931 entre «mayoritarios» y «legalistas», que en líneas generales representaban el choque entre las dos grandes corrientes ideológicas del partido.

Las elecciones de marzo de 1938 encontraron al radicalismo confundido y desanimado. Estaba dividido en la Capital Federal. En Salta se presentaba la «UCR Independiente», además del radicalismo tradicional; en Mendoza había conformado una lista mixta con el Partido Socialista Obrero, desprendimiento del socialismo de tendencia izquierdista, cuyo dirigente principal era Benito Marianetti; en Corrientes se abstendría y en La Rioja el Juzgado Electoral no había oficializado la lista de candidatos.

Los comicios de marzo adolecieron de los mismos vicios que caracterizaban las elecciones desde 1935 y evidenciaron, además, un cierto refinamiento, una determinada técnica en el oficialismo. Así, en Buenos Aires el fresquismo se dio el lujo de regular a su antojo la minoría radical, enviando algunos candidatos que figuraban en primer término al final de la lista; en Santa Fe el fraude se perpetró hasta en la capital de la provincia, que no había asistido antes a semejantes espectáculos. En Corrientes la trampa no fue dosificada con tanta ciencia: el oficialismo, desdoblado en autonomistas y antipersonalistas, llegó a tener en algunos distritos más votos que ciudadanos inscriptos en los padrones... Sólo en las provincias radicales se votó normalmente, y de ello dio cuenta cabal el resultado, ya que en Tucumán triunfó

el concurrencismo, quedando en tercer término el radicalismo tradicional, y en Entre Ríos fueron impugnados, aduciéndose sustitución de urnas en el correo, lo que no tuvo oportunidad de probarse.

El último distrito que debía elegir legisladores era la Capital Federal. Aquí, el panorama era relativamente novedoso. Aparte de la Concordancia, que postulaba como senador a Mariano de Vedia y Mitre, se presentaba el socialismo en dos versiones: el tradicional y el Partido Socialista Obrero, que anunció su apoyo al candidato radical a senador. El Partido Socialista había iniciado en enero un acercamiento al radicalismo. Varias veces los delegados socialistas entrevistaron a Alvear y se anunció en algún comunicado la coincidencia en el sentido de que era «indispensable promover un movimiento de opinión que tienda a vigorizar la acción de las fuerzas democráticas políticas y sociales del país».<sup>[45]</sup> Sin embargo, no llegó a concretarse el anunciado «Frente Popular», que ya en 1936 había tenido un principio de ejecución con una acción parlamentaria común, y en 1937, a través de manifestaciones mixtas de radicales y socialistas (inauguración del monumento a Sáenz Peña).



*De izquierda a derecha, Ernesto C. Boatti, Silvio Ruggieri, Mario Bravo, Marcelo T. de Alvear, Nicolás Repetto, Eduardo Araujo y José Bogliolo, durante una entrevista en 1938.*

Por su parte, también el radicalismo iba dividido, como se sabe. La «UCR, Bloque Opositor» no llevaba candidato a senador, pues el doctor Adolfo Güemes había renunciado a su precandidatura antes de las elecciones internas y ni él ni los doctores Amancio González Zimmerman y Eduardo Giuffra habían aceptado la candidatura. El radicalismo del Comité Nacional había realizado una serie de actos públicos en los que no se varió la temática exclusivamente política de anteriores

campañas. En el acto de clausura realizado en el Luna Park, había expresado el candidato a senador Saguier: «Nuestro programa consistía en mejorar las condiciones electorales del país». Ello se logró —manifestó el orador— con la sanción de la Ley Sáenz Peña. «Luego el gobierno nos convenció de que aún no era llegado el momento de concretar programas, porque las condiciones del país no los consentían. Nuestro país, excesivamente joven, carecía de los problemas que permiten la adopción rígida y limitada de programas». Saguier tenía la misma mentalidad de Alvear: le horrorizaba tocar los temas esenciales del país, porque ello podía restar apoyo al capital electoral del partido, copioso en tanto no se molestara a determinados sectores ni se violaran ciertos «tabúes» políticos.

Las elecciones de la Capital Federal demostraron que el radicalismo seguía siendo mayoría: en la lucha por la minoría, los socialistas fueron desplazados por los candidatos de la Concordancia. En cuanto a la «UCR, Bloque Opositor», que había concurrido con muy escasa organización, obtuvo una magra cantidad de votos.

Los resultados de setiembre de 1937 y marzo de 1938 llevaron al radicalismo a una crisis de desaliento. Era evidente que el levantamiento de la abstención, tras los primeros triunfos, no había dado el resultado que se había esperado. En la medida que el radicalismo se había manifestado potente y popular, el Régimen había armado los recaudos del fraude con tanta perfección que ningún esfuerzo podía arrollarlos. Además de la derrota sin esperanzas, el panorama político no era alentador en lo referente a la actuación de los afiliados radicales que desempeñaban funciones públicas: la acción definidamente opositora, intransigente, que se esperaba de ellos no se había cumplido. Se estaban efectuando diarias concesiones al orden regimentado y no se veía con claridad adónde podía desembocar el radicalismo, comprometido con el Régimen en una postura de «oposición de Su Majestad», que no era la que el pueblo esperaba del viejo partido de Yrigoyen.

Ahora la Concordancia había recobrado el control de la Cámara de Diputados. Había sido elegido presidente del cuerpo un conservador: y conservador bonaerense por añadidura, como para subrayar la solidaridad de los partidos oficialistas con la vergüenza política que era Buenos Aires. En seis o siete sesiones (junio de 1938), la nueva Cámara de Diputados aprobó los diplomas de los distritos fraudulentos: al concluir, Tamborini pronunció uno de sus grandes discursos y Reynaldo Pastor recapituló el debate negando la existencia de irregularidades electorales y afirmando su fe en la bondad de los sistemas políticos anteriores a la Ley Sáenz Peña. Todo, en un tono amable, casi amistoso. Es que el oficialismo y el radicalismo se estaban pareciendo cada vez más...

Esto intranquilizaba a muchos sectores internos, que aun identificados con la conducción de Alvear intuían que las salidas se habían cerrado. Una sensación como de claustrofobia se traducía en conflictos internos que trababan la acción partidaria en varios distritos: en la Capital Federal, donde la eliminación del «bloque opositor» no

había concluido con las formaciones internas antialvearistas; en Tucumán, en Córdoba —distrito donde apuntó un brote contrario al gobernador Sabattini—, en Salta, en Buenos Aires, en cuya Convención se habían escuchado duros ataques a la dirección partidaria y se había propuesto el abandono de las bancas y la abstención; en fin, en Santiago y en San Juan. Pueyrredón, que había partido para Europa en marzo (1938), manifestó antes de su viaje la esperanza de que la Convención Nacional fuera citada para impartir alguna orientación; y en agosto el vicepresidente del alto cuerpo, doctor Eduardo Núñez, enviaba una comunicación a Alvear pidiendo se la convocara, pues «la oposición partidaria reclama de sus órganos más prestigiosos la palabra serena y firme que la encauce y oriente». Pero la convocatoria fue demorada hasta enero de 1939, y, después, nuevamente hasta mayo. Es que no había interés en abrir la posibilidad de una amplia polémica: ahora sólo restaba a la dirección partidaria mantener las huestes unidas y esperar algo. Era una postura angelical que descontaba por ineficaz una reacción popular fundada en grandes motivos y que lo aguardaba todo de un arrepentimiento de la oligarquía o de un planteo militar en favor de elecciones libres.

Por de pronto, había que evitar la dispersión de fuerzas. Se trataba de mantener las posiciones conquistadas a costa de cualquier cosa. Así fue como se logró evitar la definitiva pérdida de Tucumán para la reducida constelación de provincias radicales. Ante la posibilidad de que a Campero sucediera otro gobernante «concurrencista», Alvear se traslada personalmente a esa provincia y en dos días concreta un arreglo que se venía tejiendo pacientemente desde meses antes: la candidatura única del doctor Miguel Critto, votado por los «concurrencistas» y por los radicales del Comité Nacional. Después de obtenida la proclamación común por los organismos de los dos partidos, Alvear recorrió la provincia empujando con todo el peso de su prestigio la candidatura de Critto, que triunfó en las elecciones de octubre de 1938 sobre el conservadurismo y sobre un sector del radicalismo —el que respondía al doctor Roque Aragón—, que se negó a aceptar tal solución. Solución que sólo lo fue en el orden gubernativo, pues no hubo unificación partidaria posterior y el «concurrencismo» siguió subsistiendo. También la renovación de poderes en Entre Ríos se presentaba difícil, en vista de los resultados de las dos últimas elecciones. Se proclamó candidato al doctor Emilio Mihura, quien debió enfrentar a una fórmula integrada por un conservador y un ex radical yrigoyenista, D. Gregorio Morán. Poniendo de manifiesto esa extraña debilidad que sentía por el radicalismo entrerriano, Alvear recorrió la provincia mesopotámica durante varios días acompañando a los candidatos radicales, que obtuvieron un ajustado triunfo en marzo de 1939.



*Alvear en Tucumán, durante la campaña presidencial de 1937.*

El empeño evidenciado por Alvear para obtener el triunfo en Tucumán y Entre Ríos no se vio, en cambio, en el caso de La Rioja. Esta provincia había sido uno de los cuatro distritos donde el radicalismo triunfara en las elecciones presidenciales y contaba con un partido abnegado y heroico. En noviembre de 1938 debía renovar su gobierno. Parecía llegado el momento de arrimarle toda la ayuda posible, puesto que el triunfo no era improbable, dado el antecedente de 1937, tanto más cuanto que la tramitación de la candidatura oficialista había provocado disgusto en algunos sectores de la Concordancia, llegando a causar la renuncia del gobernador. Pero el radicalismo de La Rioja había desechado las sugerencias de Alvear en materia de candidaturas y proclamó al doctor Enrique Chumbita. Bastó esto para que el Comité Nacional dejara de prestar apoyo a la campaña electoral de La Rioja. No viajó Alvear a la provincia que lo había elegido su presidente en 1937, ni se enviaron dirigentes o ayuda monetaria en la medida que la oportunidad requería. En cambio, los radicales de Córdoba auxiliaron fraternalmente a sus vecinos riojanos, tejiendo una solidaridad política que duró bastante tiempo. Se realizaron las elecciones: se cometió el esperado fraude, y el radicalismo, abandonado de la dirección nacional, fue vencido. (Pero los radicales de La Rioja se desquitaban de Alvear. Cuando llegó el momento de elegir delegados al Comité Nacional designaron como representante de la provincia a Ernesto Sanmartino, banderilla clavada en el poderoso flanco de Alvear que lo haría resollar en más de una ocasión).

Finalmente, otro episodio electoral más, de características parecidas al de

Tucumán y cuya tramitación protagonizó Alvear. En San Juan se había convocado a elecciones para abril de 1939. Como la provincia estaba intervenida desde un año antes, se suponía que el comicio pondría a prueba la sinceridad de Ortiz. Los conservadores, desalojados del gobierno por la intervención, mantenían, sin embargo, muchas posiciones importantes. Después de largas negociaciones, los bloquistas de Cantoni deciden proclamar una candidatura única con los radicales, y ambos partidos coinciden en el nombre del ingeniero Juan José del Carril. Alvear se trasladó a San Juan, habló en algunos actos y elogió a Cantoni, «don Federico», como lo llama cariñosamente el pueblo. Se realizaron las elecciones, pero ni el veedor militar designado por el presidente Ortiz, ni las fuerzas policiales de la Capital Federal, trasladadas a San Juan, lograron impedir una serie de anécdotas violentas perpetradas por la organización conservadora. Quince días después, el Poder Ejecutivo Nacional declaró nulas las elecciones y designó nuevo interventor.

A la tarea que requerían estos episodios electorales periódicos sumábanse algunas realizaciones de orden interno, como una forma de llenar el vacío que dejaba la carencia de una acción política orientadora. Un ciclo de conferencias en el Comité de la Capital, pronunciadas por las más eminentes figuras del partido, o la construcción de la Casa Radical, que se anunció a fines de 1938 y cuya piedra fundamental se colocó en mayo de 1939; o la organización nacional de la juventud aprobada por el Comité Nacional en diciembre de 1938, como consecuencia del Congreso Nacional de la Juventud Radical realizado en Córdoba siete meses antes —estructura cuya realización ya se encargarían los caudillos que jamás pudiera concretar—; o la organización del Primer Comité Femenino de la Capital. En febrero de 1939 se constituye el nuevo Comité Nacional, sin mayor variación en sus autoridades.<sup>[46]</sup> Al terminar el acto se producen incidentes: ¡Más radicalismo y menos chanchullos!, grita un ciudadano. Y Alvear —¡no cambiaba el magnífico viejo!— se le abalanza, lo sopapea y tienen que sacárselo de los puños... Pero había una sorda inquietud en el partido, una sensación de que se andaba sin rumbo.

Había un compás de espera, como lo había en el país y en el mundo. Todos esperaban que ocurriera algo. Ortiz estaba gobernando desde febrero de 1938 y todavía no se adivinaba qué orientación seguiría. Justo, regresado de un largo viaje por Europa, visitaba y era visitado incansablemente por personajes políticos de toda laya. Los antiguos legionarios de Uriburu se organizaban en la Alianza de la Juventud Nacionalista; otros publicaban la revista *Sol y Luna*, pretendiendo dar un contenido ideológico a un nacionalismo que se agrandaba a medida que Hitler y Mussolini obtenían concesiones cada vez mayores de las potencias democráticas.

Pero esa sensación de precariedad que se estaba viviendo en la política nacional y mundial no impedía que cada vez se hiciera más evidente la sorda inquietud que agitaba a los radicales. La política seguida en Tucumán y en San Juan indignaba a los que se exigían una conducción más intransigente. El despacho de una comisión

especial sobre régimen de telecomunicaciones, que firmaban los diputados radicales Ravignani, Mihura y Noel, había despertado críticas en muchos sectores, que lo consideraban como una nueva concesión a la empresa yanqui que explotaba el servicio telefónico. Y estaba siempre latente, además, la pregunta que angustiaba a todos: ¿qué camino seguir?

Al fin, el Comité Nacional debió citar a la Convención Nacional para mayo de 1939. Muchos esperaban que pudiera realizarse aquí un amplio debate sobre la futura orientación partidaria. Confiaban en la intransigencia doctrinaria de su presidente, Honorio Pueyrredón, en torno al cual se estaban nucleando insensiblemente las esperanzas de los sectores disgustados con la conducción alvearista.

Una gran expectativa rodeaba la reunión del alto cuerpo, que se congregaba después de dos años de inactividad. Se decía por esos días que los alvearistas más recalcitrantes no formarían quórum, para impedir decisiones que pudieran hacer peligrar una maniobra política de alto vuelo que se estaba preparando desde las esferas oficiales, y cuyo primer paso sería la anulación de las elecciones fraudulentas de San Juan. Otros decían que Pueyrredón formularía un planteo intransigente, una especie de ultimátum a la dirección partidaria. Lo cierto es que días antes de la Convención, al colocarse la piedra fundamental de la Casa Radical, Pueyrredón fue excluido de la lista de oradores por los organizadores del acto, «capos» del distrito metropolitano. La mañana de la reunión, Pueyrredón concurrió a la casa de Juncal para invitar oficialmente a Alvear al acto. El presidente se excusó:

—No voy a ir, Honorio. Me dicen que vos pronunciás un discurso atacando mi política.

Pueyrredón lo negó:

—De ningún modo, Marcelo... Ésas son cosas de los intransigentes...

Todo esto enmarcó en una nerviosa expectativa a la reunión del teatro Marconi, iniciada el 29 de mayo (1939) a la noche. Habla Pueyrredón. No pronuncia el discurso de guerra que algunos esperaban, pero define con claridad la necesidad de una política netamente radical. «La intransigencia es un estado de conciencia —dice—. Por ello no se puede decir radicales intransigentes y no intransigentes. Radical e intransigente son una cosa». Se pronuncia contra las posibles alianzas con otros partidos. «No podemos los radicales aceptar el Frente Popular, y en nombre del radicalismo yo proclamo el Frente Radical». Señala el desaliento de la ciudadanía y califica de «vergonzoso» el 6 de setiembre. Anuncia que si Ortiz cumple con su deber, todo el radicalismo lo rodeará. Critica la acción de los diputados radicales, que todavía no han logrado la aprobación de la ley de amnistía para los revolucionarios de las patriadas litorales. Finalmente concreta su posición en seis puntos que somete a consideración del cuerpo: adhesión a los pueblos del mundo que luchan por la democracia; repudio a todos los extremismos; instrucciones a los diputados radicales para lograr la aprobación de la amnistía, no colaborando en ninguna sanción legislativa hasta no obtenerla, y para que no apoyen ninguna concesión de

monopolios o privilegios a empresas privadas que puedan afectar el interés público; exclusión de toda combinación con otros partidos; abstención en los distritos donde existan gobiernos surgidos del fraude hasta que el gobierno federal otorgue garantías suficientes.

El discurso fue subrayado con grandes aplausos por algunos sectores del público que se apiñaba en el teatro; otras áreas de la concurrencia permanecieron en actitud fría. Después que Víctor Guillot saluda a los convencionales del interior, y éstos contestan por intermedio de David Michel Torino de acuerdo con el protocolo tradicional, correspondía pasar a cuarto intermedio para que se expidiera la comisión de asuntos políticos.

Pero he aquí que parte de la concurrencia empieza a reclamar la palabra de Alvear. El presidente del Comité Nacional estaba sentado en un palco *avant scène* como simple espectador. Desde luego, le estaba vedado reglamentariamente hacer uso de la palabra por no pertenecer al cuerpo. Pero Alvear no podía callarse ante algunos de los conceptos de Pueyrredón. Estaba juntando ganas; y en cuanto el reclamo de la sala fue lo bastante ruidoso para justificar su intervención, irguió su estatura en el palco, revoleó sus largas piernas sobre la baranda, saltó al proscenio y se apoderó del micrófono.

No fue la suya una pequeña arenga de circunstancias, pronunciada casi por cortesía. Fue, lisa y llanamente, la refutación del discurso de Pueyrredón. «No tengo títulos para dirigirme a la Convención Nacional —comienza—. Es ésta una entidad autónoma y el presidente del Comité Nacional no tiene relación con ella, sino en forma protocolar. De manera que las pocas palabras que voy a decir, las voy a dirigir al público que me las ha pedido...».

Y comienza la andanada: «Yo sé que se puede criticar la actuación del partido y de sus hombres dirigentes, pero yo diré, señores, que la única manera de que los actos de un político no se presten a críticas consiste en no hacer nada y esperar que los otros hagan; si se equivocan, se les censura, y si aciertan, simplemente se aplaude [...]. Debemos los radicales creer que todos los radicales somos bien y decididamente radicales y que las actitudes que nos desagradan no responden a una falta de radicalismo, sino a un concepto distinto para apreciar el problema que se plantea».

Dice después que está de acuerdo con Pueyrredón: hay que ser intransigente. Pero previamente es necesario ponerse de acuerdo sobre lo que significa la palabra «intransigencia». Recuerda su propósito de unir al partido. Y expresa: «Me permitirá mi amigo el doctor Pueyrredón que no esté completamente de acuerdo con él cuando hace una censura muy grave a la representación parlamentaria». Alvear cree que no se trata de hacer política en el Congreso, sino de «demostrar que el radicalismo quería hacer acción de gobierno, porque, con o sin razón, tenía la fama de haber actuado en un desgobierno [...]. Tampoco estoy de acuerdo con el doctor Pueyrredón —amistosamente se lo digo— cuando dice que el espíritu público ha decaído y que el radicalismo está desalentado y no vibra [...]. El radicalismo está vibrante: lo que

necesita es libertad para manifestarse. La libertad y el comicio limpio no está en nuestras manos acordarlos, ni parece que estuviera en nuestras manos, por el momento, conquistarlos; pero hagámonos dignos de obtenerlos en el día de mañana. ¿Cómo? No con suspicacias, no con sutilezas, sino con una conducta digna de un gran partido democrático...».

Recogiendo las palabras que pronunciara Pueyrredón sobre la conducta que debería seguir el presidente de la Nación, expresa Alvear: «Yo no le diría al doctor Ortiz haga tal o cual cosa. No. Yo espero, creo, que cumplirá con su deber como presidente y como argentino». Y anuncia que en caso de que ello ocurra será «el primero en encabezar una manifestación para aplaudir a un presidente argentino y no recordaré si ha sido mi contrincante en la política».

Finalmente, concluye la improvisación afirmando que «nunca he faltado a la verdad, que no tengo nada que reprocharme ni como radical ni como argentino».<sup>[47]</sup>

El exabrupto de Alvear cerró el acto. Nadie osó responderle. Los que habían pensado que la Convención formularía una definición concreta salieron con la cola entre las piernas. Era evidente que Alvear no permitiría rectificar su política. Dos días después continúa la sesión para tratar el despacho de la comisión de asuntos políticos, que era un espaldarazo a la orientación dada por el Comité Nacional y recogía algunos de los puntos más inofensivos planteados por Pueyrredón.<sup>[48]</sup>

Informa el despacho el delegado Santander. Elogia largamente la política de Alvear y adelantándose a las posibles críticas sobre la conjunción electoral realizada en Tucumán, dice que ella «constituye un índice claro del concepto de unidad partidaria que mueve al Comité. Nosotros, los radicales de Entre Ríos, somos un producto de esa política del doctor Alvear». Y como una réplica a los conceptos que vertiera Pueyrredón sobre la intransigencia, afirma: «No debe hablarse de intransigencia sino sólo de radicales». Dos delegados protestan por expresiones de Santander referentes al gobierno de Yrigoyen. Luego otro delegado, Sánchez, critica el entendimiento tucumano: «En el pacto de Entre Ríos se guardaron las formas — dice—. En Tucumán no se llegó a una reorganización ni se afiliaron los concurrencistas al partido. De este modo, la UCR sostuvo candidatos extraños a sus filas». Critica también el abandono que del radicalismo riojano hizo el Comité Nacional y luego habla del episodio sanjuanino: «Últimamente el Comité Nacional hizo lo que no pudo ocurrírsele nunca a un radical que respete la memoria de Yrigoyen: pactar en San Juan, poner allí el partido en manos de Federico Cantoni».

«¿Es éste el partido al que ingresé en mi juventud?», concluye Sánchez dramáticamente.

Ahora habla José Luis Cantilo, que nuevamente hace el elogio de Alvear y su política. Cuando el delegado Gatti empieza a usar la palabra, se produce un violento desorden verbal: es que ha calificado de «híbrido» al radicalismo de Entre Ríos... En medio de un clima tenso y embarullado se aprueba, finalmente, el despacho de la

comisión.

Un delegado rubrica el sentido de la votación: «Se dice que el radicalismo sigue la línea de Yrigoyen, pero el pueblo sabe que eso no es cierto...».

Después de lograr la ratificación de la política alvearista, ya no interesaba continuar sesionando. Una o dos veces el cuerpo se reúne en minoría. Inútilmente pide un delegado que se haga saber el despacho de la comisión referente a la conducta de los legisladores radicales en materia de concesiones de servicios públicos. Algún convencional pretende que se averigüe la causa de la falta de número: alguien alega que como el cuerpo se ha desplazado a diversos salones, los delegados provincianos no han sabido llegar... Ya no había interés en continuar. Sin pena ni gloria concluye la Convención de 1939.

Dos semanas más tarde, el Comité de la Capital resuelve tributar un voto de aplauso a Alvear por su discurso en la Convención Nacional.

Otra vez quedaba el radicalismo huérfano de una directiva precisa. Pero esta falta de orientación no era fruto de improvisación o desidia. Es que estaba en marcha un vasto plan piloteado desde la Casa Rosada, tendiente a restablecer en el país la normalidad electoral. Existía la impresión de que el presidente Ortiz abrigaba el propósito de rectificar fundamentalmente la política de Justo en esta materia. No habría oportunidad de comprobarlo hasta las elecciones generales de marzo de 1940; por lo tanto no convenía —decíase— adoptar posturas heroicas hasta ver cómo iba apuntando el designio que se atribuía al presidente. Pero ya existían indicios reveladores de esta posibilidad moralizadora.

Por ejemplo: en marzo de 1938 el Poder Ejecutivo Nacional había intervenido San Juan, fundándose en las denuncias opositoras que acusaban al gobierno conservador de mantener un estado de caos institucional, y las elecciones para constituir los poderes provinciales —marzo de 1939— fueron anuladas debido al fraude perpetrado por aquel partido, como ya hemos visto. Otro ejemplo: en junio de 1938 el presidente Ortiz envía una carta al gobernador de La Rioja sugiriéndole que promueva la modificación de la ley electoral vigente en esa provincia, llamada del «voto optativo», variedad del «voto cantado» que inventara Fresco en Buenos Aires. En marzo de 1938 los dirigentes radicales de Entre Ríos acusaron a funcionarios del Correo de haber alterado y sustituido urnas: el ministro del Interior, Diógenes Taboada, tomó cartas en el asunto, y, aunque no se arribó a ninguna conclusión, se dio la sensación de que había existido sincero interés en el gobierno por esclarecer el episodio.

No eran actos de un coraje civil extraordinario, pero comparados con la permanente actitud de Justo en casos similares, resultaban auspiciosos. A la luz de una mínima perspectiva histórica, es evidente que el presidente Ortiz deseaba restablecer la pureza electoral. Lo movían en ese sentido muchas determinantes: en primer lugar, liberarse en alguna medida de la pesada protección conservadora, no se

olvide que Ortiz provenía de raíces radicales, aunque tibias. Luego, desintegrar por medio de una real compulsión de fuerzas el tejido de intereses que había armado Justo durante su gobierno y que éste pretendía usar en su provecho para una segunda presidencia. Todo esto, naturalmente, sin hacer mención de su sincero propósito de justificar su desgraciado acceso al gobierno mediante la renuncia a seguir usando los métodos que lo habían exaltado (como hiciera Sáenz Peña en su momento).

Pero también existían otros factores que tornaban posible la maniobra que el presidente Ortiz y su ministro Taboada estaban programando. Factores que incidían en la situación política en el mismo sentido pero no con idénticos fines. Ni los más miopes dejaban de ver que la guerra era cuestión de meses. Italia y Alemania habían ya estirado al máximo su política de expansión. Las gestiones de Chamberlain y Daladier durante el año 38 habían dado por resultado concesiones increíbles, pero cada triunfo diplomático del Eje era un punto de apoyo para futuras presiones y chantajes. La guerra estaba quemando ya la faz de Europa. Y las potencias aliadas necesitaban tomar todos los recaudos para fortificar su descuido frente. Mientras Estados Unidos piloteaba la unidad panamericana, Gran Bretaña presionaría para que la Argentina, instintivamente hostil a una vinculación demasiado comprometedoramente con el gran país del Norte, garantizara su apoyo en caso de guerra. Un apoyo traducido en trigo y carnes, mucho más interesante para los ingleses que la eventual contribución humana o estratégica de los argentinos.

Muchos egregios viajeros ingleses, plurales «sirs» y «lords» visitaron el país durante el año 38. Los grandes diarios renovaban entonces sentimentales tiradas sobre nuestra amistad con Gran Bretaña. Era evidente el propósito imperial de estrechar más aún los lazos que unían a ambos países. Negociar con un gobierno impopular sostenido en el fraude o con uno legal y respaldado por la opinión era una opción que no admitía muchas reflexiones. A más, Inglaterra ya no tenía por qué temer una transferencia del poder de las fuerzas concordancistas al radicalismo, ya que el sentimiento democrático preponderante en esta fuerza significaba toda una garantía hacia la causa aliada (aunque algunos núcleos intransigentes como FORJA y el radicalismo cordobés se manifestaron en la línea yrigoyeniana de neutralidad), mientras que en el ala derecha del conservadurismo habían aparecido brotes germanófilos o filonazis.

Por otra parte, un eventual gobierno radical no resultaba ya peligroso a los intereses económicos protegidos por Gran Bretaña. Lo había demostrado la conducción alvearista en varias ocasiones: lo de la CEJADE, la opinión del bloque parlamentario en el asunto telefónico, la falta de un pronunciamiento de la Convención Nacional del 39 sobre el régimen de prestación de servicios públicos, el silencio ante el monopolio del transporte y las leyes bancarias, etc. Por eso, lo que en 1934 había parecido inconcebible —el abandono del poder por la oligarquía—, ahora en 1939 era perfectamente factible. El radicalismo había aprendido a someterse a ciertos compromisos. Los intereses imperiales sabían que la Argentina estaría a su

lado con mayor seguridad a través de un gobierno radical (o de un gobierno apoyado por los radicales) que con uno conservador.



*Alvear en una caricatura de Caras y Caretas, julio de 1939.*

Probablemente Alvear no formuló esta especulación cuando se lanzó a apoyar la causa aliada con toda su pujanza, sin retaceo alguno. Su discurso en la Cámara de Comercio Británica, de que fue huésped de honor en julio de 1940, demostró a los agentes imperiales que un cambio de gobierno no sólo era inofensivo, sino que hasta les convenía. De donde se sigue que los ingleses, como siempre, lograron el milagro de hacer coincidir su propio interés con los altos valores de la libertad y la democracia... La ley del voto secreto nos cayó del cielo tres años antes de la Primera Guerra Mundial. El presidente Ortiz se lanzó a la empresa de restituir la normalidad electoral, meses antes de la Segunda Guerra Mundial. ¿Estaremos condenados los argentinos a que los progresos de nuestro acontecer político ocurran cada vez que el mundo está en vísperas bélicas? ¿Tendrá alguna relación la tranquilidad institucional

argentina con las raciones alimenticias de los eternos mantenedores de la civilización occidental y cristiana?

Naturalmente, esta conjunción de determinantes no significa desconocer la sana intención del presidente Ortiz ni supone que en su voluntad personal hayan mediado presiones imperialistas directas. Pero los caminos del imperialismo —como los de la Providencia— son inescrutables. Léanse, páginas atrás, las comunicaciones cambiadas entre CHADE y SOFINA y piénsese si resulta improbable creer que atrás de un designio político moralizante se movía también un propósito que era vital para Gran Bretaña. Recuérdese que fue Roca el gestor de la frustrada «conciliación nacional» de 1936 y que sería Pinedo el artífice de la «tregua patriótica» —también frustrada— de 1941; vincúlese la actuación de ambos personajes en su relación con los intereses británicos y no ha de ser muy distinta que la nuestra la conclusión a que se llegue.

Sea como fuere, la nueva política del presidente Ortiz abría un nuevo juego. Y en el aspecto interno del radicalismo significaba la justificación de la conducción alvearista, la razón dada a quienes habían aguardado pasivamente el milagro. Dar a la lucha radical un contenido exclusivamente político, sumar fuerzas a costa de cualquier concesión, postergar todo debate ideológico, congelar los equipos dirigentes, silenciar la conducta irregular de concejales coimeros o diputados

aprovechados, no desperdiciar ninguna migaja del fraude, no renunciar a posición alguna, mantener contacto con las fuerzas imperialistas; todo lo que había merecido la crítica de los muchachos de FORJA o del «bloque opositor», todo lo que había provocado el disgusto más o menos doméstico de los núcleos provinciales que empezaban a arrimarse hacia el radicalismo cordobés y que causaron el alejamiento de hombres como Güemes y Rojas o la discreta inactividad de Pueyrredón: toda esa línea política absurda y suicida quedaba justificada y resultaba triunfante ante la posibilidad de que el presidente Ortiz pudiera llevar a feliz término sus intenciones.

Hay que aclarar que estas intenciones se referían solamente al plano político. No alcanzaban, por supuesto, a reparar los actos de enfrentamiento ajustados durante el gobierno de Justo. Ortiz era hombre ligado a intereses británicos y su mentalidad no abarcaba la posibilidad de integrar el proceso de moralidad política con una lucha por cierta autonomía económica. Durante su período se concedieron franquicias de cambio a los ferrocarriles británicos y se sancionó un régimen de privilegio para las empresas que prestaban el servicio telefónico en el país, del mismo modo que se sancionó una «ley del azúcar» que resguardaba la hegemonía de los industriales azucareros.

Pero no se podía pedirle todo. Si lograba romper la armazón del fraude y la violencia, Ortiz ya tendría ganado su puesto en la historia.

Tales eran las circunstancias de este año 39, año de delicadas intrigas y optimistas ilusiones para los radicales, cuya dirección prefirió imponer silencio a la Convención Nacional antes que adoptar posturas de lucha, tal vez inútiles ante el cambio que se produciría en el país desde las altas esferas.

El 1.º de setiembre se cumplía el cincuentenario de la asamblea del Jardín Florida, antecedente de la fundación del radicalismo. Las autoridades de la Capital Federal decidieron celebrar la fecha como onomástico del partido y, al propio tiempo, aprovecharon para rendir homenaje a Alvear, que ese día cumpliría sus cincuenta años de actuación cívica. La celebración era equivocada y falaz<sup>[49]</sup> y el homenaje formaba parte de la atmósfera de adulación con que se estaba rodeando sistemáticamente al jefe del partido, a cambio de lo cual la máquina dirigente obtenía un amplio margen de maniobra en todos los planos. Se realizó un acto público —una especie de funeral cívico al revés— en un teatro céntrico en honor de Alvear. Hubo discursos laudatorios y contestó el homenajeado con un mensaje a la juventud. Ya estaba en prócer. Un prócer que de cuando en cuando tenía *impromptus* temibles, pero que en general dejaba hacer, dejaba hacer... Ya figuraba su nombre, invariablemente, en la trilogía de héroes con que se vestía el partido: Alem, Yrigoyen, Alvear. Recibió centenares de cartas afectuosas de todo el país. Hasta versos alusivos:

DEL SEÑOR FRANCISCO LOMBARDO AL DOCTOR MARCELO T. DE ALVEAR

«Para el doctor Marcelo T. de Alvear al cumplir los 50 años de su actuación política en el Partido Radical.

Festejo el aniversario  
Con honda satisfacción,  
Por la brillante actuación  
Del gran correligionario.

Fue mandatario sin par  
Y, gozó nuestro país,  
La época más feliz  
De su gobierno ejemplar.

Y, con inmensa emoción  
Vaya mi salutación,  
A mi jefe distinguido,  
Que desde su juventud

Sintió profunda inquietud  
Por el bien de su partido.  
Buenos Aires, setiembre 1.º de 1939».

Estaba a pocos días de cumplir 71 años. Ahora caminaba pesadamente, apoyándose en un grueso bastón. El casco de cabello que enmarcaba su clásica tonsura estaba completamente blanco y se le habían suavizado las líneas del rostro, que a veces semejava un poco la cara de un viejo *clown* con su gran nariz —delicia de los caricaturistas— y su sonrisa bondadosa. Ya haría ocho años que era presidente del partido, ocho años que ejercía esa jefatura más o menos admitida por todos, tan despótica como la de Yrigoyen —aunque él creyera sinceramente que no era así—. Era una figura consustanciada con el país: la gente lo saludaba respetuosamente cuando lo veía, por las tardes, caminar por la calle Corrientes para entrar a los cines de noticiarios. Ni los irrespetuosos muchachos de FORJA —los que lo llamaban cruelmente «Marcelo U. T. de Alvear»— dejaban de sentir la imponencia de esta figura que, con todos sus errores, hacía lo que buenamente podía para llevar con bien a su partido hacia mejores tiempos.

Ahora parecía que desde las alturas de la Casa Rosada los tiempos iban a mejorar, y Alvear, consciente de que a su edad ya no podía aspirar a nada, paladeaba por lo menos la posibilidad de un triunfo que tal vez no alcanzaría a ver...

Este primero de setiembre de 1939, mientras se agasajaba a Alvear, la Wehrmacht invadía Polonia. Dos días más tarde, Inglaterra y Francia declaraban la guerra a Alemania.

El fin de año iba a traer novedades interesantes, por su proximidad a las elecciones de febrero y marzo, en las que diez distritos renovarían 82 diputados, y siete provincias elegirían nuevos gobernadores, incluida Buenos Aires. La expectativa que rodeaba a la futura actitud de Ortiz no excluía el descontento interno del radicalismo, agudizado por la derrota en toda la línea que habían sufrido los sectores intransigentes en la Convención Nacional de mayo. En octubre (1939),

Arturo Frondizi, Mario Bernasconi, Arturo Boote, Gerónimo Grisolia, Alfredo Ribas y otros fundan una «Junta de Refirmación Radical» que propugna una «renovación profunda de la organización y los cuadros directivos del radicalismo» y postula una serie de reivindicaciones económicas y sociales, entre ellas la nacionalización de los servicios públicos. Semanas más tarde, la comisión organizadora del Primer Congreso Metropolitano de la Juventud Radical realiza varios actos parroquiales criticando acerbamente a la conducción partidaria; andan en eso Ataúlfo Pérez Aznar, Ricardo Sangiocomo, Felipe Montes de Oca y otros muchachos. En esos días, también, se había producido en Córdoba una recia lucha interna para elegir candidato a gobernador. La contienda se había planteado en torno a los nombres de Agustín Garzón Agulla y Santiago del Castillo. Triunfó el segundo y los perdidosos quejaronse al Comité Nacional. Tratóse en el alto organismo la elección interna cordobesa y se decidió tenerla por correcta, como realmente había sido. Pero la mera posibilidad de una injerencia del Comité Nacional en el distrito encrespó a los dirigentes locales, y el presidente interino del Comité de Córdoba, Mauricio Yadarola, al entregar su cargo al sucesor, Gabriel Oddone, formuló severas manifestaciones con respecto al organismo que presidía Alvear: «Ese Comité Nacional [...] que desde hace varios años viene tolerando y propiciando una política suicida de conciliación y colaboración con gobiernos fraudulentos, que ha hecho adormecer en el pueblo su fe en la democracia...».

Pero la posibilidad de una mejoría en el panorama político hacía cerrar las filas a los cuadros dirigentes del radicalismo. Era necesario mantener las posiciones internas y los resortes productores de candidaturas a la espera de que la época de las vacas gordas no los pillara descuidados, de modo tal que el tránsito de las jerarquías internas a las jerarquías oficiales se produjera suavemente, sin alteración... Así, cuando algunos delegados al Comité de la Capital Federal proyectan reformar el sistema electoral interno implantando el sistema de mayoría y minoría para la confección de listas de candidatos, la mayoría sumerge el proyecto en una comisión de la que no habría de salir más. En las elecciones internas de febrero (1940) la «trenza» funcionó con una eficiencia incontrastable. Se decidió reelegir a la mayoría de los diputados en ejercicio, y completar la lista con tres o cuatro dirigentes parroquiales. El afiliado no tuvo otra opción que la de tachar algunos nombres de la lista que le sometió el grupo mayoritario. Así se explica que de 120.000 afiliados que estaban inscriptos en el radicalismo metropolitano no votaron más de 40.000 y que después del escrutinio se plantearan enojosas cuestiones sobre «borratinas» organizadas, «votos en cadena», etcétera. Por su parte la Convención de Buenos Aires violaría expresamente la Carta Orgánica —naturalmente «por esta vez»— eligiendo por sí la lista de candidatos a diputados, sin someterla al voto directo de los afiliados.

Y la época de las vacas gordas parecía aproximarse cada vez más. A mediados de

diciembre, cuando el público porteño estaba pendiente de la batalla naval del Río de la Plata y un eco de la guerra llegaba trágicamente en la bala suicida del comandante del *Graf Spee*, se produce el esperado signo de la bonanza.

Se habían efectuado elecciones de gobernador en Catamarca. Los comicios fueron irregulares y violentos. En Andalgalá ocurrió un sangriento tiroteo y el fraude fue rigurosamente organizado por un senador nacional conservador. El Poder Ejecutivo Nacional estudió durante diez días las denuncias formuladas y finalmente envió un mensaje al gobernador, comunicándole que a su juicio las elecciones eran nulas. Por lo tanto —anunciábase—, si los poderes provinciales no lo reconocían así, el Poder Ejecutivo Nacional intervendría la provincia.

La noticia cayó como una bomba en todos los campos políticos. El gobernador de Catamarca, perdido por perdido, contesta rechazando los cargos y manifestándose ingenuamente extrañado por la «amenaza» presidencial. El vicepresidente Castillo —vinculado por su origen a la provincia— se solidariza públicamente con el gobernador. Se reúne el Comité Nacional de los conservadores y publica una declaración aplaudiendo «la defensa de la autonomía» significada por la actitud del gobernador encapillado y criticando la actitud del presidente Ortiz. Los discursos que se pronunciaron en aquella reunión fueron de franco rompimiento. Se decía que los tres ministros conservadores —Groppo, Alvarado y Padilla— renunciarían. Parecía que la Concordancia vigente desde 1931 iba a quebrarse.

En el campo radical se produjo, en cambio, un delirio de alegría. El Comité de Buenos Aires aplaude oficialmente la decisión del presidente Ortiz. El bloque parlamentario radical le envía un telegrama expresando que la actitud «abre la era de nuestra reconstrucción institucional». Días después, Alvear pronuncia palabras de idéntico sentido en el Comité Nacional, que el cuerpo ratifica y hace suyas, y varios distritos provinciales hacen pública su solidaridad en la emergencia con el presidente de la Nación.

No se concretó todavía la prevención presidencial porque era necesario esperar que los organismos legales de Catamarca se pronunciaran sobre la elección: pero el signo ya estaba dado. El radicalismo bonaerense arreció la campaña que estaba realizando desde meses atrás en procura de la intervención nacional para que la renovación de gobernador se efectuara con todas las garantías: en un solo día se llevaron a cabo con tal motivo 110 actos en otros tantos partidos de la provincia. A su vez, los sectores concordancistas se llaman a la reflexión y deponen un tanto su actitud agresiva: no se producen renunciaciones ministeriales y todos quedan a la expectativa de lo que va a ocurrir en el verano de 1940.

Toda la atención centróse en la campaña bonaerense. La Unión Cívica Radical había proclamado candidato a gobernador al doctor Obdulio Siri.<sup>[50]</sup> Los conservadores, tras un arduo proceso interno, a D. Alberto Barceló, el *boss* de Avellaneda. A través de la campaña electoral, Siri afirmó la seguridad de que habría comicios limpios o Buenos Aires sería intervenida. Se creía más en la segunda

posibilidad que en la primera; pero de todos modos, Fresco tomó algunas medidas formales que parecían rectificar actitudes anteriores y se cuidó bien de no repetir palabras de desafío como las que pronunciara al celebrar en 1939 el aniversario del 6 de setiembre, cuando aseguró públicamente que los radicales «no pasarían» y que eran indignos de llegar al gobierno.

Las nuevas garantías prometidas por Ortiz prestaban a las elecciones de febrero-marzo un interés desacostumbrado. Ahora se vería si el radicalismo era capaz de imponer su fuerza electoral.

Por fin, el 25 de febrero (1940) se realizan las elecciones de Buenos Aires. Existía la clara impresión de que el Poder Ejecutivo Nacional no toleraría una elección fraudulenta. Días antes se había hecho efectiva la anunciada intervención a Catamarca, y durante todo el proceso electoral de Buenos Aires el ministro Taboada había mantenido una actitud vigilante. Pero ya no era necesario el fraude violento para que el oficialismo triunfara, porque la ley electoral bonaerense abría todas las posibilidades del escamoteo. Por consiguiente, esta vez el fraude no varió; varió solamente la forma de perpetrarse. No hubo violencias, pero se sufragó con libretas previamente secuestradas, se practicó el «voto cantado» y quedó inaugurada una nueva variedad de la superchería electoral, con el uso de urnas pequeñas que impedían a los opositores depositar el sobre en ellas, por estar ya repletas de votos oficialistas.

Demostrado que el gobierno de Fresco se reía de las garantías presidenciales, ahora tenía la palabra el Poder Ejecutivo Nacional. En el radicalismo había una fuerte corriente de opinión tendiente a no concurrir a las elecciones de diputados nacionales que debían realizarse el domingo siguiente. No había dudas de que se repetiría el bochorno del 25 de febrero. Pero ya Ortiz se había decidido a intervenir la provincia y estaba auscultando el ambiente sobre todo en los círculos militares para no dar un paso en falso. Ocurría que Justo, con sus vinculaciones en los comandos metropolitanos, presionaba sordamente en defensa de Fresco. Sin embargo, todos los jefes consultados expresaron su absoluta adhesión al poder civil. Y ante la posibilidad de la abstención radical, el ministro Taboada llamó a Martín Noel y le pidió que avisara a Alvear la necesidad de que la Unión Cívica Radical no dejara de concurrir a los comicios nacionales, en la seguridad de que, fueran correctos o no, se prestaría un servicio al país. Alvear comprendió el valor entendido que suponía el mensaje, y ordenó la concurrencia, pasare lo que pasare. El día antes del comicio, el Comité de la Provincia envió una circular confidencial a todos los organismos locales:

«Aseguramos que la provincia será intervenida. El fraude del 25 no quedará impune. Desvirtúen las versiones en contrario que hacen circular los adversarios para sembrar escepticismo».



*Alvear dirige uno de sus discursos en 1939.*

Ese 3 de marzo de 1940 se votó con relativa normalidad en todo el país, incluso en Buenos Aires. El respaldo del poder federal frenaba a los oficialismos, y Fresco había creído cambiar la impunidad de la situación provincial por una elección relativamente correcta en el orden nacional. Ya se estaba haciendo el escrutinio de la elección provincial, que acusaba una leve mayoría radical, pues Fresco había regulado la elección de suerte que diera la sensación de una reñida contienda cívica.

Pero la sanción ya está resuelta. El 8 de marzo, después de un largo acuerdo de gabinete, se anuncia oficialmente la intervención a Buenos Aires. En La Plata se producen manifestaciones populares y los comités radicales disparan bombas. Ese mismo día un alto jefe del ejército concurre a La Plata en nombre del Poder Ejecutivo Nacional, con expresas indicaciones de proceder a hacerse cargo del gobierno sin permitir discursar a Fresco o revestir el acto de la teatral solemnidad de que gustaba. Así se hace, y Fresco, que durante su período había compadreado con la exhibición de las policías militarizadas y su desprecio por la ley, debe retirarse ingloriosamente. De su gobierno puede decirse que fue exhibicionista y violento: impuso la enseñanza religiosa por decreto, persiguió a las cooperativas eléctricas, oficializó el juego y mantuvo un régimen de intimidación permanente. Fue el primer ensayo de fascismo que se hizo en el país. A cambio de todo esto, construyó algunas obras públicas, entre ellas, ciertas horribles pérgolas que todavía infaman las plazas de muchas ciudades de la provincia.

Ahora, todo el armazón de intereses que había arquitecturado se derrumbaba con esta afrentosa intervención federal al filo mismo de su cesación como gobernante.

El país entero aplaudió la medida profiláctica tomada por Ortiz. De buenas a

primeras el presidente se había convertido en un hombre popular. En un viaje que realizó a Mar del Plata fue ovacionado por una multitud que concurrió espontáneamente a recibirlo. Sentía el apoyo de la opinión, en la medida en que se le alejaban elementos espurios que habían contribuido a exaltarlo al gobierno y que ahora lo tildaban de traidor.

A fines de marzo se votó en la Capital Federal. Cuando terminó este escrutinio pudo apreciarse el nuevo panorama político del país. El radicalismo había ganado la mayoría en las elecciones de diputados realizadas en Capital Federal, Buenos Aires, Santa Fe, Mendoza, Jujuy, Entre Ríos y Tucumán. Había obtenido una nueva gobernación: Jujuy, donde fue elegido el doctor Raúl Bertrés, y asegurado la continuación del gobierno radical en Córdoba, con Santiago del Castillo. Tenía quórum propio en Diputados: 80 legisladores. El triunfo en Buenos Aires, Santa Fe y Mendoza era bien significativo de la vigencia mayoritaria del partido que presidía Alvear.

Era el triunfo soñado desde el levantamiento de la abstención. Se había producido el milagro esperado, sin necesidad de revoluciones ni actitudes demasiado heroicas. Una vez finalizada la intervención en Buenos Aires, San Juan y Catamarca, tal vez se pudiera contar con tres provincias más, y entonces nadie podría arrebatarse la futura presidencia al radicalismo. Se estaba viviendo un maravilloso sueño: ¿quién sería osado de criticar al viejo jefe que había conducido con tanto acierto al partido, desde el ostracismo de los años 30-35 hasta esta perspectiva cierta de victoria?

Al finalizar la campaña electoral de Buenos Aires, Alvear había anunciado públicamente que si triunfaba la fórmula Siri-Juárez se retiraría de la política considerando concluida su misión. El triunfo no se había hecho efectivo, desde luego, porque la intervención significó automáticamente la anulación de las elecciones del 25 de febrero. Pero el paisaje político auguraba un triunfo a plazo cierto. Sólo se necesitaba que Ortiz continuara en su firme orientación, y de esto no cabía duda, pues ya se había dado el paso más difícil y los conservadores estaban prácticamente en estado de guerra con el gobierno, habiendo renunciado los ministros de esta tendencia.

Alvear reflejaba el estado de ánimo que vivía el radicalismo por esos días, con las palabras pronunciadas en el banquete que se ofrecía a Bertrés, gobernador electo de Jujuy: «Estos banquetes a gobernadores radicales electos, que hace algún tiempo eran una cosa tan rara, hoy día se están generalizando tanto que dentro de poco tiempo vamos a tener un banquete por semana...».

En verdad, Alvear parecía recoger el fruto de una gran política. Por esos días, el presidente del radicalismo recibía más felicitaciones que el presidente de la Nación.

—Yo, que he estado en Francia al lado de Poincaré y de Clemenceau —comentó con uno de sus secretarios mientras contestaba la correspondencia que lo abrumaba con motivo de la intervención a Buenos Aires—, ¿no iba a aprender algo de ellos? ¿Se creen que iba a ser tan...? (y aquí una de sus irrepetibles expresiones).

Era un espíritu exultante, que parecía desquitarse de aquellas horas melancólicas y desconcertantes del 37, del 38, cuando no se veían salidas ni para el radicalismo ni para el país. No es raro que por entonces proliferaran las expresiones de aplauso de organismos radicales hacia Ortiz, en tal profusión, que Alvear debió puntualizar la posición del partido en una reunión del Comité Nacional (mediados de abril), estableciendo que «tendremos puntos obligados de coincidencia de bien público con el Poder Ejecutivo, pero nosotros no somos el partido del presidente ni el primer mandatario es presidente de nuestro partido».

Pasados los meses políticos y sus obligadas secuelas —elección de autoridades, de diputados, etc.—, la política empezó a adormecerse un tanto. Había que esperar el desenvolvimiento de la intervención de Octavio Amadeo en Buenos Aires. Mientras tanto, el país suspendía el aliento ante el arrollador avance alemán sobre Francia.

Porque ningún acontecimiento europeo tuvo jamás en el país una repercusión tan grande como la Segunda Guerra Mundial. No era solamente el interés que un suceso de tal magnitud podía suscitar aquí: esto era ya la reedición incruenta de la misma lucha que se desarrollaba en Europa. La guerra nos dividió, nos encontró y dispuso al país según los patrones que estaban en juego en el viejo continente. Todos los que por cualquier razón aborrecían a Inglaterra, todos los que simpatizaban con los totalitarismos, se enancaron en las victorias germanas como si fueran triunfos propios. Apareció por entonces una prensa pronazi que recogía las peores características de aquel sistema: agresiva, racista, desdeñosa de todos los valores de justicia y de derecho. A su vez, los sectores aliadófilos se encresparon en una histórica sensibilidad que les hacía ver nazis, espías y «quintas columnas» en todos lados.

Aquéllos señalaban las expoliaciones de que había sido víctima la Argentina por parte de Gran Bretaña. Las Malvinas, los primeros empréstitos y la dependencia económica de nuestro país fueron agitados como bandera de combate antibritánica. Pero no se adivinaba en esas campañas un designio liberador, sino simplemente el deseo de facilitar el cambio de amo. Se embobaban con la potencia germana, justificaban todas las agresiones nazis y copiaban hasta el vocabulario nietzscheano y la escenografía wagneriana que caracterizaba el sistema de Hitler. Por su parte, los aliadófilos renovaban su adhesión a Inglaterra con un fervor que llegaba a la aberración. El infortunio de Francia era deplorado en muchos sectores con más intensidad que nuestras propias desgracias y parecía pecado de lesa democracia pretender que el país aprovechara la coyuntura histórica para liberarse de los pesados vínculos que lo ligaban al Imperio.

Este estado de espíritu daba la medida del vasallaje mental en que se encontraba el país. Se era nazi o se era «cipayo»: nadie reconocía la posibilidad de una posición mental como la que propugnara Yrigoyen en similar evento: «con nadie contra nadie, con todos para bien de todos». Parecía inevitable caer en uno de los términos de la

disyuntiva forzosa que se nos imponía. Era el resultado de largos años de coloniaje intelectual. Alvear, que desde el primer momento proclamó su apoyo sin retaceos a la causa aliada, reflejaba con exactitud la mentalidad que señalamos en las palabras pronunciadas en julio de 1940 en la Cámara de Comercio Británica: «Existen aquí argentinos que, equivocada o indebidamente sugestionados, hablan apasionadamente contra Inglaterra, guiados, estoy seguro de ello, no sólo por su inclinación por los países totalitarios, sino también por su manifiesta hostilidad contra la democracia...».

Quedaba prohibido, pues, a los hombres democráticos plantear la relación de Inglaterra y Argentina con un sentido emancipador, porque entonces... se era nazi. Intereses perfectamente individualizados contribuían a avivar esta división: de un lado, ciertos diarios notoriamente subvencionados por la embajada alemana; del otro, organizaciones de ayuda a los aliados o de difusión democrática que estaban al servicio de los intereses británicos o yanquis. Con lo que el país continuaba distrayéndose de sus propios problemas y proseguía moviéndose sobre valores extraños, prolongando un estado de cosas en lo político, social y económico que requería urgentes replanteos.

El nacionalismo, que venía arrastrándose sin mayor concreción política desde tiempos de Uriburu, capitalizaba el entusiasmo suscitado en algunos grupos por la posibilidad de un «nuevo orden» mundial. La Alianza de la Juventud Nacionalista actuaba públicamente desde 1938, y sus formalidades patrioterías y novedosas embelesaban a muchos hombres jóvenes, principalmente universitarios y militares. Fresco, repuesto de su defenestración, daba conferencias sobre «La hora actual». Como respuesta, en junio de 1940 se funda «Acción Argentina», con el objeto de constituir una «unión sagrada», en defensa de «la integridad del territorio argentino, su soberanía política y su independencia económica». Firmaban el manifiesto muchos dirigentes de los partidos democráticos, encabezados por Alvear. La organización contó bien pronto con un gran apoyo económico y fundó filiales en todo el país. Naturalmente, al integrarla hombres de todos los sectores políticos, su acción debía ser, como fue, meramente verbalista.

En el plano económico, la guerra trajo aparejada a la Argentina una mutación extraordinaria. Frenóse el drenaje de divisas al reducirse la importación, creáronse nuevas industrias para suplantar los productos que ya no podían llegar y se fueron acumulando a nuestro favor grandes reservas de oro en los países beligerantes, principalmente en Inglaterra. Una lenta pero continua inmigración interna fue poblando las grandes ciudades del litoral para llenar las vacantes que ofrecían las incipientes actividades industriales. Desapareció la desocupación y se produjo una rápida circulación de bienes. En cambio, conviene señalar que la guerra provocó la declinación de los intereses británicos en el país, al reducir al mínimo sus exportaciones y convertir a Inglaterra en deudora. Los Estados Unidos aprovecharon los dos años de paz que le quedaban para intensificar sus relaciones con la Argentina. Se concedió un empréstito, se concertó un tratado de comercio, se creó una

Corporación para el Fomento del Intercambio con Estados Unidos y los viajeros argentinos que antes paseaban en Europa empezaron a buscar el camino del norte, entre ellos, no pocas personalidades —como Miguel Ángel Cárcano y Federico Pinedo— que hasta entonces habían estado en una rendida línea probritánica. Grupos económicos que piloteaban la naciente industria empezaron a tener injerencia en la evolución política, y el nuevo proletariado urbano comenzó a cobrar conciencia de su fuerza. Pero todo eso se apreciaría recién cuatro o cinco años más tarde y estaría vinculado a otros sucesos que no habremos de relatar.<sup>[51]</sup>

Por ahora baste con señalar que el conflicto bélico estaba en primer plano y que a través de toda la política de aquellos años se encuentra presente, en una u otra forma, y, en ciertas ocasiones, decisivamente.

Por de pronto, también tuvo incidencia en el seno del radicalismo. Si bien la enorme mayoría del partido abrigaba simpatías por la causa aliada en la medida que ésta significaba la defensa de los valores de la democracia, repetidas declaraciones de Alvear en favor de Gran Bretaña provocaron algunas molestias en ciertos sectores que deseaban una postura menos comprometida y más acorde con los antecedentes yrigoyenianos. Suscitóse el debate en una reunión del Comité Nacional, en julio (1940). Ante la mera insinuación de un delegado —Fuentes Pondal— en el sentido de que no correspondía al presidente del radicalismo formular declaraciones tan terminantes contra naciones con las que se mantenían relaciones diplomáticas, Alvear, en uno de sus característicos *impromptus*, abandonó la presidencia exclamando: «No se puede ser radical y totalitario. Si en mi partido hay nazis, yo estoy de más en este cargo». El cuerpo decidió convocar a la Convención Nacional para que ésta ratificara una declaración adhiriéndose a la causa de los países que luchaban por la democracia; y en cuanto al delegado Fuentes Pondal, se le obligó a renunciar planteándosele cuestiones reglamentarias. Esta reunión de la Convención Nacional (setiembre de 1940) fue más desgraciada todavía que la de mayo del año anterior. Pueyrredón alcanzó a inaugurarla pronunciando un gran discurso. Pero allí terminó todo, pues se organizó un deliberado ausentismo —sobre todo por parte de la delegación metropolitana— y el cuerpo no pudo continuar sesionando.

Coincidió esta época, la de los grandes triunfos alemanes, con un momento difícil para las instituciones argentinas provocado por dos circunstancias que conmovieron a la opinión pública: la delegación del mando presidencial y el asunto de las tierras de El Palomar.

Ortiz había rendido al máximo de su tensión al resolverse la crisis de Buenos Aires, pero era ya un hombre enfermo y su mal venía de años atrás, con características crecientes. Varias veces en el curso de su mandato había rehuído, alegando distintas razones, compromisos oficiales demasiado fatigosos para su estado. A principios de julio delegó el mando en el vicepresidente Castillo. Se dio poca trascendencia al hecho, como si se tratara de un descanso relativamente corto,

pero lo cierto es que no volvería a asumir más el poder. El pueblo, con su certero instinto, palpó que eso sería así y deploró la emergencia, que podía hacer peligrar la sana reacción iniciada por el presidente.

Lo de El Palomar fue un acontecimiento hábilmente explotado por los sectores nacionalistas, que lo señalaron como índice de la corrupción e incapacidad de las instituciones democráticas. Se trataba de unas ventas de tierras para el Ministerio de Guerra, cuya investigación demostró la complicidad de algunos legisladores y echó sombras sobre la actuación de ciertos funcionarios. Al debatirse el asunto en el Senado, la impresión popular fue grande. Tres legisladores radicales estaban aludidos como cómplices del negociado, aparte de un ex diputado conservador que en su momento fuera presidente de la cámara joven. Mientras el senador Palacios informaba el despacho de la comisión investigadora que presidía, ocurrían tumultos en Buenos Aires. Corría el fin de agosto de 1940, y el episodio iba adquiriendo un dramático *crescendo*. Se reúne el Comité Nacional y resuelve investigar la conducta de los correligionarios implicados. El día 20, Ortiz, enfermo en la residencia presidencial de la calle Suipacha, conferencia con todos los ministros y es visitado por Alvear, que también había concurrido a verlo cinco días antes. Al día siguiente se anuncia que Ortiz ha renunciado. Consideraba que el Senado no había aclarado con suficiente claridad su absoluta desvinculación con el mecanismo del negociado. Se habla de un golpe de Estado. El bloque parlamentario radical y el Comité Nacional, urgentemente reunidos, resuelven votar por el rechazo de la renuncia. Manifestaciones populares llegan hasta la casa de Ortiz, expresándole su simpatía. Lo que había empezado por ser un hurto administrativo —y no de los más grandes— amenazaba convertirse en una crisis política. El suicidio de uno de los legisladores radicales comprometidos pone una nota dramática en el tenso ambiente de esos días.

Finalmente, se reúne la Asamblea Legislativa y por virtual unanimidad rechaza la renuncia del presidente. Tres días más tarde renuncia el gabinete de Ortiz, al que el ministro Taboada le imprimiera su característica de equipo neutral y moralizador. La imposibilidad física del presidente hacía insostenible la posición del gabinete Taboada que, sin mediar requerimiento de Castillo, presentó su renuncia colectiva.

El 2 de setiembre se conoce el nuevo ministerio. No siendo más que «vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo», las condiciones estaban dadas para que el juego de Castillo pudiera prescindir del enfermo de la calle Suipacha.

Por de pronto, era cauto. Un ministro del Interior casi desconocido; en Relaciones Exteriores y Hacienda, dos viejos amigos de Inglaterra, Roca y Pinedo. Y el resto de los colaboradores, más o menos descoloridos.<sup>[52]</sup>

La delegación de Ortiz y el nuevo gabinete de Castillo empezaron a desvanecer las perspectivas que se habían abierto para el radicalismo desde diciembre del año anterior. Ya se notaba una baja en el tono de las expresiones partidarias. En julio se había formado una comisión presidida por Juan B. Fleitas e integrada, entre otros, por Sabino Adalid, Guillermo Watson, Diego Luis Molinari y Jorge Ibarra García, que

propugnaba la afirmación del radicalismo sobre principios yrigoyenianos y formuló las críticas más duras que recayeron en esos años sobre Alvear. Ni siquiera se salvó Pueyrredón, que generalmente constituía la esperanza de los disidentes. «Ir de Alvear a Pueyrredón sería como ir de Herodes a Pilatos», se llegó a decir en la reunión. En el seno del Comité Nacional, que solía reunirse una o dos veces por mes, Sanmartino atacaba constantemente las directivas de Alvear. «Este Comité no puede ser una especie de concilio canónico, donde el mayor trabajo parece ser el de no contrariar al presidente» —dijo Sanmartino en una ocasión—. Pero la crítica más sustancial y profunda que se formuló en ese año 40 contra el estado de cosas vigente en el partido fue dicha por un dirigente juvenil de Buenos Aires, un rusito desprolijo y movedizo en quien años después las nuevas generaciones verían el auténtico representante de sus anhelos. Se llamaba Moisés Lebensohn y habló en un Congreso de la Juventud Provincial, en Chivilcoy. Fue la más cruda radiografía que se hizo de las modalidades partidarias de la época.<sup>[53]</sup> Atacó la infiltración de tendencias conservadoras en el radicalismo, la falta de una programación orgánica, la política «del servicio personal», la declinación de los cuadros dirigentes, las fallas de la estructura interna y la necesidad de que la temática radical trascendiera el plano meramente político, para dar a los ciudadanos banderas de lucha por las cuales pudieran realizar cualquier sacrificio.

La verdad es que se estaba haciendo de Alvear una especie de fetiche intocable, todas cuyas palabras se alababan, cuya figura se exaltaba a cada momento. En el aniversario de la Revolución del 90 la mayor parte del discurso pronunciado por un representante del Comité de la Capital en el mausoleo de los caídos del Parque fue dedicada a hacer la apología de Alvear. La mayoría de los radicales lo apoyaba y le guardaba afecto; pero se estaba ya haciendo una política de unanimidad que excluía toda crítica a la orientación del jefe.

Y, en verdad, el éxito o el fracaso de la dirección alvearista ya no dependía del propio acierto, sino de una circunstancia fisiológica: la salud de Ortiz. Si el presidente se restablecía, era probable que su propósito moralizador pudiera continuar. Pero si continuaba su enfermedad, era evidente que Castillo, conservador neto, no habría de permitir que las posiciones claves pasaran a manos del radicalismo.

Las elecciones de Santa Fe (diciembre de 1940) y Mendoza (enero de 1941) para renovar gobernadores serían la piedra de toque de la política de Castillo. El triunfo de marzo en ambas provincias hacía pensar que los oficialismos locales no podrían impedir una nueva victoria radical. Pero bien pronto quedó demostrado que, ausente Ortiz, el fraude volvía por sus fueros. Lo de Santa Fe retrotrajo la provincia a la elección de Iriondo, en 1937. Hubo hechos violentos, como el asesinato del general Conrado Risso Patrón, dirigente radical del interior, y existió una sustitución de actas probada hasta la saciedad. Después del comicio la indignación popular se volcó en las calles de Santa Fe y Rosario y se produjeron nuevas violencias contra la oposición.

En Mendoza se creó un clima jamás visto con anterioridad. Días antes de las



elecciones, la provincia fue invadida por bandas de «bravi» y pistoleros, reclutados en San Juan y en Avellaneda, que intimidaron a la oposición en toda forma: en Guaymallén fue muerto el doctor Ernesto Martons y en otros distritos ocurrieron hechos similares. El día de los comicios la provincia parecía una zona ocupada: había barricadas para impedir el paso de los opositores y en muchos lugares los maleantes al servicio del conservadurismo rodeaban con armas largas las mesas electorales. Así fueron elegidos gobernadores los doctores Joaquín Argonz y Adolfo Vicchi, en Santa Fe y en Mendoza, respectivamente.

*Alvear, con una imagen más madura, llega a Miramar en 1940.*

## Tiempos para guiñar el ojo

El radicalismo sintió dolorosamente este golpe, del mismo modo que toda la opinión no comprometida con el oficialismo. La reunión que celebró el Comité Nacional para tratar el caso Santa Fe reflejó el estado de ánimo por el que atravesaba la Unión Cívica Radical. Abrió el debate Sanmartino con un discurso duro, de agudo sentido crítico, hacia la conducción partidaria. Sostuvo que la culpa del fraude la tenían en cierto modo los radicales por confiar en los gobiernos fraudulentos; que la salvación no podía venir de arriba y que era urgente una renovación de valores en la dirección del partido. Sostuvo que, de continuar la política que hasta entonces se había llevado, la «Unión Cívica Radical terminaría por convertirse en una sucursal clandestina de la oligarquía».

Un largo silencio quedó flotando cuando Sanmartino concluyó su larga exposición. Lo rompió Alvear. Pocas veces habló con tanta tristeza, con un desgano tan acusado: «Yo también deseo que se renueven las autoridades partidarias. Lo deseo vehementemente. No es grato, a cierta altura de la vida, luchar sin interés, sin ningún anhelo más que servir al país. No es grato este puesto de privilegio en la Unión Cívica Radical. He tenido muchas amarguras en los últimos años. He sido vejado, he sido agraviado, he sido burlado...».

Y siguió hablando el viejo jefe, abriendo su corazón a la silenciosa asamblea. Era la decepción del hombre que había entrevisto la posibilidad de concluir dignamente, triunfalmente, su ciclo político y que repentinamente cae en cuenta que todo ha sido un espejismo. Debía de ser duro percibir que, después de todos esos años, sólo estaba en el principio. Su lucha no había servido de nada. El triunfo de su partido, la estabilización de las instituciones democráticas en las cuales creía profundamente, dependían ahora de factores inciertos: la salud de un enfermo ilustre o la gana de un gobernante enigmático. Y a los 72 cabales años esto era duro, muy duro.

Una gran expectativa se abría en el país. ¿Qué actitud adoptarían los radicales? Tenían el control de la Cámara de Diputados, es decir, la llave de las sanciones legislativas. Crecía el deseo de que el radicalismo se abstuviera de colaborar con el gobierno mientras no fueran reparados los desbordes de Santa Fe y Mendoza. En

noviembre el ministro Pinedo había presentado una serie de proyectos que se titularon «de reactivación económica» y que pretendían, según su autor, paliar las consecuencias de la guerra en el país. Una actitud del radicalismo en el sentido expuesto podía significar la imposibilidad de que esas medidas legislativas tuvieran sanción.



—Lleve usted, doctor Pinedo, el paraguas.  
—No, doctor. Yo creo que más lo va a necesitar usted...

*La revista Ahora publica esta caricatura en enero de 1941.*

económica» y que Pinedo habría propuesto la integración de listas mixtas en las futuras elecciones.

Entonces se va produciendo una reacción en el partido. La adelanta, en cierto modo, Pueyrredón, que al día siguiente de la entrevista Pinedo-Alvear envía un telegrama a las autoridades partidarias de Mendoza en el que repudia en forma terminante la posibilidad de que los fraudes queden sin sanción. Luego se realiza un acto en el teatro Marconi, organizado por un comité parroquial de la Capital. Hablan varios oradores que puntualizan la necesidad de que el gobierno demuestre su sinceridad antes de pedir tregua al radicalismo, y cierra el acto Emir Mercader, que señala violentamente la maniobra. Al día siguiente, Amadeo Sabattini expresa en declaraciones a los diarios: «Que prueben con los hechos: estamos cansados de palabras. Que convoquen a elecciones dentro de 30 días a las provincias intervenidas y luego el partido colaborará con ellos dentro de lo correcto. Es mi opinión categórica y terminante. Cualquier resolución que tome don Marcelo, estaré a su lado. No tengo ningún inconveniente en manifestarlo».

El 12 de enero se reúne en el domicilio de Alvear un selecto grupo de dirigentes. El Comité Nacional había fenecido su mandato al igual que la Convención, y se consideró que una gestión extraoficial como la que iniciara Pinedo no merecía más

que un análisis informal. Alvear informó sobre el trámite, que no constituía una proposición concreta sino más bien un acercamiento con vistas a eventuales coincidencias. Ravignani pidió que se nombrara una comisión para examinar el caso con más detenimiento. Pero Pueyrredón tuvo esta vez una actuación decidida, tajante. Manifestó que, previo a toda conversación en tal sentido, era indispensable la anulación de los hechos fraudulentos recientes y que no era el radicalismo quien debía tomar una iniciativa de colaboración, sino el gobierno, demostrando su sinceridad. Así se aprobó, y de inmediato una delegación de los concurrentes visitó a Ortiz para informarle.

Por su parte, el bloque parlamentario declaró que «toda obra legislativa imprescindible para el desenvolvimiento económico, financiero y social de la Nación constituye un propósito permanente de los legisladores de la UCR, pero también considera que todo poder que no cumpla con nuestra carta fundamental no ofrece las garantías morales indispensables para el cumplimiento de las leyes que se dictarán».

Estaba el Congreso reunido para extraordinarias, con asuntos importantes a tratar, entre ellos el presupuesto y el Plan Pinedo. La actitud del bloque, pues, podía acarrear trastornos imprevisibles. Castillo se mantenía terco e impenetrable, y en mensajes oficiales como en declaraciones públicas manifestó su extrañeza de que «episodios electorales de una o dos provincias» pudieran paralizar la vida de la Nación. Llegó a saberse que había expresado su relativa preocupación por el conflicto: «si faltan leyes sobrarán decretos», dicese que manifestó... y todavía se dio el lujo de hacer un llamado a la juventud, que cayó en el ambiente como un sarcasmo, mereciendo solamente la respuesta de la Alianza de la Juventud Nacionalista.

Las sesiones de Diputados, entretanto, fracasaban por falta de número; además, el bloque antipersonalista se había dividido. Un sector señalaba su adhesión a Ortiz, el otro a Castillo. Por su parte, el bloque radical ratifica nuevamente la decisión de no tratar ningún proyecto sin que previamente interviniesen Santa Fe y Mendoza, y expresa la necesidad de que Ortiz reasuma el poder.

Porque era cada vez más evidente la divergencia entre la política que había seguido Ortiz y la que estaba dispuesto a llevar Castillo. A fines de enero renuncia Octavio Amadeo, interventor en Buenos Aires, en enérgicos términos: «Condeno enérgicamente como aberración de nuestra cultura política, los últimos actos electorales ocurridos en Santa Fe y Mendoza, y no encuentro en V. E. igual condenación. Esto me hace temer que encontraría obstáculos insalvables al presidir los comicios ejemplares en esta provincia».

Amadeo era una personalidad apolítica, cuya gestión en Buenos Aires había sido absolutamente correcta. Su alejamiento, provocado por el ministro Culaciatti con interferencias administrativas, significaba la puesta en marcha del programa de Castillo. Por de pronto, el Poder Ejecutivo Nacional rechaza curialescamente los términos de la renuncia «por no guardar estilo» y designa al contraalmirante Eleázar Videla en su reemplazo.

Ahora, la única esperanza era que volviera Ortiz. Parecía que ello podía ocurrir pronto. Había recibido dos o tres veces a los periodistas, y era visitado diariamente por muchos amigos. Además de la declaración del bloque radical en tal sentido, el Comité de la Provincia también había manifestado el anhelo de que Ortiz asumiera de nuevo su cargo, e iguales expresiones habían emitido organismos como la Federación Universitaria de Córdoba y diversas filiales de Acción Argentina.

Todo giraba alrededor de la salud del presidente. Un hecho auspicioso vino a alentar las esperanzas de los que deseaban su retorno. El 11 de febrero Ortiz da a conocer un manifiesto dirigido al pueblo de la República. Era un gran documento que describía su propósito de moralizar el sistema electoral y puntualizaba su opinión sobre el famoso principio de las autonomías provinciales que no debían ser, a su juicio, la defensa de situaciones ilegítimamente conquistadas. Hacía un llamado a la concordia y ratificaba su fe en la democracia.

El manifiesto tenía frases que planteaban una radical discrepancia con la política de Castillo. El conservadurismo, agrupado en torno al vicepresidente, no podía dejar de acusar el golpe. Dos días más tarde el Senado, con mayoría conservadora, aprueba sorpresivamente un proyecto por el que se designa una comisión encargada de investigar el estado de salud de Ortiz e informar al cuerpo sobre las conclusiones. En esos días se producen manifestaciones populares que llegan hasta la casa del enfermo, haciéndole llegar su adhesión.

Mientras tanto, continuaban en Diputados los debates sobre Santa Fe y Mendoza, entre incidentes continuos. Fue en una de estas sesiones cuando un diputado conservador de Buenos Aires se jactó de ser «el diputado más fraudulento del país». ¡A ese grado de decadencia y cinismo se había llegado! Naturalmente, los elementos nacionalistas sacaban el mejor partido de todos estos episodios, así como del estado de incertidumbre que se vivía. Ya a mediados de febrero había estado a punto de concretarse un movimiento revolucionario militar que respondía a esa ideología, dirigido por el general Juan Bautista Molina, pero el retiro de ciertas adhesiones dejó sin efecto el plan cuando varios regimientos estaban a punto de salir.

En el radicalismo se estaba produciendo el movimiento pendular característico de la conducción alvearista. Después de las declaraciones del bloque en enero una corriente de apaciguamiento tendía a revisar la posición intransigente adoptada. Ya habían concluido en Diputados las interpelaciones sobre Santa Fe y Mendoza y pronto comenzaría el período ordinario de sesiones. Había que determinar si el bloque mayoritario continuaría en su posición de no tratar ningún proyecto de orden común hasta que no se resolviera la sanción de los fraudes o si se desistía de esa actitud.

En febrero se había constituido el nuevo Comité Nacional. Había sido reelegido por quinta vez Alvear en la presidencia del cuerpo. Vicepresidentes eran Tamborini y Henocho Aguiar; secretarios, Julio P. Tamborini, Raúl Damonte Taborda, Absalón

Rojas y Luis García Conde. En la tesorería y protesorería, como siempre, Raúl Rodríguez de la Torre y Alberto J. Paz: El 1.º de abril se reúne el Comité Nacional para tratar la orientación que había de seguir el bloque.

Fue un importante debate, que llevó dos largas sesiones y en el que se dijeron cosas definitorias. Inició la discusión Alvear, como lo hacía cada vez que se trataban cuestiones fundamentales, y su discurso evidenció claramente que la postura de enero iba a ser desechada. «Sin abandonar la tesonera lucha —dijo— y el afán constante para que se restablezca la normalidad institucional de la República, no pueden el partido ni su representación en el Congreso cerrar los ojos y taparse los oídos ante las exigencias urgentes de las graves situaciones por que atraviesa la República...».

El delegado correntino Lomónaco presenta y funda un proyecto por el que se convoca a la Convención Nacional, debiendo entretanto mantener el bloque la decisión de enero. Apoya esta iniciativa Aguiar. En cambio el delegado cordobés Oddone sugiere que sea el propio bloque el que decida.

Nuevamente habla Alvear: «El Partido Radical tiene a veces un defecto: se enamora de las posturas y se olvida de los actos. Yo me explico la reacción natural del bloque parlamentario en el primer momento —la compartí, por mi parte, en su oportunidad— que decidió no tratar ninguna ley hasta que no se resolviese la intervención de Santa Fe. Pero ello equivale a resolver la abstención total del bloque, y, ¿cómo es posible que un diputado ocupe su banca y esté abstenido al mismo tiempo? Y yo voy más lejos. ¿Quieren verdadera intransigencia? ¡Renuncien a todas las posiciones del partido!

»Pero claro está —prosiguió Alvear—, ésta sería una actitud suicida del partido y caeríamos otra vez en la misma actitud en que se colocó el partido a raíz de la Convención de Santa Fe, cuando se declaró la abstención porque creímos que estábamos a las puertas de una revolución imposible de detener y que iba a arrasarse con todo. ¿Y qué hizo? Tomó dos comisarías en toda la República, y fuimos los hombres dirigentes del partido, por la precipitación y quién sabe si la complicidad de algunos hombres inferiores, a las cárceles y el destierro. No nos dejemos seducir por palabras. No busquemos posturas sólo porque puedan ser simpáticas a la masa. Ya sabemos que el partido se ha hecho a base de sacrificios y de abnegaciones, que no siempre han coincidido con la abstención y la intransigencia. La intransigencia, en muchos casos, es una banderita para ocupar posiciones dentro de las organizaciones partidarias...».

Todo el Alvear de los últimos años estaba volcado en estas palabras, con su descreimiento en las grandes actitudes, con su falta de seguridad en una orientación popular, con su desprecio por los sectores internos que propugnaban una renovación partidaria de fondo y de forma.

Después del largo discurso de Alvear hablaron Tamborini en idéntico sentido, y Santander, que expresó su temor por el ridículo en que pudiera caer el partido y destapó motivos de la actitud del bloque y de «la junta de notables» —así la calificó

—, expresando que ella se había debido a que en enero existía la creencia de que era inminente un retorno de Ortiz al poder. Estas manifestaciones motivaron la protesta de Piedrabuena, que caracterizó a la intransigencia como «fruto de una meditación, y no consecuencia de la esperanza de la vuelta de Ortiz».

Tres días después continúa la sesión y finaliza con la aprobación del despacho de la comisión de asuntos políticos por 22 votos contra 6, sugiriendo al bloque que contemple nuevamente la situación que determinó la resolución de enero. No se aprobó un agregado propuesto por Lomónaco en el sentido de instruir a los legisladores radicales para que no prestaran aprobación al empréstito de 110 millones de dólares que acababa de obtener de Estados Unidos el gobierno de Castillo.

Tres meses después de haberse decidido una actitud que podía comprometer la estabilidad del gobierno fraudulento de Castillo e incluso provocar la reasunción del poder por Ortiz, el Comité Nacional sugería al bloque la reconsideración de la medida. Castillo, de veraneo en Mar del Plata, expresó su satisfacción por la decisión del Comité Nacional. Pero en un banquete celebratorio del 5 de abril al que asistieron las autoridades del partido la barra armó una tremenda bronca, y los gritos de ¡intransigencia! perturbaron los discursos de los oradores... Eran dos reacciones reveladoras.

Un mes más tarde, el bloque resolvía «mantener irrevocablemente la decisión de que sean intervenidas Santa Fe y Mendoza...» y «someter a estricto control y severa crítica parlamentaria la gestión del Poder Ejecutivo Nacional». O, en otras palabras, se desdecía de lo resuelto en enero y anunciaba su coparticipación en la labor legislativa con el oficialismo.

Pero la última directiva la daría la Convención Nacional, que estaba convocada para el 10 de mayo (1941). Aunque la resolución del bloque parlamentario había cerrado prácticamente el debate, se suponía que algunos delegados defenderían con perspectivas exitosas la postura intransigente, y existía la esperanza de que, esta vez sí, el alto cuerpo sería marco de un debate a fondo sobre la situación partidaria. Las marchas y contramarchas políticas realizadas desde enero habían provocado un creciente descontento en muchos sectores, que podría expresarse en la Convención. Esto, sumado a los agravios de fondo que los sectores intransigentes venían arrastrando de años atrás.

El descontento contra la dirección partidaria se expresó en la Convención, pero de modo muy diferente al esperado. El día de la reunión, el salón La Argentina — Rodríguez Peña al 300—, estaba repleto de una barra netamente diferenciada, que se distinguía respectivamente con vivas a Alvear o a Yrigoyen. Gritos de: «¡Abajo los chadistas!» y «¡Viva la neutralidad!», eran contestados por grupos antagónicos con acusaciones de nazismo o comunismo. Desde la galería alta se arrojaban volantes firmados por la «Juventud Intransigente del Radicalismo» con severas acusaciones contra la conducción de Alvear. El ambiente se iba poniendo cada vez más tenso. Cuando el jefe del partido aparece en el escenario con los dirigentes más destacados

estalla la batahola. De los silbidos y los gritos de repudio se pasa a las vías de hecho: los distintos sectores de la barra se dedican concienzudamente a romperse las cabezas. Todos gritan, la gresca se generaliza, los altavoces, impertérritos, siguen transmitiendo música. Alvear, rojo de indignación, intenta adelantarse al proscenio para reclamar orden: pero en cuanto ofrece un blanco más o menos alcanzable empiezan a tirarle con fragmentos de sillas. El jefe del partido y sus allegados tienen que hurtar el cuerpo, protegidos por una mesa colocada a guisa de resguardo (un «mutis por el foro» sin eufemismos y bastante poco airoso), mientras alguien intenta inútilmente desde el micrófono calmar los ánimos.

Poco a poco se logra desalojar a los revoltosos y puede iniciarse el acto. El cuerpo se reunía con una nueva integración, por lo que la autoridad provisional era el mismo Alvear, como presidente del Comité Nacional. Pronuncia, pues, el discurso inaugural, en el que se refiere al disturbio precedente, atribuyéndolo a «nazis infiltrados». Es una pieza oratoria corta, donde solamente hace referencia a la situación internacional y refirma su conocida posición de adhesión a los países democráticos.

Al día siguiente se constituye la Convención. Ya no será presidente del alto cuerpo el canciller de Yrigoyen: es elegido José Luis Cantilo, y actuarán como vicepresidentes Julio Busaniche y Misael Parodi. Son elegidos secretarios Francisco Eyto, Julio Padilla, Raúl Duarte y Eduardo Pereyra.

En tres sesiones sucesivas la Convención Nacional aprobó el informe del Comité Nacional y una declaración sobre la posición del partido con respecto al conflicto europeo. Expresa el documento la adhesión radical a la causa democrática y pide un «entendimiento americano» —no fue aceptada la moción del delegado Del Río para que la palabra fuera «latinoamericano»— con vistas a la defensa común. Manifiesta el apoyo a una política argentina de neutralidad siempre que no ocurran hechos que lesionen la soberanía, denunciando finalmente la existencia de organizaciones nazis en el país. En cuanto a la política nacional, el cuerpo sancionó un despacho sustancialmente igual al del bloque, que informó Emilio Ravignani. Finalmente se tributó un voto de aplauso a Alvear.

Las voces intransigentes no se escucharon en esta Convención. Nuevamente se había postergado el gran debate. Se haría años más tarde, en condiciones muy diferentes, y habiendo ya fallecido Alvear.

Castillo no pudo quejarse de la colaboración de los radicales en el Congreso: más de sesenta leyes se sancionaron durante el período del año 41, a pesar de que no pocas sesiones se dedicaron a debatir las conclusiones de la Comisión Investigadora de Actividades Antiargentinas, cuyas indagaciones en torno a la penetración nazi en el país tuvieron ribetes sensacionales. También ocupó la atención de Diputados el despacho de la comisión especial designada para estudiar el asunto de las concesiones eléctricas del 36, despacho que constituyó un «bill» de indemnidad para los complicados, cuya acción delictiva recién se puso en evidencia con la labor

desplegada por la Comisión Rodríguez Conde en 1944. No obstante la apresurada absolución que merecieron los concejales que cinco años antes habían votado la prórroga de concesiones eléctricas, la pesada atmósfera de negociado que rodeaba a algunos representantes del radicalismo habíase acentuado con otra investigación más: la de las exacciones a los «colectiveros» de la Capital Federal, que se inició en junio y en la cual resultaron complicados dos concejales radicales.

Todo esto no contribuía a prestigiar las instituciones democráticas: menos todavía, con la evidencia del fraude que el gobierno de Castillo estaba preparando en la provincia de Buenos Aires. Se sabía que el estado general de Ortiz era cada vez peor. Su enfermedad había resentido su visión en forma tal que prácticamente estaba ciego. No había ninguna posibilidad cierta de que pudiera retomar el poder. Por lo tanto, Castillo estaba en condiciones de montar su propia máquina electoral. Había trascendido ya que las elecciones bonaerenses se efectuarían a principios de diciembre, y el Partido Demócrata Nacional había designado candidato al doctor Rodolfo Moreno, en sustitución de Alberto Barceló. Los conservadores bonaerenses presionaban para obtener la renuncia del interventor Videla y consiguieron su empeño a principios de setiembre. Días después se nombra interventor al decano de la Facultad de Derecho de Buenos Aires. La designación sorprende desagradablemente al oficialismo bonaerense, que nuevamente se mueve en procura de un comisionado más generoso con las exigencias y planes conducentes al futuro fraude.

Durante un mes, aproximadamente, se busca en las altas esferas un candidato para ocupar la intervención en tales condiciones. *Noticias Gráficas* resume crudamente la búsqueda, en el título de un editorial que provocó sensación por aquellos días: «Se necesita un sinvergüenza»... A mediados de octubre renuncia el interventor. De inmediato se designa al *right man for the right place*. Es un coronel que habrá de aceptar toda la arquitecturación del fraude, y tres meses después será premiado por el conservadurismo con una banca de diputado nacional, junto con su ministro de gobierno.

A fines de noviembre se realizan las elecciones en la primera provincia intervenida, Catamarca. Son elecciones correctas. El radicalismo, desorganizado y escaso de fondos, es honorablemente derrotado. La normalidad de esta contienda electoral permite suponer a la eterna ingenuidad radical que Castillo, tolerante con los fraudes locales, tal vez habrá de presidir elecciones limpias en los distritos sometidos directamente a su jurisdicción. Se equivocan. Una semana después se efectúan los comicios en San Juan, presididos por el interventor federal, y son un bochorno, con asaltos de mesas, asesinatos de fiscales, desalojos de presidentes desafectos, etc. Las elecciones de San Juan merecen el silencio de las autoridades nacionales. La suerte de Buenos Aires, por lo tanto, ya estaba echada.

Anticipaba el fraude del 7 de diciembre el ambiente preelectoral: se estaba como en los mejores tiempos de Fresco. La policía interrumpe los actos radicales acusando a los oradores de desacato, se producen incidentes sangrientos en Avellaneda y Tigre.

La intervención federal sustituye jueces de paz y vuelca todo su poder a favor del oficialismo. Y para completar el cuadro, la víspera de la elección es descubierta en La Plata una falsificación de boletas radicales en gran escala.

No extrañó a nadie, pues, el espectáculo que ofreció la provincia ese 7 de diciembre. Voto cantado, expulsión de fiscales, votos sin permitir identificación de ciudadanos, eliminación de cuartos oscuros, impedimentos de toda suerte para evitar que los opositores puedan sufragar, toda la gama, en fin, de la violencia se ejerce a vista y paciencia de los representantes del Poder Ejecutivo Nacional. Con un cinismo que ya adquiriría proporciones heroicas, el ministro del Interior diría a los periodistas: «Mi impresión sobre el acto electoral es muy buena». En cierto modo debía serlo, puesto que los 65.000 votos de diferencia a favor de los radicales en marzo del año anterior se habían convertido mágicamente en 100.000 de diferencia a favor de los conservadores...

Pero una circunstancia imprevista distrajo la atención de la ciudadanía sobre el vergonzoso acto de Buenos Aires: ese mismo día Japón atacaba la base yanqui de Pearl Harbor y declaraba la guerra a los Estados Unidos. El humorismo porteño atribuyó a Rodolfo Moreno —ex embajador en Tokio— un pacto con los japoneses para que éstos se lanzaran a la guerra el mismo día de su bochornosa elección...

Con la toma de Buenos Aires quedaban coronados los planes de Castillo para ejercer un gobierno fuerte. Exhibiendo su seguridad, meses antes había disuelto el Concejo Deliberante pretextando las irregularidades cometidas por miembros del cuerpo. Y una semana después de las elecciones del 7 de diciembre establecía por decreto el estado de sitio en todo el país. «Queremos que nadie hable mal de nadie...», dijo Castillo justificando la medida. Y al ser requerido por los periodistas sobre si había existido unanimidad de pareceres en el gabinete, expresó paladinamente:

—Sí. Unanimidad de uno... Del presidente, que es quien la dispone...

En realidad Castillo se sentía seguro, porque contaba con el apoyo del Ejército. En setiembre (1941) habían ocurrido algunas alteraciones en bases aéreas del interior. Pero Castillo y el Ejército tenían que entenderse. En octubre, un grupo de coroneles entrevista al vicepresidente, condicionando el apoyo del Ejército a una política que estuviera señalada por el mantenimiento estricto de la neutralidad, la no cesión de bases a los aliados y la disolución del Congreso y del Concejo Deliberante de la Capital Federal. Todo estaba preparado para voltear al gobierno si no se aceptaban estos supuestos.

Castillo, después de un tiempo de meditación, aseguró el cumplimiento de todos los puntos, menos la disolución del Congreso, que creía peligrosa. Los conjurados aceptaron y un pacto tácito quedó formalizado. El anciano vicepresidente tenía ahora manos libres para actuar. Procedente de viejas cepas conservadoras, desdeñoso de la democracia, terco y autoritario, Castillo era un nacionalista intuitivo cuya política se

cifraba en dos claves: mantener la neutralidad y no entregar el poder a los radicales.

Coincidían estas dos obsesiones con el espíritu reinante en el Ejército, cada vez más embelesado en los triunfos de Alemania, que tras el vertiginoso sojuzgamiento de Europa habíase lanzado sobre la Unión Soviética en junio de 1941. En cuanto al radicalismo, ya no merecía sino desdén entre los cuadros castrenses por su inoperancia, su pasividad ante las repetidas burlas de que fuera víctima y el desprestigio acarreado por la actuación de algunos de sus representantes en cuerpos colegiados.

Porque lo cierto es que la Unión Cívica Radical había llegado ya al nadir de su vigencia en la opinión. Dominada por círculos cada vez más cerrados cuya sensibilidad se reducía a protestar ante cada estafa electoral, dejando jirones de prestigio en cada negociado, el radicalismo estaba frente a una total desorientación en la que sólo había un punto cierto, irrevisable, dogmático: el principio de que seguía siendo mayoría. Los organismos estatutarios se encontraban legalmente constituidos; había una gran representación parlamentaria; se había inaugurado la sede del partido, cómoda y hasta lujosa; no había resistencias internas a la conducción, salvo la que esporádicamente expresaban algunos pocos miembros del Comité Nacional. Pero bajo estas formalidades, el partido era una máquina electoral sin aportes de juventud, sin más objetivo que la llegada al poder a cualquier precio. Incluso... bueno, incluso al precio de cierta candidatura que se estaba insinuando muy discretamente, muy lentamente, y cuyo nombre era todavía innombrable... Alvear estaba con licencia desde agosto, pues su salud requería un largo cuidado. Había contraído un fuerte resfrío en el sepelio de un correligionario, que no logró curar totalmente, y cierto violento episodio con uno de sus secretarios lo había afectado profundamente. A veces se sentía muy deprimido y miraba con pesimismo su lucha, su partido, sus correligionarios:

—A éstos que están lucrando a mis espaldas los voy a meter en garrapaticida y los voy a dejar patas arriba —comentaba con sus íntimos.

Y otra vez decía:

—Me siento en el mismo estado de ánimo que padecía cuando abandoné la presidencia. Yo creía que había hecho lo mejor posible por mi país, y cuando salí de la Casa de Gobierno me llamaron traidor. Pienso que estoy como un hombre que se va de una ciudad bombardeada; a su alrededor sólo hay oscuridad, desolación, muerte. Uno logra pescar un tren de refugiados y allí va, hacinado, sucio, maloliente, acurrucado en la tiniebla. De repente, el tren se detiene para tomar agua, y uno se baja un momento. Y ve la campiña, el aire puro, el verde, los pájaros... Pero el tren va a seguir viaje y hay que subir. Y entonces uno dice... ¡tomá para vos!



*Alvear y Regina comienzan a construir su casa de Don Torcuato en 1941.*

(Y hacía un expresivo juego de brazos).

—¡Yo no subo más al tren! ¡Yo subí al tren de los refugiados en el año treinta, y recién ahora veo la luz!

Estaba bastante apretado económicamente y había pensado abrir un bufete profesional. Pero su pasión era ahora la construcción de su *cottage* de Don Torcuato. Ponía en «La Elisa» todo su empeño y pasaba largas horas recorriendo casas de comercio buscando un reloj de cuco que le agradara o el tipo de baldosas que combinara bien con el estilo de la villa.

Entretanto, el partido empezaba a vivir su ausencia. Pueyrredón, que había realizado en setiembre un viaje realmente triunfal por las provincias del Norte, concurría de nuevo al Comité Nacional. Tamborini estaba a cargo de la presidencia del alto cuerpo. La masa partidaria, que había seguido a Alvear hasta en el error, con ese sentido de la disciplina que en el radicalismo es mucho más acendrado de lo que se cree, buscaba entre los personajes actuantes al futuro conductor cuando el jefe viejo desapareciera.

Todo era desorientación. Y el único principio indiscutible —la Unión Cívica Radical, partido mayoritario— también caería en las elecciones de marzo.

Lo curioso es que el círculo dirigente del radicalismo —la «trenza» metropolitana, el boattismo bonaerense, la «oligarquía vasca» de Entre Ríos, los bodegueros mendocinos y los múltiples intereses creados que dirigían al partido en el plano nacional— no se sentía demasiado descontento con el estado de cosas que vivía

el país. Salvo algunas excepciones, los responsables de la conducción alvearista protestaban con estridencia ante cada fraude, expresaban una santa indignación por el proceso decadente de la República pero en el fondo se sentían seguros y cómodos. Ciertamente, hubiera sido mejor estar en el poder... Pero había diputaciones y senadurías, intendencias y concejalías; existían provincias que después de todo eran un refugio; se mantenían contactos que posibilitaban la alimentación de las clientelas electorales... No se estaba tan mal, pensaban.

Un íntimo entendimiento suavizaba la oposición formal del radicalismo. El héroe y el villano hacían emocionantes luchas para regocijo del respetable público; pero terminada la escena, salían juntos a tomar un café. Oficialismo y oposición estaban de acuerdo en vivir y dejar vivir. Por debajo de los gestos altivos y las palabras vibrantes, se esbozaba una morisqueta amistosa, risueña.

El pueblo radical advertía cada vez con mayor claridad la morisqueta. Y cada vez le iba gustando menos...

En ese verano de 1941-1942 quedó crudamente señalado el estado de descomposición que padecía el radicalismo; pero también se evidenció que potentes fuerzas renovadoras empezaban a coordinar esfuerzos para lograr su transformación de fondo.

Era en Buenos Aires y en la Capital Federal, principalmente, donde el partido estaba en peores condiciones morales. En la Capital Federal dominaba omnipotente la «trenza», que a fines de 1940 se había dividido en dos grupos internos y ahora lo estaba en tres, que comandaban respectivamente Sancerni Jiménez, Aníbal Arbeletche y Raúl Savarese. Las sanciones que habían recaído en 1938 sobre los dirigentes del «bloque opositor» se levantaron en agosto de 1940, por lo que este núcleo había retornado a la lucha interna, pero no había llegado a perforar la poderosa armazón parroquial del sector mayoritario.

El proceso interno para la elección de los candidatos a diputados nacionales que sostendría el partido en las elecciones del 1.º de marzo demostró a lo vivo la honda crisis que afectaba al distrito metropolitano. Reuniones y conciliábulos entre los «capos» se sucedieron durante todo el mes de enero para ponerse de acuerdo sobre la lista, sin llegar a un arreglo. Se le ofrece una candidatura a Pueyrredón, quien la rechaza enérgicamente. Ya se vence el plazo para oficializar lista, y la «trenza» sigue dividida en las aspiraciones de sus respectivos grupos. Al filo del plazo legal, los dirigentes metropolitanos solicitan al ministro del Interior una prórroga para la oficialización de la nómina. Ante la angustia del tiempo, se reúne la Convención de la Capital para elegir por sí la lista: llega la noticia de que el gobierno ha concedido graciosamente la prórroga solicitada, y los caudillos rompen el quórum del cuerpo para continuar tramitando sus enjuagues. Luis Boffi pide la intervención al distrito, moción que no llega a considerarse por falta de número.

El espectáculo metropolitano era bochornoso y se exhibía sin tapujos ante la

opinión pública. Alvear, que estaba en Mar del Plata reponiéndose de su enfermedad, es consultado eventualmente sobre la solución del problema. Hay un irritado descontento en el ambiente partidario que se traduce en un proyecto presentado al Comité Nacional por Andrés Calcagno, Julio Correa, Francisco Albarracín, José M. Martínez, Héctor Lomónaco, Julio Olivera y Jorge Farías Gómez solicitando que el alto cuerpo decreta una amplia reorganización del distrito. Vuelve a actuar activamente el grupo «Afirmación Radical», dirigido por Héctor Dasso, Ernesto Sanmartino, Arturo Frondizi, Luis Boffi y Aristóbulo Aráoz de Lamadrid, que ratifica el pedido de intervención y prepara un memorial fundando la necesidad de tal medida. Ante un nuevo fracaso de quórum en la Convención de la Capital se realizan elecciones internas el 5 de febrero en la Capital Federal, a la que se presentan cuatro listas cuidadosamente digitadas. No más de 10.000 afiliados (menos del 10% de los inscriptos) votan en esos comicios, que abundan en borratinas y embrollos de toda clase.

De estas elecciones, a las que no concurrió la masa radical ni tuvieron otro carácter que el de una dosificada repartija de posiciones, surgió una lista que repetía la reelección de la mayoría de los diputados actuantes. Las clandestinas negociaciones de candidaturas y la burla que se repetía una vez más habrían de decidir la votación del electorado metropolitano con un sentido de castigo contra estos procedimientos.

En Buenos Aires se desarrolló un proceso similar en cuanto al desdén por una mínima moral política. Aquí la cuestión preelectoral se complicaba con el problema planteado por la posición de los legisladores provinciales del radicalismo que habían sido elegidos en la farsa del 7 de diciembre de 1941. Algunos de éstos habían decidido no aceptar sus bancas y así lo comunicaron al Comité de la Provincia que presidía Boatti. Este organismo decidió que no se renunciara a ninguna posición y que los legisladores radicales se abstuvieran de incorporarse a los respectivos cuerpos hasta que la Convención Nacional —que estaba convocada para fines de febrero de 1942— decidiera en definitiva. Pero posteriormente los legisladores se incorporaron con autorización del Comité de la Provincia, salvo Ricardo Balbín, Crisólogo Larralde, Ramón del Río, Eduardo González y otros, que renunciaron. Este hecho, así como la designación de la lista de candidatos a diputados nacionales por la Convención de la Provincia (que reeligió a todos los legisladores actuantes) y la decisión de concurrir a las elecciones de marzo provocaron una airada reacción en grandes sectores, principalmente juveniles. Hubo renunciaciones a la afiliación, la Junta Central de La Plata se pronunció por la abstención, los comités de Bahía Blanca y San Nicolás adoptaron idéntica postura, y los de San Fernando y San Isidro dimitieron en pleno. Renunció entonces el Comité presidido por Boatti, pero la Convención provincial rechaza la renuncia en una tumultuosa sesión de la que se retiraron muchos delegados.



*Crisólogo Larralde, a la izquierda, junto al diputado por la provincia de Buenos Aires, doctor Ricardo Balbín.*

Por entonces en el radicalismo bonaerense existían grupos numerosos decididos a promover un gran movimiento de revisión partidaria. El 14 de febrero de 1942 se reúnen estos núcleos en la localidad de 25 de Mayo, en un congreso al que acuden representantes de «Afirmación Radical» y dos grupos entrerrianos de similar orientación. El congreso «revisionista» resuelve propiciar la abstención en las elecciones de marzo y pide la dimisión de las autoridades partidarias del distrito. Dirigen el movimiento Salvador Cetrá, Alejandro Leloir y Ricardo Balbín. Dos meses más tarde, se funda en Avellaneda la «Cruzada Renovadora de la UCR», dirigida por Sabino Adalid, Roberto Bosch, Santiago Canzani y otros.

Pero, naturalmente, estas formaciones de resistencia contra el oficialismo partidario eran todavía impotentes para romper las estructuras orgánicas del partido, totalmente copadas por la conducción alvearista y sus epígonos. Sólo parecieron mejorar estas perspectivas cuando los desastrosos resultados de marzo golpearon a los dirigentes.

Nunca había concurrido el radicalismo a una elección nacional con tanto desánimo, con una falta de fe en sí mismo tan acentuada. En la Capital Federal los manejos internos habían desprestigiado tremendamente al partido, y los socialistas basaban su campaña en los negociados en que se habían complicado algunos radicales. «Nosotros no fuimos al Palomar ni anduvimos en colectivos», rezaban irónicamente sus afiches. En Buenos Aires, grandes sectores partidarios estaban en posición abstencionista, negándose a participar en una nueva parodia electoral. En

Catamarca, La Rioja y Corrientes, el radicalismo se abstenía. En Santiago, una enconada división pesaba sobre el partido, que estaba intervenido. En Salta, además del radicalismo del Comité Nacional se presentaban unidas dos fracciones: la UCR Independiente y la UCR de Salta, igual que en Tucumán, donde a más del tronco tradicional se presentaba una «Alianza Agraria Radical» formada por dos núcleos radicales que respondían respectivamente a Roque Raúl Aragón y José Sortheix, además del concurrencismo. En Mendoza había una corriente «renovadora» que no colaboró con el comité local.

El seguro fraude de marzo restaba ganas de luchar. Además, la Concordancia acentuaba en su campaña la necesidad de apoyar a Castillo para mantener la neutralidad: «Apoye a Castillo y asegure la paz». En enero se había realizado la Conferencia Interamericana de Río de Janeiro, en la que la delegación argentina salió bastante airosa sobre la presión yanqui, obteniendo una resolución sobre ruptura con el Eje muy poco comprometedor. Presentábase a Castillo como un heroico defensor de la soberanía, y esto es algo que siempre ha gustado a los argentinos. El radicalismo, en cambio, había olvidado ya sus enunciados sustanciales. Era una elección a pura pérdida, en la que tenían interés solamente aquellos que habían ganado, a fuerza de forcejeos, una candidatura. No era ésta una de esas grandes luchas en las que el pueblo radical se jugaba entero, sabiendo que grandes cosas iban insitas en el resultado. Esto era una presentida farsa que no emocionaba a nadie.

Por eso los espíritus esclarecidos no se asombraron de los resultados. En la Capital Federal el radicalismo fue derrotado por los socialistas por primera vez después de 1930. En las provincias gobernadas por la Concordancia triunfó, naturalmente, el oficialismo, aunque fue evidente que la dosis de fraude y violencia era aplicada cada vez en menor cantidad, pues ya no hacía falta. En Buenos Aires sólo votó el 50% del electorado, evidencia de la apatía y el disgusto de la ciudadanía por una contienda electoral sin ninguna significación. Pero lo más trágico fue que en una provincia de gobierno radical como Entre Ríos también el radicalismo perdió; en Tucumán ocupó un triste tercer lugar y en Salta la minoría fue ganada por los disidentes.

Se habían obtenido solamente 65 diputados. La futura Asamblea Legislativa, que aprobaría las elecciones presidenciales de 1943, tendría mayoría concordancista: 96 legisladores sobre 87 radicales y demás partidos opositores.

Había ocurrido el desastre. Había caído el dogma irrefutable de la mayoría radical. Ahora sí parecía oportuno iniciar la batalla por la recuperación del partido.

Ya con anterioridad a las elecciones nacionales, a mediados de febrero, algunos delegados al Comité Nacional habían presentado al alto cuerpo un proyecto para reorganizar al partido en todo el país. Auspiciaban la iniciativa Sanmartino, Carlos E. Cisneros, Jorge Farías Gómez, Francisco Albarracín, Andrés Calcagno, Eduardo Teissaire y Julio Correa, pero la iniciativa no se había considerado.

Pero conocidos ya los resultados del comicio, empieza a crecer en los ánimos la evidencia de que es urgente una reforma del fondo y la forma del radicalismo. Aflojaba un poco las defensas del grupo mayoritario la ausencia de Alvear, que había pasado el verano en Mar del Plata convaleciendo de su enfermedad y a principios de marzo se trasladó a su residencia de Don Torcuato bajo dictamen médico de reposo absoluto.

El radicalismo solía encontrar históricamente una válvula de escape con las reorganizaciones después de grandes crisis: el momento era llegado para ensayar una vez más una sincera autocrítica y una renovación en sus procedimientos.

Cinco días después de las elecciones, cuando los escrutinios empezaban a traducir la orfandad popular del radicalismo en distritos como Capital Federal y Entre Ríos, se reúne el Comité Nacional. Preside el cuerpo Tamborini y se lee un proyecto de Mario Guido convocando a la Convención Nacional para que se aboque a ciertas reformas a la Carta Orgánica. La iniciativa sería denunciada posteriormente por «Afirmación Radical» como una maniobra encaminada a postergar la anhelada reorganización. Al fin se nombra una comisión especial, integrada por Damonte Taborda, Oddone, Santander, Sanmartino y Piedrabuena, que se encargará de unificar criterios sobre los proyectos de Guido y Sanmartino. Días más tarde vuelve a reunirse el organismo. Debe elegirse presidente provisional, pues se da entrada a la renuncia de Tamborini y tres secretarios, que desean facilitar la eventual reorganización. Las dimisiones son rechazadas, pero insisten los renunciantes y es elegido presidente provisional Gabriel Oddone, delegado por Córdoba.

Los despachos que se ponen a consideración del cuerpo reflejan las dos opiniones prevalentes en el partido. Sostiene el despacho de mayoría Damonte Taborda. Propicia una reorganización en los distritos cuyas autoridades la soliciten y una reinscripción en todo el país, así como un acercamiento a «otras fuerzas democráticas». El informante reconoce que existe una profunda crisis en el partido y lo atribuye al desempeño de cargos electivos «con miras a la coima y al cohecho, y las conversaciones de dirigentes partidarios con hombres del oficialismo». Sostiene que por respeto a las autonomías de los distritos no puede llevarse una reorganización sino a aquellos organismos locales que así lo soliciten. El despacho que informa Sanmartino es mucho más avanzado. Dispone una reorganización total, presidida por una comisión de quince miembros designados por el Comité Nacional, y prohíbe que se inscriban en los registros aquellos afiliados que se hubieran complicado en negociados. El discurso de Sanmartino cala hondo en el estado de cosas que vive el partido. «Nuestra posición antiimperialista ha sido desvirtuada en el Concejo Deliberante. Algunos de nuestros representantes sirvieron a los intereses del capital extranjero, sobornador de políticos sobornables. Hemos abandonado la política de apoyo a los trabajadores...». Y cita casos concretos: los ferroviarios, los de la construcción, que acudieron a las autoridades partidarias sin ser atendidos, por lo que recurrieron a monseñor de Andrea —afirma el orador— y lograron por esa vía

algunas reivindicaciones.

Siguen hablando otros delegados. Oddone presenta un proyecto de intervención a la Capital Federal. Pero en pleno debate ocurre un hecho inesperado. Se lee por secretaría una nota recibida en esos momentos. Es de Alvear, desde su lecho de enfermo. Renuncia a la presidencia del Comité Nacional en solidaridad con Tamborini, pues no puede permitir que se atribuya la responsabilidad de la derrota a quien ha sido un activo y honorable dirigente. Los colaboradores de Alvear habían resuelto no traerle ninguna noticia que pudiera afectarlo, en el precario estado de salud en que se encontraba. Pero uno de sus secretarios, D'Andrea Mohr, no pudo menos que imponerle de la renuncia de Tamborini.

Alvear estaba en su villa de Don Torcuato, demacrado, debilitado, en su silla de ruedas. Al enterarse de la novedad, levanta la cabeza y le dice:

—Tomá nota.

Y de un tirón le dicta su renuncia.

D'Andrea Mohr lleva la dimisión al Comité Nacional. La lectura de la nota produce sensación.

Tras un debate bastante agitado se rechaza la renuncia y una delegación concurre a Don Torcuato para informar al enfermo la decisión del cuerpo. Alvear no los puede recibir, pero desde su habitación se interesa por la visita y manda agradecer a la delegación la decisión del cuerpo.

Llama a dos de sus secretarios y les dice, sentado en su lecho:

—Yo estoy muy enfermo: con un pie en la tumba. Pero todavía van a ver a este viejo erguirse lozano, como el rosal de la Biblia para dar días de gloria a la patria...

Y vuelve a caer después en su letargo. Se estaba muriendo.

En días subsiguientes siguen los debates, matizados por tumultos que a veces llegan a escándalo, con disparos de revólver y agresiones personales. El Comité de la Capital se adelanta hábilmente a los hechos, decretando una reorganización bajo la supervisión del Comité Nacional, que en realidad no es más que una reinscripción con mantenimiento de las autoridades vigentes. Días antes había adoptado similar decisión el Comité de Entre Ríos.

El 23 de marzo debía reunirse nuevamente el Comité Nacional para decidir en definitiva. Estaba prácticamente resuelto convocar a la Convención Nacional para



*Marcelo Torcuato de Alvear, en una de sus últimas fotografías.*

que fuera el organismo máximo quien resolviera. Había gran expectativa por la reunión del Comité Nacional, donde las líneas estaban tendidas con bastante claridad: reorganización amplia por un lado, simple reinscripción por el otro. Pero en la víspera una triste noticia se difunde por el país y posterga todo debate interno.

Alvear había muerto.

## (Un intervalo para don Marcelo)

Había muerto el viejo jefe, después de apurar la amargura de las derrotas de marzo y percibir las críticas que en su propio partido suscitara su conducción. Había muerto sin poder vislumbrar, siquiera, mejores épocas para el país que tanto quería, ni tiempos más felices para un mundo que estaba ardiendo por los cuatro costados. Habíase extinguido en su solar de Don Torcuato, la sede ancestral que lo viera crecer como un príncipe y que ahora cercaba sus últimos días rodeado de desesperanzas.

La noticia aportó una pausa a la agitación partidaria. Esa noche, bajo una impía lluvia, muchos amigos llegaron hasta la apartada villa para saludar por última vez a ese cuerpo que yacía en una vacía pieza, exiliado ya de la lucha, los triunfos, las derrotas, la vanidad y las miserias.

Al otro día fue llevado a la Casa Rosada. Y en ese destino paradójico que a veces gobierna la vida de los hombres, Alvear entró en función de cadáver a la casa donde no había podido entrar como presidente, y allí fue velado por quienes, precisamente, le habían cerrado el paso mediante el fraude y la violencia. Asombraban los panegíricos que sobre el gran muerto vertían los hombres que en vida le habían trampeado la victoria. Ortiz, su contrincante de 1937, decía: «Fue un noble ejemplo de virtudes democráticas». Justo, que lo hizo detener y lo mandó al exilio, lo calificó de «gran patriota y ciudadano eminente» y mensuraba de «enorme» la pérdida sufrida por el país. Rodolfo Moreno, el usufructuario del fraude bonaerense, opinaba que «su memoria debe ser exhibida como ejemplo». Daban ganas de preguntarse: si era así, ¿por qué no lo dejaron llegar?



*Durante el sepelio de Marcelo Torcuato de Alvear, las autoridades nacionales encabezaron el cortejo y se le rindieron honores militares a su paso, marzo de 1942.*

Pero bajo las palabras corteses o interesadas, un dolor, un sincero dolor popular latía en torno a Alvear muerto. Había sabido hacerse querer: había sabido hacerse perdonar. Sus equivocaciones fueron tremendas, su complacencia con cosas condenables pudo no tener justificación, su lucha fue limitada porque se quedó en lo exterior y formal, sin ahondar las causas profundas. Pero Alvear encauzó un fervor democrático y representó un anhelo de normalidad que ya valía de por sí. Había hecho lo posible por cumplir lo que creía su deber. Con todas sus caídas, con toda la estrechez que ciñó su empresa política, Alvear tuvo calidad. El destino de sus últimos años le quedó grande, pero él no lo achicó para asumirlo con comodidad, sino que trató de engrandecerse para cumplirlo cabalmente. En otras épocas, o con menos años, tal vez pudo llenar un sino deslumbrante, porque tenía las condiciones necesarias. Mas en esa Argentina de los años 30-40, desorientada, con todos los fenómenos desconcertantes de una pubertad anhelada, en estado de deformación por largos años de hegemonía oligárquica y enfeudamiento imperialista, Alvear ya resultaba anticuado. No lo culpemos demasiado: había nacido en tiempos de Sarmiento, y probablemente no podía concebir que el país se estructurara de otro modo que el que había conocido.

Fue un argentino entero, tal vez a su pesar. Tenía algo de sarmientino en ese afán de meter en el país formas y modos europeos: un gobierno impalpable, una política pendular y discreta. Pero la realidad sudamericana le golpeó la cara cuando empezaba a entrar en la ancianidad y no tuvo más remedio que convertirse en montonero. Fue entonces cuando le afloró la esencia argentina de su personalidad, con todas sus cualidades, con todos sus defectos. Lo mismo que el abuelo, que llegó con los

entorchados napoleónicos y terminó entreverado con el paisanaje alzado... Porque todo fue contradicción en la vida de Alvear, y es esto lo que lo figura más simpático, más cercano a nosotros. No fue como Yrigoyen un bloque de granito, siempre igual a sí mismo, monótono en su grandeza. Fue un hombre tironeado por compromisos, intereses, sentimientos y circunstancias diversas, antagónicas. Pudo haber sido el gran presidente de la oligarquía, y terminó siendo el gran jefe del pueblo. Su situación lo ponía por encima de las pequeñas miserias, pero sin embargo transigió con lo más espurio de su partido. Era profundamente democrático, pero gobernó al radicalismo despóticamente, autocráticamente. Inclinado al arte, a la belleza, a la tranquila amistad de las cosas agradables, se vio obligado a endurecerse en la más árida de las profesiones: la política. Cuando se lee aquella melancólica página, «*Au revoir, París...*», que escribió al asumir la presidencia, nos parece que su vida estaba enraizada definitivamente en el bello ocio de su amada Francia; pero también se palpa un gozo dionisiaco en la lucha que libra años después al frente de su partido, y leyendo sus discursos damos en preguntarnos si no era ésta su auténtica vida, cuando recorría el país levantando a los pueblos y marcando a los gobiernos del fraude con su potente voz...

¿Cuál era el verdadero Alvear? ¿Cuál era el rostro, cuál era la máscara? Pero ¿es que alguien puede descifrar este misterio en cualquier hombre? Probablemente su ser estaba nutrido de una constante agonía, urgido por dos personalidades totalmente distintas que sólo pudo sintetizar su extraordinaria calidad humana. Porque esto salvó muchas veces a Alvear: su condición de hombre entero. Esa condición cálida, fervorosa, a veces desbordada, que lo salvó de las cosas peores en que bien pudo incurrir: la deslealtad, la entrega al adversario, la consciente traición a la fe que el pueblo le había brindado.

El pueblo sabía todo esto, y por eso lo despidió con su afecto numeroso. Cuando lo sacaron de la Casa Rosada en una cureña y rodeado de granaderos, el pueblo lo rescató de la liturgia funeraria oficial y se lo llevó en brazos. No fue un entierro silencioso. La multitud gritaba, cantaba, rugía las consignas de su repudio contra el gobierno fraudulento. Hubo de cargar la policía, y el féretro se rajó en alguna caída. Pero todo eso estaba bien, Alvear no podía irse sin sentir el aliento fragoroso de su gente, los sablazos, el tumulto, las puteadas... Estaba bien.

Ahora quedaba vacante una jefatura y no se veía quién pudiera ser el titular. La muerte de Alvear hizo notar, repentinamente, la vaciedad de la lucha radical. Sin un gran hombre que sintetizara el espíritu partidario, sin una conciencia cierta de los objetivos finales, sólo quedaba al partido un deslustrado elenco y una vaga temática, perfectamente variable según quien la expusiera. Estaba también la quiebra de la convención radical en lo referente a su vigencia mayoritaria. Hasta 1942 el radicalismo se sentía fuerte porque se sabía mayoritario. Ahora, las derrotas de marzo traducían una orfandad que obligaba a replantear la táctica, el contenido, los

procedimientos del partido. Pero ocurría que era difícil obtener semejante actitud de los hombres que desde 1935 habían ejercido, al lado de Alvear, la dirección de la UCR. Unos porque se satisfacían con las achuras del oficialismo, otros porque estaban demasiado anquilosados para percibir el significado de la crisis del país.

Pero también la desaparición de Alvear permitía la liberación de muchos radicales de sus vinculaciones sentimentales o amistosas con una orientación que repudiaban, pero que hubieron de acatar por lealtad al jefe. Muchos habían postergado sus denuncias o su rebeldía por afecto a Alvear. ¡Cómo lo iban a amargar a don Marcelo! ¡Quién se atrevería a denunciarle la diaria transgresión de los grandes principios radicales! Ahora ya no tropezaban con ese formidable obstáculo sentimental, y se abría la posibilidad de rectificar la marcha. Por de pronto, había que seguir adelante con la profilaxis de la reorganización. Después, ya se vería.

Y allí quedó este grande don Marcelo, sepultado junto con su abuelo, el napoleónico aventurero de la Patria Vieja, y con su padre, el administrador progresista de los años de oro, al lado de aquella melancólica tumba que guarda los trajinados huesos de Juan Facundo Quiroga. Allí quedó, medio asomado a la entrada de la Recoleta, como si no quisiera perder de vista lo que seguía pasando en la tierra de sus amores.

## La póstuma conducción

El 7 de abril de 1942 —a dos semanas de la muerte de Alvear— se reunió el Comité Nacional para finalizar el asunto de la reorganización. Previamente se reconstituyó la Mesa Directiva, desintegrada por la renuncia de Tamborini y los secretarios, a las que se habían sumado las dimisiones del tesorero y protesorero. Es elegido titular Gabriel Oddone, que hasta entonces había ejercido provisionalmente la presidencia y que cargaría la autoridad partidaria hasta fines de 1945. La designación importaba un reconocimiento de la importancia y gravitación de los sectores que habían adoptado últimamente alguna actitud crítica con respecto a la conducción de Alvear, pues el nuevo presidente estaba vinculado al radicalismo cordobés, cuya jefatura virtual ejercía Sabattini. Fue designado vicepresidente 1.º Atanasio Equiguren, y en la vicepresidencia 2.ª subsistió Henoch Aguiar, que no había renunciado pero que tampoco concurría a las sesiones del cuerpo. Actuarían como secretarios Julio Correa, Carlos E. Cisneros, José Víctor Noriega y Carmelo Piedrabuena; Raúl Rodríguez de la Torre y Alberto J. Paz, nuevamente, habrían de ocupar la tesorería y protesoría del cuerpo.

Después de largos debates, el Comité Nacional decidió citar a la Convención Nacional para el 28 del mismo mes a fin de tratar el problema de la reorganización, sugiriendo diversas reformas a la Carta Orgánica y una reinscripción general en todo el país. Había triunfado, pues, la tesis tibia de Guido. Con ese motivo, se producen las renunciaciones de casi todos los delegados que habían sostenido la posición de reorganización total. A estas renunciaciones se sumó poco después la de José Luis Cantilo, presidente de la Convención Nacional: no quería presidir un cuerpo en el que se habría de criticar, a buen seguro, la orientación alvearista que él había compartido.

De todos modos, la reunión de la Convención Nacional era un paso positivo. Durante varios días sesionó el organismo máximo del partido en deliberaciones agitadas, que una barra turbulenta contribuyó a perturbar. Al fin, la Convención decidió nombrar una comisión para estudiar las reformas posibles de la Carta Orgánica y decretó una reorganización condicionada a la solicitud previa de las autoridades de distrito, con reinscripción general.<sup>[54]</sup> Trascendió que sólo Corrientes, Salta y San Juan pedirían la reorganización.

Una vez más quedaba postergada la aspiración transformadora del radicalismo. Pero los sectores descontentos eran cada vez más numerosos, y las presiones locales podían obligar a una virtual reorganización total. «Afirmación Radical», por de pronto, pide la renuncia del Comité de la Capital y en Chivilcoy se reúne el Congreso de la Juventud de la Provincia de Buenos Aires, que vota resoluciones netamente revisionistas. La crisis partidaria, dice una de ellas, «es parte de una crisis profunda de la política argentina, cuyos comandos viven con la mentalidad y los incentivos morales y materiales de principios de siglo, y cuyos conjuntos militantes no definen desde hace mucho tiempo la orientación ética ni el pensamiento político de las corrientes populares que debieran representar».

Pero la victoria más sonada de los grupos revisionistas se obtendría en la Capital Federal. En este distrito subsistían las autoridades culpables de manejos políticos que habían llevado al radicalismo metropolitano a la derrota, estrechamente vinculadas a los hombres que habían desprestigiado a la Unión Cívica Radical con actuaciones deshonestas. El Comité Nacional había nombrado delegado inscriptor a don Francisco Ratto, una de las figuras más respaldadas del partido. No era un interventor, sino simplemente encargado de supervisar la futura inscripción, que terminaría con los padrones podridos del distrito.

Ratto actuó con mesura, sin interferir la actividad del Comité de la Capital. Conversó largamente con los dirigentes para convencerlos de la necesidad de que los organismos propios de la Capital reformaran sus estructuras en la forma que exigía la masa partidaria. Los «capos» pusieron mil pretextos para demorar estas reformas, que significaban la liquidación de las armazones parroquiales: cuotas de afiliación, publicidad de los registros, voto directo, etc. Finalmente culminó el sordo conflicto cuando la Convención de la Capital, convocada para abocarse al estudio de estas reformas, no se reunió debido a la falta de número por los caudillos.

Entonces Ratto presenta un informe definitivo al Comité Nacional, pintura sobria y veraz de la profunda descomposición del radicalismo metropolitano. En su prosa un poco anticuada, decía Ratto: «Del vicioso padrón ha surgido la investidura representativa de los actuales componentes de los organismos. ¿Pueden los representantes sentirse con auténtico mandato de los genuinos radicales?».

Alude a la resolución de la Convención Nacional expresando: «Atenuado por el transcurso del tiempo el clamor público impulsor de aquella actitud y después que la Convención Nacional resolvió sepultar al pasado sin apreciaciones, los actuantes directa o indirectamente responsables no demuestran entusiasmo en pro de transformaciones éticas o estatutarias. En contrario, aferrados a sus posiciones y desaprensivos de las demandas partidarias y de la opinión pública, que todavía espera del partido mayoritario la destrucción del despotismo, defienden sin ambages la subsistencia de “capitales políticos” habidos sobre la base de un padrón cuya impureza reconocen, y de combinaciones y maniobras que desvirtúan el sentido democrático. El equilibrio de los seudos “capitales políticos” requiere pactos

anormales como los concertados con motivo de los últimos comicios internos y oficiales; y de tal modo, la actividad electoral se desenvuelve acompañada por intereses parecidos a los de las empresas mercantiles».

Y continuaba el informe poniendo el dedo en la llaga: «Ha retrocedido el idealismo para dar paso a las concupiscencias, y a su amparo se filtran interferencias foráneas que operan como “quintas columnas”, algunas en especial beneficio de cierto maquiavélico aspirante a la fórmula presidencial. En contraste con el cuadro diseñado, pude comprobar que los intentos de desviación son felizmente repulsados por la mayoría en la que incluyo a correligionarios relegados y a ciudadanos independientes predisuestos a la afiliación. No son ficticias las ansias populares de que el partido mayoritario recobre la autoridad moral necesaria...».

Y seguía el informe escarbando hondo y fiero en ese absceso del radicalismo que era el distrito metropolitano.

El Comité Nacional sólo tenía un camino, y lo tomó por unanimidad. El 23 de julio de 1942 interviene el distrito metropolitano y nombra interventor, con amplias facultades, a don Francisco Ratto.

Se había dado el primer paso para romper con la «trenza» metropolitana. Un nuevo viento parecía soplar en el radicalismo. Lentamente empezaba a concretarse la lucha contra las estructuras del fraude interno y el cohecho municipal.

Liberados de la autoridad del jefe muerto, los radicales del país se animaban a emprender una labor de limpieza imposible de concebir durante su vigencia. La Intervención Ratto significaría la primera batalla de una guerra cuyos frentes subsisten todavía.

Había que prestigiar urgentemente al radicalismo, porque la garantía de Ortiz ya había perimido. Un breve veraneo del presidente en Mar del Plata había hecho florecer las esperanzas de los que soñaban con su vuelta, pero ya había trascendido que su enfermedad se agravaba día a día. A mediados del año 42 llegó un famoso oftalmólogo español para examinarlo. Su diagnóstico fue pesimista. El 24 de junio renunciaba a la presidencia de la Nación este hijo del fraude que supo avizorar la gravedad de la ficción política en que vivía el país, pero que fue impotente para ponerle remedio. El pueblo sintió hondamente la tragedia del ilustre ciego. Un mes más tarde fallecía Ortiz, y con él, toda esperanza de normalización institucional.

Hablemos de Justo. El ex presidente tejía silenciosamente su nuevo período. Carente de partido propio, su táctica debía moverse hacia la captación de diversos grupos de presión. Durante los últimos años se había mantenido en discreta actitud de expectativa, halagando, prometiendo, adulando a todos los elementos utilizables. Acentuaba su personalidad civil escribiendo sobre Mitre en *La Nación*, o memoraba su condición militar ofreciendo su impoluta espada al Brasil, en guerra con el Eje. Sobre tres bases afirmaba Justo sus aspiraciones políticas: los sectores democráticos

del Ejército, los intereses aliadófilos en el país y el radicalismo.

Parece increíble que el gran persecutor de los radicales pudiera abrigar la esperanza de atraerse a las víctimas de sus carcelazos y fraudes. Pero Justo contaba con la desesperación de un partido cuyos dirigentes, en gran número, estaban dispuestos a cualquier viraje con tal de contar con una mínima garantía de elecciones libres. El pacto de la Concordancia estaba virtualmente quebrado por la preponderancia conservadora sobre el antipersonalismo, acentuada a través de la gravitación de Castillo y reforzada con la muerte de Ortiz. Castillo había manifestado privadamente en varias oportunidades que el próximo gobierno debía ser presidido por un conservador. Justo contaba con el desplazamiento del antipersonalismo para agruparlo a su alrededor junto con el radicalismo tradicional o, por lo menos, una gran parte de éste. Sería una culminación de la reorganización del City de 1931, cuando radicales y antipersonalistas se encontraron reunidos bajo la jefatura de Alvear. En aquel entonces, una parte del antipersonalismo no entró en la reorganización y compuso la Concordancia con los conservadores para apoyar a Justo. Ahora sería Justo el que uniría a radicales y antipersonalistas. Y la lucha por el poder, entonces, se libraría entre el radicalismo unificado y los conservadores.

Era un sueño ambicioso, pero con posibilidades reales. Naturalmente, era obvio que el ala yrigoyenista o intransigente de la Unión Cívica Radical no aceptaría jamás a Justo como candidato, y que su nombre encontraría grandes resistencias populares, acostumbrada la gente como estaba a encarnar en la figura del ex presidente los amargos recuerdos de los años más duros. Pero ¿qué podrían significar esas resistencias si entraba en el juego la máquina oficial del partido, reforzada decisivamente por el aporte antipersonalista?

Con esa base electoral, Justo podía hacer jugar sus restantes apoyaturas. El Ejército estaba cada vez más nazificado y ya estaban actuando clandestinamente grupos organizados pro nazis. Pero subsistían comandos importantes de filiación democrática. ¿No aceptarían al camarada que representaba el vínculo con las naciones enemigas del Eje? Justo se había declarado aliadófilo desde el primer momento y hasta había ofrecido su propia, preciosa sangre, para defender los sagrados principios de la libertad y la democracia. Frente a los grupos militares nazistas, los sectores aliadófilos no tenían mejor solución que asentir a Justo.

Por otra parte, Castillo estaba empeñado en una política neutralista que en realidad era simpática al Eje. Aunque Inglaterra la toleraba sin disgusto porque ello le aseguraba el tranquilo embarque de víveres, EE. UU. veía con desagrado este desacato a su gravitación continental. Ante la posibilidad de un nuevo presidente neutralista o abiertamente pro germano —o, por lo menos, antiyanqui, como lo era notoriamente Castillo—, EE. UU. prefería un Justo, abiertamente jugado a su favor. Había tenido la habilidad de definirse por los aliados desde el vamos y, poco a poco, Justo, negación de la democracia en el país, se estaba convirtiendo en el símbolo de la democracia... Un símbolo así podía nuclear una unión de los partidos democráticos

para librar la batalla contra el nazismo criollo... ¿No era perfecta tal construcción mental?

Tales especulaciones anudaba y desanudaba este minúsculo Roca, este gran corruptor de la política argentina, inventor de la sonrisa profesional para presidentes, cuya imperturbable constancia crispaba los nervios de quienes veían en su segundo posible período la definitiva destrucción de las defensas nacionales. Algunos diarios lo atacaban rudamente: en otros se adivinaba un apoyo receloso. Los muchachos tomaban la candidatura Justo como ofensa personal: a la salida de algún banquete le tiraron plurales huevos que el postulante presidencial esquivó con la misma indiferencia con que diez años antes soportara las silbatinas del público porteño.

Él seguía tejiendo y tejiendo...

Pero grandes sectores del partido estaban desazonados con estas perspectivas y desconfiaban cada vez más del comando partidario, en el que veían un ánimo bastante propenso a entrar en la maniobra de Justo. En la persistencia de estos comandos para aferrarse a las posiciones partidarias y en la simpatía con que parecían mirar la posibilidad de una conjunción de fuerzas democráticas, adivinábase el comienzo de la maniobra. La anhelada reorganización general no había sido aprobada por la Convención Nacional, y sólo se había obtenido —como hemos visto— una reinscripción en todo el país y la intervención a la Capital Federal y algún otro distrito menor. Pero, en cambio, el Comité Nacional había prorrogado el mandato ya caducado del Comité de la Provincia de Buenos Aires, a cuyos principales dirigentes se sindicaba como vanguardias de la maniobra Justo.

Durante ese invierno de 1942, asistido por la resistencia soviética de Stalingrado, los escándalos de la Lotería y de los cadetes militares y la resistencia de los «colectiveros» porteños a dejarse absorber por la Corporación de Transportes, la lucha de los sectores que ya empezaban a calificarse de intransigentes se enderezó, por tanto, a pedir la intervención del Comité de la Provincia.

Los revisionistas bonaerenses realizaron asambleas en diversos puntos planteando sus exigencias en orden a la adopción de una actitud moral y un contenido programático por el partido. Afirmaban su conducta en la renuncia que algunos de sus dirigentes habían hecho de las bancas provinciales e insistían en no inscribirse en los registros recientemente abiertos si éstos no eran controlados por la autoridad del Comité Nacional. Gestiones de mediación efectuadas por Pueyrredón no tuvieron éxito, como tampoco un proyecto de intervención al organismo bonaerense que el Comité Nacional no llegó a tratar. Como solución intermedia, el alto cuerpo designó en setiembre una comisión integrada por José Luis Cantilo, Eduardo Laurencena, José María Martínez, Delfor del Valle, Salvador Viale y Emilio Solanet para atender todas las cuestiones atinentes a la inscripción en la provincia, pero los revisionistas consideraron inocua la medida. Después de un largo proceso de presión por parte de los revisionistas, cuyas barras llegaron en varias oportunidades a la Casa Radical a

plantear ruidosamente sus exigencias, el Comité Nacional decidió, a mediados de noviembre (1942) ampliar el plazo de inscripción en la provincia, sin intervenir su Comité. Los revisionistas consideraron la medida como punto de partida para una acción totalmente desvinculada de los organismos oficiales y decidieron inscribir por su cuenta. «Hemos recorrido todas las instancias partidarias: ahora apelaremos al pueblo radical de la provincia», dijo Ricardo Balbín, secretario del movimiento. Lo cierto era que la máquina oficial del alvearismo subsistía en toda su vigencia, con una instintiva solidaridad que le permitía defenderse de la creciente presión intransigente. Había dejado perforar sus defensas en el caso de la Capital Federal porque aquí el escándalo era absolutamente injustificable; pero en vísperas de la renovación presidencial la trama de intereses creados tejida a través de diez pacientes años no iba a permitir su desgarramiento por las exigencias de unos cuantos muchachos revoltosos o algunos viejos del tiempo de Yrigoyen... Y dentro de este engranaje, el Comité de la Provincia presidido por Boatti era una pieza fundamental.

Esta máquina solamente fallaba en un punto: la presidencia del Comité Nacional, ejercida por Oddone. Aunque el alto cuerpo estaba compuesto mayoritariamente por elementos de la conducción alvearista, Oddone significaba un punto de contacto con los sectores intransigentes. Por lo tanto, una sorda lucha se desató contra él, que culminó en el «caso Santa Fe». El Comité de esta provincia, que desde la intervención Cantilo (1935) era uno de los puntales de la conducción alvearista y cuya presidencia ejercía Mosca, había iniciado a mediados de año conversaciones con el Partido Demócrata Progresista y el Partido Socialista con miras a una «Unión Democrática» para enfrentar al oficialismo en la próxima renovación gubernativa provincial y por eso despertó un inmediato recelo entre los sectores intransigentes de todo el país. Oddone se apresuró a llamar la atención a los dirigentes santafesinos en un telegrama concebido en términos enérgicos y esto provocó la reunión del Comité Nacional.

En esta reunión (setiembre 1942) se delinearon nítidamente las diferencias ideológicas que separaban con creciente profundidad a los dos grandes sectores partidarios. En diversas oportunidades (levantamiento de la abstención en 1935, asunto de las concesiones eléctricas en 1936, Convención Nacional de 1940, neutralidad en 1941) se habían definido divergencias de contenido entre los grupos que rodeaban a Alvear y aquellos que habían mantenido en alguna medida una posición crítica frente a su conducción. Ahora, el tema de la conjunción electoral con otras fuerzas políticas habría de acentuar la diferenciación de las grandes corrientes que integraban el partido.

La reunión del Comité Nacional fue agitada y debió interrumpirse varias veces, pues al caso Santa Fe sumábase el tratamiento del conflicto interno de Buenos Aires. Además, la mayoría intentaba poner en posición difícil a Oddone, no ratificando los términos de su telegrama admonitorio a los unionistas santafesinos. Albarracín Godoy y Santander sostuvieron la posición unionista, mientras Farías Gómez la

rebatío, denunciando la posibilidad de la maniobra Justo a través de la «Unión Democrática» en gestación. «No me asusta el Frente Popular —dijo Farías Gómez en una de sus intervenciones—. Me asusta el segundo frente: Justo». Al fin el Comité Nacional decidió aprobar la conducta de su presidente y aceptar las explicaciones de los dirigentes santafesinos cuya actuación «no involucraba pactos ni convenios electorales», declarando al mismo tiempo «la simpatía de la UCR por los partidos democráticos» que luchaban por normalizar el país.

La conjunción electoral de Santa Fe quedó frustrada y, por lo tanto, afirmada la posición intransigente. Las elecciones de Tucumán serían una nueva victoria moral para la intransigencia. Se recordará que Alvear, en 1938, había propiciado una conjunción entre el radicalismo y el concurrencismo sobre la base de la candidatura del concurrencista De Critto. Esta vez, el radicalismo se negó a ir como furgón de cola del concurrencismo y sostuvo el nombre de Roque Raúl Aragón, al que también apoyaron las fracciones dirigidas por Eudoro Aráoz y José Sortheix. La conducta radical en Tucumán en 1942, pues, significaba una rectificación a la que Alvear propiciara en 1938, y equivalía a reafirmar el concepto intransigente de la lucha partidaria.

Pero estos episodios locales, sostenidos principalmente por la firme posición de Oddone, significarían bien poco frente a la creciente presión que iba a cubrir al radicalismo por parte de las demás fuerzas políticas no oficialistas del país, con vistas a una «Unión Democrática» cuyo beneficiario, eventualmente, podría ser Justo a cualquier «personalidad independiente».

La única «Unión Democrática» legítima que pudo existir en el país fue en 1931, cuando las fuerzas políticas no radicales debieron haberse solidarizado con el partido excluido arbitrariamente de los comicios. Ello no ocurrió, y los demócratas progresistas y los socialistas gozaron durante cuatro o cinco años la ausencia de la fuerza mayoritaria. Posteriormente, el fraude que habían contribuido a crear por complicidad indirecta los asustó y los indujo a proponer una acción común a la Unión Cívica Radical. Esta acción no se pudo concretar, pero se realizaron en el curso de esos años varios actos conjuntos, como la celebración del 1.º de mayo de 1936, en la que, a iniciativa de la CGT, hablaron Alvear, De la Torre y Repetto, o el llamado «Frente Popular» en la Cámara de Diputados, que funcionó ese mismo año y que tuvo expresión externa en la inauguración popular del monumento a Sáenz Peña, en la que estuvieron presentes los mismos dirigentes y Honorio Pueyrredón.

Más tarde, a fines de 1937, los socialistas propusieron una coincidencia con vistas a las elecciones de 1938; y en la entrevista que sostuvieron Alvear y Repetto se anunció que habían coincidido en «organizar un gran movimiento de opinión para restablecer en el país el imperio de la legalidad», propósito que nuevamente se reiteró en febrero del año siguiente, cuando una delegación socialista visitó a Alvear con el fin de «promover un movimiento de opinión que tienda a vigorizar la acción de las

fuerzas democráticas políticas y sociales del país».

Si bien durante esos años no se arribó a una tal conjunción, Alvear no se había opuesto jamás a que ello ocurriera. Fue sintomático, en este sentido, un artículo sobre la revolución del 90 que el jefe radical publicó en julio de 1939 en el diario socialista *La Vanguardia*, así como su decidido apoyo a Acción Argentina.

Con estos antecedentes, no es extraño que el elenco que había rodeado a Alvear fuera proclive a un acuerdo con los otros partidos para hacer frente a la renovación presidencial de 1943. La conducción alvearista no había dado al radicalismo otro contenido programático que el de un anhelo de normalidad institucional, y en este punto era evidente la coincidencia con las demás fuerzas políticas. Por consiguiente, no parecía forzada una conjunción con ellas hacia el logro de ese fin.

En octubre de 1942 el Partido Socialista había resuelto designar una comisión que buscara la aproximación con las demás fuerzas democráticas. El Partido Demócrata Progresista aceptó de inmediato la iniciativa, a la que también adhirió Acción Argentina. Durante el mes de noviembre, la comisión organizó actos en el interior del país, ocupando las tribunas oradores de diferentes partidos y también algunos dirigentes radicales. Empezaba a ponerse en marcha una creciente presión sobre la Unión Cívica Radical para que aceptara el ingreso a la futura «Unión Democrática». Algunos organismos —la Convención de Santa Fe, la de Entre Ríos y el Congreso Provincial de Mendoza— y no pocos dirigentes, entre ellos, casi todos los diputados nacionales de la Unión Cívica Radical, acogieron con simpatía la idea unionista.

El 10 de diciembre se dio entrada en el Comité Nacional a la nota del Partido Socialista por la que invitaba a la Unión Cívica Radical a participar en la proyectada conjunción de partidos. Dos posiciones extremas se perfilaron de inmediato: la aceptación de la proposición socialista y su rechazo. Sostuvo la primera tesis Leopoldo Zara, y la segunda, Farías Gómez. Expusieron sus ideas a favor de la unidad de los partidos democráticos Poblet Videla, Raimondi y Santander; en contra, Absalón Rojas y Jorge Walter Perkins. Finalmente, el cuerpo resolvió convocar a la Convención Nacional para el 16 de enero de 1943, a fin de que el máximo organismo partidario decidiera en definitiva.

Pero la posibilidad, cada vez más cierta, de que el radicalismo se diluyera definitivamente en una comunidad política con fuerzas extrañas a su entidad hizo nuclear por reacción a todos los sectores que a través de la conducción alvearista se habían mantenido en actitud no conformista o retraída. Se podía tolerar la maniobrera de las «trenzas» o la falta de una orientación orgánica, pero esto ya no.

Por lo tanto, entre noviembre y diciembre de 1942 se acentúa la actividad de los sectores intransigentes, cuyo objetivo no era solamente el rechazo de la iniciativa unionista sino también el de que la Convención Nacional de enero proclamara una fórmula netamente radical, encabezada por Honorio Pueyrredón. A fines de noviembre se reúnen unos ochenta dirigentes radicales en el hotel España, lugar sugestivo en recuerdos yrigoyenianos, y en una reunión realizada a principios de

diciembre, y que presidió el doctor Francisco Albarracín, se eligió una comisión permanente encargada de coordinar los esfuerzos de todos los radicales que se oponían a la integración de la Unión Cívica Radical en la «Unión Democrática». Componían la comisión Héctor Dasso, Víctor Spota, Ernesto Sanmartino, Alejandro Miñones y Ricardo Balbín; más tarde se ampliaría con José Benjamín Ábalos, Roque Aragón, Alois Bachman, Julián Cáceres, Salvador Cetrá, Adrián Fernández Castro, Arturo Frondizi, Roberto Parry y Roque Coulin. Además, la asamblea del hotel España dio a publicidad un documento condenando «la amalgama de sectores de opiniones divergentes que, bajo la coincidencia de opiniones esquemáticas o vagas, conducen a la anarquía de las ideas, a la acción desordenada y al debilitamiento de los partidos orgánicos y populares».

El movimiento recibió adhesiones significativas: Elpidio González, Horacio Oyhanarte, que desde Nueva York exhortó al Comité Nacional a mantener los principios de la trayectoria radical, y, finalmente, se decidió realizar en enero una reunión nacional en Córdoba, único distrito donde se podía contar con una firme base partidaria para sostener la posición intransigente, pues, en tal sentido se había pronunciado su Congreso Provincial. Esta asamblea —primer antecedente orgánico del Movimiento de Intransigencia y Renovación— tuvo lugar los días 9 y 10 de enero de 1943, con asistencia de delegaciones procedentes de siete distritos: Capital Federal, Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe, Santiago del Estero, San Juan y La Rioja. La asamblea intransigente resolvió propiciar en la Convención Nacional la proclamación de una fórmula radical neta junto con un plan orgánico para evitar el fraude: eventualmente, si se consideraba que no existían suficientes garantías para ir al comicio, el radicalismo debía abstenerse. Además se decidió repudiar a los totalitarismos y solidarizarse con los países democráticos, así como propugnar una amplia reorganización partidaria.

Contemporáneamente a las deliberaciones de esta asamblea, se difundían declaraciones de Sabattini. El ex gobernador de Córdoba declinaba toda candidatura y manifestaba su apoyo a la de Pueyrredón para la presidencia.

Mientras los intransigentes movilizaban sus fuerzas para oponerse a una resolución unionista en la Convención Nacional, nuevos pronunciamientos locales iban dando la sensación de la nucleación futura. Los convencionales correntinos expresaban su posición intransigente, mientras que los tucumanos se manifestaban unionistas. Los convencionales metropolitanos, después de largas deliberaciones, deciden también apoyar la iniciativa unionista. Por su parte, Elpidio González, Pueyrredón y Amancio González Zimmerman viajan a Rosario para entrevistarse con Sabattini: se dice que allí se habla de una fórmula Pueyrredón-Sabattini que sería presentada a la Convención Nacional a fin de abortar la tentativa unionista y obtener una fórmula radical neta.

El fantasma de Justo seguía rondando todos esos trámites. Su nombre ya había

sido proclamado por algunos comités antipersonalistas de distrito y empezaban a movilizarse unas «Vanguardias Argentinas General Justo». Pero súbitamente, el 11 de enero el fantasma se desvaneció por obra de un derrame cerebral. El fallecimiento de Justo no tuvo eco popular. Había sido siempre aborrecido, y aunque se lo sabía animado de la intención de corregir en una futura presidencia los errores y abusos de la primera, el pueblo no le perdonaba su gobierno fraudulento y entreguista. Ahora, la desaparición de Justo abría nuevas incógnitas y urgía a nuevos planteos en todos los campos políticos, incluso el radical...

Por fin, el 16 de enero se reúne la Convención Nacional, bajo la presidencia de Cantilo. Éste pronuncia un discurso discretamente unionista. Saluda a los delegados del interior —Ravignani, uno de los más activos dirigentes unionistas— y agradece Ricardo Monfarrell, de Mendoza, distrito que ya se había pronunciado favorablemente a la unificación democrática. La elección de José C. Susán para vicepresidente 1.º del cuerpo es considerada como una gimnasia del sector unionista, pues la delegación santafesina, a la que pertenecía Susán, era una de las más firmes bases de este sector.

En un ambiente tenso se inician las deliberaciones, que tienen inauguración de violencia cuando Ricardo Garbellini impugna a los convencionales revisionistas y Emir Mercader se traba en pugilato con él. Restablecida la calma, se decide girar a una comisión especial todas las iniciativas y comunicaciones referentes a unidad o intransigencia. En los círculos radicales se daban como sostenedores del planteo unionista a las delegaciones de Capital Federal, Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe, Mendoza, Salta, Tucumán y Chaco, mientras que Córdoba, Corrientes, Catamarca, Jujuy, La Rioja, San Juan y Formosa estarían decididos por la postura contraria.

Esta diferencia se plantea en el seno de la comisión, que trabaja intensamente durante dos días sin llegar a un acuerdo. El 18 de enero debía volver a deliberar el cuerpo: durante toda la tarde se va difiriendo la reunión, a la espera de que surja una coincidencia en la comisión. Pero ello no ocurre, y cuando se reanuda la sesión, a medianoche, se presentan dos despachos, suscriptos cada uno por ocho miembros de la comisión.

El despacho unionista aconsejaba «promover entre las fuerzas democráticas, estudiantiles, obreras y de la economía nacional, una movilización dirigida a concurrir solidariamente a la próxima campaña presidencial, con el objeto de obtener el restablecimiento de las instituciones del país». A tal efecto se autorizaba a la presidencia de la Convención Nacional a nombrar una comisión de cinco miembros que entraría en contacto con las fuerzas aludidas, hecho lo cual el cuerpo volvería a reanudar sus sesiones a fin de proclamar la fórmula presidencial «de acuerdo con lo establecido por la Carta Orgánica».

El despacho intransigente, por su parte, era idéntico en lo referente a la proyectada movilización democrática, pero fijaba el 2 de febrero como fecha

improrrogable para que volviera a reunirse la Convención Nacional con los antecedentes que la comisión trajera, debiendo el cuerpo proclamar de inmediato la fórmula y dejando a salvo que la designación de la comisión «no significa bajo ningún concepto que la UCR renuncie en un todo o en parte a consagrar su propia fórmula presidencial, la que estará integrada por hombres de neta filiación partidaria». Suscribían este despacho, Adolfo Galatoire, Víctor Alcorta, Simón Fernández Zalazar, Daniel Bausch, Ernesto Dalla Lastra, Eulogio Sanz, J. Villa Ruiz y Marcial Rojas.

Informa el primer despacho Ravignani, y Galatoire, el segundo. Hablan varios oradores en uno u otro sentido, mientras el ambiente crece en apasionamiento, hasta que una alusión de Mercader al radicalismo de Córdoba provoca el retiro de la delegación de esta provincia, acompañada por los correntinos, dos delegados de Santiago y todos los revisionistas bonaerenses. El retiro de los convencionales intransigentes, sin embargo, no alcanza a quebrar el quórum del cuerpo, y el primer despacho es votado por la unanimidad de los presentes.

Dos días después, Cantilo, como presidente de la Convención Nacional, designa la comisión que se encargará de tomar contacto con fuerzas que eventualmente formarían la Unión Democrática. Ravignani es designado presidente de la misma, y la integran Carlos A. Sánchez, José C. Susán, Adolfo Galatoire (que acepta tras alguna vacilación) y Víctor Alcorta.

Se consumaba así el primer paso hacia la integración del radicalismo en una fuerza opositora formada con núcleos de diferente origen político. En realidad, la proyectada «Unión Democrática» era doctrinariamente contradictoria y técnicamente inútil. Rompía todos los precedentes partidarios y permitía que el radicalismo se diluyera en una oposición al oficialismo que no podía postular sino el único punto común que nucleaba a todas las fuerzas, es decir, la lucha contra el fraude. Si el radicalismo en 1943 hubiera permanecido en una tesitura emancipadora y con un profundo contenido económico y social, la «Unión Democrática» habría resultado imposible, ya que la caracterización enunciativa de la Unión Cívica Radical hubiera resultado tan absolutamente diferente de los otros partidos que habría tornado violenta y forzada una conjunción electoral. Pero es que en 1943 el radicalismo había reducido sus postulaciones al reclamo de normalidad institucional, ocultando cuidadosamente las viejas exigencias que le habían dado tensión y dinámica bajo Yrigoyen. Y entonces sí, resultaba fácil parecerse cada vez más a las otras fuerzas políticas del país, que coincidían en ese reclamo aunque fueran totalmente diversas en su constitución humana y emocional. Por lo que esta «Unión Democrática» era, en cierto modo, perfectamente lógica, partiendo del supuesto de que el radicalismo no era la fuerza viva, consciente, pujante de Yrigoyen, sino el partido tibio y escéptico que —tal vez a su pesar— había dejado Alvear. Póstumamente, la conducción de Alvear seguía llevando al radicalismo por caminos equivocados.

Pero es que, además, la «Unión Democrática» era objetivamente inútil. No

aportaba al radicalismo más que el caudal socialista en la Capital Federal —que nunca ganaría el oficialismo— y los magros votos demócratas progresistas en Santa Fe —que de todos modos ganaría el oficialismo—. Así que no entrañaba ni remotamente un nucleamiento táctico de fuerzas como para impedir el triunfo fraudulento de la Concordancia. Y si la «Unión Democrática» se hacía, como sostenían algunos, para demostrar que el gobierno de Castillo no perpetraba el fraude solamente contra los radicales, una demostración de tal suerte era inútil, porque ya estaba suficientemente evidenciado que el fraude se perpetraba contra cualquier partido que se opusiese a los apetitos e intereses de la oligarquía.

Los pilotos de la «Unión Democrática» no ignoraban estas circunstancias, como no ignoraban la absoluta inocuidad de semejante engendro en un eventual triunfo. Es que ellos estaban ya en otra cosa. Había fallado la carta Justo. Pero tal vez otro general no fallara. Y era cuestión de encontrar cualquier ambicioso con el suficiente poder como para impedir el fraude.

Por eso, el despacho de comisión aprobado por la Convención Nacional no hablaba —como lo hacía el despacho intransigente— de la filiación radical de los futuros integrantes de la fórmula... Ya se estaba hablando de un binomio extrapartidario o independiente. En realidad, se pensaba en algún general en actividad, con un alto cargo en el gobierno.

A eso se había llegado.

Durante todo ese mes de febrero (1943) la comisión nombrada por la Convención Nacional recibió numerosas delegaciones cívicas, estudiantiles y obreras y permaneció en permanente contacto con la delegación socialista y extendiendo también su actividad al interior del país.

Mientras tanto, el Régimen tramitaba su sucesión coronando todos los antecedentes del cinismo político. Tres candidaturas se estaban perfilando desde un año antes: la de Robustiano Patrón Costas, señor feudal del norte del país, vinculado a los intereses económicos de aquella región; la de Guillermo Rothe, ministro de Instrucción Pública, y la de Rodolfo Moreno, gobernador de Buenos Aires. La puja estaba entre la primera y la última, pues Rothe no aspiraba sino a ser el posible beneficiario de un empate entre Patrón Costas y Moreno. Pero ocurría que Castillo, que había realizado un gobierno duro, tanto para la oposición como para sus propios partidarios, había restaurado el «unicato», esta vez con el irónico eufemismo de «unanidad de uno». La renovación presidencial, pues, debía estar condicionada a lo que dijera el anciano presidente.

Parecía que el país se hubiera retrotraído en este aspecto a los primeros años del siglo. Hasta el lenguaje se repetía. Las «reuniones de notables», la «media palabra»... A mediados de febrero se difunde la nueva: el agraciado era Patrón Costas. La decisión de Castillo había sido terminante y sin réplicas. A los antipersonalistas se les concedería la vicepresidencia.

El úkase presidencial no conformó, sin embargo, a los partidarios de Moreno. El

Partido Demócrata Nacional bonaerense intentó resistir. Antes de proclamar fórmula —sostuvieron sus dirigentes— era necesario ponerse de acuerdo sobre la plataforma que sustentaría la Concordancia. Claro que el argumento no era más que un pretexto para dilatar la consagración de la fórmula presidencial que —trascendió después— se integraría con Manuel de Yriondo, ex gobernador de Santa Fe. Resistió, pues, Moreno: hubo largos almuerzos con Castillo en la residencia de Olivos; no hubo acuerdo; y cuando parecía inminente un alzamiento político del conservadurismo bonaerense, Castillo comunica a Moreno que debe elegir entre renunciar o ser intervenido. Moreno allanóse a dimitir y se alejó sin pena ni gloria del cargo al que fuera llevado por uno de los fraudes más descarados de nuestra crónica política. Ambicionaba desesperadamente la presidencia: a principios de enero se había hecho homenajear con motivo de cumplir un año de gobernación, por un gran movimiento popular cuya junta central encabezaba el obispo de La Plata.

Pero no sabía historia argentina: si hubiera sabido, no habría insistido en romper esa ley fatal que veda a los gobernadores de Buenos Aires el acceso a la Casa Rosada...

Libre de obstáculos, entonces, Patrón Costas aprestóse a ser ungido candidato a la presidencia de la Nación. Conservador de filiación y de sensibilidad, sus simpatías por Inglaterra eran notorias. Los grupos nazis del ejército recibieron la noticia con disgusto y siguieron ajustando sus conversaciones. Castillo, desde su armisticio con las Fuerzas Armadas (octubre 1941) halagaba a los militares con frecuentes almuerzos y prebendas en el escalafón. Pero el proceso político evidenciaba una descomposición que justificaba cualquier reacción militar. Previéndola, a fin del año 42, Castillo había sustituido a Tonazzi —tildado como demasiado amigo de Justo— por un oscuro generalito, Pedro Ramírez, y descansaba tranquilo en su fiel ministro de Guerra.

Este Castillo es un personaje interesante, de psicología digna de ser estudiada. Contemporáneamente con actos francamente antidemocráticos, su gobierno tuvo iniciativas en el campo económico de evidente beneficio para el país, como la nacionalización del gas y del puerto de Rosario, la actualización de la flota mercante y la intervención de las existencias de caucho y nafta para paliar las consecuencias de la guerra. Después de los tironeos con Ortiz y las presiones castrenses, parecía que su período podría terminar con tranquilidad, obtenido ya su absoluto predominio sobre los partidos oficialistas y asegurado el respaldo militar.

No andaban las cosas tan apaciguadas en el campo opositor. Ya en las conversaciones mantenidas durante el mes de febrero, los socialistas habían exigido que la fórmula de la Unión Democrática Argentina no surgiera del radicalismo sino de un acuerdo general entre los partidos integrantes de la conjunción electoral. Al trascender esta condición, los intransigentes activaron su presión para que se diera por terminada la gestión de la comisión y se reuniera de inmediato la Convención

Nacional para proclamar fórmula. En este sentido se realizó un acto público en el que usaron de la palabra Balbín, Leloir, Coulín, Cetrá, Sanmartino y Alende.

El 27 de abril se reúne la Convención Nacional. Ravnani expone un informe de dos horas sobre las actividades de la comisión que presidiera y presenta su dictamen. Éste sugiere la aprobación de las tramitaciones efectuadas con partidos políticos y entidades sindicales y estudiantiles; pide que se designe una comisión para ultimar los detalles sobre fórmula y plataforma con las demás fuerzas durante un cuarto intermedio de tres días, lapso durante el cual quedaría sin efecto el punto 4.º de la resolución aprobada por la Convención Nacional del 16 de enero. El punto 4.º, como se recordará, establecía que una vez finalizadas las gestiones de la comisión pro unidad, el alto cuerpo partidario procedería a proclamar fórmula «de acuerdo con la Carta Orgánica». Pero hasta una enunciación tan vaga molestaba ya. Había que dar mano libre para cualquier enjuague. No se había aceptado en su momento el despacho intransigente según el cual la fórmula debía integrarse exclusivamente por radicales: ahora, ni siquiera se aceptaba que la Convención Nacional procediera de acuerdo con el estatuto fundamental del partido. Manos libres.

Por 99 votos contra 29 se aprueba el dictamen de la comisión. De inmediato se constituyen en la Casa Radical los representantes socialistas y demócratas progresistas. Había un tácito acuerdo de que el primer término del binomio fuera proclamado por el radicalismo, y los nombres en danza eran Tamborini o Laurencena, pues no se creía que Pueyrredón aceptara una fórmula mixta —aunque en algún discurso pronunciado en la Casa Radical frente a delegaciones sindicales y estudiantiles, el ex canciller de Yrigoyen se había manifestado partidario de la unidad democrática, lo que no dejó de molestar a muchos intransigentes—. El segundo término del posible binomio podía ser Mario Bravo, Alfredo Palacios o Luciano Molinas.

Cinco días más tarde vuelve a reunirse la Convención Nacional. Nuevo despacho: se aprueba la Unión Democrática Argentina, se define una vaga plataforma común, se crea una Junta Ejecutiva Nacional que coordinará y dirigirá las actividades de todos los partidos coincidentes y se determina que la Convención Nacional proclamará únicamente candidato a presidente, comprometiéndose a aceptar el candidato a vicepresidente que designen de común acuerdo las restantes fuerzas. Los representantes de Córdoba y Corrientes insisten en una fórmula radical neta. Algunos representantes del «boattismo», de acuerdo con un anterior pronunciamiento de la Convención de Buenos Aires, postulan una fórmula extrapartidaria. Después de deliberaciones que duraron casi dos días se aprueba el despacho por 84 votos contra 37. Habrá, pues, fórmula mixta.

Pero no habrá. Porque los socialistas anuncian que el candidato a vicepresidente lo elegirán ellos, con exclusión de acuerdos previos con otras fuerzas. Los demócratas progresistas alzan su airada protesta: el candidato a vicepresidente — dicen— debe ser elegido por acuerdo de los partidos, como se convino al principio.

Nuevo estancamiento de las gestiones. Cada vez está más cargado el ambiente. Los socialistas acusaban a los comunistas de estar presionando para que el candidato a vicepresidente fuera Luciano Molinas, como medio de excluir de la fórmula a los de la Casa del Pueblo. Es de notar que, aunque el Partido Comunista no estaba reconocido y actuaba más o menos clandestinamente, había participado en todas las tratativas de unidad, y sus adictos copaban permanentemente la Casa Radical, como habría de ocurrir también en 1945.

Paralelamente a esta crisis de los partidos no radicales, en la Unión Cívica Radical se desarrollaba también un proceso interno de proyecciones que podían ser graves. Los hombres de la antigua conducción alvearista que dominaba la Convención Nacional todavía tenían una nueva y definitiva maniobra que realizar. Se había obtenido la «Unión Democrática» y la fórmula mixta. Faltaba ahora arrebatarse a los sectores intransigentes todo posible control del partido, que atravesaba por un instante estatutario difícil. El Comité Nacional había caducado en diciembre del año anterior, y la reorganización partidaria debía concluir antes del 31 de mayo. Por lo tanto, no existía Comité Nacional, aunque la Mesa Directiva del cuerpo ya caducado seguía a cargo de las funciones ejecutivas hasta que una nueva autoridad la sustituyera. Pero sucedía que la Mesa Directiva contaba con tres miembros intransigentes: su presidente Oddone, Noriega y Correa. Y ocurría que la Intervención Ratto del distrito Capital Federal había tomado muy en serio su papel moralizador. A fin de año había impuesto a sangre y fuego la cuota obligatoria —tan dolorosa para los bolsillos de los caudillos— y ahora se aprestaba a denunciar públicamente las dobles inscripciones del nuevo padrón partidario, que llegaba a 60.000 afiliados y estaba manchado por cinco o seis mil inscripciones dobles, y apenas contaba con un 20% de muchachos menores de 20 años inscriptos, dicho sea de paso.

La maniobra para descabezar a la Mesa Directiva y desplazar a Ratto —a quien Oddone sostenía firmemente— se presentó a la Convención Nacional, que se había reunido de nuevo el 5 de mayo, concluido el cuarto intermedio concedido para que la comisión interpartidaria llegara a un acuerdo sobre el asunto fórmula presidencial. Consistió la maniobra en un proyecto por el que la Convención Nacional autorizaba la designación de una comisión de quince miembros, uno por cada distrito, que sustituiría a la Mesa Directiva del Comité Nacional. Por 83 votos contra 36 se aprueba la inclusión de la iniciativa en el Orden del Día. Los intransigentes denuncian el secreto propósito de la iniciativa, aclaran que no habiéndose obtenido dos tercios de votos no puede alterarse el Orden del Día y por consiguiente el proyecto no está incluido en el temario del acuerdo. Por consiguiente, sostienen, subsiste la Mesa Directiva presidida por Oddone. Después se retiran y dejan sin número a la Convención Nacional.

Se había llegado a una *impasse*. Los socialistas insisten en su primitivo planteo:

fórmula extrapartidaria. En el hotel España vuelven a reunirse más de cien dirigentes intransigentes, que anuncian que pedirán a la Convención Nacional la «reconsideración y revocatoria de las resoluciones antiestatutarias». En la reunión se lo critica a Pueyrredón, cuya conducta indefinida es un obstáculo para actitudes más decisivas de los grupos intransigentes. Y días después, el «Movimiento Radical Intransigente» realiza un acto público en el Augusteo, en el que hablan Albarracín, Quirós, Coulín y Balbín, quien acusa a los partidarios de la reunión democrática de «eludir el examen de los problemas nacionales ocultándolos tras la cortina de humo de la crisis del mundo».

Ahora, el esfuerzo intransigente se dirigía a que en la próxima reunión de la Convención Nacional (citada por su presidente para el 27 de mayo y posteriormente para el 7 del mes siguiente) se retornara al planteo de fórmula radical neta. Paralelamente, se trataba de que la Convención de Buenos Aires eligiera delegado al Comité Nacional a Pueyrredón, a fin de que éste pudiera ser designado presidente del alto cuerpo partidario. Pero la Convención Provincial, con amplia mayoría «boattista», queda sin número cuando llega el momento de la elección de delegados nacionales: evidente maniobra para evitar la elección de Pueyrredón, que estaba presente allí y a quien no podía dejar de elegirse por la gravitación de su personalidad.

Todavía se complicó más el panorama cuando, a fines de mayo, Oddone, Noriega y Correa, miembros en minoría de la Mesa Directiva, intervienen el distrito Tucumán, que se había pronunciado días antes por la fórmula extrapartidaria. Los unionistas consideran el hecho como un agravio; el distrito anuncia que no aceptará la intervención. Por su parte, la «trenza» metropolitana exige elecciones a la Intervención Ratto: el interventor explica que es imposible convocar con padrones viciados y publica un lapidario informe sobre dobles inscripciones y sobre el extraño manejo administrativo de la Casa Radical.

Y, además, la fórmula, que no caminaba...

Estamos en las postrimerías de mayo del 43. La guerra parece definida a favor del Eje, no obstante Stalingrado y los avances aliados en África. El país sigue viviendo una vida de ficción. Estado de sitio permanente, escasez de nafta y gomas, la vida cada día más cara. ¡El dólar ya ha llegado a cuatro pesos...!

Los sectores que dominan el partido están desesperados. Hay que buscar un hombre. Cualquiera. Alguien que garantice el triunfo de la Unión Democrática. El 1.º de junio los despreocupados lectores descubren, perdido en las páginas interiores de los diarios, un comunicado que dice así:

«Como funcionario del Estado y general de la Nación, salvaguardando mi prestigio y dignidad personal, cumplo con el deber de desvirtuar terminantemente los rumores de que se hacen eco ciertos sectores de la opinión pública, los que me colocan en la incómoda situación de pretender imponer mi candidatura para encabezar la fórmula presidencial, haciendo uso, para lograr tal fin, de la prerrogativa de mi cargo».

Firmaba este modelo de noble prosa militar el ministro de Guerra. Nadie dio mucha importancia al comunicado. Pero trascendió que algunos legisladores radicales habían hablado días antes con Ramírez, ofreciéndole encabezar la fórmula de la Unión Democrática. A Ramírez la oferta le había parecido interesante y prometió hablar con sus camaradas. Los ofertantes estaban encantados. A un general de la Nación, a un ministro de Guerra, Castillo no se atrevería a trampearle la elección. Y si no había fraude, la elección sería ganada por el partido mayoritario. Y el partido mayoritario era el radical. Perfecto el razonamiento.

A Castillo no le pareció tan perfecto. Algún oportuno sicofante llevóle la noticia. Llamó a su ministro y exigióle una amplia explicación. Ramírez produjo el delicioso comunicado que se ha reproducido. Castillo lo llamó nuevamente y lo apuró con una nueva explicación pública más explícita, revelando nombres y lugares. El fiel ministro remoloneó. Era el 3 de junio por la tarde. Al llegar a la Residencia de Olivos, Castillo dice a los periodistas que «el ministro de Guerra *todavía* no ha renunciado...».

Pero renunció. A las cinco de la mañana del día siguiente. Entregó al presidente su dimisión en la Casa Rosada, y de paso le anunció que el Ejército estaba en marcha para derrocarlo.

Era verdad. A esa hora, las tropas de Campo de Mayo caminaban hacia Plaza de Mayo, en virtud de una extraña combinación entre la vieja conspiración militar pro nazi y la no menos antigua conjura de Justo.

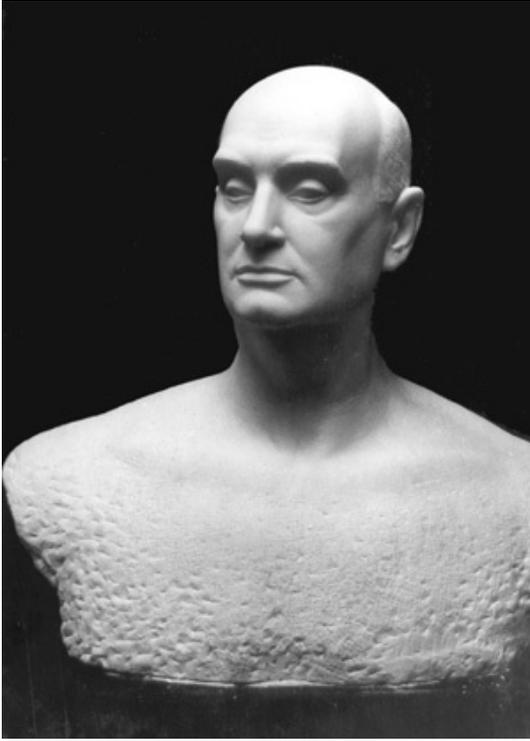
Era una mañana fría y nublada. Ese día la convención conservadora iba a proclamar candidato a Patrón Costas y estaba listo un decreto del Poder Ejecutivo permitiendo un aumento de cinco centavos por kilo de azúcar, que estaba destinado a costear la campaña del candidato oficialista. Pocos cayeron en la cuenta de que una nueva era, una era de profundas transformaciones, se abría en el país. Era el 4 de junio de 1943. El tinglado de la farsa había caído. Alfiles y torres, reyes y caballos, todos a la caja otra vez. Empezaba un nuevo juego...

## Epílogo sin grandeza

Alguna vez escribió Michelet que bajo el reinado de Luis Felipe la Francia se aburría. Nosotros podríamos decir también que hacia 1943, lo mismo ocurría en la Argentina. Arrastrábanse años pequeños, sin grandeza, en esa ficción de palabras huecas encubridoras de la venalidad, la entrega y el atraso. El país estaba aburrido de los hombres dirigentes: esos minúsculos audaces cuyo éxito dependía de su complicidad con los engranajes clandestinos que lo gobernaban. Estaba hastiado de los acontecimientos menudos, burocráticos, que matizaban los repetidos lustros. Hemos subrayado, páginas atrás, cómo habían prosperado en esa época los grandes cuentos de estafadores y fulleros, que ofrecían a la gente vías ilusorias para escaparse de la hastiante realidad cotidiana. Hacia 1943, la guerra proveía nuevas posibilidades de escapatoria, y los argentinos se emocionaban con la «V de la Victoria», o la esvástica hitlerista, o con las peripecias bélicas, como si ya las cosas y las gentes del país no pudieran proporcionar a su sensibilidad nada digno de interés.

Estaba generalizándose un sentimiento que bien podría expresarse así: del país, mejor no hablar. Había asco, descreimiento. La formalidad oficial estaba permanentemente cercada de la ironía popular. La juventud se encontraba al margen de toda actividad política y derivaba su retrainamiento hacia el escepticismo, hacia las ideologías extremas o hacia actividades de cultura que eran, en última instancia, una forma de evasión más. Eran tiempos para guiñar el ojo: todos sabían que nada de lo que decían los egregios era cierto. Pero todos lo aceptaban solemnemente. Todos estaban en el juego. ¡Pobre del que se negara a participar!

Y todo, también, estaba maduro para un gran cambio. El país estaba dispuesto a aceptar cualquier cosa, antes que seguir así. Cada vez más evolucionado, se lo seguía constriñendo dentro de las estructuras políticas y económicas de cuarenta años atrás. Entre 1915 y 1930 el pueblo había elegido limpiamente sus gobernantes: pero desde 1931 se le infligía la vergüenza de un fraude sistemático, que lo regresaba a los años de Roca y Quintana. Un proletariado urbano cada vez más politizado y numeroso pugnaba por obtener mejores condiciones de vida, pero la oligarquía continuaba ejerciendo una política que variaba entre la represión y el paternalismo, elaborando sus planes para dejar indefensa la incipiente industria cuando terminara la guerra, a fin de obligar un retorno a la tierra traducido en peones baratos y vacas caras, es decir, para devolver al país al papel que le habían asignado los grandes poderes del mundo. La oligarquía creía que la Argentina de los años 30-40 podía seguirse manejando como la de 1903. No quería ver que el país había cambiado, que las ligaduras apretaban cada vez más. Que en algún momento, nada ni nadie podría impedir el estallido.



*Marcelo T. de Alvear, busto en mármol de José Fioravanti.*

También el radicalismo había absorbido la descomposición de aquellos años. ¡Cómo no iba a ser así, si era una cosa argentina hecha de la misma materia, buena o mala, del país! No era de escandalizarse demasiado por el contagio: pero era menester ponerle remedio. Pero el elenco alvearista había recorrido toda la gama de la claudicación política, y la seguiría recorriendo. Ellos no perseguían la destrucción de la oligarquía en función de factor deformativo del país. En algún reportaje periodístico posterior a la derrota de 1937 Alvear quejóse de que la oligarquía no comprendiera el papel a que estaba destinado el radicalismo. «Cuando lo comprendan, tal vez será muy tarde para ellos», afirmó, aludiendo al significado de la Unión Cívica Radical como partido popular morigerado. Y en 1942, uno de los diputados

«boattistas», acusando al oficialismo de pretender destruir a la Unión Cívica Radical, se lamentó en pleno Congreso de ese propósito: «¿Con qué la van a reemplazar si la destruyen...?».

Es que el deseo supremo de Alvear y su elenco era la concertación de una suerte de *pool* político: una pacífica y amistosa adjudicación de zonas de influencia para cada uno. Tal provincia, radical; tal otra, conservadora... No alcanzaban a entender el significado del radicalismo como fuerza de liberación.

Y así ocurrió que el pueblo debió buscar por otros caminos la liberación que no supo brindarle el radicalismo de conducción alvearista. Se esperaba con ansiedad una transformación total que sustituyera la realidad ficticia que pretendía conservar el oficialismo (el oficialismo oficial y el oficialismo opositor) por la realidad bullente y viva que cada día crecía en vigor. El pueblo anhelaba limpiarse de esos fósiles de la oligarquía, empolvados en el fraude y la entrega; quería que se promoviera una nueva concepción de la vida nacional para dar dignidad política y social a los hombres comunes y que prestara grandeza a la función argentina en el mundo. A medida que la esperanza iba alejándose cada vez más del radicalismo, se notaba con creciente nitidez la diferencia entre la entidad formal «Unión Cívica Radical» y el sentimiento popular llamado «radicalismo». Yrigoyen había sabido conjugar sabiamente el partido y las vivencias populares. Pero Alvear y su equipo no habían podido repetir el milagro.

Lebensohn sintetizaría en 1946 lo que ocurría al estallar la revolución del 4 de junio: «Sonaron las sirenas de los diarios: los comités dispararon bombas de

estruendo, convocando a celebrar la caída del fraude. El pueblo pasó frente a los comités y se detuvo ante los diarios: era ya un pueblo que no se sentía ligado al radicalismo». O, mejor: era un pueblo que no se sentía interpretado por el radicalismo y estaba ya en disposición de acompañar a cualquiera que pareciera interpretarlo...

Por eso, este libro es la historia de un fracaso. Para escribirlo hemos tenido que forzar a veces nuestra fibra radical, porque es triste relatar la quiebra de lo propio. Pero yo siento que podría haber inscripto al frente de sus páginas lo que Montaigne escribiera en la Introducción a su *Ensayos*: «Éste es un libro de buena fe, lector».

Por serlo, pensamos que era necesario relatar la historia de un hombre y de un equipo de hombres no necesariamente sensualizados ni entregados, pero sí profundamente equivocados. Esta necesidad legaliza un libro como éste, peligroso para su autor como lo son las biografías de aquellos personajes de los cuales todos tenemos, íntimamente, una versión sentimental. Pero era menester relatar en qué forma esos hombres decepcionaron a un pueblo y entibieron el ardor emancipador de un gran partido popular. Sabiendo cómo ocurrió su fracaso, tal vez evitemos el nuestro en el futuro.

El fracaso de Alvear y su gente fue más injustificable, porque la oportunidad que tuvieron fue única para forjar un gran movimiento popular de contenido emancipador. Cuando Alvear asumió la jefatura había desaparecido prácticamente la influencia de Yrigoyen, que moriría poco después. No existía, por lo tanto, un peligro de rivalidades de líderes ni pesaba sobre el partido la tutoría del gran viejo. El radicalismo se había acostumbrado demasiado a la dirección de Yrigoyen y descansaba confiadamente sobre ella. Todo lo que Yrigoyen hacía estaba bien. Por primera vez en su historia, hacia 1931/33, la Unión Cívica Radical tenía que valerse por sí sola. Alvear pudo aprovechar esta coyuntura para formar un partido con criterio propio, con una doctrina que no durmiera en un folleto de propaganda sino viva y agresivamente presente en la masa partidaria. Un partido que superara el ciclo de los grandes jefes para pasar a un nuevo estadio político: el de la toma de conciencia de los grandes problemas nacionales por la base humana que lo formaba. No solamente no hizo nada por obtener tal progreso, sino que se dejó halagar y jefaturizar, haciendo retroceder en este aspecto la evolución cívica del partido. Pero aun esto hubiera sido perdonable a cambio de haber logrado la puesta en forma de una fuerza que podía convertirse en un medio eficiente de liberación.

Pero tampoco esto hizo. En cambio, pudo haberla frustrado definitivamente, imprimiéndole un sesgo blando y claudicante. Alvear no supo resolver el problema de superar el fraude electoral, ni adoptó la posición que correspondía frente a los gobiernos creados en violación de la ley, frente a la acción corruptora de los imperialismos, y frente a la entrega del país. A su muerte, el partido de Yrigoyen estaba reducido a una empresa electoral vacía de grandes ideales, incapaz de un gran gesto de renunciamento o de enfrentamientos con sentido heroico, que se manejaba a

través de mecanismos ajenos al pueblo radical.

La culpa no fue solamente suya, sino también del elenco que lo rodeó, del medio ambiente de la época y de la sutil acción de los intereses empeñados en minimizar la gravedad del momento que vivía el país. La sinceridad y el desinterés con que personalmente actuó son indiscutibles: pero esto no basta para absolver a Alvear, pues los hombres públicos no se justifican por lo que íntimamente hayan pensado, sino por lo que objetivamente hayan hecho o dejado de hacer. El fallo, pues, no tiene que ser necesariamente condenatorio. Si su muerte y la revolución del 43 no hubieran ocurrido cuando ocurrieron, quizás el radicalismo habría terminado en las más extrañas aberraciones políticas. Esto no llegó a suceder porque Alvear no tiñó con su modalidad todo el radicalismo, sino una parte. Pero alcanzó a moldear un gran sector partidario con características indelebles. El radicalismo se salvó porque estaba alimentado en profundidad por vertientes populares que lo nutrían desde su origen y que sirvieron de anticuerpos contra el estilo que Alvear personificaba. El pueblo radical permaneció como en espera de las palabras y los signos con los que Yrigoyen había hecho de esa fuerza primitiva, instintiva, desbordada, un factor decisivo de realizaciones populares. Debieron pasar varios años antes que las tendencias internas del propio radicalismo entroncadas en la línea yrigoyeneana lograran reenquiciar la entidad formal partidaria en su gran trayectoria histórica.

Afirmamos que un sector importante del radicalismo absorbió el estilo alvearista y todavía lo conserva. Es un estilo legítimo, respetable. Pero no es lo radical. Significa la culminación del liberalismo democrático, que afronta la realidad argentina como algo susceptible de mejorarse paulatinamente por medio de una mínima acción estatal y a través de una razonable evolución, inevitablemente lenta. Usa del lenguaje radical porque siente con sinceridad su adscripción formal al movimiento, pero no creyendo demasiado en la influencia negativa de los factores imperialistas y oligárquicos, no estima que el quehacer radical deba dirigirse primordialmente a su destrucción. Tiene una visión panglossiana del país y por eso sustenta un respeto por la ley que vincula a sus hombres con nuestros ideólogos del siglo pasado, esos fetichistas de la legalidad institucional que es para ellos la suma de lo deseable.

Consideran que la Argentina es una nación hecha, terminada: sólo falta ultimar detalles, mejorar un poco los defectos menores. Por eso, el fraude de los gobiernos de 1930/43 los indignó tanto como la dictadura ejercida por el gobierno de 1946/55, porque ambos significaban una fractura del anhelado orden legal. Pero no supieron ver que debajo del fraude conservador lo más importante era la acentuación de la deformación argentina ni acertaron a distinguir que lo más importante del fenómeno peronista era la profunda maduración popular.

Por eso, porque este sector da por supuesto que el país puede desenvolverse hacia el progreso sin grandes modificaciones de fondo, se encuentra siempre en un estado

potencial de acercamiento a las restantes fuerzas políticas. Como el desiderátum es la normalidad constitucional, no hay inconveniente en unirse contra todos los partidos antirradicales cuantas veces ella parezca amenazada. Postularon la Unión Democrática en 1943, aunque fuera con Justo o con Ramírez; la repetirían en 1946; en 1951 pretenderán que el radicalismo lleve como único programa el reclamo de la libertad y la democracia; en 1954 se pronunciarán por una abstención que, para un radicalismo ya caracterizado como fuerza nacional de contenido antiimperialista y antioligárquico no significaría sino una «unión democrática en silencio», un contubernio por pasiva.

Este sector, imagen y semejanza de Alvear en sus aspectos más negativos, entrará siempre en el juego internacional del bloque que agite principios simpáticos a su sensibilidad. No concebirá que exista una postura internacional independiente y afirmativa por parte de la Argentina y defenderá toda política económica que suponga una mínima injerencia del Estado en las actividades privadas. Repetimos: es una línea histórica legítima. Tiene antecedentes que en su momento contribuyeron a hacer el país.

Pero no es el radicalismo. Es un injerto. Viene de muchos años atrás, desde la fundación misma. Pero está demostrado que la Unión Cívica Radical no caminó por tales vías cuando fue más grande, cuando realmente cumplió una misión emancipadora. Pecan por miopes, como pecó Alvear. Se dejan enredar en lo precario, como le ocurrió a Alvear. No distinguen lo permanente de lo circunstancial. Por eso pensamos que una biografía de Alvear puede ser útil para caracterizar y ubicar una línea de ideas que jamás interpretará el papel del radicalismo en nuestra historia.

Pues el radicalismo de la cepa yrigoyeneana tiene otra versión del país, y Alvear, por acción negativa, contribuyó a aclararla y definirla. Fueron necesarios sus grandes yerros y sus grandes silencios para que las fuerzas internas más esclarecidas tomaran conciencia en cada episodio del desierto de la conducción y dejaran planteadas sus propias rectificaciones, que madurarían más adelante en un cuerpo orgánico de doctrina asimilada en su contenido revolucionario por la gran masa partidaria. Así fue integrando toda una visión de la Nación que no era sino la actualización de los ensueños yrigoyeneanos. Y por eso sabe hoy el radicalismo cuáles son sus rumbos, dónde se entroncan y hacia dónde van.

Este radicalismo nuestro cree que lo más importante es lograr un estado de justicia para todos, posibilitando la realización plena del individuo en los distintos planos de su actividad, y la realización plena de la Nación como comunidad fraternal. Cree que la acción persistente y coordinada del imperialismo y la oligarquía ha deformado el país y por eso está decidido a liquidar tales influencias con medidas de gobierno que destruyan la base de sustentación económica oligárquica y reduzcan al mínimo las esferas de influencia imperial. Para lograrlo, cuenta como medio eficiente con la acción del Estado, que no debe ser un cuco ni una entidad insensible, sino un

instrumento dinámico, controlado y dirigido por todos a través de una gradación horizontal y vertical de organismos populares, que ponga en manos del común todas aquellas actividades susceptibles de convertirse en monopolios, bastiones del privilegio o fuentes de deformación, pues comprende que frente a los recursos ilimitados de la expoliación nacional o internacional, sólo un Estado popular puede promover una acción emancipadora.

Sabe que el país no puede resignarse a ejercer la función que se le ha asignado dentro de una supuesta división internacional del trabajo, sino que necesita desarrollar una economía de expansión que permita la explotación de sus posibilidades, a fin de que todos puedan tener un acceso de justicia a la riqueza común. Por lo que sus medios más urgentes para obtenerlo consisten en la entrega al pueblo de las industrias claves y de las fuentes naturales de energía, así como una reforma fundamental al régimen de la tierra. Y, contemporáneamente, la provisión de defensas espirituales mediante la promoción de una cultura de contenido humano y sentido nacional, que no se reduzca a formar técnicos sino que contribuya a la realización total de los hombres argentinos al servicio de los bienes propios.

Este radicalismo de hoy no cree que el país esté concluido en su formación sustancial. Cree que todo está por hacer. No desdeña lo que se hizo en el pasado, pero considera que mucho de lo realizado lo fue en vista de valores distintos de los que ahora están en vigencia, y por eso estima necesaria una radical modificación de las estructuras sociales y económicas del país, a fin de crear un estado de cosas que haga imposible la subsistencia de la miseria, la ignorancia o la explotación. Por eso, su sensibilidad no está ingenuamente abierta a las sugerencias o provocaciones exteriores ni le conmueven demasiado las pujas de los grandes bloques mundiales, sino que pone los problemas patrios en primer término, pues intuye que el papel argentino será grande en el mundo cuando no se trate de inscribirse en la nómina de adherentes de superpotencia alguna, sino de transmitir un mensaje de paz y serenidad con la suficiente autoridad moral.

Y también sabe que será inútil intentar una empresa de liberación argentina si no se la conjuga con una pareja empresa americana, pues sería ilusorio un triunfo de tal suerte si el resto de América sigue debatiéndose en el dolor y la frustración.

Cuestión de mirar en profundidad. Con otros ojos, como quería Lugones —pero no con los ojos de Lugones—. Alvear no miró con profundidad. Creyó que, conjurado el fraude electoral, todo lo otro tenía solución propia. Es cierto que nada puede hacerse si no existen presupuestos de libertad y democracia. Pero no es menos cierto que un país acosado por expoliaciones que ya están tornándose respetables de puro viejas, exige soluciones de fondo cuya puesta en marcha requiere algo más que el marco formal de la legalidad. Requiere, en primer término, una profunda conciencia popular dirigida y alertada por un movimiento nacional convencido de la necesidad de ciertas realizaciones, cuya tabla de valores está presidida por la moral y

la conducta.

Si esto no se entiende, todo seguirá siendo un juego limitado dentro de ciertos márgenes que no podrán traspasarse mientras lo prohíban los poderes que siguen dirigiendo y deformando el país. En otras palabras: hay que romper el viejo dilema legalidad-ilegalidad, para plantear la lucha sobre términos totalmente distintos. Liberación o sometimiento, deformación o realización plena del país. Hay que hacer un nuevo reparto de cartas, para que ninguna baraja quede en la manga de nadie. Así, el radicalismo sólo cumplirá su función eminente cuando comprenda que es necesario revisar con valentía toda la estructura nacional, sin curarse de mitos, tabúes, prejuicios o intereses. Y cuando, hecho esto, entre a sacar y poner lo que hay que poner y sacar...

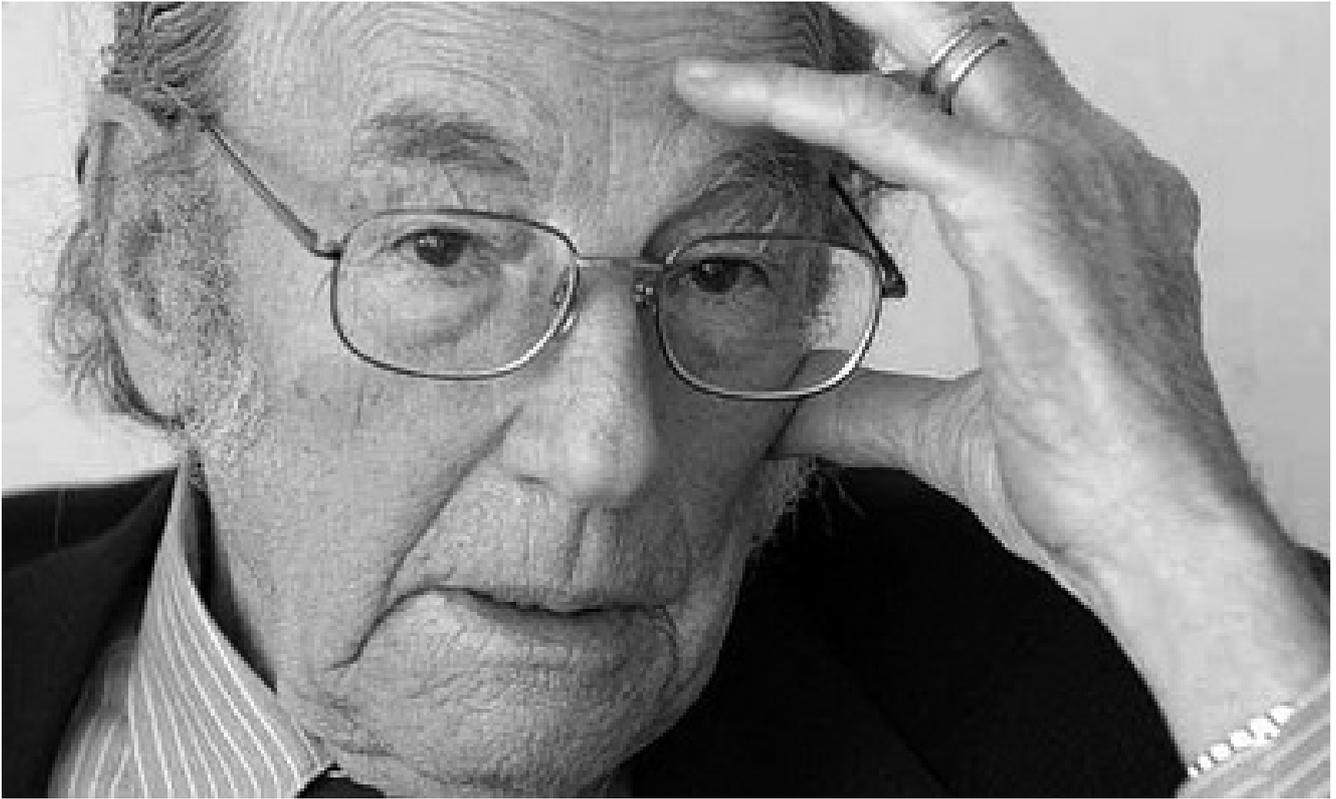
Lo podrá hacer si se mantiene en fidelidad a sus orígenes, a las esperanzas que justificaron su convocatoria: esperanzas que no aparecieron arbitrariamente en un momento particular de la vida argentina, sino que venían de algo mucho más profundo, de un oscuro clamor federal y montonero, territorial y popular, con ecos de las primeras insurgencias patrias. Esta fidelidad podrá guardarse mientras persista en su intransigencia, variando eventualmente la dinámica de su instrumentación, pero ciñéndose con insobornable fortaleza de alma a sus fines últimos: la dignificación del hombre, la realización del país.

La historia de Alvear es la historia de un gran fracaso político, porque no supo percibir que aquello que se estaba debatiendo en sus tiempos trascendía el plano cívico para referirse directamente a la esencia misma de la patria. Cuando se hizo cargo de la responsabilidad de la jefatura radical tuvo todo en su mano para llevar a cabo una gran conducción. Se había establecido una tajante diferenciación entre lo popular emancipador por un lado, y el entreguismo oligárquico por el otro. Todo estaba muy claro y no había más que asumir un bello destino. El radicalismo le había perdonado su presidencia y lo rodeó con sincero afecto, le brindó su esperanza. Por un momento pareció que volvía a ser aquel Marcelo de los primeros tiempos, el de las revoluciones heroicas, el de las elecciones defendidas a ponchazos, el idealista esforzado cuyas inauguraciones cívicas tenían grandeza. Pero Alvear empezó a recorrer un largo camino de claudicaciones, que se fue acentuando a través de los años y cuyo detalle hemos referido aquí. Por eso hemos titulado Epílogo sin grandeza a estas últimas páginas, porque formulamos el inventario de una política que terminó careciendo de ella.

Que ningún aspirante a historiador pueda decir cosa tan triste de nuestra generación. Que no pueda decir que nos faltó grandeza porque no supimos ver con claridad lo que se estaba decidiendo en éstos, nuestros días. O que, sabiéndolo, no tuvimos entereza para asumir esta maravillosa, esta alucinante aventura de la Argentina soñada...

*Diciembre de 1957*





FÉLIX LUNA (Buenos Aires, Argentina 1925 - 2009). Fue un historiador cuya obra goza de una vasta repercusión. Libros como *Los caudillos*, *Yrigoyen*, *Alvear*, *Ortiz*, *El 45*, *Perón y su tiempo* y *Soy Roca*, entre otros, se han reeditado muchas veces y han alcanzado el nivel de lecturas imprescindibles. Sus ensayos *Buenos Aires y el país*, *Fuerzas hegemónicas y partidos políticos* y *Conversaciones con José Luis Romero* constituyen reflexiones estimulantes sobre la Argentina y su historia. Ha publicado, en siete tomos, la *Historia integral de la Argentina* y también una *Breve historia de los argentinos*. Junto a Natalio R. Botana es coautor de *Diálogos con la historia y la política*. Es, además, creador de obras musicales como «Misa criolla», «Mujeres Argentinas» o «Cantata Sudamericana», algunos de cuyos temas han recorrido el mundo. Fundó en 1967 y dirige la revista *Todo es Historia*, la más importante publicación de divulgación histórica de América Latina. Ha difundido la historia argentina a través de audiciones de radio, programas de TV, cursos, conferencias y colaboraciones en los principales diarios y revistas, además de las cátedras que ocupó en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad de Belgrano. Ha sido secretario de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires, aunque sus raíces familiares provienen de La Rioja. Era miembro de número de la Academia Nacional de Historia.

## Notas

[1] Alvear, Marcelo T. de, legajo personal. Archivo de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires. <<

[2] El nombre de Alvear no figura en ninguna de las crónicas de la Revolución del Parque, ni siquiera en la copiosa recopilación de Barroetaveña, pero sus compañeros de lucha coinciden en afirmar que estuvo presente en aquellas jornadas, aunque sin mayor responsabilidad directiva. <<

[3] Del relato de Marcelo F. Arredondo —cronista de *La Prensa* en esa emergencia— en el homenaje a D. Carlos Merlino (julio de 1928). <<

[4] Alvear, Marcelo T. de, s/sucesión. Archivo de los Tribunales de la Capital Federal. Leg. N.º 3799. <<

[5] Pacheco de Alvear, Elvira, s/sucesión. Archivo de los Tribunales de la Capital Federal. Leg. N.º 7661. <<

[6] Cuando falleció, Alvear dejó los siguientes bienes: el chalet «Villa Regina», en Mar del Plata, gravado con hipoteca; la finca «La Elvira», de Don Torcuato, y algunos terrenos en dicho pueblo, un automóvil Buick modelo 1942 y un pequeño lote en Santa María (Córdoba). Los depósitos bancarios ascendían apenas a \$ 213, pero su administrador, Tito M. Rapallo, tenía en su poder casi \$ 150.000 en efectivo. Los últimos años de su vida Alvear vivió de las ventas de sus tierras en La Pampa y Don Torcuato, que se loteó hacia 1928, y también del producto de su residencia en los alrededores de París. Durante ese último lapso no tuvo reales dificultades económicas, pero naturalmente estaba muy lejos de poseer la fortuna que gozó de joven. (Alvear, Marcelo Torcuato de, s/sucesión testamentaria. Archivo de los Tribunales de la Capital Federal, Leg. N.º 18.534). <<

[7] La señora Regina Pacini de Alvear falleció el 18 de septiembre de 1965. <<

[8] Le Duel Pini-San Malato (*L' Illustration*, N.º 3185, 12-III-1904, p. 176).

«L' attention publique, presque exclusivement concentrée depuis un mois vers les événements d'Extrême-Orient, vient d'en être un instant détournée par un événement "bien parisien" —un duel sensationnel entre deux étrangers. Ces étrangers étaient, il est vrai, deux maîtres d'armes italiens *di primo cartello*: le chevalier Pini et M. Athos di San Malato, celebres non moins par leur rivalité que par leurs exploits.

»Comment leur dernière querelle naquît en Tunisie; comment durant plus d'une semaine, ils se cherchèrent sans parvenir à se joindre, comment enfin Paris eut la bonne fortune de voir s'opérer la difficile conjonction après force pourparlers de témoins, procès-verbaux, correspondance au salpêtre, où, à la façon des héros d'Homère, les adversaires échangèrent les propos les plus desobligeants, s'accusant réciproquement de reculade, maniant tour à tour les banderilles d'une ironie méprisante et les foudres solennelles de la disqualification, ce sont là des points acquis à l'histoire, la presse ayant enregistré au jour le jour tous les faits et documents relatifs aux préliminaires de ce combat singulier avec autant de soin qu'elle en met à suivre les phases du conflit russo-japonais.

»Donc, la rencontre s'effectua, le dimanche 6 mars, à midi, au moderne "Pré-aux-Clercs" consacré par la mode (la piste de l'hippique de Neuilly-Saint-James, voisin du Bois de Boulogne). Comme, de part et d'autre, on s'était imposé "la discrétion la plus absolue" sur l'heure et le lieu, le nombre des spectateurs privilégiés admis dans le champ clos n'était guère *que* de deux cents. C'est devant cette galerie composée de la fine fleur du monde sportif, de journalistes et de photographes, que —assistés, le premier, de M. M. Adolphe Tavernier et MARCEL DE ALVEAR, le second, de M. M. Georges Breitmayer et Georges Bureau— le chevalier Pini et M. Athos di San Malato se présentèrent très "en forme", le torse nu, tels des athlètes antiques. Pendant près de trois heures consécutives, en dix-huit reprises, ils firent admirer la vigueur et l'élasticité de leurs muscles, la trempe de leurs lames, la *maestría* et la *furia* de leur jeu, leur extraordinaire endurance. Et, chose rare dans les fastes du duel, l'honneur satisfait sans effusion de sang, ils réservaient à la galerie une surprise plus extraordinaire encore: "la scène pathétique de la réconciliation sur le terrain"...». <<

[9] Luna, Félix, *Yrigoyen*, Ed. Raigal, Bs. As., 1954, págs. 480 a 520. <<

[10] Cuando trascendió el texto de esta carta, Alvear, Pueyrredón, Torello y Ratto declararon por escrito a la prensa que las gestiones a que aludía Gallo habían tenido origen en el propio Gallo, y no en Montevideo, y que ellos nada tenían que ver con las mismas. <<

[11] Roca, Deodoro, *El difícil tiempo nuevo*, Ed. Lautaro, 1957. <<

[12] Oyhanarte, Raúl, *El sufrido revolucionario*, Ed. La Plata, 1946. <<

[13] Guido, Mario M., *Memorias* (inédita). Puede consultarse sobre estos episodios: Ramos, Juan Bautista, *La tragedia de una alzada*, Ed. Radicalismo Nuevo, Bs. As., 1936. Luzuriaga, Raúl G., *Centinela de libertad*, edición del autor, Bs. As., 1940. Greca, Alcides, *Tras el alambrado de Martín García*, Ed. Tor, Bs. As., 1934. Goldstraj, Manuel, *El camino del exilio*, edición del autor, Bs. As. 1936. <<

[14] Guido, Mario M., *Memorias*. <<

[15] Guido, Mario M., *Memorias*. <<

[16] Puede encontrarse la crónica detallada de la sesión y los discursos en Del Mazo, Gabriel, *Historia y doctrina del radicalismo*, Ed. Raigal, y en el folleto *Convenciones nacionales del radicalismo*, editado por Enrique García Zurita en 1936 (versión taquigráfica) <<

[17] Cuando en éste y otros capítulos hablamos de «alvearismo» o «yrigoyenismo», no aludimos tanto a una filiación determinada rígidamente por el apoyo que hombres o sectores prestaron a uno u otro caudillo, sino que hacemos mérito de una sensibilidad política, una modalidad muy diferente en la versión que cada corriente tenía del país. Así, Ricardo Rojas, que apenas trató a Yrigoyen, debe ser ubicado como yrigoyenista, al igual que Raúl Oyhanarte, que en 1930 tuvo notorios choques con el caudillo. En cambio, José Luis Cantilo, que fue amigo personal de Yrigoyen, no puede ser clasificado sino como alvearista.

Claro que en la historia y en la política estos encasillamientos pecan de arbitrariedad e imprecisión, pero son inevitables para manejar los hechos con cierto rigor interpretativo. <<

[18] Fue simbólico un episodio ocurrido al llegar Alvear a Paraná, con el objeto de sellar la fusión. Un ciudadano llegó a la concentración que se reunió para recibirlo llevando un cartel que rezaba: «Viva Yrigoyen». Naturalmente, fue agredido y vapuleado como correspondía... <<

[19] El candidato conservador a la gobernación de Córdoba diría años más tarde que su derrota se debió «al asesinato de Bordabehere, en el Senado, provocado por la violencia verbal de un ministro nacional; y a la intervención a Santa Fe, error histórico garrafal engendrado también por esa misma furia desatada». Y agregaba: «Yo entonces me equivoqué en una sola cosa: debí declinar mi candidatura y abandonar el comicio [...] me faltó experiencia histórica y me faltó, en especial, la capacidad de renunciamiento más desenvuelta...» (Aguirre Cámara, José, 30a. reunión ordinaria de la Junta Consultiva Nacional, 12 de noviembre de 1956, pág. 20.) <<

[20] Meses más tarde dos de los magistrados integrantes de la Junta Electoral serían víctimas de juicio político y separación de sus cargos por parte de la legislatura conservadora de Buenos Aires. <<

[21] El Comité Nacional constituido en enero de 1937 tenía la siguiente Mesa Directiva: *Presidente*: Marcelo T. de Alvear; *Vicepresidentes*: José Luis Cantilo y Enrique M. Mosca; *Tesorero*: Raúl Rodríguez de la Torre; *Protesorero*: Alberto J. Paz; *Secretarios*: Ernesto C. Boatti, Emilio Mihura, Gilberto Zavala y Carlos M. Noel.

El cuerpo estaba integrado por los siguientes delegados:

*Capital Federal*: M. T. de Alvear, Carlos M. Noel, José P. Tamborini, Pablo Torello.

*Buenos Aires*: Mario M. Guido, Ernesto C. Boatti, Francisco Emparanza, Juan Prat.

*Corrientes*: Héctor Lomónaco, José F. Benítez, Hortensia Quijano, Blas Benjamín de la Vega.

*Entre Ríos*: Eduardo Laurencena, Atanasio Eguiguren, Miguel Aguirrezabala, Emilio Mihura.

*Mendoza*: Domingo Bombal, Leopoldo Zara, Ernesto Matons, Faustino Picallo.

*Santa Fe*: Alberto J. Paz, Enrique M. Mosca, José Benjamín Ábalos, Armando Antille.

*San Luis*: Gilberto Zavala, Julio C. Borda, Martín Vilches, J. J. Idogaya Molina.

*San Juan*: Ernesto Aubone, José Rafael Guerrero, Eugenio Flores, Domingo Yáñez.

*Jujuy*: Raúl Bertrés, Eduardo Padilla, Raúl Rodríguez de la Torre, Roque Suárez.

*La Rioja*: Enrique Chumbita, Lídoro Cabrera, Ricardo Molina, Manuel Alfaro.

*Salta*: José Luis Cantilo, Martín Noel, José María Saravia, Carlos Riarte Ibazeta.

*Santiago del Estero*: Santiago Maradona, Gerardo Barrionuevo, Pedro Zannoni, Santiago Corvalán.

*Tucumán*: Eudoro Arsoz, Alberto Barros, Miguel Mendoza Padilla, Silvio R. Belfiori.

*Córdoba*: Américo Aguiar, Arturo U. Illia, Néstor Pizarro. <<

[22] La Convención Nacional constituida en abril de 1937 estaba integrada con las siguientes delegaciones:

*Capital Federal:* José Luis Cantilo, Obdulio F. Siri, Víctor J. Guillot, Raúl Rodríguez de la Torre, Leónidas Anastasi, José Barrau, Heriberto Frigerio, Rodolfo Arambarri, Andrés T. Raggio, Rómulo B. Trucco, Florencio Lezica Alvear, Camilo Stanchina, Juan Novellino, Víctor Spota, Juan Sainz, Salvador Paradiso, Antonio C. de San Martín, Honorio Pueyrredón, Jorge Walter Perkins, Bernardo M. Messina, Sebastián Cánepa, José Turano, Romeo D. Saccone, José A. Donzelli, Ricardo Arduino, José María Moreyra, Carlos Reissig, Manuel Pinto, Martín Román, Nicolás Colángelo, Juan Scalabrini Ortiz, Guido Vanzina, Luis García Conde, Oscar Cattáneo.

*Buenos Aires:* Julio P. Aramburu, Martín Noel, Pedro Ruiz, Inocencio Pérez, Andrés Marabotto, Ramón Lagos, Luis Bussi, Pedro González Gastellú, Jacinto S. Silva, Raúl Gil Flood, Tristán Lobos, Alberto Romariz Elizalde, Salvador Cetrá, Ángel Lagomarsino, Natalio Burlando, Miguel C. Calderón, Marcelo Querido, José Olano, José Eduardo López, Ramón del Río, Alberto Armendáriz, Carlos A. Sánchez, Alejandro H. Leloir, Vitelmo Carbajal, Fabián Onsari, Juan Italiani, Narciso Campoamor, Salvador Suárez, Amparo B. Castro, Carlos Bloca, Francisco Cortari, Apolinario Tonelli, Pedro Zubillaga, Manuel Cabrera, Esteban J. S. Crovara, Eduardo González, Doroteo Guibelalde, Alberto Cier, Guillermo Martínez Guerrero, Francisco Eyto, Eugenio Sanit Brat, Arturo Santamaría, Emilio Solanet, Alberto H. Reales.

*Santa Fe:* Eduardo Núñez, Carlos M. Questa, Clemente Gómez Grandoli, Juan del Matti, Alberto A. Ron, J. Agustín Gatti, Guillermo Cornejo, Eulogio Sosa, G. Neuman Cafferata, Amado J. Comba, Diógenes Antille, Honorio Basaldúa, Egidio Cafferati, José J. Cámara, Antonio Habichaya, Melchor Sellarés, Eduardo Teissaire, Atilio Tiscornia, Gregorio Topolevsky, Manuel J. Mántaras.

*Córdoba:* Daniel Morra, Antonio Risso Patrón, Gabriel Oddone, José Zavala, Reginaldo Manubens Calvet, Ferreyra Vázquez, Henocho Aguiar, Juan Irós, Antenor Peñaflor, José Adolfo Luque, Justo Páez Molina, Carlos Angeloz, Luis J. Posse, Tomás Peyretti, Benito Soria, Hércules Bagrunini.

*Entre Ríos:* Vicente de Pascuale, Enrique Gutiérrez, Silvano Santander, Manuel A. Garassino, Enrique F. Mihura, Cipriano F. Marcó, Alfredo H. Guiandana, Carmelo Artesiano, Misael Parodi, Bernardino Horne, Miguel Parente.

*Corrientes:* Osvaldo Meabe, Francisco A. Benítez, Joaquín Díaz de Vivar, Aristóbulo Gómez, Fernando Andreau, Mario Merello, Eduardo Madariaga, Emilio Lorenzo, Simón Fernández Salazar.

*Tucumán:* Juan Pedro Gómez, Servando Rocha, Octaviano Navarro, Federico I. Ramonda, Ángel Miguel de la Vega, León Pardo, Alberto Viera, José Benito Fajre, Ignacio Gruve.

*Santiago del Estero:* José Gregorio Ávalos, Juan Claudio Zanoni, Enerio Lugones, Julián del Castillo, Carlos Echegaray, Gaspar Lemos, Juan Pardi, Segundo Pereyra.

*Mendoza:* José Federico López, Juan Bautista Ramos, Antonio Valencia, Adolfo Ahumada, Nicolás L. Soto, Salvador Catapano Carbone, Bautista Gargantini (h.), Luis F. Silvetti.

*San Luis:* Gilberto Sosa Loyola, Guillermo Rodríguez, Aníbal J. Luna, Felipe Velázquez, Homero Osacar.

*Salta:* Ernesto Bavio, Lucio Ortiz, José María Decavi, David Saravia, David Michel Torino.

*San Juan:* Arnoldo Durán, Carlos Pizarro, Carlos Lucero Sarmiento, Alfredo Collado, Eleodoro Núñez.

*La Rioja:* Ramón Yacante Molina, Carlos Mercado Luna, Leovino Martínez, Jacinto A. Quiroga.

*Jujuy:* Raúl Bertrés, Eduardo Padilla, Víctor J. Games, Luis O. Schapira.

*La Pampa:* Florisel Pérez, Justo J. Galarreta.

*Misiones:* Roberto Martí, Claudio Arrechea.

La Mesa Directiva del cuerpo fue la siguiente: *Presidente:* Honorio Pueyrredón; *Vicepresidentes:* Eduardo Núñez, Henoch Aguiar; *Secretarios:* Francisco Eyto, Eduardo Padilla, Gilberto Sosa Loyola y Miguel Parodi. <<

[23] Efectivamente, Eduardo Laurencena viajó a Tucumán en mayo de 1937 para ofrecer a Campero, en nombre de Alvear, la candidatura a vicepresidente. El gobernador de Tucumán no aceptó, debido a que la vicegobernación de la provincia estaba desempeñada por el presidente del Senado y su renuncia hubiera implicado la entrega del gobierno a los conservadores. <<

[24] Del Mazo, Gabriel, *El radicalismo. Notas sobre su historia y doctrina*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1955, pág. 286. <<

[25] Pueyrredón manifestó en la Convención su disconformidad con esta fórmula. (Ver Alén Lascano, Luis, *Pueyrredón*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1961, pág. 183.) <<

[26] En febrero de 1938 debía reunirse el Comité Nacional para decidir qué sanción tendría la actitud de los legisladores entrerrianos. Pero el alto cuerpo no obtuvo número y se hizo evidente que quería darle largas al asunto.

Sanmartino, entonces, se queja airadamente de la blandura con que se estaba tramitando el incidente. En sesión de minoría del Comité Nacional, Alvear pronunció un violento discurso reclamando disciplina y sentido de jerarquía para solucionar la cuestión. «La jerarquía se pierde si todos creen que tienen derecho a dar libremente curso a sus opiniones y a sus despechos...», dijo, aludiendo seguidamente a los que habían estado apoyando a la tiranía de Uriburu mientras el radicalismo se encontraba perseguido. Sanmartino envía una carta a Alvear rechazando el cargo de haberse solidarizado con Uriburu y expresando entre otras cosas: «El seis de setiembre se produjo porque aquel oficialismo que usted condenó desde París y yo condené desde aquí sofocó la protesta del radicalismo con estas dos palabras de orden: jerarquía y disciplina».

A mediados de marzo el Comité Nacional resolvió terminar el incidente con un simple «apercibimiento» a los legisladores desobedientes. Contra todos los precedentes de conducta en casos similares, Alvear cantó una sorprendente palinodia disculpándose de la reacción que tuviera en octubre del año anterior, cuando calificó de «alzamiento» a la actitud de los legisladores. «Pasado el primer momento —dijo— mi inquietud desapareció y entonces surgió en mí ese otro espíritu de tolerancia que me caracteriza, que no es mi temperamento pero que me han dado los largos años de actuación.» Y después que el Comité Nacional aprobó la levísima sanción, todavía renovó sus explicaciones.

Como circunstancia interesante corresponde anotar que el radicalismo fusionado de Entre Ríos, del que eran dirigentes los legisladores cuya conducta se había puesto en tela de juicio con tanta lenidad, había sido derrotado en las elecciones presidenciales de setiembre de 1937, y volvería a serlo en las de diputados nacionales de marzo de 1938, por la Concordancia.

Finalmente, el bloque parlamentario invitó a los legisladores separados a que se incorporaran nuevamente al grupo. Se aceptó y el episodio concluyó con un *happy end...* <<

[27] Oyhanarte, Raúl F., *El sufragio revolucionario*, La Plata, 1946. <<

[28] Lebensohn, Moisés, *Pensamiento y acción*, Ed. Talleres Gráficos Buenos Aires, octubre de 1966, pág. 25. <<

[29] Cruz Machado, Daniel, *Frondizi*, Ed. Soluciones, Buenos Aires, 1957, pág. 67.

<<

[30] Del Mazo, Gabriel, *El radicalismo. Notas sobre su historia y doctrina*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1956, pág. 283. <<

[31] El manifiesto está transcrito casi íntegramente en Rey, Esteban, *¿Es Frondizi un nuevo Perón?* Ed. Lucha Obrera, Buenos Aires, 1967, pág. 26. Posteriormente, FORJA se habría de referir en conferencias callejeras o en volantes distribuidos abundantemente a temas como éstos: «América y el petróleo», «El Chaco y el petróleo», «Las Islas Malvinas», «Neutralidad», «Solidaridad americana», «Ubicación histórica de Yrigoyen», «Historia del primer empréstito argentino de 1824», «La nueva Reconquista». <<

[32] Se recuerda al lector que estas páginas fueron escritas en 1956/1957. <<

[33] V. Oliver, Juan Pablo, *La CADE y la revolución*, folleto, Buenos Aires, 1945. <<

[34] Se recuerda que este libro apareció en 1957.

También se analiza el proceso de la prórroga de las concesiones eléctricas en: Del Río, Jorge, *El servicio público de electricidad de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1940; Del Río, Jorge, *Política argentina y los monopolios eléctricos*, Ed. Cátedra Lisandro de la Torre, Buenos Aires, 1967; Sábato, Juan, *Por una política nacional de la energía eléctrica*, Buenos Aires, 1946. <<

[35] Declaraciones del ex concejal Descalzo ante la Comisión Investigadora (pág. 422). <<

[36] Esta transformación de CHADE en CADE, aparte de su tramitación en perjuicio de los accionistas de la primera —lo que no hace al caso—, significó un negociado marginal; la exención del sellado que por ley argentina debía oblar en carácter de impuesto a la transferencia de negocios. Por resolución del ministro de Hacienda, Roberto M. Ortiz, se permitió a la CHADE satisfacer la suma correspondiente a un simple pagaré; y antes de que éste venciera se modificó la ley de presupuesto aprobada en octubre de 1936 (ley 12.346) por gestión del senador Santamarina, eximiendo del impuesto de sellos a las empresas concesionarias de servicios públicos extranjeras que se transformasen en entidades argentinas, desde enero de 1936 hasta diciembre de 1937. Es decir, casualmente, el caso de CHADE, que reembolsó su pagaré sin desembolsar un centavo. <<

[37] La Comisión Rodríguez Conde ha probado que gran cantidad de periódicos y revistas eran subvencionados por CADE, del mismo modo que lo hacían CIADE y ANSEC. Algunas publicaciones fueron fundadas por estas empresas. <<

[38] Este proyecto, así como la mayoría de los discursos pronunciados por los concejales que votaron las concesiones, había sido previamente escrito por los técnicos y abogados de CADE, según quedó comprobado al encontrarse en los archivos de la empresa los borradores de los mismos. <<

[39] Del archivo de Marcelo T. de Alvear, como todas las restantes transcripciones de este libro que no establecen otro origen. <<

[40] «Informe de la Comisión Investigadora...» (pág. 473). <<

[41] Para completar la caracterización de la posición de Alvear frente al problema imperialista —referido concretamente a la explotación de servicios públicos— transcribimos las palabras que pronunció en la sesión del Comité Nacional del 6 de diciembre de 1938. Se había presentado al cuerpo un proyecto por el que se indicaría a los representantes radicales en cuerpos colegiados que debían unificar criterios respecto de la prestación de servicios públicos, los que no debían ser dados en concesión sino explotados por el Estado, directamente o a través de sociedades mixtas. Alvear se opuso al tratamiento sobre tablas de la iniciativa, expresando: «Ferrocarriles, teléfonos, petróleo, electricidad, gas, todos deben ser nacionalizados paulatinamente. Pero el país no tiene los capitales necesarios, que son inmensos, para hacer la nacionalización de todos los servicios públicos y hay que amoldarse al sistema actual de la explotación mixta o concesiones con intervención y control del Estado para que el capital no pueda ganar sino el interés indispensable y a fin de que el servicio se haga en las mejores condiciones. Por eso la carta orgánica (sic) ha dicho: “paulatinamente”. Cuando fui presidente de la República se expresó interés en la nacionalización del petróleo. Mandé varios proyectos a la Cámara, y en este cuerpo legislativo el monopolio del petróleo era una banderita demagógica que contentaba a todo el mundo; y por querer monopolizar el petróleo ni se nacionalizó, naturalmente, ni se expropió».

Vinculada a aquella cuestión se encuentra también la actitud mental de Alvear sobre los delitos e irregularidades cometidos por afiliados radicales en el desempeño de funciones electivas. En la sesión del Comité Nacional del 12 de agosto de 1941 se presentó un proyecto tendiente a la designación de una comisión que investigaría la conducta de los concejales metropolitanos a quienes se imputaba cohecho en la tramitación de concesiones a los «colectivos». Alvear se opuso al proyecto con las siguientes palabras: «... No me he de oponer nunca a toda medida de moral, al saneamiento del partido, al castigo de todos los delincuentes. Pero yo llamo la atención al partido también, y al Comité Nacional sobre todo, acerca de una situación que se está creando en el país: de una acción antidemocrática que está exagerando los vicios del sistema democrático, los defectos del sistema electivo; y creo que sería un error del Comité Nacional darle una trascendencia mayor de la que tiene el hecho delictuoso presuntivamente cometido por algún o algunos afiliados que ocupan puestos públicos.

»No puede el partido ser garante, como tampoco puede serlo ninguna organización política, social o religiosa, de la conducta intachable de todos sus miembros, en forma permanente. En las organizaciones más rígidas, allí donde los hombres para llegar a formar parte de ellas han pasado años de privaciones, de prueba, se cometen también

faltas o delitos, por los cuales, a veces, son expulsados. Tal es el caso de organizaciones religiosas, sin que aquello les afecte su prestigio.

»Yo no creo que la moral del partido esté afectada porque haya unos cuantos afiliados que no han sabido defenderla o cumplirla. Es condición del ser humano la imperfección, y en toda asociación —máxime si es muy numerosa, como el partido Radical— no podemos evitar que haya hombres que no sepan cumplir con su deber, que olviden sus deberes esenciales como ciudadanos, como hombres honestos y como radicales: pero no debemos dar al hecho una trascendencia exagerada porque haremos el juego a los enemigos de la democracia. Todos estos delitos que se han cometido con los “colectivos”, que conocemos por los diarios, parecerán que son debidos exclusivamente al sistema democrático de elección por parte del pueblo de la Capital de sus concejales, y han dado lugar a que se presentaran proyectos para suprimir el Concejo Deliberante. Pero hay que tener presente que ninguno de estos delitos se hubieran podido cometer si una alta repartición de la Municipalidad, que no depende del electorado de la Capital sino de la rama ejecutiva, designada directamente por el presidente de la República, no hubiese consentido la realización de estos delitos y no hubiese participado en ellos.

»De manera que no me opongo a una declaración, pero hay que andar tan pies de plomo, porque en el fervor o en el deseo de dar satisfacción a la opinión pública no vayamos a adoptar algunas medidas que van a desautorizar a los organismos metropolitanos.

»... No nos dejemos llevar por las murmuraciones malevolentes y no aparezcamos alarmados creyendo que este mal, que es aislado, que es el delito de una, dos o tres o no sé cuántas personas, es un mal partidario. No. Son enfermos morales. ¿Qué hacer? No vayamos a declarar en cuarentena a todo el edificio radical. ¿Vamos a someter a un tratamiento medicinal a todos los correligionarios? No. Mandemos a los enfermos al hospital, y después que los médicos hagan su diagnóstico, seguiremos adelante...»

Pero es de notar que los tales «enfermos morales» jamás fueron enviados a hospital alguno, y siguieron gozando de buena salud. Más: Alvear protegió a los concejales «chadistas», no se opuso a que fueran promovidos a jerarquías políticas superiores y en ocasión de designar la Cámara de Diputados una comisión que habría de estudiar el asunto de las concesiones eléctricas presionó a su presidente, el doctor Emilio Ravignani, para que la conducta de los concejales implicados no quedara en descubierto... <<

[42] Es necesario aclarar que al referirnos a la oligarquía no aludimos solamente al núcleo de familias que desde la consolidación del país pesaba políticamente a través de la dominación de las tierras aprovechables y el manejo de los resortes del gobierno, sino también a aquellos personajes que, sin venir de aquella extracción social, servían a sus intereses en el plano político o económico. <<

[43] En la interpelación que el diputado socialista Julio V. González promovió en 1940 sobre el tema, defendieron los convenios los diputados Juan I. Cooke (radical) y Santiago Fassi (concordancista), mientras que el diputado radical Víctor Guillot los impugnó. <<

[44] Hemos omitido describir sucesos o señalar personajes que no hagan estrictamente a los fines de esta obra. Para percibir cabalmente la forma en que la oligarquía se puso al servicio de todo lo antinacional habría que recordar no pocas circunstancias reveladoras, como las comisiones encargadas de estudiar la reforma bancaria, integradas por personeros de la banca británica; la trayectoria de determinados ministros de la Nación, vinculados como abogados o directores a grandes empresas extranjeras; los «fondos de propaganda» que corrieron hacia egregios bolsillos cuando se gestaron las leyes sobre transportes; la actuación de juristas destacados, profesores eminentes, que representaron ante la justicia a los más peligrosos intereses antinacionales; la investigación dirigida por Lisandro de la Torre, que descubrió los procedimientos mañosos e ilegales de las empresas frigoríficas; las intrigas de la Standard Oil en Salta para mantener y conquistar nuevas reservas petrolíferas, etc., etc.

Dado el carácter de esta obra, remitimos al lector que desee ahondar estos temas a una bibliografía elemental. Sommi, Luis V., *Los capitales yanquis en la Argentina*, Ed. Monteagudo, Buenos Aires, 1949; Ramos, Jorge Abelardo, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Ed. Amerindia, Buenos Aires, 1957; González, Julio V., *Nacionalización del petróleo*, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1947; Lewimnshon, Richard, *Trusts y carteles*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1948; Barcos, Julio R., *Por el pan del pueblo*, Ed. Renacimiento, Buenos Aires, 1933; Ortiz Pereyra, Manuel, *El S.O.S. de mi pueblo*, Colección FORJA. Buenos Aires, 1936; Scalabrini Ortiz, Raúl, *Política británica en el Río de la Plata*, Ed. Hechos e Ideas, Buenos Aires, 1946; Puiggrós, Rodolfo, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Ed. Argumentos, Buenos Aires, 1957; Irazusta, Rodolfo y Julio, *La Argentina y el Imperio Británico*, Buenos Aires, 1934; Frondizi, Arturo, *Petróleo y política*, Ed. Raigal, Buenos Aires, 1954 (capítulo VII). <<

[45] Repetto, Nicolás, *Mi paso por la política*, Ed. Santiago Rueda, Buenos Aires, 1957, pág. 127. <<

[46] El Comité Nacional constituido en 1939 se hallaba integrado por los siguientes titulares:

*Capital Federal*: Marcelo T. de Alvear, Carlos M. Noel, José Luis Cantilo, José P. Tamborini.

*Buenos Aires*: Mario M. Guido, Julio P. Aramburu, Juan O. Farrel, Juan Prat.

*Corrientes*: José F. Benítez, Hortensio Quijano, Blas Benjamín de la Vega, Héctor Lomónaco.

*Entre Ríos*: Atanasio Eguiguren, Eduardo Laurencena, Emilio Mihura, Miguel Aguirrezabala.

*Jujuy*: Raúl Bertrés, Raúl Rodríguez de la Torre, Luis Carrizo, Eulogio Sanz.

*La Rioja*: Manuel Alfaro, Pedro Gordillo, Ernesto Sammartino, Ramón Yacante Molina.

*Mendoza*: Lorenzo Armani, Edmundo Leopoldo Zara, Alfredo Perrupato, Alberto Saa.

*Salta*: Martín Noel, Ricardo Aráoz, Carlos Pereyra Rosas, Ernesto Pizarro.

*Santa Fe*: Alberto J. Paz, Armando Antille, Enrique M. Mosca, Luis Ferrari.

*Santiago*: Santiago Corvalán, José M. Adaide, Pedro Zanoni, Antonino Reyes.

*Córdoba*: Gabriel Oddone, Augusto Buero, Carlos Pizarro Crespo, Teobaldo Zavala Ortiz.

*Catamarca*: Carlos E. Cisneros, Julio Correa, Ramón Molina.

El cuerpo reeligió como presidente, vicepresidente 1.º y vicepresidente 2.º a los señores Marcelo T. de Alvear, José Luis Cantilo y Enrique M. Mosca, respectivamente. Fueron designados secretarios los señores Martín Noel, Ernesto C. Boatti, Julio Aramburu y Edmundo L. Zara. Tesorero y protesorero fueron reelegidos los señores Raúl Rodríguez de la Torre y Alberto J. Paz. <<

[47] Al iniciar sus palabras, había dicho Alvear: «Hace nueve años venimos luchando para tratar de volver al país la normalidad que desapareció en un momento dado, por la culpa de aquellos que aún no han rendido cuentas». Un grupo de colaboradores del presidente Yrigoyen recogió la alusión de Alvear, publicando un folleto titulado «Tiene usted la palabra...», donde se atacaba severamente la gestión política y administrativa del actual jefe del partido. Firmaban Juan B. Fleitas, Diego Luis Molinari, Guillermo Watson, Enrique Zuleta, Atilio Larco y otros. <<

[48] «Aprobar la conducta observada por el Comité Nacional en el período de 1937 a 1939, a que se refiere la memoria presentada a la Convención Nacional.

»Que el partido continuará realizando su acción pública sin pactos con otros partidos ajenos a su ideología democrática e incompatibles con los principios que orientaron la acción y el pensamiento de los fundadores de la UCR.

»Expresar que oídas las autoridades partidarias del distrito, corresponde al Comité Nacional resolver en cada caso la actitud electoral que debe adoptarse, de acuerdo con la resolución de la Convención Nacional del 1.º de enero de 1935 para la concurrencia del partido en los diferentes distritos electorales a los comicios nacionales, provinciales y municipales.

»Que presta su decidida adhesión a los pueblos que defienden la democracia del mundo contra el ataque de los sistemas del despotismo.

»Que el partido repudia por igual los extremismos y combatirá la infiltración de ideologías contrarias a la esencia democrática argentina.

»Declarar que el partido espera que el criterio aplicado por el Poder Ejecutivo Nacional en el caso de San Juan —condenatorio del fraude y la violencia— se convierta en norma general e invariable como único medio de alcanzar la pureza del sufragio, la normalidad institucional y la cordialidad de la familia argentina». <<

[49] La asamblea del Jardín Florida (1.º de setiembre de 1889) fue una expresión de «unión democrática» contra el gobierno de Juárez y sólo pudo trascender históricamente con actos de oposición, civil o armada. Recién en agosto de 1891, cuando de la Unión Cívica Radical se desprenden los sectores reaccionarios y «acuerdistas», se posibilita la proyección de una fuerza con sentido popular y emancipador.

El Comité de la Capital Federal, que presidía por entonces Julián Sancerni Jiménez, al elegir aquel acontecimiento como episodio originario de la UCR estaba revelando —tal vez sin saberlo— la esencial tibieza de su radicalismo. Resultaba poco consecuente señalar agosto de 1891 —ruptura con el mitrismo— como fecha fundadora en momentos en que la dirección partidaria estaba dispuesta a pactar con cualquier fuerza, con tal de no perder posiciones. Era mucho más lógico recordar la asamblea del Jardín Florida.

Pequeños detalles como éste caracterizan las modalidades que habían impreso al partido durante esos años las autoridades solidarias con Alvear. <<

[50] DE ELVIO ANCHIERI A ALVEAR

«Córdoba, 8 de noviembre de 1939.

»Estimado presidente:

»Desde hoy me encuentro en Córdoba. Consecuente con el mensaje que personalmente le transmitiera en ésa, en nombre del doctor Sabattini, lo amplío ahora dándole cuenta de la conversación mantenida por éste con el presidente de la República. (Quienes durante dos días estuvieron continuamente juntos en diversos actos.) Ante el requerimiento del doctor Sabattini de que se esperaba fuera normalizada la vida política del país, mediante comicios libres, particularmente en la provincia de Buenos Aires, el presidente Ortiz contestó: “Yo ya he hablado, el que no ha hablado es el doctor Alvear”.

»El doctor Ortiz hizo una serie de consideraciones sobre el radicalismo y sus hombres, comparando la actuación de muchos radicales que siéndolo más que algunos de los nuestros estaban con él. El doctor Sabattini insistió nuevamente sobre el problema de Buenos Aires, dándole nombres para una solución; el primero que le citó fue el doctor Siri, recogiendo inmediatamente la impresión de que no era el hombre; a renglón seguido le citó otras figuras de nuestro radicalismo, que tampoco le agradaron. Sólo cuando por sondearlo, el doctor Sabattini le nombró a Goyeneche, saliéndose del círculo partidario, entonces se mostró complacido. El doctor Sabattini cree haber recogido la impresión de que el Presidente debe tener ya, más o menos escogido, el candidato dentro de las filas adversarias; por lo cual sólo con un hombre estilo Goyeneche se le podría entorpecer esa solución, de lo contrario se reeditarán los comicios anteriores y sus consecuencias para el país y el partido.

»El presidente no fue nada claro; más bien trató en las conversaciones de crear situaciones dentro de nuestras propias filas como aquello de que mientras “El Comité Nacional da motivos a que se crea que los comicios internos del radicalismo de Córdoba no han sido legales él proclamó en todas partes que tenía conocimientos de que eran correctísimos y que lo único que había era que algunos no sabían perder”.

»La impresión del gobernador como médico es de que la salud del Presidente es precaria y que su mal avanza. Entre los militares ya se habla del gobierno que presidirá el doctor Ramón Castillo, cómo y con quién lo hará...» <<

[51] Se exponen en *El 45*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires. <<

[52] Días antes de la renuncia del gabinete Taboada estuvo a punto de estallar un movimiento militar tendiente a reponer a Ortiz en la presidencia. El ministro de Guerra Márquez estaba al cabo de la conspiración, en la que intervinieron activamente el entonces mayor Pedro Eugenio Aramburu y algunos diputados radicales, entre ellos el doctor Emir Mercader. Se trataba de eliminar a Castillo, aunque la gestión del presidente constitucional estuviera condicionada a las alternativas de su enfermedad.

La víspera del estallido, Raúl Savarese, entonces presidente del Concejo Deliberante, comentó el hecho con el doctor Carlos Noel, presidente de la Cámara de Diputados. Éste se manifestó extrañado y ajeno al asunto, que puso en conocimiento de Alvear. De inmediato se trasladó Alvear a la residencia de la calle Suipacha, y a altas horas de la noche enteró a Ortiz, casi al mismo tiempo que Taboada hiciera lo mismo. El Presidente coincidió con Alvear en repudiar, por razones éticas y constitucionales, el movimiento, y convocó a una urgente reunión de gabinete, que presidió desde su lecho de enfermo. Naturalmente, el movimiento concluyó allí.

Días después ocurrió la renuncia del gabinete Taboada. Castillo había expresado que aceptaría todas las dimisiones, incluso la del general Márquez, pero las fuerzas armadas se oponían a que la renuncia del ministro de Guerra fuera aceptada hasta que no concluyera el juicio político que por entonces seguía con motivo del asunto de El Palomar, pues consideraban desdorado que el ministro se viera en trance de ser juzgado por la justicia común y sostenían que la aceptación debía formularse con posterioridad a la descontada absolución legislativa. Castillo se mostró impermeable a los argumentos militares, hasta que un alto jefe se presentó ante el vicepresidente notificándole que si persistía en su tesis, «el ejército saldría a la calle». Castillo debió allanarse a la exigencia y el general Márquez fue el único ministro de Ortiz que permaneció a cargo de su cartera durante unos días hasta que se declaró su inocencia.

Principios como éstos anticipaban el final del gobierno de Castillo, ceñido hasta el final por una creciente presión castrense que trató sistemáticamente de eludir a base de compromisos y negociaciones. <<

[53] Puede leerse íntegramente en Lebensohn, Moisés, *Pensamiento y acción*, Ed. Comisión de Homenaje, Buenos Aires, 1956. <<

[54] Entre otras resoluciones la Convención Nacional estableció que los legisladores radicales de Buenos Aires que no habían renunciado y se incorporaron a los respectivos cuerpos habían procedido de acuerdo con los intereses del radicalismo.

<<